

HISTORIA DE LAS ABEJAS

Maja Lunde

Nuevos Tiempos Siruela



Maja Lunde

Historia de las abejas

Traducción del noruego de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

 Siruela
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: septiembre de 2016

This translation has been published with the financial support of NORLA



Título original: *Bienes Historie*

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

En cubierta: grabado de Joris Hoefnagel y Georg Bocskay
en *Mira calligraphiae monumenta*. Ms. 20 fol. 4.

Digital image courtesy of the Getty's Open Content Program

© H. Aschehoug & Co.

(W. Nygaard) AS, 2015

© De la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

© Ediciones Siruela, S. A., 2016

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-16854-69-1

Conversión a formato digital: María Belloso

A Jesper, Jens y Linus

Tao

*Distrito 242, Sirón, Sichuan,
2098*

Cual pájaros contrahechos nos balanceamos cada una en nuestra rama, con un recipiente de plástico en una mano y un cepillo de plumas en la otra.

Subí trepando, despacio, con todo el cuidado de que era capaz. Aquello no se me daba muy bien: a diferencia de muchas de las otras mujeres del pelotón de trabajo, mis movimientos eran a menudo demasiado bruscos, me faltaban esa delicada motricidad y ligereza exigidas. Yo no estaba hecha para eso, y sin embargo tenía que estar allí doce horas al día.

Los árboles tenían ya una veintena de años. Las ramas, frágiles como cristal fino, crujían bajo nuestro peso. Yo me doblaba con cuidado, había que evitar dañar el árbol. Coloqué la pierna derecha sobre una rama aún más alta, luego la izquierda. Por fin encontré una postura de trabajo segura, incómoda, pero estable. Desde allí alcanzaría hasta las flores de más arriba.

El pequeño recipiente de plástico estaba lleno del ligerísimo oro, pesado con precisión y repartido entre todas nosotras al comienzo de la jornada laboral, exactamente la misma cantidad para cada una. De un modo ingrátido intentaba llevar cantidades invisibles desde el recipiente hasta los árboles. Cada flor tenía que ser polinizada con el minúsculo cepillo de plumas de gallina, fabricado tras una investigación justo para este fin. Ninguna pluma artificial había mostrado ser ni la mitad de eficaz. Se había probado una y otra vez porque no teníamos prisa, en nuestro distrito la tradición tenía más de cien años. Aquí las abejas habían desaparecido ya en la década de 1980,

mucho antes del Colapso, las mataron los insecticidas. Unos años más tarde, cuando estos dejaron de emplearse, las abejas volvieron, pero para entonces ya se había puesto en marcha la polinización manual. Los resultados mejoraron, aunque requería una gran cantidad de personas, muchísimas manos. Y entonces, cuando se produjo el Colapso, mi distrito tenía una ventaja en competencia. A nosotros nos había resultado rentable ser de los que más contaminaban. Éramos un país pionero en contaminación, razón por la que nos convertimos en un país pionero en polinización manual. Una paradoja nos había salvado.

Aunque me estiré todo lo que pude, no llegaba a la flor de más arriba. Estaba a punto de darme por vencida, pero como sabía que podían penalizarme, lo intenté una vez más. Nos reducían el sueldo si gastábamos el polen demasiado deprisa, y también si gastábamos demasiado poco. El resultado del trabajo era invisible. Cuando al final de la jornada nos bajábamos de los árboles, no había nada que diera cuenta de nuestro esfuerzo, salvo las cruces de tiza roja en los troncos de los árboles, a poder ser unas cuarenta al día. Hasta la llegada del otoño, en que los árboles estaban repletos de frutos, no se veía con claridad dónde se había hecho un buen trabajo. Pero para entonces nosotras ya hacía tiempo que habíamos olvidado quién había polinizado qué árboles.

Ese día me habían colocado en el sector 748. ¿De cuántos? No lo sabía. Mi grupo era uno de cientos. Con los monos de trabajo color beis éramos tan homogéneas como los árboles. Y estábamos tan cerca las unas de las otras como las flores. Nunca solas, siempre en grupo, arriba en los árboles o andando por los surcos de un sector al siguiente. Únicamente se nos permitía estar solas entre las paredes de nuestras pequeñas casas unas pocas horas al día. Por lo demás, toda nuestra vida transcurría allí.

Reinaba el silencio. No se nos permitía hablar mientras trabajábamos. Lo único que se oía eran nuestros cuidadosos desplazamientos por los árboles, un carraspeo por lo bajo, algún que otro bostezo, la tela de la ropa de trabajo rozando contra el tronco. Y algunas veces ese sonido por el que todas habíamos llegado a sentir aversión: una rama que crujía, o, en el peor de los casos, que se rompía. Una rama rota significaba menos frutos y una razón

más para reducirnos el sueldo. Por lo demás, los únicos ruidos que se oían eran los producidos por el viento al pasar por entre las ramas, al barrer las flores o al deslizarse por la hierba del suelo.

Soplaba desde el sur, desde el bosque, oscuro y salvaje, azotando los frutales de flores blancas que aún estaban sin follaje. Al cabo de unas semanas el bosque sería una frondosa pared verde. Nunca nos internábamos en él, no teníamos nada que hacer allí. Pero ahora corrían rumores de que también el bosque sería arrancado y replantado.

Una mosca venía zumbando de allí, algo poco corriente. Hacía días que no veía un pájaro, también había cada vez menos. Cazaban los pocos insectos que quedaban, y pasaban hambre, como el resto del mundo.

Pero entonces un sonido cortante rompió el silencio. El silbato del barracón de la dirección, el que señalaba la segunda y última pausa de la jornada. De repente me di cuenta de lo seca que tenía la boca.

Mis compañeras de trabajo y yo bajamos deslizándonos de los árboles al suelo. Ellas ya se habían puesto a charlar, ese balbuceo cacofónico que se encendía como con un interruptor en cuanto sabían que estaba permitido.

Yo no dije nada, me concentré en bajar lentamente, en llegar abajo sin romper ninguna rama. Lo conseguí. Pura suerte. Era torpe, patosa, y ya llevaba allí el tiempo suficiente como para saber que jamás llegaría a ser verdaderamente buena en aquel trabajo.

En el suelo, junto al árbol, estaba la botella de agua de metal arañado. La cogí y bebí a toda prisa. El agua estaba templada. Sabía a aluminio, el sabor me hizo beber menos de lo que necesitaba.

Dos jóvenes vestidos de blanco del equipo de Nutrición repartieron rápido las cajas recicladas que contenían la segunda comida del día. Me senté sola, con la espalda apoyada en el tronco del árbol y abrí la mía. Ese día el arroz estaba mezclado con granos de maíz. Probé un poco. Como siempre demasiado salado, condimentado con chile y soja artificialmente producidos. Hacía mucho tiempo que no probaba la carne. El forraje para animales requería demasiado campo cultivado. Y gran parte del forraje tradicional requería polinización. No valía la pena dedicar nuestro minucioso trabajo manual a los animales.

La caja se vació antes de que me hubiera saciado. Me levanté y la devolví a la cesta de recogida. Luego empecé a moverme. Tenía las piernas cansadas, también entumecidas de estar tanto tiempo encogida subida en los árboles. Me bullía la sangre, no era capaz de mantener el cuerpo quieto.

Pero de nada sirvió. Eché una mirada rápida a mi alrededor. Nadie de la dirección estaba atento. Me tumbé rápidamente en el suelo para estirar la espalda, que me dolía muchísimo.

Cerré por un instante los ojos, intentando reprimir las voces de las demás mujeres del equipo. Prefería escuchar cómo el balbuceo subía y bajaba de nivel. ¿De dónde venía esa necesidad de hablar tantas a la vez? Ellas lo hacían desde niñas. Horas y horas de conversaciones en grupo en las que el tema era siempre un mínimo común múltiplo y en las que nunca se profundizaba en nada. Excepto tal vez cuando la persona de la que se hablaba no estaba presente.

Yo prefería conversar con una sola persona. O estar sola. En el trabajo casi siempre esto último. Y en casa tenía a Kuan, mi marido. Ciertamente no eran nuestras largas conversaciones lo que nos unía. Las referencias de Kuan eran de aquí y ahora, él era un hombre concreto, no anhelaba conocimientos. En sus brazos yo encontraba la paz. Y teníamos a Wei-Wen, nuestro hijo de tres años. De él sí podíamos hablar.

Justo cuando estaba a punto de quedarme dormida con el balbuceo, este cesó de repente. Todas se habían callado.

Me incorporé. Las demás mujeres del equipo habían vuelto la cara hacia el camino.

El séquito venía bajando por los surcos hacia nosotras.

No tenían más de ocho años, algunos me sonaban del colegio de Wei-Wen. Todos vestían igual, los mismos trajes sintéticos color beis que llevábamos nosotras. Se acercaban lo más rápidamente que les permitían sus cortas piernas. Dos monitores adultos los controlaban. Uno delante y otro detrás. Los dos tenían potentes voces que corregían sin parar a los niños. Pero no regañaban, les transmitían los mensajes con afecto y compasión. Porque aunque los niños no fueran del todo conscientes de adónde los llevaban, los adultos sí lo eran.

Los niños iban cogidos de la mano en parejas desiguales, los más altos con los más bajos, los mayores se ocupaban de los más pequeños. Un paso irregular, desorganizado, pero siempre cogidos de la mano, como si las tuvieran pegadas. Tal vez les habían pedido que no se soltaran.

Sus miradas se posaron sobre nosotras, sobre los árboles. Curiosos, algunos nos miraban con los ojos entornados y las cabezas inclinadas. Como si estuvieran allí por primera vez, aunque todos se habían criado en el distrito y no conocían otra naturaleza que la de las filas interminables de árboles frutales, en contraste con la sombra del bosque cubierto de vegetación al sur. Una niña bajita se me quedó mirando con sus ojos grandes, algo juntos. Parpadeó un par de veces, luego sorbió por la nariz con fuerza. Llevaba de la mano a un niño delgado, que bostezó ruidosamente, sin taparse la boca con la mano libre, inconsciente por completo de que su cara se convirtió en una gran boca abierta. No bostezó como para expresar aburrimiento, era demasiado joven para eso, era la falta de comida lo que le producía cansancio. Una chica alta y esbelta llevaba de la mano a un niño pequeño que respiraba con dificultad por la nariz congestionada, y tenía la boca abierta. La chica tiraba de él mientras levantaba la cara hacia el sol, con los ojos entornados y la nariz arrugada, pero siempre con la cabeza en la misma postura, como para ponerse morena o tal vez recobrar fuerzas.

Cada primavera llegaban niños nuevos. Pero ¿solían ser tan pequeños? ¿No eran cada vez más jóvenes?

No. Tenían ocho años. Como siempre. Con el colegio ya terminado. Aunque colegio... Bueno sí, aprendían los números y algunas letras, pero, por lo demás, el colegio no era más que una forma de almacenaje regulado. Almacenaje y preparación para la vida de fuera. Entrenamiento para pasarse mucho tiempo sentado. «Quedaos quietos, sentados. Completamente quietos, eso es». Y tareas de motricidad extrema. Anudaban alfombras desde los tres años. Sus pequeños dedos eran perfectos para diseños elaborados. De la misma manera que ahora eran perfectos para el trabajo de aquí fuera.

Los niños pasaron por delante de nosotras y volvieron la cara al frente, hacia otros árboles. Luego siguieron andando hacia otro campo. El niño desdentado iba dando traspiés, pero la chica alta lo llevaba agarrado para que

no se cayera.

Los niños desaparecieron un poco más delante, hundiéndose entre los árboles.

—¿Adónde van? —preguntó una mujer de mi equipo.

—Seguro que al 49 o al 50 —contestó otra—. Nadie ha empezado allí todavía.

Sentí una opresión en el pecho. No importaba adónde se dirigían, ni a qué campo. Lo importante era a qué iban...

En el barracón sonó el silbato. Volvimos a trepar a los árboles, yo me movía despacio, pero el corazón me latía con fuerza. Porque los niños no eran más jóvenes este año. Yo pensaba en Wei-Wen... dentro de cinco años tendría ocho. En solo cinco años le tocaría a él. Las manos trabajadoras tenían más valor aquí que en ningún otro lugar. Los pequeños dedos ya estaban adaptados para este tipo de trabajo.

Niños de ocho años aquí, día tras día, cuerpecillos entumecidos, ni siquiera se les permitía tener una infancia, como se nos había permitido a mí y a los de mi edad, nosotros fuimos al colegio hasta los quince años.

Una no-vida.

Me temblaban las manos mientras levantaba el recipiente con el valioso polvo. Nos decían que todos teníamos que trabajar para procurarnos comida, para cultivar la comida que nosotros mismos comeríamos. Teníamos que contribuir todos, incluso los niños, porque ¿quién necesita educación cuando merman los depósitos de cereales? ¿Cuando las raciones son cada vez más pequeñas? ¿Cuando hay que acostarse con hambre cada noche?

Me di la vuelta para llegar a las flores de detrás de mí, pero esta vez mis movimientos fueron demasiado bruscos. Rocé una rama sin querer, y perdí de repente el equilibrio, recostándome pesadamente hacia el otro lado.

Eso fue suficiente. Se produjo aquel sonido quebradizo que habíamos llegado a odiar. El de una rama que se rompía. La supervisora vino rauda hacia mí. Miró al árbol, evaluando los daños, sin decir nada. Apuntó algo en una libreta a toda prisa y volvió a marcharse.

La rama no era ni larga ni fuerte, pero yo sabía que todos los beneficios de ese mes se esfumarían. El dinero destinado a la lata del armario de la cocina,

donde ahorrábamos cada yen que nos sobraba.

Suspiré. No debía pensar en ello. No podía hacer otra cosa que seguir. Levantar la mano, meter el cepillo en el polen, moverlo con cuidado hacia las flores, rozarlas como si yo fuera una abeja.

Evité mirar el reloj. Sabía que no servía de nada. Lo único cierto era que con cada flor que rozaba con el cepillo, la tarde estaba un poco más cerca. Y también esa única hora que disfrutaba cada día con mi hijo. Esa hora era todo lo que teníamos, y en esa hora yo a lo mejor podría aportarle algo diferente. Sembrar una semilla que le proporcionara esa posibilidad que yo nunca había tenido.

William

*Maryville, Hertfordshire, Inglaterra,
1852*

Todo estaba amarillo a mi alrededor, infinitamente amarillo, sobre mí, debajo de mí, en torno a mí, cegándome. Pero el color amarillo era real, no algo que yo me imaginaba: provenía del papel pintado de brocado que mi mujer, Thilda, había conseguido colocar cuando nos mudamos aquí, hace unos años. Era una época próspera. Mi pequeño negocio de semillas en la calle principal de Maryville florecía. Yo me sentía aún muy inspirado y seguía pensando que lograría compaginar el negocio con lo que realmente me importaba: mis estudios científicos. Pero había pasado mucho tiempo desde entonces, fue bastante antes de convertirnos en padres de un montón de hijas, incluso mucho antes de mi conversación definitiva con el profesor Rahm.

Si hubiera sabido los sufrimientos que ese papel amarillo me acarrearía, jamás habría dado mi aprobación. El color amarillo no se contentaba con quedarse en el papel, sino que seguía allí, maldita sea, tuviera los ojos abiertos o cerrados. Me seguía hasta en el sueño y nunca me daba una tregua, como si fuera la enfermedad en sí. Mi dolencia no tenía diagnóstico, sino un montón de nombres: pesimismo, tristeza, melancolía. Aunque nadie los mencionara en mi presencia. El médico de la familia hacía como si no entendiera nada. Hablaba siempre en términos médicos sobre discrasia, trastornos de fluidos corporales, demasiada bilis negra. Al principio de mi enfermedad intentó una sangría, luego laxantes que me convirtieron en un niño desvalido, pero era obvio que no se atrevía a seguir con ello. Al parecer,

había desistido ya de cualquier tipo de tratamiento y se limitaba a sacudir la cabeza cuando Thilda sacaba el tema, sus protestas eran recibidas con intensos murmullos por lo bajo. Yo distinguía alguna que otra palabra, *demasiado débil, no lo toleraría, ninguna mejoría*. En los últimos tiempos el médico venía con menos frecuencia, lo que podría estar relacionado con el hecho de que yo ya estuviera encadenado a la cama.

Era por la tarde, la casa vivía debajo de mí, el ruido de mis hijas me llegaba desde las habitaciones de la planta baja, atravesando las paredes y los suelos como tufo de cocina. Distinguí la voz de Dorothea, la sabionda de doce años: estaba leyendo la Biblia de un modo entrecortado y entonando a la vez, pero las palabras se paraban en el camino hacia mí, de la misma manera que las palabras de Dios parecían no alcanzarme ya. La aguda voz de la pequeña Georgiana se entremezcló, y Thilda la acalló severamente. Dorothea acabó de leer enseguida y pasó el turno a las demás. Martha, Olivia, Elizabeth, Caroline. ¿Quién era quién? No lograba distinguirlas.

Una de ellas se rio, una carcajada breve, y volvió a sonar dentro de mí la risa de Rahm, la risa que concluyó nuestra conversación de una vez por todas, como un golpe de cinturón sobre la columna vertebral.

Luego Edmund dijo algo. Su voz se había vuelto más grave, algo pulida, ya no quedaba nada de niño en él. Tenía dieciséis años, el mayor de todos, mi único hijo varón. Me aferré a su voz, deseando con todas mis fuerzas poder captar las palabras, tenerlo en la habitación conmigo, quizá fuera el más indicado para animarme, para darme fuerzas que me ayudaran a levantarme, a salir de la cama. Pero él no venía nunca, y yo no sabía por qué.

En la cocina sonaron ruidos de cacerolas. Ese sonido hizo que mi estómago se despertara. Se retorció y yo me encogí en posición fetal.

Miré a mi alrededor. En un plato había un trozo de pan sin tocar y una loncha de jamón ahumado reseca, junto a un vaso con algo de agua todavía. ¿Cuándo había comido por última vez? ¿Cuándo había bebido?

Me incorporé un poco y cogí el vaso con el agua, dejé que el líquido bajara por la boca hasta la garganta, eliminando así el sabor a vejez. Lo salado del jamón sabía rancio en la boca, el pan estaba oscuro y compacto, y la comida, gracias a Dios, consiguió posarse en el estómago.

Pero no encontraba una postura cómoda en la cama, mi espalda era una gran escara, tenía la piel de las caderas agrietada de estar tumbado de lado.

Una inquietud en las piernas, un cosquilleo.

La casa se había quedado de repente muy silenciosa. ¿Se había marchado todo el mundo?

No oía más que el chisporroteo del carbón ardiendo en el hogar.

Pero entonces, de repente, oí cantar a alguien. Voces claras en el jardín.

*Hark the herald angels sing
Glory to the newborn King.*

¿Estaba próxima la Navidad?

En los últimos años, distintos coros de la región habían empezado a cantar de puerta en puerta en los días de Adviento, no para pedir dinero o regalos, sino, en consonancia con el espíritu navideño, únicamente para alegrar al prójimo. En otras épocas me parecía hermoso, y esas breves actuaciones eran capaces de encender y hacer arder una luz dentro de mí que no pensaba que siguiera existiendo. Me daba la sensación de que todo eso era algo muy lejano en el tiempo.

Las voces claras manaban hacía mí como agua de nieve derretida.

*Peace on Earth and mercy child
God and sinners reconciled.*

Puse los pies en el suelo. Se notaba duro bajo las plantas. De repente era un bebé, un recién nacido cuyos pies no estaban acostumbrados a pisar, sino creados para bailar de puntillas. Así recordaba los pies de Edmund, con el empeine alto, y tan blandos y arqueados por debajo como por encima. A veces los cogía y me quedaba con ellos en las manos, mirándolos y tocándolos, tocando todo su cuerpo, como suele hacerse con el primogénito, pensando que yo sería algo distinto para él, ser algo para ti, algo distinto de lo que mi padre había sido para mí. Me quedaba así con él hasta que Thilda venía a arrancármelo, con el pretexto de que había que amamantarlo o

cambiarle los pañales.

Mis pies de bebé se movieron lentamente hacia la ventana. Cada paso dolía. El jardín se abrió ante mí y allí estaban ellas.

Las siete al completo, porque no se trataba de un coro de desconocidos del pueblo, eran mis propias hijas.

Las cuatro más altas detrás, las tres más bajas en la fila de delante, con su ropa oscura de invierno, abrigos de lana demasiado estrechos y demasiado cortos o demasiado largos, y cada vez con más remiendos —lo desgastado o raído se había intentado ocultar bajo cintas baratas de adorno— y bolsillos en los sitios más insólitos. Gorros de invierno marrones, azules oscuros o negros con ribetes de encaje enmarcaban las caritas estrechas y pálidas de invierno. El canto se convertía en niebla helada en el aire delante de ellas.

Qué delgadas se habían quedado todas.

Un sendero mostraba por dónde habían llegado hasta allí, huellas profundas de pasos en la nieve. La nieve debía de haberles llegado hasta muy por encima de las rodillas, seguro que se habían mojado. Yo conocía esa sensación de medias de lana húmedas sobre la piel, y el frío que subía del suelo a través de las delgadas suelas de los zapatos; ninguna de ellas tenía más que ese par de botas.

Di otro paso hacia la ventana, pensando que vería a más gente en el jardín, y público para el coro, Thilda, o tal vez algún vecino, pero el jardín estaba vacío. Mis hijas no estaban cantando para alguien ajeno. Estaban cantando para mí.

*Light and life to all He brings
Risen with healings in His wings.*

Las miradas de todas estaban fijas en mi ventana, pero ellas aún no me habían descubierto. Yo estaba en la sombra, y el sol brillaba en el cristal de la ventana, ellas verían solo el reflejo del cielo y de los árboles.

*Born to raise the sons of Earth,
Born to give them second birth.*

Me acerqué un paso más.

Charlotte, de catorce años, mi hija mayor, estaba en un extremo. Cantaba con todo el cuerpo. Su pecho subía y bajaba al compás de los tonos. Quizá todo aquello fuera idea suya. Siempre había cantado, se había pasado la infancia canturreando, con la cabeza metida en los deberes del colegio o inclinada fregando los cacharros, zumbando melodiosamente, como si esos débiles tonos formaran parte de sus movimientos.

Ella fue la primera que me descubrió. Una luz le recorrió el rostro. Dio un golpecito a Dorothea, la precoz de doce años, que a su vez hizo un rápido gesto a Olivia, un año menor que ella, que se volvió con los ojos abiertos de par en par hacia su gemela, Elizabeth. No se parecían en nada físicamente, solo en el carácter, las dos dóciles e indulgentes y más tontas que un burro, no entendían los números, aunque se los clavaras en la cabeza. En la fila de delante se veía ya cierto revuelo, también me habían descubierto las pequeñas: Martha, de nueve, apretaba el brazo de Caroline, de siete, que siempre gimoteaba porque en el fondo quería ser pequeña, y en ese momento empujó con fuerza a Georgina, que deseaba ser mayor de lo que era. No se elevó un gran júbilo hacia el cielo, ellas no se lo permitieron, todavía no, solo una minúscula irregularidad en el canto reveló que me habían visto, eso y una débil sonrisa, en la medida en que lo permitían sus bocas cantando.

Se me hizo un cándido nudo en la garganta. No cantaban nada mal. Les ardían las caras estrechas, les brillaban los ojos. Habían organizado esto para mí, solo para mí, y ahora mis hijas creerían que lo habían conseguido, que habían logrado sacar a su padre de la cama. Cuando acabaran de cantar darían rienda suelta a su júbilo, correrían radiantes sobre sus pies ligeros por la nieve recién caída y entrarían en casa para anunciar su propio milagro. Lo hemos curado con nuestro canto, exclamarían felices. ¡Hemos curado a nuestro padre cantando para él! Una corriente de entusiasmadas voces de niña resonaría por los pasillos, volvería a ellas como un eco de las paredes. Pronto volverá. Pronto estará con nosotras. Le hemos mostrado a Dios, a Jesús recién nacido. *Hark the herald angels sing, glory to the newborn king.* Qué idea tan brillante, ha sido espléndido cantar para él, recordarle la belleza del

mensaje de la Navidad, todo lo que había olvidado mientras estaba postrado en la cama, a causa de lo que nosotras llamamos enfermedad, pero que todo el mundo sabe que es otra cosa, aunque nuestra madre nos prohíba hablar de ello. Pobre padre, lo ha pasado muy mal, está pálido como un fantasma, lo hemos visto por la rendija de la puerta cuando pasamos por allí a escondidas, sí, como un fantasma, está en los huesos y se ha dejado crecer la barba, como Cristo crucificado, está irreconocible. Pero pronto estará de nuevo entre nosotros, pronto podrá trabajar y volveremos a tener mantequilla para untar el pan y nuevos abrigos de invierno. Es en verdad un auténtico regalo de Navidad. *Christ is born in Bethlehem!*

Pero era una mentira, yo no podía regalarles eso, no era digno de su júbilo. La cama me atraía hacia ella, me temblaban las piernas, mis pies de recién nacido ya no me sostenían, se me volvió a hacer un nudo en la garganta, apreté las mandíbulas como para destrozar lo que me subía por dentro a presión, y fuera se acalló el canto. Ese día no se produjo ningún milagro.

George

*Autumn Hill, Ohio, Estados Unidos,
2007*

Recogí a Tom en la estación de Autumn. No venía a casa desde el verano. Yo no sabía por qué, tampoco pregunté. A lo mejor para no oír la respuesta.

Tardamos media hora en subir a la granja. No hablamos mucho. Él tenía las manos sobre las rodillas, mientras el coche se dirigía a sacudidas hacia casa, unas manos pálidas, delgadas y quietas. Había puesto la bolsa junto a sus piernas. Se había manchado. El suelo de la furgoneta no había vuelto a estar limpio desde que la compré. La tierra del año anterior, o del otro, se convertía en polvo en el invierno. Y la nieve que se derretía en las botas de Tom chorreaba hasta abajo, convirtiéndose en barro.

La bolsa era nueva. De un material rígido. Sin duda comprada en la ciudad. Y pesaba. Me sorprendió al levantarla del suelo en la estación de autobuses. Tom quiso cogerla, pero yo la cogí antes de que él tuviera la posibilidad de hacerlo, pues no tenía pinta de haber entrenado mucho últimamente. Yo pensaba que no habría necesitado más que un poco de ropa, ya que solo estaría una semana en casa de vacaciones. Y la mayor parte de lo que necesitaba colgaba ya de un gancho en el cobertizo. El mono, las botas, el gorro con orejeras. Pero al parecer se había traído un montón de libros. Tal vez pensara que habría tiempo para esas cosas.

Cuando llegué, estaba esperándome. El autobús había llegado demasiado pronto, o quizá yo demasiado tarde. Tuve que retirar la nieve del patio antes de ir, sería por eso.

—No importa, George. De todos modos, él siempre anda con la cabeza en las nubes —dijo Emma, que me estaba mirando, tiritando de frío y con los brazos cruzados sobre el pecho.

No contesté. Me limité a quitar la nieve ligera y recién caída, que se contraía como un acordeón. Apenas me sudaba la espalda.

Ella seguía mirándome.

—Ni que esperaras la visita de Bush.

—Tengo que quitar esta nieve, ya que tú no lo haces.

Levanté la vista. Veía puntitos blancos. Ella me dedicó una sonrisa torcida. Tuve que devolvérsela. Nos conocíamos desde que íbamos al colegio, y creo que no había pasado un solo día sin que nos hubiéramos sonreído el uno al otro de esa manera.

Pero ella tenía razón. Yo exageraba en lo de quitar la nieve. No duraría mucho, habíamos tenido bastantes días cálidos, el sol cumplía ya su cometido y por todas partes chorreaba agua. Esa nevada no era más que el último pedo del invierno, y se derretiría en el transcurso de un par de días. También había exagerado ese día fregando el retrete. O por detrás del retrete, para ser más exacto. Eso no era algo que hacía todo los días. Solo quería que todo estuviera decente ahora que por fin venía a casa. Que solo se fijara en el patio sin nieve y el retrete limpio, y que no viera la pintura desconchada de la pared del sur, donde el sol quemaba, o que el canalón se había desprendido con los vientos del otoño.

Cuando nos dejó la última vez, estaba bronceado y fuerte, animado, incluso me dio un largo abrazo, y yo noté la fuerza de sus brazos al rodearme con ellos. La gente cuenta que sus hijos no hacen más que crecer y crecer entre cada vez que los ven, que es como si uno se sobresaltara al ver a su retoño al cabo de algún tiempo. Pero no era el caso de Tom. Esta vez había encogido. Tenía la nariz roja, las mejillas blancas y los hombros estrechos. Y tampoco favorecía a su aspecto el que los encogiera y se estremeciera de frío, haciendo que pareciera una pera. Sus temblores se iban suavizando conforme nos acercábamos a la granja, pero seguía sentado como un debilucho en el asiento del copiloto.

—¿Qué tal la comida? —le pregunté.

—¿La comida? ¿En la universidad, quieres decir?

—No. En Marte.

—¿Cómo?

—En la universidad, dónde si no. ¿Has estado en otro sitio últimamente?

Volvió a hundir los hombros.

—Solo quiero decir que pareces un poco... desnutrido —dije.

—¿Desnutrido? Papá, ¿tú sabes realmente lo que significa esa palabra?

—La última vez que lo miré era yo el que pagaba la universidad, así que no tienes por qué contestar de esa manera.

Se hizo un silencio.

Largo.

—Pero todo va bien —dije por fin.

—Sí, todo va bien.

—Así que la inversión me merece la pena.

Intenté reírme, pero por el rabillo del ojo vi que él no se reía. ¿Por qué no se reía? Al menos podría haber intentado seguir la broma para quitarnos de encima las malas palabras con una risa, y tal vez haber mantenido una amena charla lo que quedaba de viaje.

—Ya que tienes la comida pagada, a lo mejor podrías intentar comer un poco más —aventuré.

—Sí —se limitó a contestar.

Algo me subía por dentro. Lo único que quería era que él sonriera, pero en lugar de eso solo mostraba seriedad. Yo no debería decir nada. Tendría que callarme la boca. Pero las palabras insistían en salir.

—Tenías mucha prisa en marcharte, ¿verdad?

¿Ahora se enfadaría? ¿Volveríamos a aquello?

No, se limitó a suspirar:

—Papá.

—Sí, solo estoy bromeando. Otra vez.

Me tragué el resto de mis palabras. Sabía que podía decir un montón de cosas de las que luego me arrepentiría si continuaba. No iba a empezar así ahora que por fin había venido a casa.

—Solo quiero decir —aclaré, intentando suavizar la voz—... que parecías

más contento al marcharte de lo que pareces ahora.

—Estoy contento. ¿Vale?

—Vale.

Asunto concluido. Estaba contento. Contentísimo. Tan contento que daba brincos. Ansioso de vernos, de volver a ver la granja. No había pensado en otra cosa durante semanas. Estaba clarísimo.

Carraspeé un poco, aunque no por necesidad. Tom seguía allí sentado, con las manos vacías. Me tragué el nudo de la garganta, algo que me estaba molestando. ¿Qué esperaba? ¿Que unos meses de separación nos convirtieran en colegas?

Emma dio un largo abrazo a Tom. Entre ellos las cosas también parecían estar como antes, por lo visto, ella podía seguir abrazándolo y besándolo sin que a él le molestara.

No se fijó en el patio limpio de nieve. En eso sí que tenía razón Emma. Pero tampoco le importó la pintura que se caía de la pared, y eso era una ventaja...

No. En realidad habría querido que se fijara en las dos cosas. Que hubiera echado una mano ahora que por fin había venido a casa. Haberse responsabilizado.

Emma sirvió pudin de carne y maíz, grandes raciones en los platos verdes, el maíz amarillo relucía y la salsa de nata humeaba. La comida no era nada mala, pero Tom solo se comió la mitad de la ración, no tocó la carne. Al parecer, no tenía apetito. Demasiado aire fresco, ese era el problema. Ya lo arreglaríamos.

Emma no paraba de hacer preguntas sobre todo. Sobre la universidad. Los profesores. Las asignaturas. Amigos. Chicas... A lo último no recibió mucha respuesta. Pero de todos modos la charla entre ellos fluía como de costumbre. Aunque ella preguntaba más de lo que él contestaba. Así había sido siempre, las palabras entre ellos no se detenían. Charlaban y se sentían cercanos, sin dar la impresión de que les costara trabajo. Pero claro, ella era su madre.

Emma disfrutaba, tenía las mejillas sonrosadas de cocinar, la mirada fija en Tom, era incapaz de quitarle las manos de encima, tras meses de carencia.

Yo me mantenía más bien callado, intentaba sonreír cuando ellos sonreían,

reírme cuando ellos se reían. Tras el fracaso de la conversación en el coche, más valía no correr riesgos. Tendría que concentrarme en buscar una buena ocasión para iniciar la llamada charla padre-hijo. Ya llegaría. Él iba a quedarse una semana.

Me limité a disfrutar de la comida, dejé el plato vacío, al menos había alguien en esa casa que sabía apreciar la buena cocina, me comí toda la salsa mojando trozos de pan, puse los cubiertos atravesados sobre el plato y me levanté.

También Tom hizo ademán de levantarse. Aunque su plato seguía rebosante.

—Estaba muy rico —dijo.

—Tienes que acabar la comida que te ha puesto tu madre —dije, intentando sonar relajado, pero, al parecer, me salió un poco cortante.

—Ya ha comido mucho —intervino Emma.

—Tu madre lleva horas preparándola.

A decir verdad era una exageración. Tom volvió a sentarse. Cogió el tenedor.

—Solo es un pudin de carne, George —dijo Emma—. Tampoco se tarda tanto en hacerlo.

Quería protestar. Ella se había esforzado, de eso no cabía duda, y esperaba con gran ilusión tener a Tom en casa de nuevo. Se merecía realmente que el chico lo supiera.

—Me he comido un sándwich en el autobús —dijo Tom a su plato.

—¿Te llenaste de comida justo antes de comer la comida de tu madre? ¿No la has echado de menos? ¿Te han servido alguna vez un pudin de carne mejor en algún sitio?

—Bueno, papá. Lo que pasa es...

Se calló.

Evité mirar a Emma, sabía que me estaba mirando fijamente, con la boca tensa y los ojos con señales de *Stop*.

—¿Lo que pasa es...?

Tom removió la comida en el plato.

—He dejado de comer carne.

—¿Qué?

—Bueno, bueno —dijo Emma y empezó a recoger.

Yo me quedé sentado. Todo me resultaba lógico.

—No es de extrañar que estés tan flacucho —dije.

—Si todo el mundo hubiera sido vegetariano, habría habido comida más que suficiente para toda la población de la Tierra —añadió Tom.

—Si todo el mundo hubiera sido vegetariano —contesté imitándolo y mirándolo por encima del borde del vaso de agua—. Las personas siempre han comido carne.

Emma había colocado los platos y las fuentes en un montón alto, que se tambaleaba peligrosamente.

—Por favor —dijo ella—. Estoy segura de que Tom ha pensado muy a fondo todo esto.

—No lo creo.

—No soy el único vegetariano que existe —objetó Tom.

—Aquí, en esta granja, comemos carne —dije, y me levanté tan bruscamente que la silla se cayó al suelo.

—Bueno, bueno —medió Emma, mientras recogía con movimientos rápidos.

Me lanzó otra de esas miradas tan propias de ella. Esta vez no solo dijo «para». Dijo «cállate la boca».

—Tú tampoco estás metido a fondo en la producción porcina —dijo Tom.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—A ti no te importa si yo como carne o no, ¿verdad? Mientras siga comiendo miel.

Se rio entre dientes. ¿Amablemente? No. Con algo de descaro.

—Si hubiera sabido que te volverías así en la universidad, jamás te habría enviado.

Las palabras me crecían mientras hablaba, pero era incapaz de callármelas.

—El chico tiene que estudiar —dijo Emma.

Sí, sí, tan claro como la primera noche de helada. Todo el mundo tiene que estudiar.

—Toda la educación que me hacía falta la recibí aquí —respondí,

gesticulando sin dirección determinada con la mano; en realidad pretendía dirigirla hacia el este, donde se encontraba el prado con algunas de las colmenas, pero descubrí demasiado tarde que estaba gesticulando en dirección oeste.

Tom ni se dignó contestarme.

—Gracias por la comida.

Recogió rápido su plato y sus cubiertos y se volvió hacia Emma.

—Yo puedo recoger el resto. Ve a sentarte.

Ella le sonrió. Ninguno de los dos me dijo nada.

Me evitaron, ella se dirigió al salón a leer el periódico, mientras él se ataba un mandil, eso hizo, y se ponía a fregar los cacharros.

La boca se me había secado del todo. Bebí un sorbo de agua, pero no sirvió de mucho.

Daban vueltas a mi alrededor, yo era el elefante de la cocina. Aunque en realidad no era un elefante, era un mamut. Una raza extinta.

Tao

—Si yo tengo tres granos de arroz y tú dos, ¿cuántos tenemos en total?

Cogí dos granos de mi plato y los puse en el de Wei-Wen, que ya estaba vacío.

Los rostros infantiles no me abandonaban. La chica alta con la cara dirigida hacia el sol, el chico que retorció la suya en un bostezo inconsciente. Ellos eran pequeños. Y Wei-Wen de repente tan grande. Pronto sería como ellos. En otras partes del país había colegios para unos cuantos elegidos. Los que dirigirían, los que serían responsables. Y se librarían de trabajar en los campos. Si él fuera lo bastante bueno, si desde temprano destacara como el mejor...

—¿Por qué tienes tú tres y yo dos? —Wei-Wen miró los granos de arroz con una mueca.

—Bueno, entonces yo tengo dos y tú tres. Así.

Cambié el lugar de los granos en nuestros platos.

—¿Cuántos tenemos en total?

Wei-Wen puso su regordeta mano sobre el plato y empezó a moverla en círculos, como si estuviera pintando con las manos.

—Quiero más kétchup.

—Pero Wei-Wen, escucha.

Le cogí la mano y la aparté con determinación, estaba pringosa de comida.

—Se dice: ¿Puedes darme más kétchup, por favor?

Suspiré. Señalé de nuevo los granos de arroz.

—Dos en mi plato. Y tres en el tuyo. Vamos a contarlos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco.

Wei-Wen se pasó la mano por la cara, dibujándose en la mejilla una raya de

kétchup. Luego se estiró hacia el bote.

—¿Puedes darme más kétchup, por favor?

Debería haber empezado antes. Esta hora era todo lo que teníamos juntos cada día. Pero yo a veces la malgastaba, empleando el tiempo en comidas y caricias. El niño debería haber avanzado más.

—Cinco granos de arroz —dije—. Cinco granos de arroz. ¿Verdad que sí?

Desistió de llegar hasta el bote y se reclinó en la silla con tanta fuerza que las patas dieron ruidosamente contra el suelo. Se comportaba así a menudo, con movimientos grandes y violentos. Era robusto desde que nació. Y feliz. Empezó tarde a andar, no tenía esa inquietud que hacía falta, se contentaba con estar sentado, sonriendo a todos los que estuvieran dispuestos a hablar con él. Y muchos lo estaban, porque Wei-Wen era uno de esos bebés que sonreían con facilidad.

Cogí el bote de sucedáneo rojo y le eché en el plato. Tal vez ahora quisiera colaborar.

—Toma. Ahí tienes.

—¡Sí! ¡Kétchup!

Cogí otros dos granos de arroz del cuenco de la mesa.

—Mira esto. Ya tenemos dos más. ¿Cuántos crees que habrá en total?

Pero a Wei-Wen le interesaba más la comida. Ya tenía toda la boca manchada de kétchup.

—Wei-Wen, ¿cuántos hay?

Vació el plato una vez más, luego lo miró y lo levantó. Se puso a ronronear, como si el plato fuera un avión antiguo. Le encantaban los vehículos antiguos. Sentía fascinación por helicópteros, coches, autobuses, a veces gateaba durante horas por el suelo, inventándose carreteras, aeropuertos, paisajes para los medios de locomoción.

—Vamos, Wei-Wen.

Aparté el plato y lo coloqué fuera de su alcance. Luego seguí señalando los fríos y reseco granos de arroz.

—Mira. Cinco y dos. ¿Cuántos tenemos ahora?

La voz me temblaba ligeramente. Lo disimulé con una sonrisa, que Wei-Wen no captó, porque se estaba estirando hacia el plato.

—¡Lo quiero! ¡Quiero el avión! ¡Es mío!

Se oyó a Kuan carraspear en el cuarto de estar. Estaba sentado con una taza de té y las piernas en la mesa, a todas luces relajado.

Hice caso omiso a los dos y empecé a contar.

—¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y... siete! —Sonreí a Wei-Wen como si esos siete granos de arroz fueran extraordinarios—. Hacen en total siete. ¿Verdad que sí? ¿Lo ves? Que suman siete. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete.

Solo eso, si él comprendiera eso, yo le dejaría ya jugar. Pequeños pasos cada día.

—¡Lo quiero!

Estiró su regordeta mano hasta donde fue capaz.

—Cariño, tiene que estar donde está —dije, alzando la voz—. Ahora vamos a contar, ¿vale?

Kuan soltó un suspiro apenas audible, se levantó y se unió a nosotros. Me puso una mano en el hombro.

—Son las ocho.

Me libré de su mano retorciéndome.

—Aguantará levantado otro cuarto de hora —dije, mirándolo fijamente.

—Tao...

—Aguantará un cuarto de hora más —insistí, sin dejar de mirarlo.

Parecía desconcertado.

—Pero ¿por qué?

Aparté la mirada, no me sentía capaz de explicarle, de hablarle sobre aquellos niños. De todos modos sabía lo que me iba a contestar. No son más pequeños. Son igual de pequeños que siempre. También el año pasado eran niños de ocho años. Es como es. Así es desde hace mucho tiempo. Y si él siguiera hablando, diría palabras tan grandilocuentes que no serían dignas de él. Tenemos que estar contentos de vivir aquí. Podría haber sido peor. Podríamos haber vivido en Beijing. O en Europa. Tenemos que sacar lo mejor de la situación. Estar aquí y ahora. Sacar lo mejor de cada segundo. Frases diferentes a como él solía hablar, como algo que hubiera leído, pero pronunciadas con convicción: él creía de verdad en esas palabras.

Kuan acarició el rebelde pelo de Wei-Wen.

—Me gustaría jugar con él —dijo en voz baja y suave.

Wei-Wen se retorció en la silla, una silla de bebé para la que en realidad era ya demasiado grande, pero en la que estaba bien sentado, sin poder escapar de mi escuela casera, y se estiró hacia el plato.

—¡Lo quiero! ¡Es mío!

Kuan no me miró, se limitó a decir en ese mismo tono controlado:

—No lo tendrás, pero sabes una cosa, también el cepillo de dientes puede ser un avión.

Levantó a Wei-Wen de la silla y se fue al baño.

—Kuan... Pero...

Se cambió con gran facilidad a Wei-Wen de un brazo a otro mientras iba hacia el baño, fingiendo no oírme y charlando con él. Llevaba a su hijo como si no pesara nada. A mí el cuerpo del niño ya empezaba a resultarme pesado.

Me quedé sentada. Quería decir algo, protestar, pero las palabras no me salían. Él tenía razón. Wei-Wen estaba agotado. Era tarde. Deberíamos acostarlo antes de que estuviera tan cansado que se negara a dormir. En ese caso iríamos mal, yo lo sabía. Podría estar activo hasta mucho después de nuestra hora de acostarnos. Primero con tonterías, abriendo y cerrando la puerta del dormitorio, viniendo continuamente a nuestra cama, risas como gorgoritos, «venid a pillarme». Luego frustración y rabia, chillidos, protestas desatadas. Así era. Yo suponía que así eran los niños de tres años.

Aunque... no recordaba que yo me hubiera comportado así. Aprendí a leer cuando tenía tres años. Aprendí los caracteres por mi cuenta, dejé asombrada a la profesora leyéndome de manera fluida cuentos a mí misma, nunca a los demás niños, con ellos mantenía las distancias. Mis padres eran asombrados espectadores fuera de combate. Me dejaban leer cuentos, historias sencillas para niños, pero nunca se atrevieron a retarme con otros textos. En el colegio se dieron cuenta. Los profesores me permitían quedarme dentro leyendo, mientras los demás estaban en el patio, me introdujeron en lo que quedaba de viejos programas de enseñanza, textos y películas. La mayor parte de ese material venía de los tiempos de antes del Colapso, de antes de la caída de las democracias, de antes de la guerra mundial y de la época siguiente, en que la

comida era un bien que se concedía a muy pocos. De aquellos tiempos en que la producción de información era tan enorme que se perdió la visión de conjunto. Palabras en senderos largos como la Vía Láctea. Áreas del tamaño de la superficie del sol de imágenes, mapas, ilustraciones. El tiempo fijado en películas, el tiempo correspondiente a millones de vidas humanas. Y la tecnología había hecho todo accesible. La accesibilidad era el mantra de aquella época. Las personas estaban constantemente conectadas a toda esa información con herramientas de comunicación cada vez más avanzadas.

Pero el Colapso también alcanzó a las redes digitales. En el transcurso de tres años se derrumbaron por completo. Lo único que les quedó a los seres humanos fueron libros, DVD rallados, cintas de audio digitales desgastadas, CD rayados con programas pasados de fecha y la viejísima red de telefonía fija ya casi deshecha.

Devoré los viejos libros y las películas ralladas. Me leía todo y todo lo recordaba, como si los libros y las películas dejaran una huella indeleble en mi memoria.

Me avergonzaba de mis conocimientos, porque me hacían distinta. Varios profesores intentaron hablar con mis padres y decirles que yo era una niña dotada, que tenía talento, pero ellos les sonreían tímidamente durante esas conversaciones, prefiriendo escuchar cosas normales, que si yo tenía amigos, corría bien, trepaba bien o trenzaba bien. Todos esos campos en los que yo no triunfaba. Pero mi vergüenza fue desapareciendo con el hambre de aprender. Me metí de lleno en el lenguaje, aprendí que cada cosa y cada sentimiento no tienen solo una palabra o una descripción, sino muchas. Y aprendí sobre nuestra historia. Sobre la muerte en masa de insectos polinizadores, sobre la subida del nivel de los mares, el aumento de la temperatura, accidentes nucleares, y sobre las viejas superpotencias Estados Unidos y Europa, que habían perdido todo en el transcurso de unos años, incapaces de adaptarse, y que ahora se encontraban sumidas en la pobreza más extrema, con cifras de población reducidas a una fracción y una producción de comida compuesta únicamente de trigo y maíz. Aquí en China, sin embargo, habíamos logrado salvarnos. El Comité, el Consejo Superior del Partido, la eficaz dirección de nuestro país, nos había guiado a través del Colapso con mano dura y una serie

de decisiones que el pueblo a menudo no entendía, pero que tampoco tenía posibilidad de cuestionar. Aprendí todo eso. Y siempre quería seguir. Recibir más y más, llenarme de conocimientos, pero sin reflexionar sobre lo que aprendía.

No paré hasta que di con una vieja copia en papel de *El apicultor ciego*. La traducción del inglés era pesada y torpe, pero el libro me atrajo de todos modos. Había sido editado en 2037, pocos años antes de que el Colapso fuera un hecho y ya no quedaran insectos polinizadores en la Tierra. Se lo llevé a mi profesora, le enseñé fotos de colmenas y dibujos detallados de abejas. Lo que más me interesaba eran las abejas. La reina y las crías que no eran más que larvas metidas en celdas, y toda esa miel dorada con la que se rodeaban.

La profesora nunca había visto aquel libro, pero le fascinó igual que a mí. Ella se paraba en pasajes ricos del texto y los leía en voz alta. Leía sobre conocimientos. Sobre lo de actuar a pesar del instinto: porque el ser humano sabe más, para poder vivir en la naturaleza, con la naturaleza, tenemos que alejarnos de la que hay dentro de nosotros mismos. Y sobre el valor de la educación. Porque de eso trataba de hecho la educación, de desafiar a la naturaleza en sí.

Yo tenía ocho años y solo entendía una fracción de lo que leía. Pero sí entendía la veneración de mi profesora, el que el libro la hubiese conmovido. Y entendía lo de la educación. Sin conocimiento no somos nada. Sin conocimiento somos animales.

A partir de entonces me volví metódica. No solo quería aprender por aprender, sino aprender a entender. Pronto destacué sobre el resto de la clase y fui la más joven del colegio en convertirme en Joven Pionera del Partido, con derecho a llevar el pañuelo. Había en aquello un orgullo banal. Incluso mis padres sonrieron cuando se me ató el trozo de tela roja al cuello. Pero el conocimiento me hizo sobre todo más rica. Más rica que los demás chicos. Yo no era guapa, ni atlética, ni mañosa, ni fuerte. No podía destacar en otros temas. El espejo me devolvía la imagen de una chica angulosa. Ojos demasiado pequeños, nariz demasiado grande. Ese rostro ordinario no dejaba entrever lo que llevaba dentro, algo dorado que hacía cada día merecedor de ser vivido. Y que podría significar un camino hacia otra parte.

A los diez años ya tenía cartografiadas las posibilidades. Había escuelas en otras partes del país, a más de un día de viaje, dispuestas a recibirme cuando cumpliera los quince y tuviera que empezar a trabajar en el campo. La directora del colegio me ayudó a redactar las solicitudes. Opinaba que tenía posibilidades de ser admitida. Pero costó lo suyo. Hablé con mis padres sin conseguir nada, se quedaron preocupados, me miraban como si fuera un ser extraño al que no entendían, y que ni siquiera les gustaba. La directora del colegio también intentó hablar con ellos, nunca llegué a saber lo que les dijo, pero solo contribuyó a que se mostrasen aún más tercos. No tenían dinero ni estaban dispuestos a ahorrar.

Opinaban que era yo la que tenía que adaptarse, tranquilizarse, dejar de «soñar sueños disparatados». Pero no era capaz. Así era yo. Y así sería siempre.

Me sobresaltó la risa de Wei-Wen. Sonó alta y gorjeante en el cuarto de baño, cuya acústica ampliaba el sonido.

—¡No, papá! ¡No!

Se reía mientras Kuan le hacía cosquillas y le soplaba en la tripita.

Me levanté. Metí los platos en la pila. Me acerqué a la puerta del baño y me quedé escuchando. Debería grabar la risa de Wei-Wen para poder ponérsela cuando se hiciera mayor y tuviera una voz grave.

Sin embargo, no me hizo sonreír.

Puse la mano en el picaporte y empujé la puerta. Wei-Wen estaba tumbado en el suelo, mientras Kuan le tiraba de una pernera del pantalón, haciendo como si el pantalón luchara contra él, negándose a ser quitado.

—Date un poco de prisa —le dije a Kuan.

—¿Que me dé prisa? ¡Pero si es imposible con este pantalón tan rebelde! —objetó Kuan, y Wei-Wen se rio.

—Lo estás alterando.

—¡Escucha, pantalón, deja ya de dar la lata!

Wei-Wen se rio aún más.

—Se está excitando demasiado —dije—. Luego será imposible acostarlo.

Kuan no contestó, miró hacia otra parte, pero recibió la orden. Salí del baño y cerré la puerta detrás de mí. En la cocina me apresuré a recoger los

cacharos.

Luego saqué los utensilios de escribir. Otro cuartito de hora, eso el niño sí lo aguantaría.

William

Se sentaba muchas veces junto a mi cama, con la cabeza inclinada sobre un libro, hojeando despacio, leyendo concentrada. Mi hija Charlotte, de catorce años, que debería haber tenido muchas otras cosas que hacer mejores que buscar mi muda compañía. Y sin embargo venía cada vez más a menudo, yo distinguía el día de la noche por su presencia y su eterna lectura.

Thilda no se había pasado hoy, entraba cada vez con menos frecuencia, ni siquiera traía ya al médico de la familia. Tal vez el dinero se había acabado de verdad.

Ella nunca había mencionado una sola palabra sobre Rahm. Yo lo habría sabido, incluso si ella hubiese hablado de él mientras estaba sumido en un profundo sueño. Su nombre sería capaz de despertarme del más allá. Seguramente ella no había caído en la cuenta de que la conversación durante nuestro último encuentro, la risa de él, me había traído directo hasta aquí. Hasta esta habitación, hasta esta cama.

Fue él quien me invitó a ir. Yo no sabía cuál era el motivo de su interés. Llevaba varios años sin verlo, solo habíamos mantenido alguna que otra obligatoria conversación de cortesía en las pocas ocasiones en que nos encontrábamos en la ciudad, conversaciones siempre interrumpidas por él.

Cuando fui a verlo, el otoño estaba en pleno auge. Las hojas mostraban un intenso juego de colores, amarillo claro, marrón cálido, rojo sangre, antes de que el viento hubiese tenido tiempo de arrancarlas y dejar que se pudrieran en el suelo. La naturaleza estaba rebosante de frutos, árboles cargados de manzanas, jugosas ciruelas, peras dulcísimas que chorreaban, y la tierra aún no cosechada del todo, sino llena de zanahorias crujientes y calabacines, cebollas, olorosas hierbas por los campos, todo listo para ser recolectado,

para ser comido. Uno podía vivir tan despreocupadamente como en el jardín del Edén. Mis pies se movían ligeros sobre el suelo cuando atravesé un bosquecillo cubierto por una hiedra de un color verde profundo, camino de casa de Rahm. Me hacía ilusión volver a verlo, tener tiempo para conversar seriamente con él, como habíamos hecho tiempo atrás, antes de convertirme en padre de tantos hijos, antes de que la tienda de semillas ocupara todo mi tiempo.

Me recibió en la puerta, seguía llevando el pelo cortado al cero, delgado, nervudo, fuerte. Esbozó una rápida sonrisa, sus sonrisas no duraban nunca mucho, sin embargo te calentaban, y me dejó entrar en su cuarto de trabajo, que estaba lleno de plantas y frascos de cristal; en varios de ellos vislumbré anfibios, ranas y sapos adultos, desarrollados desde su fase de renacuajos, supuse. Toda su atención estaba centrada en ese campo de las ciencias naturales. Cuando me dirigí a él tras acabar mi examen, dieciocho años atrás, fue con la esperanza de estudiar los insectos, sobre todo las especies eusociales, en las que los individuos en conjunto funcionaban casi como un solo organismo, un superorganismo. Allí estaba mi pasión, con los abejorros, las avispas, los himenópteros, las termitas, las abejas. Y las hormigas. Pero él opinó que eso tendría que ser más adelante, y yo también estuve enseguida muy ocupado con esas criaturas que no eran ni lo uno ni lo otro y que llenaban su cuarto de trabajo, criaturas que no eran insectos ni peces ni mamíferos. Yo solo era su ayudante de investigación, razón por la que no podía protestar, era un honor trabajar para él, yo lo sabía, por lo que me esforzaba más en mostrarle mi reverente agradecimiento que en plantear exigencias. Intenté imitar su fascinación y suponía que él, cuando llegara la hora, cuando llegara mi hora, me permitiría reservar algo de tiempo para mis propios proyectos. Pero ese día nunca llegó, y comprendí bastante pronto que tendría que hacer mis estudios en mi tiempo libre, empezar con lo básico e ir avanzando despacio. Pero tampoco para eso hubo tiempo, ni antes ni después de Thilda.

El ama de llaves sirvió pastas y té. Bebimos en unas tazas finas y frágiles que casi desaparecían entre los dedos, un juego que él mismo había comprado en uno de sus muchos viajes al Lejano Oriente durante los años anteriores a

que se afincara allí, en el campo.

Mientras nos tomábamos el té a pequeños sorbos, él hablaba de su trabajo. De la investigación en la que estaba ocupado, de sus últimas conferencias científicas, de su próximo artículo. Yo escuchaba y movía la cabeza asintiendo, hacía preguntas, procurando hablar de un modo culto, y volvía a escuchar. Lo miraba fijamente, deseando que nuestras miradas se cruzaran. Pero él apenas se fijaba en mí, prefería pasear los ojos por la habitación, por los objetos, como si fuera a ellos a los que hablara.

Luego se hizo el silencio, no se oía más que el sonido del viento que arrancaba las hojas marrones de los árboles. Sorbí un poco de té, el sonido se amplificó en la silenciosa habitación. El calor me subió a las mejillas, y dejé precipitadamente la taza en la mesa. Pero él no parecía haberse dado cuenta, se quedó sentado inmóvil, sin prestarme más atención.

—Hoy es mi cumpleaños —dijo por fin.

—Ah, lo siento... No tenía ni idea... ¡Pero felicidades!

—¿Sabe usted la edad que tengo ya? —preguntó, mirándome.

Vacilé. ¿Qué edad podría tener? Sería muy mayor. Bastante más de cincuenta. ¿Quizá más bien cerca de los sesenta? Me retorcí, dándome de repente cuenta del calor que hacía en la habitación, carraspeé. ¿Qué debía contestar?

Como yo no decía nada, él bajó la vista.

—No tiene importancia.

¿Estaba decepcionado? ¿Lo había decepcionado? ¿Otra vez?

Pero su rostro no expresaba nada. Dejó la taza, cogió una pasta, algo muy cotidiano, una pasta, a pesar de que la conversación que estábamos a punto de iniciar sería todo menos cotidiana, y la puso en su plato.

No se la comió, la dejó allí sin más. La habitación estaba incómodamente silenciosa. Me tocaba a mí decir algo, era mi turno.

—¿Lo va a celebrar usted? —pregunté, para arrepentirme de inmediato. ¡Qué pregunta tan tonta! Ni que fuera un niño.

Tampoco se dignó contestar, sino que permaneció sentado con el plato en la mano, pero sin comer, limitándose a mirar aquella pasta seca. Movié los dedos, la pasta se deslizó hasta el borde del plato, pero él la enderezó rápido,

salvándola en el último momento. Dejó el plato en la mesa.

—Fue usted un estudiante prometedor —dijo de repente.

Cogió aire, como si fuera a decir algo más, pero ninguna palabra salió de su boca.

Aclaré la voz.

—¿Sí?

Cambió de postura.

—Cuando usted llegó a mí, yo albergaba grandes expectativas. —Dejó las manos colgando junto al cuerpo, sentado, derecho—. Fueron su enorme entusiasmo y ardor los que me convencieron. En realidad, no había pensado en buscarme un ayudante.

—Gracias, profesor. Son palabras muy halagadoras.

Enderezó la espalda, quedándose en ángulo recto, como si él mismo fuera un alumno, y me echó una mirada veloz.

—Pero le sucedió... algo, ¿no es así?

Sentía una opresión en el pecho. Una pregunta. Era una pregunta. Pero ¿qué debía contestar?

—¿Fue cuando usted hizo la presentación de Swammerdam?

Volvió a mirarme velozmente: esa mirada suya, por regla general tan firme, vagaba.

—¿Swammerdam? Pero de eso hace muchos años —me apresuré a contestar.

—Sí, exactamente. Hace muchos años... ¿Fue allí donde la conoció?

—¿Se refiere a... mi mujer?

Su silencio confirmó mi pregunta. Sí, conocí a Thilda allí, después de la conferencia. O mejor dicho, las circunstancias me condujeron a ella. Las circunstancias... no, Rahm me llevó a ella. Fue su risa, su desdén, lo que me hizo mirar hacia otro lado, hacia ella.

Quería hablar de eso, pero no encontré las palabras. Como seguía en silencio, él se inclinó hacia delante y carraspeó ligeramente.

—¿Y ahora?

—¿Ahora?

—En realidad, ¿por qué ha tenido usted hijos?

Lo último lo dijo en una voz más alta, una voz a punto de quebrarse, y me miró con fijeza: una helada había crecido dentro de él.

—¿Por qué...? —Miré a otra parte, incapaz de toparme con la dureza de su mirada—. No sé... Es lo que se suele hacer...

Puso los brazos sobre las rodillas, acobardado y exigente al mismo tiempo.

—¿Es lo que se suele hacer? Pues, sí, tal vez sea así. ¿Pero por qué usted? ¿Qué les transmite usted a ellos? ¿Qué les da usted?

—¿Que qué les doy? Comida, ropa.

De repente levantó la voz.

—¡No me venga con su maldita tienda de semillas!

Se reclinó de nuevo en la silla, como si quisiera mantenerme a distancia, y se frotó las manos en las rodillas.

—No... —Luché contra ese niño de diez años maltratado que había dentro de mí, intentando mantenerme quieto, pero me di cuenta de que estaba temblando. Mi voz era clara y forzada cuando por fin conseguí decir algo más—: Yo quiero, pero lo que pasa es... como comprenderá, profesor... el tiempo no me alcanza.

—¿Qué quiere usted que diga? ¿Que me parece aceptable? —Se levantó—. ¿Aceptable que usted no dé para más? —Se quedó de pie delante de mí, se acercó un paso, creció, se hizo grande y oscuro—. ¿Aceptable que usted aún no haya terminado de escribir ningún artículo científico? ¿Aceptable que sus estantes estén llenos de libros no leídos? ¿Aceptable que yo le haya dedicado tanto tiempo y usted aún no haya conseguido en esta vida más de lo que consigue cualquier verraco?

La última palabra se quedó vibrando en el aire entre nosotros.

Un verraco. Eso era yo para él. Un verraco.

Una débil protesta creció en mi interior. ¿En verdad me había dedicado él tanto tiempo o yo le había servido de peón para sus proyectos? ¿No era en el fondo lo que él quería de mí? ¿Que heredara su investigación para mantenerla viva, mantenerlo vivo a él? Pero me tragué las palabras.

—Es eso lo que usted desea escuchar, ¿no? —preguntó, con ojos tan vacíos como los de los anfibios que nos miraban desde los frascos de cristal—. ¿Que la vida es así? Así es la vida, eso debo decir: uno engendra, tiene crías,

instintivamente se da preferencia a sus necesidades, son bocas que alimentar, uno se convierte en animal alimentador, el intelecto cede ante la naturaleza. Usted no tiene la culpa. Y aún no es demasiado tarde. —Me miró hasta hacerme daño—. ¿Es eso lo que desea usted escuchar? ¿Que no es demasiado tarde? ¿Que su tiempo llegará?

De repente se rio. Esa pequeña risa dura, sin alegría, pero llena de desdén. Fue breve, pero permaneció dentro de mí. La misma risa de antaño.

Se calló, pero no esperó a mi respuesta, seguramente sabía que yo no sería capaz de decir nada. Se limitó a acercarse a la puerta y abrirla.

—Lamento tener que pedirle que se vaya. Tengo trabajo que hacer.

Me dejó sin despedirse y pidió a la criada que me condujera a la puerta. Yo volví a mis libros, pero no saqué ninguno. Ni siquiera pude mirarlos. Me metí en la cama, quedándome allí, quedándome aquí, mientras los libros se llenaban de polvo... Todos esos textos que yo en su día había deseado leer y entender.

Seguían allí, sin organizar ni clasificar, algunos con el lomo más sobresaliente que otros, como una dentadura desigual en la estantería. Me di la vuelta para no tener que verlos. Charlotte levantó la cabeza, se dio cuenta de que me había despertado y dejó enseguida el libro que estaba leyendo.

—¿Tiene sed?

Se levantó, fue a por una jarra y me la acercó.

Yo volví la cabeza y miré hacia otro lado.

—No. —Escuché el tono rudo de mi voz y me apresuré a añadir—: Gracias.

—¿Quiere alguna otra cosa? El médico ha dicho...

—Nada.

Volvió a sentarse y me miró muy de cerca, como estudiándome.

—Tiene mejor aspecto. Más despierto.

—No digas tonterías.

—Sí, a mí me lo parece. —Sonrió—. Al menos me contesta.

Me callé, ya que más palabras reforzarían la impresión de mejoría, y dejé que el silencio confirmara lo contrario. Aparté la mirada, como si ya no contara con ella.

Pero ella no se dio por vencida, se quedó de pie junto a mi lecho, me cogió

las manos, las frotó y las volvió a dejar. Entonces dijo por fin lo que obviamente había estado guardando dentro.

—¿Dios te ha abandonado, padre?

Ojalá hubiera sido todo tan sencillo que hubiera tenido que ver con Nuestro Señor. Para la pérdida de la fe solo había un remedio: volver a encontrarla.

Durante mis estudios me sumergí en la Biblia. Me acompañaba a todas partes, en la cama cada noche. Yo buscaba siempre la relación entre ella y mi ciencia, entre los pequeños milagros de la naturaleza y las grandes palabras en el papel. Me fascinaban sobre todo las epístolas paulinas. No sabría decir el número de horas que había dedicado a estudiar las Cartas del Apóstol Pablo a los Romanos, porque en ellas se encontraban muchos de sus pensamientos principales, era lo más cerca que uno podía estar de la teología paulina. «Liberados del pecado, os habéis hecho esclavos de la justicia». ¿Qué significaba eso? ¿Que solo es verdaderamente libre el que es esclavo? Hacer lo correcto puede ser una cárcel, un presidio, pero se nos había enseñado el camino. Entonces ¿por qué no lo lográbamos? Ni siquiera en el encuentro con la mismísima obra de la creación, tan abrumadora que te hace perder el aliento, el ser humano lograba hacer justicia.

Nunca encontré una respuesta, y cada vez con menos frecuencia sacaba el pequeño cuaderno negro. Estaba cogiendo polvo en el estante, junto a todos los demás libros. ¿Qué podía decir ahora? ¿Que esto, mi llamado lecho de enfermo, era algo demasiado banal y abyecto como para tener algo que ver con Él? ¿Que todo radicaba única y exclusivamente en mí, en mis elecciones, en la vida que había llevado?

No. Tal vez otro día, pero hoy no. De manera que no contesté a mi hija, me limité a hacer un leve gesto negativo con la cabeza, como si me estuviera quedando dormido.

Ella permaneció conmigo hasta que debajo de nosotros la casa quedó en silencio. La oía pasar las páginas del libro —leía deprisa—, los sonidos de la muselina cuando a veces cambiaba de postura. Al parecer, estaba encadenada a los libros de la misma manera que yo a la cama, aunque ella era lo bastante inteligente como para saber que no le serviría de nada. La erudición sería en

su caso tiempo perdido, nunca llegaría a necesitarla, simplemente porque era una hija, no un hijo.

Pero de repente la interrumpieron. Se abrió la puerta. Pasos rápidos sonaron por el suelo.

—¿Qué haces aquí? —Era la voz severa de Thilda, seguramente acompañada por la mirada igual de severa a Charlotte—. Es hora de acostarse —prosiguió, como si eso en sí fuera una orden—. Tienes que fregar los cacharros de la cena. Y a Edmund le duele la cabeza, quiero que pongas agua a hervir para hacerle un té.

—Sí, madre.

Los pies de Charlotte en el suelo al levantarse de la silla, el libro depositado en la consola. Sus pasos ligeros hacia la puerta.

—Buenas noches, padre.

Y desapareció. Su calma fue sustituida por los ruidosos pasos de Thilda. Se acercó al hogar con movimientos sonoros y cerrados y echó más carbón. Se ocupaba ella misma, hacía tiempo que la criada había tenido que buscarse otro trabajo, y ahora Thilda sufría a diario el tener que ocuparse del fuego, un sufrimiento que se esforzaba muy poco por ocultar, o más bien lo subrayaba al acompañar todos sus movimientos de suspiros y gemidos.

Cuando por fin hubo acabado, se quedó de pie sin moverse. Pero yo solo tuve un instante de silencio antes de que pusiera en marcha su orquesta habitual. No necesitaba verlo para saber que ella estaba junto al fuego, dando vía libre a las lágrimas. Lo había visto muchas veces antes, y el sonido era inconfundible. El chisporroteo del carbón acompañaba sus gimoteos. Me di la vuelta, puse la oreja sobre la almohada para reducir el sonido a la mitad, pero sin mucha suerte.

Pasó un minuto. Luego dos. Tres.

Entonces por fin lo dejó, y concluyó la lamentación sonándose ruidosamente la nariz. Se daría cuenta de que tampoco ese día llegaría a ninguna parte. Los mocos calientes del cuerpo le chorrearon por la nariz, con sonidos casi mecánicos. Así estaba siempre, llena de mucosidad, llorara o no. Excepto debajo de mí. Allí estaba tristemente seca y fría. Y sin embargo me había dado ocho hijos.

Me tapé la cabeza con la manta, quería librarme de ese sonido.

—William —dijo en tono mordaz—. Veo que no estás dormido.

Intenté respirar tranquilamente.

—Lo veo.

Ahora más alto, pero no era razón suficiente para que me moviera.

—Vas a tener que escucharme.

Lloriqueó con más fuerza.

—He tenido que despedir a Alberta. Ahora la tienda está vacía. No me ha quedado más remedio que cerrar.

¿No sería verdad? No pude dejar de revolverme. ¿La tienda cerrada? Vacía. Oscura. ¿La que tenía que dar de comer a todos mis hijos?

Ella debió de darse cuenta de mi movimiento, porque se acercó más.

—Hoy he tenido que pedir crédito al tendero. —Su voz seguía ahogada, como si en cualquier momento pudiera echarse a llorar de nuevo—. Hice toda la compra a crédito. Y él me miró con compasión. Pero no dijo nada. Es un caballero.

Lo último se ahogó en un gemido.

Un caballero. Al contrario que el que suscribe. Que seguramente no despertará mucha admiración en el entorno, y menos aún en mi mujer, yo, aquí acostado, sin sombrero ni bastón, sin monóculo ni buenas maneras. Tan malas maneras tenía que dejaba a mi familia en la estacada.

Y ahora las circunstancias habían empeorado de forma considerable. Con la tienda cerrada, la familia no se las arreglaría sin mí durante un largo periodo de tiempo, pues era muy necesario para todos que el negocio siguiera funcionando todos los días. Porque eran las semillas, las especias y los bulbos lo que les procuraba la comida en la mesa a todos.

Debía levantarme, pero no podía, ya no sabía cómo. La cama me paralizaba.

Y Thilda me dio por perdido también hoy. Respiró hondo, un suspiro profundo y tembloroso. A continuación se sonó por última vez, a lo mejor para asegurarse de que cada gotita de moco había abandonado ya la zona de la nariz.

El colchón se quejó cuando ella se acostó. Yo no lograba entender cómo

soportaba compartir cama con mi cuerpo sudado y sucio. En realidad mostraba lo testaruda que era.

Su respiración se fue calmando poco a poco, para por fin pasar a un pesado sueño, profundo y auténtico, completamente diferente al mío.

Me volví. La luz de la estufa ondeaba en su rostro, las trenzas largas reposaban sobre la almohada, liberadas del apretado moño en la nuca, el labio superior ocultaba el inferior, confiriéndole un aspecto obstinado, como de una vieja sin dientes. Me quedé contemplándola, intentando encontrar aquello que había amado y que había deseado, pero el sueño me llegó antes de lograrlo.

George

Emma tenía razón en lo de la nieve. Ya al día siguiente, el agua chorreaba por todas partes, tanto que ahogaba los demás sonidos. Y el sol abrasaba las tablas de madera de la casa, palideciendo un poco más aún el color de la pared que daba al sur. La temperatura había subido bastante, haría calor suficiente para el vuelo de limpieza de las abejas. Ellas no evacúan en la colmena, son bichos limpios. Pero cuando por fin brilla el sol, vuelan fuera para vaciar los intestinos. En realidad era lo que yo esperaba, que el invierno se marchara ahora, mientras Tom estaba en casa. Porque entonces él podría venir conmigo a las colmenas y ayudarme a limpiar las bandejas inferiores. Incluso les había dicho a Jimmy y a Rick que no vinieran, para que Tom y yo pudiéramos trabajar a solas. Pero al final no fuimos hasta el jueves, solo tres días antes de que él tuviera que marcharse.

Había sido una semana tranquila. Ambos dábamos vueltas uno alrededor del otro. Emma estaba entre los dos, charlando y riéndose como de costumbre. Era evidente que ponía todo su empeño en encontrar comida adecuada para Tom, sacándose de la manga un montón de platos de pescado; al parecer, de repente tenían un montón de pescado «fascinante» y «sabroso» en la sección de congelados de la tienda. Y Tom se lo agradecía cada vez: «Qué comida tan rica, mil gracias». Tras degustar una de esas comidas, solía quedarse sentado junto a la mesa de la cocina leyendo unos libros peligrosamente gordos, aporreando sin parar el ordenador o inmerso en una especie de crucigramas japoneses, que él llamaba sudokus. Al parecer, no se le ocurría pensar que podía ir a algún otro sitio. O que el sol de repente brillaba fuera, como si alguien hubiese puesto una bombilla más potente.

Yo me busqué cosas que hacer, claro que yo también podía estar ocupado.

Un día me fui incluso a Autumn a comprar pintura para la casa. Pintando la pared que daba al sur, noté que el sol me calentaba la nuca. Y supe que podíamos arriesgarnos a dar una vuelta por las colmenas. En realidad tampoco haría falta limpiar todavía las bandejas inferiores, pero sería la última posibilidad para Tom, y tampoco haría daño empezar con un par de colmenas. Las abejas llevaban ya un rato fuera, trayendo polen cuando brillaba el sol.

Todo eso solía gustarle. Solía acompañarme siempre. En el transcurso del invierno, Jimmy y yo limpiábamos un par de veces los agujeros de vuelo, pero, aparte de eso, dejábamos a las abejas en paz, por lo que siempre era algo especial estar fuera entre las colmenas por primera vez. Volver a ver a las abejas, oír el zumbido familiar, eso era la alegría del reencuentro, como en una fiesta con viejos amigos del colegio.

—Necesito ayuda con las bandejas inferiores —dije.

Me había vestido ya, estaba con las botas y el mono en medio de la habitación, con inquietud en las piernas, con ilusión. Llevaba el velo subido, así veía mejor. También había cogido más equipamiento, que estaba mostrando con las dos manos.

—¿Ya? —preguntó él, sin levantar la vista. Era más pesado que la miel. Seguía sentado, pálido por el resplandor del ordenador, con los dedos en el teclado.

De repente me di cuenta de que le estaba acercando demasiado el traje y el sombrero, como si fuera a darle un regalo que él no quería. Me puse las dos cosas bajo el brazo y apoyé la otra mano en el costado.

—Lo que hay debajo se está pudriendo. Ya lo sabes. A nadie le gusta vivir entre mierda. A ti tampoco, aunque supongo que esas habitaciones de estudiantes no suelen estar muy limpias que digamos.

Intenté reírme, pero seguramente sonó más a un croar de rana. Además, mi mano se encontraba en un ángulo muy extraño. La quité de la cadera. Se me quedó colgando inmóvil a un lado, la notaba como vacía, me rasqué la frente solo para emplearla en algo.

—Siempre sueles esperar unas semanas más, ¿no?

Él levantó la vista. Sus bonitos ojos me miraron fijamente.

—No, no es así.

—Papá...

Se dio cuenta de que le estaba mintiendo. Me miró con una ceja levantada, de repente había en él algo sarcástico.

—Hace calor suficiente —me apresuré a decir—. Y solo vamos a ocuparnos de unas cuantas. Te librarás del resto. Yo me encargaré de eso con Jimmy y Rick la semana que viene.

Una vez más intenté alcanzarle el traje y el sombrero, pero él no los cogió. En realidad, no hizo ademán de moverse, solo un movimiento hacia el ordenador.

—Estoy haciendo un trabajo.

—¿No estás de vacaciones?

Dejé las cosas delante de él en la mesa. Intenté mirarlo con determinación, decirle con los ojos que hiciera el favor de ayudar, ahora que por fin había tenido a bien darse una vuelta por casa.

—Nos vemos fuera en cinco minutos.

Teníamos trescientas veinticuatro colmenas. Trescientas veinticuatro reinas, cada una con su colonia de abejas, colocadas en distintos lugares del distrito, raramente más de veinte en cada emplazamiento. Si hubiéramos vivido en otro estado podríamos haber tenido hasta setenta colmenas juntas. Conocía a un apicultor en Montana que tenía cerca de cien juntas en el mismo sitio. La región era tan fértil que las abejas solo necesitaban volar unos metros para encontrar todo lo que necesitaban. Pero aquí, en Ohio, la agricultura era demasiado especializada. Kilómetro tras kilómetro de maíz y habas de soja. Poco acceso al néctar, las abejas no tenían de qué vivir.

Emma siempre había pintado las colmenas, todas y cada una de ellas, de colores de golosinas. Rosa, turquesa, amarillo claro y una especie de verde pistacho, tan artificial como esas golosinas con sustancias de números E. A ella le resultaban divertidas. Por mí podrían haberse quedado blancas, como eran antes. Mi padre siempre las pintó de blanco, lo mismo que su padre y el padre de su padre antes que él. Solían decir que lo que contaba era el interior, lo importante era el aspecto de la colmena por dentro. Pero Emma opinaba que a las abejas les gustaban así, que resultaba más personal. Quién sabe, a lo

mejor tenía razón. Y yo tuve que admitir que ver esos cubos de color plantados por la naturaleza, como si un gigante hubiese perdido sus golosinas, siempre me hacía sentir calor por dentro.

Empezamos por la pradera entre la granja de Menton, la carretera principal y el estrecho río Alabast, que tan al sur, a pesar de su elegante nombre, no era mucho más grande que un arroyo. Allí tenía agrupadas la mayoría. Veintiséis colonias. Empezamos con una colmena color rosa intenso. Era bueno ser dos. Tom levantaba la caja mientras yo cambiaba la bandeja. Quitaba la vieja, que estaba llena de porquería y abejas muertas del invierno, y ponía una nueva y limpia. El año anterior habíamos invertido en modernas bandejas inferiores de tela metálica y bandejas añadidas sueltas. Fue mucho dinero, pero mereció la pena. Mejoró la ventilación y simplificó la limpieza. La mayoría de los que trabajaban a nuestra escala dejaron de cambiar las bandejas inferiores en aquella época, pero yo no tenía fe en esas chapuzas. Quería que mis abejas se sintieran a gusto.

Durante el invierno se había acumulado mucha mierda en la bandeja inferior, pero, por lo demás, todo parecía estar en orden. Tuvimos suerte, las abejas se mantuvieron quietas, sin echar a volar. Me gustaba ver a Tom en el campo. Trabajaba deprisa, con experiencia, de vuelta al lugar al que pertenecía. Algunas veces estaba a punto de doblar la espalda, pero entonces yo le paraba.

—Usa las piernas.

Yo conocía a más de uno que había tenido prolapso, tortícolis y muchos problemas de espalda por haber usado mal el cuerpo al levantar peso. Y la espalda de Tom tendría que durar muchos años, aguantar mil esfuerzos.

Estuvimos trabajando sin pausa hasta la hora de comer. No hablamos mucho, solo intercambiamos unas cuantas palabras, y únicamente sobre el trabajo. «Ayúdame aquí, sí, muy bien». Yo esperaba todo el rato que me pidiera una pausa, pero no lo hizo. Cuando eran ya cerca de las doce, mi estómago pedía comida a gritos, así que fui yo quien tuvo que proponer comer algo.

Nos sentamos en el borde de la plataforma de carga, con las piernas colgando. Me había llevado un termo con café y unos sándwiches. La

mantequilla de cacahuete había penetrado en el pan esponjoso y las rebanadas estaban pringosas, pero es increíble lo bueno que sabe todo cuando el aire está limpio y trabajas en la naturaleza. Tom no dijo nada. Ese hijo mío no era un charlatán, de eso no había duda. Pero era lo que él quería, a mí no me importaba. Había conseguido sacarlo de casa, eso era lo más importante. Esperaba que disfrutara un poco y que fuera un buen reencuentro con las colmenas.

Yo ya había acabado de comer y bajé al suelo de un salto para volver al trabajo, pero Tom seguía comiendo, dando minúsculos bocados y estudiando detenidamente la rebanada de pan como si le pasara algo.

Y entonces dijo de repente:

—Tengo un profesor de inglés muy bueno.

—¿Ah sí? —dije, y me detuve. Intenté sonreír, aunque había algo en esa manera de decir algo tan normal que el estómago me dio un vuelco—. Eso está bien.

Dio otro bocado. Masticó sin conseguir tragárselo.

—Me anima a escribir más.

—¿Más? ¿Más de qué?

—Dice que...

Enmudeció. Dejó el sándwich, cogió la taza de café, pero no bebió. En ese instante descubrí que le temblaba un poco la mano.

—Dice que escribo con una voz especial.

¿Una voz? Tonterías de universitarios. Hice una mueca burlona, incapaz de tomarme en serio ese tipo de cosas.

—Eso podría habértelo dicho yo hace tiempo —contesté—. Sobre todo cuando eras pequeño. Alta y chillona era tu voz. Qué alivio cuando te cambió. Y no fue muy pronto que digamos.

No sonrió con la broma. Seguía callado.

Se me borró la sonrisa. Él quería decir algo, de eso no había duda. Estaba guardándose para él algo muy grande, y yo sospechaba que se trataba de algo que yo no tenía ninguna gana de escuchar.

—Menos mal que los profesores están contentos contigo —dije por fin.

—Me anima muchísimo a escribir más —añadió él en voz baja, con énfasis

en «muchísimo»—. Dijo que debería solicitar una beca y seguir con ello.

—¿Seguir?

—Hacer un doctorado.

Se me encogió el pecho, se me tensó el cuello, noté el sabor empalagoso a mantequilla de cacahuete en la boca, pero no logré tragar.

—Así que eso ha dicho.

Tom asintió con un gesto de la cabeza.

Intenté mantener la voz serena.

—¿Cuántos años dura un doctorado de esos?

Se limitó a mirarse las puntas de los zapatos sin contestar.

—Yo no voy ya para joven —proseguí—. Las cosas no marchan por sí solas aquí arriba.

—Ya lo sé —dijo él—. Pero tienes ayuda.

—Jimmy y Rick van y vienen cuando les da la gana. No es su granja. Además, no trabajan gratis.

Retomé el trabajo, llevé las bandejas sucias a la plataforma de carga, la madera de los marcos dio contra el metal produciendo un ruido sordo. Pues sí, otros profesores de Tom ya nos habían dicho que al chico se le daban bien las palabras. Siempre había sacado la mejor nota en inglés, estaba claro, a su cabeza no le pasaba nada. Pero nosotros no pensábamos en el inglés cuando lo mandamos a la universidad. Fue para que aprendiera economía y *marketing*, cosas así, con el fin de preparar la granja para el futuro. Ampliar, modernizar, conseguir un funcionamiento más eficaz. Y quizá una buena página web. Esas eran las cosas que él aprendería. Para eso habíamos ahorrado y economizado en todo desde que era un bebé, para que estudiara. Durante esos años no nos habíamos permitido unas solas vacaciones para los tres, ni unas. Todo había ido a parar a la cuenta para su educación.

¿Y un profesor de inglés qué sabía? Estaría sentado en su polvoriento despacho de universidad lleno de libros que fingía haber leído, sorbiendo té con la bufanda puesta y arreglándose la barba con tijeras de bordar. Pero daba «buenos consejos» a jóvenes que casualmente escribían bien, sin saber una mierda de lo que estaba poniendo en marcha.

—Hablaremos de eso más tarde —dije.

No llegamos a hacerlo. Se marchó antes de que nos diera tiempo. Yo decidí que para mí «más tarde» sería mucho más tarde. O quizá fuera él el que lo decidiera. O tal vez Emma. Pues Tom y yo no nos quedamos solos ni una vez el resto del tiempo que estuvo en casa. Emma arrullaba a nuestro alrededor como una paloma zurita drogada, ordenando, charlando sin parar de absolutamente nada. Yo tenía una larga lista de cosas que tendría que haber hecho, viejas colmenas que necesitaban mantenimiento, encargos que tenía que atender. Pero me faltaban las fuerzas. Era como si todo el tiempo tuviera algo de fiebre. Pero no tenía fiebre. Incluso lo comprobé. Subí a escondidas al cuarto de baño a buscar un termómetro en el fondo del maletín de primeros auxilios. Era de color azul claro con ositos, Emma se lo había comprado a Tom cuando era pequeño. En las instrucciones ponía que era un termómetro excepcionalmente rápido, para no molestar a los niños más de la cuenta. Pero necesitaba su tiempo. En alguna parte de la casa oía el arrullar de Emma, y a Tom, que contestaba de vez en cuando. Y allí estaba yo, con esa punta fría de metal metida en el culo, la misma que seguramente habría estado cientos de veces en el trasero de mi hijo. Emma no era de las que evitaban comprobar la temperatura, y yo noté una vez más que se me estaban cerrando los ojos, mientras esperaba ese pequeño pitido que me avisaría de que el cuerpo estaba como debía estar, aunque yo lo sentía como si hubiera corrido una maratón, o como yo pensaba que uno se sentiría en esos casos.

Cuando por fin pude descartar la fiebre, me fui, no obstante, a acostarme sin decirles nada. Ellos siguieron con sus cosas.

El arrullar continuó hasta que el chico estuvo sentado en el autobús. Entonces, con Tom dentro, con su cara pegada a la ventanilla de atrás y el alivio pintado en su rostro, ella se calló por fin.

Nos quedamos saludando con la mano tan automáticamente como si funcionáramos con pilas, la mano de ambos subiendo y bajando a la vez. Los ojos de Emma se pusieron brillantes, o quizá solo fuera el viento, pero no lloraba, gracias a Dios.

El autobús se puso en marcha, la cara de Tom relucía pálida, volviéndose cada vez más pequeña, recordándome de repente a otra vez que se marchó en

autobús. También entonces su cara lucía, pálida de alivio. Pero también de miedo.

Moví la cabeza. Quería deshacerme del recuerdo.

Por fin el autobús desapareció en la curva. Bajamos la mano a la vez, nos quedamos mirando el punto donde desapareció, como si fuéramos lo bastante tontos como para creer que de repente volvería.

—Bueno —dijo Emma—. Ya está.

—¿Ya está? ¿Qué quieres decir?

—Que solo lo tenemos de prestado.

Se secó una lágrima que el viento le arrancó del ojo izquierdo.

Me quedé con las ganas de contestar algo fuerte, pero no lo hice. Sentía mucho respeto por esa lágrima. De modo que di la vuelta y empecé a caminar hacia el coche.

Emma vino lentamente detrás de mí. Al parecer también ella había encogido.

Me senté al volante, pero no conseguí encender el motor. Tenía la mano muy floja, como agotada de tanto moverse en la despedida.

Emma se puso el cinturón, siempre tenía mucho cuidado con eso, y se volvió hacia mí.

—¿No vas a arrancar?

Quería levantar la mano, pero no lo logré.

—¿Habló contigo? —dije al volante.

—¿Cómo? —preguntó Emma.

—De sus planes. Del futuro.

Se quedó callada unos instantes, luego añadió en voz baja:

—Sabes que siempre le ha encantado escribir.

—A mí me encanta *Star Wars*. Pero no por eso me he convertido en jedi.

—Parece que tiene un talento especial.

—¿Entonces tú lo apoyas? ¿Te parece bien su plan? ¿Inteligente? ¿Una buena elección?

Me volví hacia ella y estiré el cuello, intentando hacerme el duro.

—Yo solo quiero que sea feliz —dijo con voz dócil.

—¿Eso quieres?

—Sí, eso es lo que quiero.

—¿Se te ha ocurrido pensar que tiene que vivir? ¿Ganar dinero cuando llegue el momento?

—Pero su profesor ha dicho que el chico tiene algo que ofrecer.

Allí estaba ella, con su gran mirada abierta, sincera hasta la médula, nada enfadada, solo convencidísima de llevar la razón.

Apreté las llaves del coche en la mano, de repente me di cuenta de que me estaba haciendo daño, pero era incapaz de soltarlas.

—¿Has pensado en lo que haríamos entonces con la granja?

Permaneció callada. Un buen rato. Miró hacia otro lado, jugueteó con la alianza, sacándosela hasta por encima de la primera articulación del dedo. Apareció debajo la marca blanca en la piel, la huella del anillo que llevaba allí veinticinco años.

—Nellie llamó la semana pasada —dijo por fin al aire, no a mí—. Hace ya calor de verano en Gulf Harbors. Veinte grados en el agua.

Otra vez sacaba el tema. Gulf Harbors. Como de pasada, aunque el nombre de esa urbanización me alcanzaba como una teja en la cabeza cada vez que lo mencionaba.

Nellie y Rob eran amigos nuestros desde la infancia. Por desgracia, se habían ido a vivir a Florida. Desde que se fueron, Emma no había parado de darme la lata, no solo con visitar ese llamado oasis cerca de Tampa, sino también con mudarnos allí nosotros. Cada dos por tres Emma me enseñaba nuevos anuncios de casas en Gulf Harbors. Muy barata. Lleva tiempo anunciada. Podría ser una ganga. Muelle y piscina, recién reformada, playa y pista de tenis compartidas, como si a nosotros nos hiciera falta, bueno, al parecer había incluso delfines y vacas marinas chapoteando justo delante de casa. ¿Quién necesitaba algo así? ¿Vacas marinas? Qué bestias tan feúchas.

Nellie y Rob presumían muchísimo de todo aquello. Tenían montones de nuevos amigos, decían, y los nombraban a todas horas: Laurie, Mark, Randy, Steven. Todas las semanas comían todos juntos en la casa social de la urbanización, menú completo por solo cinco dólares, con tortitas, beicon, huevos y patatas fritas. Y ahora intentaban hacernos ir allí a todos, sí, sí, no solo a nosotros, al parecer querían llevarse al sur a todo el pueblo de Autumn.

Pero yo sabía por qué era en el fondo. Porque se sentían solos allí abajo en su canal de aguas profundas. Era tristísimo vivir tan lejos de la familia y de los amigos, haber huido de lo que les había rodeado toda la vida. Además, el verano en Florida era lo más parecido al infierno, húmedo, caluroso y horrible, con unas tormentas locas varias veces al día. Y aunque el invierno seguramente esté bien, con temperaturas veraniegas y pocas lluvias, ¿quién quiere vivir sin un invierno de verdad? ¿Sin nieve y frío? Todo esto se lo había dicho muchas veces a Emma, y sin embargo no se daba por vencida. Opinaba que deberíamos hacer planes, planes para la vejez. Ella no entendía que eso era precisamente lo que yo había hecho. Yo quería dejar detrás de mí algo de verdad, una herencia, en lugar de hacerme con una casa de vacaciones medio vieja e imposible de vender. Pues sí, yo había leído algo sobre el mercado inmobiliario actual en Florida. Había investigado un poco. Existían muchas razones por las que esas casas no se vendían tras el primer fin de semana que se anunciaban, por así decirlo.

Pero yo tenía un plan diferente. Algunas inversiones nuevas. Más colmenas. Muchas más. Carretillas. Elevadoras. Remolques. Empleados fijos. Conseguir algunos acuerdos con granjas de California, Georgia, tal vez Florida.

Y Tom.

Era un buen plan. Realista. Sensato. Dentro de nada Tom tendría mujer e hijos. Entonces convendría que su padre lo tuviera todo bien planeado, que la granja funcionara, que estuviera bien conservada y gestionada, que la actividad estuviera modernizada, que Tom hubiese trabajado en ella el tiempo suficiente como para conocer a fondo el oficio. Y que incluso hubiera algo de dinero en el banco. Eran tiempos inseguros. Yo creaba seguridad. Yo, y solo yo, creaba seguridad para esta familia. Un futuro. Pero al parecer nadie se había dado cuenta.

Me cansaba pensarlo, pensar en el plan. Antes me había dado fuerzas para trabajar más, ahora el camino por delante se mostraba largo y tortuoso, como unos carriles llenos de barro en la lluvia del otoño.

No tenía fuerzas para contestar a Emma. Metí la llave en el contacto, que estaba chorreando de sudor y me había hecho una marca roja en la palma de

la mano. Tendría que ponerme en marcha antes de quedarme dormido. Ella no levantó la vista, se había quitado el anillo, estaba masajeándose el trozo de piel blanco. No podría mentirme, y sin embargo estaba dispuesta a poner nuestra vida entera en juego.

Tao

—¿Apagas tú la luz? —Kuan se volvió hacia mí, pálido de cansancio.

—Voy a acabar de leer esto y ya.

Seguí leyendo el viejo libro sobre pedagogía infantil. Me escocían los ojos, pero no quería dormirme aún. No dormir, no despertarme, no tener que salir al nuevo día.

Él suspiró a mi lado. Se tapó la cabeza con la manta para que la luz no le molestara. Transcurrió un minuto. Dos.

—Tao... por favor, en seis horas tenemos que levantarnos.

No contesté, me limité a hacer lo que me pidió.

—Buenas noches —dijo en voz baja.

—Buenas noches —respondí, volviéndome hacia la pared.

El sueño estaba a punto de atraparme cuando noté que sus manos se metían por debajo de mi camiseta. Reaccioné instintivamente, incapaz de no disfrutar de sus manos tocándome, y sin embargo intenté apartarlas. ¿No estaba cansado? ¿Por qué me había pedido que apagara la luz si lo que quería era esto?

Las manos desaparecieron, pero seguí oyendo su respiración ligera. Luego carraspeó, como si hubiera algo que necesitaba decir.

—¿Te ha ido todo... bien hoy?

—¿Qué quieres decir?

—Se te ha olvidado qué día es hoy.

—No. No se me ha olvidado.

No dije que esperaba que a él se le hubiese olvidado, para no tener que sumirnos en esa conversación.

Me acarició el pelo con cariño, ya no insinuante.

—¿Ha sido soportable?

—Un poco más fácil cada año que pasa —respondí, segura de que eso era lo que quería escuchar.

—Estupendo.

Volvió a deslizar la mano por mi pelo, luego la hizo desaparecer debajo de su manta.

El colchón se onduló suavemente cuando se dio la vuelta tal vez para dormir bocabajo, como a él le gustaba. Luego volvió a murmurar buenas noches. A juzgar por el sonido, ya había apartado la cara. Al poco rato estaba profundamente dormido.

Pero yo seguía despierta.

Cinco años.

Hacía cinco años que mi madre se había marchado.

No, no es que se marchara. Fue enviada a alguna parte.

Mi padre murió cuando yo tenía diecinueve años. Él solo tenía cincuenta y muy pocos, pero su cuerpo era mucho más viejo. Los hombros, la espalda, las articulaciones, todo lo tenía desgastado después de tantos años subido a los árboles. Cada día le costaba más moverse. Tal vez también le circulara peor la sangre por las venas, porque un día que se le metió una astilla en el dedo, la herida no se le curaba.

Como hombre que era tardó demasiado en pedir ayuda. Y cuando por fin el médico consiguió permiso para suministrarle un antibiótico, a pesar de que mi padre en el fondo era demasiado viejo para el privilegio de recibir esa clase de costoso tratamiento, ya era demasiado tarde.

Mi madre se recuperó sorprendentemente rápido tras su fallecimiento. Decía todas las cosas correctas, era optimista. Todavía soy joven, decía con una sonrisa valiente, le quedaba aún mucha vida por delante. A lo mejor incluso algún día conocería a otro hombre.

Pero no eran más que palabras. Porque temblaba de la misma manera que lo hacen los pétalos antes de caer cuando termina la época de floración. Había viento en su mirada, imposible de captar.

Al poco tiempo era incapaz de presentarse al trabajo en el campo. Se quedaba en casa. Siempre había sido delgada, entonces dejó de comer casi

por completo. Empezó a moquear, toser, estaba cada vez más débil, y pronto contrajo una pulmonía.

Un día que fui a verla, no me abrió la puerta. Llamé varias veces al timbre, pero no ocurrió nada. Saqué una llave de su casa que llevaba conmigo y abrí.

El piso estaba ordenado y limpio, solo quedaban los viejos muebles que pertenecían a la vivienda. Todas sus cosas habían desaparecido; el cojín en el que apoyaba la espalda en el sofá, el bonsái que tanto cuidaba, la manta bordada que le gustaba doblar y ponerse sobre los muslos, como si tuviera más frío ahí que en otras partes del cuerpo.

Esa misma tarde me enteré de que la habían enviado al norte. Se encontraba bien, me aseguró el jefe de salud del distrito, además me facilitó el nombre de la casa de convalecencia. Me enseñaron una película rayada del lugar. Luminoso y bonito, habitaciones grandes, techos altos, personal sonriente. Pero cuando pedí permiso para ir a visitarla, se me indicó que tendría que esperar hasta que terminara la temporada de floración.

Unas semanas más tarde me llegó el mensaje de que mi madre nos había dejado. Esas fueron las palabras que utilizaron, como si de hecho ella se hubiese levantado de la cama y se hubiese marchado. Intenté no pensar en cómo habrían sido sus últimos días. Con una tos áspera, febril, angustiada y sola. Que muriera así...

Pero yo no podría haber hecho nada. Eso dijo también Kuan. Yo no podría haber hecho nada. Lo decía una y otra vez. Yo no podría haber hecho nada, seguía diciéndome a mí misma.

Hasta que casi me lo creí.

William

—¿Edmund?

—Buenas tardes, padre.

Estaba solo, junto a mi cama. No tenía ni idea del tiempo que llevaba en la habitación. Era ya otro, más alto, y la nariz... la última vez que lo había visto era demasiado grande. La nariz suele crecer a su propio ritmo en la gente joven, dejando atrás al resto del cuerpo, pero ahora encajaba bien en la cara, que parecía haberse acomodado en torno a ella. Se había vuelto guapo, una belleza que siempre había estado latente en él, era elegante, pero vestía de un modo algo descuidado, una bufanda color verde botella colgándole del cuello, el flequillo demasiado largo, bonito, pero resultaba difícil verle los ojos. Además, estaba muy pálido. ¿No dormía lo suficiente?

Edmund, mi único hijo, el único hijo de Thilda. No pasó mucho tiempo hasta que comprendí que era totalmente suyo. Desde el día que nos conocimos, me dejó claro que su deseo más grande era tener un hijo. Cuando él nos llegó al año siguiente, la misión vital de Thilda había concluido. Dorothea y Charlotte, y más tarde las otras cinco niñas no fueron más que sombras de él. En cierto modo, yo la entendía. Las siete niñas me proporcionaban constantes dolores de cabeza. Sus eternos e imparables chillidos, bramidos, paseítos, lloriqueos, risitas, correteos, toses y —no menos importante— su parloteo tan típico de las niñas, con mucha labia, todo ese ruido desde que me levantaba hasta que me acostaba, y no solo eso, también por la noche. Siempre había una niña que lloraba a causa de un sueño, siempre alguna que entraba en el dormitorio solo en camisón, tras haberse quitado los calcetines dormida, de tal modo que sus pies desnudos chasqueaban contra las frías tablas del suelo para meterse en nuestra cama

con algún que otro sonido, unos suaves gemidos, o una exigencia casi agresiva de poder deslizarse entre nosotros.

Al parecer, les resultaba imposible estar en silencio, razón por la que se me hacía imposible trabajar, imposible escribir. Porque lo había intentado de verdad, no me había dado por vencido enseguida, como pensaba Rahm. Pero de nada sirvió. Aunque cerraba la puerta de mi cuarto con un mensaje claro a toda la familia de que padre tenía que trabajar, que ellas tenían que mostrar consideración, aunque me ponía una bufanda alrededor de la cabeza con el fin de mantener alejado el ruido, o me llenaba las orejas de lana, incluso así las oía. De nada servía. Con el transcurso de los años tenía cada vez menos tiempo para mi trabajo, y pronto no era más que un simple comerciante trajinando para satisfacer esas bocas eternamente voraces de las niñas, esas bocas que no tenían fondo. El prometedor naturalista tuvo que ceder ante un comerciante de semillas agotado y entrado en años, con pies cansados tras horas detrás del mostrador, cuerdas vocales oxidadas después del continuo parloteo con los clientes, y los dedos contando eternamente ese dinero que nunca era suficiente. Todo eso debido al ruido de las niñas.

Edmund se había quedado inmóvil, helado. Antes, su cuerpo era como el agua del mar junto a un cabo, donde se encontraban los vientos y las olas golpeándose unos a otros caóticamente, sin orden alguno. La inquietud ya no era solo física, también había penetrado en su alma. No había en él ningún sistema. En un instante podía mostrarse desde su lado bondadoso e ir a por un cubo de agua simplemente para mostrarse bueno, y al siguiente era capaz de verter el cubo en el suelo para, como él mismo explicaba, hacer un lago. Las reprimendas no causaban efecto en él. Si le alzábamos la voz, él se alejaba muerto de risa. Siempre corriendo, así lo recordaba yo, los pequeños pies nunca quietos, siempre corriendo, alejándose de alguna catástrofe que él mismo había provocado, un cubo volcado, una taza de porcelana rota, una labor de punto deshecha. Cuando eso ocurría, y ocurría a menudo, no me quedaba más opción que pillarlo, tenerlo sujeto mientras me quitaba el cinturón del pantalón. Llegué a odiar ese sonido silbante del cuero contra el textil y el tintineo de la hebilla al dar en las tablas del suelo. La preocupación por lo que vendría era a veces peor que los golpes en sí. El cuero contra la

mano y la hebilla del cinturón, me agarraba a ella, nunca pegaba por ese lado, como hacía mi padre, que siempre dejaba la hebilla volar por los aires para darme con fuerza en la espalda. Yo, en cambio, me aferraba a ella, dejando que se me hundiera en la palma de la mano, con tanta fuerza que me dejaba marcas. La piel en la espalda desnuda, las marcas rojas que florecían en la piel blanca, como lianas trepadoras. En otros niños esas marcas rojas contribuían a suavizar inquietudes, y el recuerdo del castigo quedaba fijado a su conciencia, de tal modo que la siguiente vez evitaban cometer el mismo error. Pero Edmund no. Era como si no entendiera que todos sus actos impetuosos lo conducían de nuevo al cinturón, que había una conexión entre el lago del suelo de la cocina y los golpes que venían después. Y sin embargo era mi responsabilidad continuar, yo esperaba que en el fondo él también notara mi amor, que entendiera que yo no tenía elección. Yo castigaba, por consiguiente era un padre. Pegaba mientras el llanto me oprimía el pecho, mientras me corría el sudor y me temblaban las manos, quería pegarle hasta que la inquietud le abandonara, pero nunca sirvió de nada.

—¿Dónde están los demás? —pregunté, porque la casa estaba inusualmente silenciosa.

Me arrepentí enseguida. No debería haber hecho esa pregunta. No cuando él por fin había entrado a verme. No cuando por fin estábamos solos él y yo.

Edmund se balanceó ligeramente, como si le costara encontrar el equilibrio, como si no supiera en qué pie debía apoyar el peso.

—En la iglesia.

Así que era domingo.

Intenté incorporarme en la cama. Levanté un poco la manta. Mis propios hedores me golpearon. ¿Cuándo me había lavado por última vez?

Pero si él notaba algo no lo demostró.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Por qué te has quedado en casa?

Sonó como un reproche, cuando debería ser un agradecimiento.

Él no me miraba a mí, sino a la pared de encima del cabecero de la cama. Fijamente.

—Tenía la esperanza... de poder hablar con usted —dijo por fin.

Moví lentamente la cabeza, esforzándome por no dejar que mi rostro

revelara lo increíblemente feliz que me sentía por su visita.

—Bien —dije—. Aprecio mucho verte aquí... llevo mucho tiempo esperando que vinieras.

Intenté quedarme sentado, pero era como si el esqueleto ya no fuera capaz de mantenerme erguido, de modo que tuve que apoyarme en una almohada. Eso en sí me supuso un gran esfuerzo. Resistí la tentación de subirme la manta hasta los hombros para apresar el hedor. Apenas podía soportar el olor a mí mismo. ¿Cómo era posible que no hubiese notado antes cuánto necesitaba un baño? Los pelos ralos de la barba medían ya varios centímetros, una irregular pelambreira. Tendría el aspecto de un cavernícola.

Él me miró fijamente los dedos de los pies, que sobresalían por debajo de la manta. Tenía las uñas largas y sucias. Escondí los pies y me incorporé en la cama.

—Edmund. Cuéntame. ¿Qué es lo que te preocupa?

No me miró, pero no había en él nada de timidez cuando expuso su mensaje.

—¿Quizá, padre, podría levantarse pronto?

El rubor de la vergüenza me subió por las mejillas. Thilda me lo había pedido. Las niñas me lo habían pedido. El médico me lo había pedido. Pero nunca hasta ahora Edmund...

—Aprecio infinitamente el que hayas venido —dije con la voz a punto de quebrarse—. Me gustaría explicarte.

—¿Explicar? —Se pasó una mano por el flequillo—. No necesito ninguna explicación. Solo he venido a pedirle que se levante.

¿Qué podía decir yo? ¿Qué esperaba él de mí? Di una palmada en el colchón con la mano, una invitación a que se sentara.

—Siéntate aquí, Edmund. Hablemos. ¿Qué has hecho últimamente?

Él no se movió.

—Háblame del colegio. Con esa buena cabeza que tienes, supongo que no te cuesta ningún esfuerzo.

Se estaba preparando para el otoño, cuando iría a estudiar a la capital. Habíamos ahorrado todo lo que habíamos podido para sus estudios, y ya estaba casi a punto de empezar. De repente sentí una punzada en el pecho. No

habría gastado Thilda el dinero para sus estudios, ¿no? Ahora que yo yacía inútil en la cama...

—Supongo que nada ha cambiado —dije—. Tus planes de estudios siguen en marcha, ¿no? —me apresuré a preguntar.

Asintió con la cabeza, sin entusiasmo aparente.

—Trabajo cuando encuentro inspiración.

—... Bien. La inspiración es un factor importante. —Alargué la mano hacia él—. Ven a sentarte aquí. Vamos a conversar de verdad. Hace tanto tiempo...

Pero siguió de pie.

—Tengo que... tengo que bajar.

—Solo unos minutos —dije, intentando mantener el tono ligero de la voz.

Sacudió el flequillo, y dijo sin mirarme:

—Tengo que estudiar.

Me alegró saber que estaba trabajando; sin embargo, un poco de tiempo podría sacrificar por mí, ¿no? Ahora que por fin había venido a verme.

Se le escapó un suspiro casi inaudible, pero se acercó a mí y por fin se sentó, vaciló un momento y me dio la mano.

—Gracias —dije en voz baja.

La sentí cálida y lisa. Irradiaba, convirtiéndose en un lazo entre nosotros, como si la sangre fresca del chico corriera por mi interior. Yo quería seguir así sentado, pero su inquietud siempre presente no se hizo esperar. Fue incapaz de mantener el brazo quieto, cambió de postura, se le movían los pies.

—Lo lamento, padre —dijo, levantándose de repente.

—No —dije—. No hace falta que te disculpes. Lo entiendo. Entiendo que tengas que estudiar.

Asintió. Sus ojos estaban clavados en la puerta. Lo único que deseaba era alejarse de mí, dejarme solo de nuevo.

Dio unos pasos, luego recapacitó, como si se hubiera acordado de algo, y se volvió.

—Pero, padre... ¿no puede al menos intentar buscar la voluntad suficiente para levantarse?

Tragué saliva, le debía una respuesta de verdad.

—No es la voluntad lo que falta, Edmund... es... es la pasión.

—¿La pasión? —Levantó la cabeza, al parecer la palabra había despertado algo en él—. Entonces tendrá que volver a encontrarla —se apresuró a decir—. Y dejarse llevar por ella.

Tuve que sonreír. Eran palabras grandilocuentes en ese desgarbado cuerpo.

—Sin pasión no somos nada —concluyó con una fuerza que jamás había escuchado en él.

No dijo nada más. Salió de la habitación, lo último que percibí de él fue el sonido de sus pasos sobre las tablas del suelo. Desaparecieron escaleras abajo. Yo sentí sin embargo que nunca había estado tan cerca de él como en ese momento.

Rahm tenía razón; me había olvidado de la pasión, dejándome devorar por trivialidades. No mostraba ninguna afición por mi trabajo, por eso había perdido a Rahm. Pero Edmund seguía allí, todavía podía enseñarle a él, transmitirle orgullo a él. Así nos acercaríamos el uno al otro. Mediante el honor que yo proporcionaría al apellido de la familia, nuestra relación florecería y daría frutos. De esa manera tal vez lograra reencontrar el camino hacia Rahm, y al fin y al cabo seríamos nosotros tres: padre, hijo y mentor.

Me volví de lado. Quitó la manta de mi apestoso cuerpo y me levanté. Esta vez fue definitivo.

George

Estaba en el granero construyendo colmenas. Me dedicaba a menudo a ello en esta época del año. Cuando la primavera estaba dispuesta, la naturaleza preparada a reventar de verde y todo el mundo estaba muerto de ganas de salir a disfrutar, yo me quedaba dentro bajo crepitantes tubos de neón, carpinteando como un loco. Este año más que nunca. Emma y yo no habíamos hablado mucho desde que Tom se fue. Yo me pasaba la mayor parte del tiempo en el granero. Para ser sincero, tenía miedo de entablar conversación con ella. Emma se manejaba mejor que yo con las palabras, les pasa a casi todas las mujeres, y no pocas veces conseguía lo que quería. A menudo también ella tenía razón, cuando yo había tenido tiempo de reflexionar un poco. Pero esta vez no. Eso sí lo sabía.

Y por ese motivo me pasaba la vida en el granero. Desde por la mañana hasta por la noche. Reparando viejas colmenas, construyendo nuevas. No colmenas estándar, en esta familia no. Nosotros teníamos nuestra propia fórmula. Los dibujos colgaban en la pared del comedor, enmarcados. Fue Emma la que lo dispuso en su día. Encontró los dibujos en el baúl de ropa del desván, donde estaban guardados porque todos los de mi familia se sabían las medidas de memoria. Supongo que ese baúl, un ejemplar auténtico de los que se usaban para emigrar a América, podríamos habérselo vendido a una tienda de antigüedades por una buena cantidad de pasta, pero a mí me gustaba tenerlo allí arriba. Me recordaba a mis orígenes. El baúl viajó desde Europa, cruzando el charco, cuando el primero de mi familia puso un pie en tierra americana.

Una mujer sola. Todo venía de ella. De ese baúl, de esos dibujos.

El amarillento y frágil papel estaba a punto de descomponerse, pero Emma

lo salvó con un cristal y unos sólidos marcos dorados. Incluso cuidó de que los dibujos colgaran en un sitio donde no les diera directamente el sol.

Fuera como fuese, yo no los necesitaba. Había hecho estas colmenas tantísimas veces que podría hacerlas con los ojos cerrados. La gente se reía de nosotros porque las construíamos nosotros mismos, yo no conocía a ningún otro apicultor que hiciera sus propias colmenas. Se tardaba demasiado. Pero nosotros siempre lo habíamos hecho así. Eran nuestras colmenas. Yo no hablaba de ello, no quería fardar, pero estaba seguro de que las abejas estaban más a gusto en nuestras colmenas que en unas cajas estándar producidas en serie. La gente podía reírse todo lo que quisiera.

El equipo estaba preparado en el granero junto a unos sólidos y olorosos tablones de madera.

Empecé con las cajas. Hice ranuras con la sierra eléctrica y junté los tablones, golpeándolos con un martillo de caucho. Se hacía deprisa, era un trabajo que cundía. Se tardaba más en hacer los marcos, diez por caja. Lo único que comprábamos ya hecho era la rejilla de metal de la reina, con aberturas de 4,2 milímetros, que aseguraban que la reina se mantenía dentro de la colmena y las obreras más pequeñas podían pasar libremente. Había límites.

El trabajo me impedía dormirme. Allí fuera, en el frío granero, donde las virutas volaban como copos de nieve por el aire, el cansancio no se apoderaba de mí de la misma manera que dentro de casa. Además, sería imposible dormirse con ese iracundo ruido de la sierra eléctrica. Solía ponerme cascos en las orejas, pero esta vez me los quité, dejando que la cabeza se llenara del sonido. Así no habría sitio en ella para muchos más temas.

No me percaté de que Emma había entrado. Podía llevar un buen rato allí mirándome, al menos había tenido tiempo de ponerse protectores en las orejas. La descubrí cuando me volví para ir a por más listones. Estaba quieta, con esas grandes tapaderas de plástico amarillo en las orejas. Sonrió.

Apagué la sierra.

—Hola.

Ella señaló sus cascos y yo moví levemente la cabeza. No podía oír lo que

le decía. Así nos quedamos. Ella seguía sonriendo. Esa sonrisa era inequívoca. La menopausia era un gran tema por esos días, las mujeres susurraban entre ellas cuando creían que no las oíamos, de sofocos, micción, sudores nocturnos y, sí, también eso captábamos, menos ganas. Pero Emma estaba como siempre. Ahora esperaba delante de mí con los cascos, y no resultaba difícil saber lo que quería.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez, mucho, tratándose de nosotros. Desde antes de que Tom nos visitara. Nos volvíamos tímidos con él en casa, temiendo que nos oyera, como si todavía fuera un bebé que dormía en nuestra habitación. Cada vez que nos metíamos en la cama empezábamos a susurrar. Nos movíamos con cuidado, nos metíamos directamente debajo del edredón y nos poníamos a hojear cada uno un libro. Luego, después de que él se marchara, no había ocurrido. Yo ni siquiera había pensado en ello.

Ella me abrazó y me besó en la boca con los ojos cerrados.

—No sé... —dije. Me notaba el cuerpo rígido y lento, no muy animado—. Estoy un poco cansado.

Ella seguía sonriendo y volvió a señalar los cascos.

Intenté quitárselos, pero ella me apartó la mano.

Así nos quedamos unos instantes. Cogidos de la mano. Su sonrisa fija en la cara.

—Vale.

Busqué un par de cascos para mí también.

—¿Así es como quieres?

Por alguna razón me animé. No estaba quieto, nunca se está quieto cuando se cierra uno a todo, el zumbido del cerebro, de la propia respiración, el corazón que palpitaba, todo pugnaba por abrirse paso.

Nos besamos, su lengua era suave, la boca abierta y caliente. La arrastré hasta el banco de carpintero. Colocó la cabeza a la altura de la mía. El aire estaba frío, mis dedos como palos de hielo sobre su piel. Se encogió, pero no se apartó. Intenté calentarme las manos con el aliento, aunque no creo que sirviera de mucho, porque ella temblaba cuando intenté metérselas debajo del jersey. Se tumbó en el banco, con las piernas colgando. Le besé el vientre, pero ella me empujó hacia abajo. Se estremeció cuando mi lengua dio en el

blanco. Quizá gimió, pero no lo oí.

Nos tumbamos los dos sobre la mesa. Ella encima. No tardamos mucho, hacía demasiado frío para eso. Y las tablas de madera estaban demasiado duras bajo mis omoplatos.

Luego ella se quitó los cascos de las orejas, se subió la cremallera del pantalón y se metió la camiseta por la cinturilla. Antes de que me diera tiempo a decir algo, se había marchado.

El calor de su cuerpo quedó colgando en el aire encima de la mesa de carpintero. Gulf Harbors. Allí estaba otra vez. Gulf Harbors. Las palabras se negaban a desaparecer, seguían hurgándome en el coco, amasándose, Gulf Harbors, Harb Gulfors, Bors Gulfharb, moví la cabeza, quería deshacerme de ellas, pero allí seguían las jodidas, Gulf Borsharb, Bors Harbgulf, Harb Forsgulf.

Allí hacía ya calor. El día anterior había visto el parte meteorológico, sin que Emma se diera cuenta. No sé por qué, simplemente me topé con un boletín del tiempo en la tele, y esperé hasta que llegó Tampa. Vi que en esta época del año había pocas precipitaciones. Aquí seguía la cruda primavera, pero allí tenían ya un verano de ensueño. Vida al aire libre. Barbacoas. Delfines. Vacas marinas.

Gulf Harbors.

Las palabras estaban clavadas, imposible borrarlas. Así que tendrían que quedarse.

Emma era muy suya. Yo tenía suerte con tenerla. Pasara lo que pasara. Eso no cambiaría aunque nos mudáramos a Florida.

Tao

Por fin llegó el Día del Descanso. Sin previo aviso, como todos los años.

Hasta la noche anterior no recibimos el mensaje de que la Comisión había decidido que los habitantes se habían hecho por fin merecedores de un día libre. Fue anunciado por Li Xiara, la jefa del Comité. Una mujer que siempre nos presentaba las últimas decisiones a través de la radio y en pantallas de información rayadas y viejas. Su voz monótona y carente de pasión sonaba igual fuera bueno o malo el mensaje que transmitía. La polinización ya había concluido, nos anunció, la época de floración acabaría pronto. Entonces nos lo podían permitir, dijo, nosotros, la comunidad, nos lo podíamos permitir.

Llevábamos semanas esperando ese día, hacía más de dos meses que no teníamos una jornada libre. Trabajábamos y esperábamos mientras los tendones del antebrazo se nos inflamaban cada vez más tras el cepillado repetitivo, mientras los brazos y los hombros se tensaban y los pies se cansaban cada vez más.

Por una vez no me despertó el despertador, sino la luz. El sol me calentaba la cara, me quedé tumbada con los ojos cerrados, notando cómo la temperatura de la habitación subía lentamente. Por fin conseguí abrirlos y miré a mi alrededor. La cama estaba vacía. Kuan se había levantado ya.

Fui a la cocina, allí estaba él, sentado con una taza de té mirando los campos de fuera, mientras Wei-Wen jugaba en el suelo. Había mucho silencio, era un día de descanso para todos, tal y como se había decidido. Incluso el juego de Wei-Wen era más tranquilo que de costumbre. Arrastraba un coche rojo de juguete por el suelo, mientras gruñía por lo bajo.

Esa suave nuca de pelo muy corto, los dedos cortos agarrados al coche, esa boca que zumbaba con tanta intensidad que por entre los labios se le salía un

poco de saliva. Su entusiasmo. Seguramente podría estar sentado durante horas haciendo carreteras en el suelo con todos los juguetes que tenía, ciudades llenas de vida.

Me senté al lado de Kuan y di un sorbo de su té. Estaba casi frío, él debía de llevar bastante tiempo en la cocina.

—¿Qué quieres hacer? —pregunté por fin—. ¿En qué quieres emplear nuestro día?

Kuan dio otro sorbo de té, uno pequeño, como si estuviera ahorrando.

—Bueno... No sé... ¿Qué te gustaría hacer a ti?

Me levanté. Él sabía lo que quería, le había oído hablar con unos amigos del trabajo de todo lo que ocurriría en el centro de ese pequeño lugar que nosotros llamábamos la ciudad, iba a ofrecerse comida en la plaza, mesas para todos y diversión.

—Yo quiero dedicar el día a Wei-Wen —contesté.

Se rio con dulzura.

—Eso es lo que quiero yo también.

Pero no me miró a los ojos.

—Tenemos muchas horas, podemos hacer un montón de cosas. A mí me gustaría mucho enseñarle los números —dije.

—Hum.

Siempre esa mirada evasiva, como si cediera, aunque yo sabía que en realidad hacía lo contrario.

—Me has preguntado qué quiero —dije—. Eso es lo que quiero.

Se levantó, se me acercó, me puso la mano en el hombro y empezó a darme un suave masaje. Un masaje persuasivo, intentando llegar a mi punto débil, sabía que aunque yo podía hacerle frente verbalmente, pocas veces lograba hacerlo en el sentido físico.

Me retorcí con cuidado para que me soltara, no me ganaría esta vez.

—Kuan...

Pero se limitó a sonreírme y me cogió la mano. Luego me llevó hasta la ventana y se colocó detrás de mí, dejando que sus manos se deslizaran desde mis hombros hasta mis manos.

—Mira fuera —dijo en voz baja, entrelazando sus dedos con los míos.

Intenté librarme suavemente, pero él me retuvo—. Mira fuera.

—¿Por qué?

Me mantenía agarrada contra él, tranquilo, e hice lo que me pidió. Brillaba el sol. Fuera nevaban pétalos blancos. El suelo estaba cubierto de ellos. Las hojas volaban por el aire, volviéndose fosforescentes y blancas con el sol. Las filas de perales eran interminables. Esa cantidad de flores me dejaba mareada y aturrida. Los veía todos los días, cada uno de los frutales. Pero no solía verlos como ese día. Juntos.

—Creo que debemos vestirnos e ir al centro. Ponernos elegantes, comprar algo exquisito para comer.

Su voz era suave, como si estuviera muy decidido a no enfadarse.

Intenté sonreír, ir a su encuentro, no podía iniciar ese día con una pelea.

—Al centro no, por favor.

—Pero todo el mundo estará allí.

Él quería hacer cola, como hacíamos todos los días. Inspiré.

—¿No podemos estar solos?

Subió las comisuras de los labios en un intento de sonreír.

—Me da igual. Con salir me basta.

Volví a mirar por la ventana, las flores, el mar blanco. Ahí fuera nunca estábamos solos.

—Quizá podríamos simplemente ir allí.

—¿Allí? ¿A los campos?

—Es al aire libre.

Intenté sonreír, pero él no respondió.

—No sé...

—Estará bien. Solo nosotros tres.

—He medio quedado con alguien...

—Y así no tendremos que andar todo ese camino con Wei-Wen. Sería bueno librarle del esfuerzo por una vez.

Le puse la mano en el brazo, un gesto cariñoso, no dije nada de enseñar al niño. Pero él me caló.

—¿Y los libros?

—Podemos llevar algunos, ¿no? Tampoco tendré que estar con ellos todo el

día.

Por fin sus ojos se encontraron con los míos. Resignado, pero con una pequeña sonrisa.

William

Estaba de pie al lado del escritorio, colocado junto a la ventana, donde las condiciones de luz eran las mejores, el punto más favorable de la habitación, y sin duda el más acogedor. Pero yo llevaba meses sin sentarme allí.

Había un solo libro en la mesa. ¿Era él, Edmund, quien lo había dejado allí mientras yo dormía?

Tenía las hojas amarillentas, una capa fina de polvo tapizaba la parte superior, y la cubierta de piel marrón se notaba seca y crujiente al contacto con los dedos. De repente reconocí la obra, la había comprado en la capital en mis tiempos de estudiante, en la época en que sacrificaba con gusto la comida del mediodía durante una semana a cambio de un nuevo libro. Pero justo este nunca llegué a leerlo, seguramente lo compré a finales de mis tiempos de estudiante. Estaba escrito por François Huber, editado en Edimburgo en 1806, hacía casi 45 años, y su título era *New Observations on the Natural History of Bees*.

Era un libro sobre las abejas, sobre la colmena, el superorganismo en el que cada individuo, cada pequeño insecto, estaba sometido al gran todo.

¿Por qué había sacado Edmund ese libro? ¿Por qué justo ese?

Cogí las gafas, tuve que limpiarles el polvo con la camisa, luego me senté. Sentir el respaldo de la silla del escritorio fue como encontrarme con un viejo amigo.

Las tapas ofrecieron resistencia cuando abrí el libro. Pasé con cuidado la hoja de la portada y empecé a leer.

Conocía la historia de François Huber desde mis tiempos de estudiante, pero nunca había profundizado de verdad en sus teorías. Nació en 1750, en el seno de una familia acomodada suiza. Su padre se había encargado de

enriquecer a los suyos, y, a diferencia de él, el pequeño François no tuvo que trabajar nunca, pero la familia albergaba grandes esperanzas de que se dedicara a profundas actividades intelectuales, algo con lo que dejar claro cuál era su lugar en la Tierra. Tendría que crear algo, algo que pusiera su nombre y el de la familia en boca de todo el mundo, que lo inscribiera en los libros de historia. François se empleó a fondo para hacer feliz a su padre. Era un niño inteligente y ya de pequeño leía obras de gran peso. Se pasaba las noches en vela, escondido tras una pila de voluminosos libros, leía hasta que los ojos le escocían y le lloraban, hasta que le dolían. Al final fue más de lo que pudo soportar, la presión pudo con él y sus ojos no aguantaron más. Porque los libros no le condujeron a la iluminación, lo llevaron a la oscuridad.

A los quince años ya estaba casi ciego. Le enviaron al campo con la orden de descansar y no esforzarse, solo se le permitiría participar en sencillas labores agrícolas, eso era todo.

Pero el joven François no podía descansar, porque no se había olvidado de las expectativas puestas en él, y su mente estaba hecha de tal manera que no veía la ceguera como un impedimento, sino como una posibilidad, porque lo que ya no podía ver, lo podía oír, y por todas partes a su alrededor se encontraba la vida misma. Pájaros cantando, ardillas parlotando, el viento moviéndose por entre los árboles y las abejas zumbando.

Esto último atrajo su atención sobre todo.

Inició poco a poco su labor científica, lo que sería el fundamento de esa obra que yo tenía en las manos. Bien asistido por su fiel aprendiz y tocayo, François Burnen, comenzó a cartografiar las distintas fases de la vida de la abeja melífera.

El primer gran descubrimiento hecho por ambos tenía que ver con la propia fecundación. Hasta entonces nadie sabía cómo se quedaba preñada la reina, porque nadie había visto nunca cómo ocurría, a pesar de los intensos estudios de observación de la vida en la colmena llevados a cabo por distintos científicos en diferentes épocas. Pero Huber y Burnen entendieron lo esencial: la fecundación no tenía lugar allí dentro, sino fuera. Las reinas recién nacidas abandonaban la colmena, se alejaban volando, y allí, en esos

vuelos, ocurría. La reina volvía llena del esperma de los zánganos, pero también cubierta de sus órganos sexuales, que se habían desprendido durante el acto. Huber no encontró nunca la respuesta a cómo la naturaleza podía exigir un sacrificio tan demencial a los zánganos. El que la naturaleza exigía en realidad, el mayor sacrificio de todos, la muerte, no se descubriría hasta más tarde, y tal vez estaba bien que Huber nunca llegara a saberlo, pues puede que fuera más de lo que hubiera sido capaz de tolerar, entender que la única misión del zángano en esta vida era la de reproducirse y con ello morir.

Huber no solo estudió las abejas mediante la observación, también contribuyó a mejorar sus condiciones de vida. Se propuso construir un nuevo tipo de colmena.

Durante muchos años, el contacto de los seres humanos con las abejas estuvo limitado a la recogida de colmenas naturales, panales en forma de media luna contruidos por las propias abejas en ramas o en cavidades. Pero con el tiempo, algunos se obsesionaron tanto con el oro de las abejas que deseaban tenerlas como animales domésticos. Se intentó con colmenas de cerámica, pero con poco éxito, luego se desarrolló la colmena de paja, que era la más corriente en Europa en los tiempos de Huber. En mi condado seguía siendo la más común, formaba parte de la naturaleza en prados y en cunetas. Yo nunca antes había reflexionado sobre esas colmenas —no hasta ahora, en mi encuentro con el libro de Huber—, y el caso es que tenían sus fallos y carencias. La colmena de paja ofrecía poca posibilidad de mirar dentro, a la hora de cosechar la miel había que sacarla del panel de cera presionando, estropeando a la vez huevos y larvas, de manera que la miel salía impura. Y, peor aún, se estropeaba el propio panal de cera, que era el hogar de las abejas.

Eso significaba que para cosechar la miel se privaba a las propias abejas de sus medios de subsistencia.

Huber se propuso cambiar esa situación. Ideó una colmena más fácil de cosechar. Una colmena que se abría como un libro en el que cada hoja eran marcos para crías y miel: la colmena de hojas.

Estudí las imágenes de la colmena de Huber en el libro: los marcos, la formación de hojas, visualmente hermosa, pero a primera vista poco eficaz. Tendría que ser posible perfeccionar ese sistema, lograr una solución mejor,

mediante la cual la cosecha pudiera llevarse a cabo sin dañar a las abejas, y los apicultores pudieran ver mejor a la reina, las crías y la producción.

De repente noté que estaba temblando de emoción. Eso era lo que yo quería, ahí estaba mi pasión. Era incapaz de apartar la mirada de los dibujos, de las abejas. Yo quería entrar allí. ¡En la colmena!

Tao

—Un, dos, tres, ¡salta!

Seguimos los surcos en dirección al interior de las colinas. Wei-Wen iba entre Kuan y yo. Llevaba mi viejo pañuelo rojo alrededor del cuello. Le encantaba, quería ponérselo todos los días, pero solo le dejaba llevarlo cuando nadie lo veía. Me había sido entregado como una distinción, no era para disfrazarse. Pero me gustaba que él lo llevara, quizá pudiera servirle de inspiración, hacer que deseara recibir un día el suyo propio.

Wei-Wen iba cogido de la mano de los dos y nos pedía que lo levantáramos por los aires, mientras él saltaba hacia delante.

—Más. Más.

El viento le subía el pañuelo hasta la cara, casi tapándosela, escondiéndola, y él lo apartaba sin saber lo que hacía.

—¡Mirad! —gritaba constantemente—. ¡Mirad!

Los árboles, el cielo y las flores. Para él era algo nuevo estar allí fuera, los sectores solían ser lugares que observaba desde la ventana, antes de que le obligáramos a salir para ir al colegio, o lo lleváramos a la cama por la noche.

Nos dirigíamos a una colina que estaba no muy lejos del bosque, donde comeríamos. Podíamos verla desde nuestra casa, no estaba más de 300 metros, no queríamos que fuera demasiado lejos para Wei-Wen, y sabíamos que desde allí arriba tendríamos buenas vistas tanto del pueblo como de los sectores. Nos habíamos llevado arroz frito, té, una manta y una lata de ciruelas que habíamos estado guardando para un día muy especial. Luego sacaríamos los útiles de escribir y nos sentaríamos en la sombra a trabajar. Esperaba poder enseñarle a contar hasta diez. Hoy resultaría más fácil. Wei-Wen estaba descansado. Yo también.

—¡Uno, dos, tres!, ¡salta!

Volvimos a levantarlo por los aires, seguramente por quinta o sexta vez.

—¡Más alto! —gritó.

Nuestras miradas se cruzaron, ligeramente desesperadas, por encima de su cabeza. Y volvimos a levantarlo una vez más. No se cansaría nunca, eso ya lo sabíamos. Formaba parte de la naturaleza de un niño de tres años no cansarse. Y él estaba acostumbrado a conseguir lo que pedía.

—Imagínate cuando deje de tenernos para él solo —dije a Kuan.

—Será duro —contestó él con una sonrisa.

Ya nos quedaba poco, en solo unos meses tendríamos dinero suficiente. Todo lo que nos sobraba lo metíamos en una vieja lata en el armario de la cocina. Cuando pudiéramos acreditar una suma importante, nos darían el permiso. 36.000 yuanes era lo que se exigía. Teníamos 32.476. Y corría prisa, porque si no, seríamos demasiado mayores, el límite estaba en treinta, y los dos teníamos ya veintiocho.

Wei-Wen tendría un hermano o una hermana. Seguramente sería una conmoción para él. Tener que compartir.

Intenté soltarle la mano.

—Ahora puedes andar un poco tú solo, Wei-Wen.

—¡Nooooo!

—Sí. Un poquito. Hasta ese árbol de allí.

Señalé un árbol a 50 metros de distancia.

—¿Qué árbol?

—Ese de allí.

—Pero si son todos iguales.

No pude evitar una sonrisa, el niño tenía razón. Miré de reojo a Kuan. Me sonrió, una sonrisa abierta y alegre. No estaba de mal humor por haber ido allí, sino contento con este acuerdo de término medio. Como yo, estaba convencido de que este sería un buen día.

—¡Cógeme! —chilló Wei-Wen, pegándose a mis piernas.

Me solté sacudiéndome.

—Ven, dame la mano.

Pero él siguió gimoteando.

—¡Cógeme!

De repente voló por los aires, cuando Kuan lo alzó fácilmente y se lo puso sobre los hombros.

—Así. Ahora yo seré un camello y tú, un jinete.

—¿Qué es un camello?

—Digamos mejor caballo.

Relinchó y Wei-Wen se echó a reír.

—Corre, caballo.

Kuan dio un par de pasos y se paró.

—No, este caballo no corre. Es un caballo viejo y cansado, que además quiere andar junto a mamá caballo.

—Yegua —dije—. No se llama mamá caballo, sino yegua.

—De acuerdo. Yegua.

Siguió andando con Wei-Wen sobre los hombros. Intentó cogerme de la mano, y así anduvimos un par de metros, pero Wei-Wen se movía peligrosamente y Kuan se apresuró a sujetarlo otra vez con ambas manos. El cuerpo entero del niño se mecía a cada paso que daba su padre, llevaba la cabeza muy en alto, mientras miraba a su alrededor. De repente descubrió que tenía una posición diferente.

—¡Yo soy el más grande!

Sonrió para sus adentros, tan feliz como solo puede estarlo un niño de tres años.

Llegamos al punto más alto de la colina. El paisaje se extendía ante nosotros. Filas de frutales, como si hubiesen sido dibujadas con una regla, matas de algodón simétricas sobre la tierra marrón, donde la hierba empezaba a brotar a través de las hojas podridas del año anterior.

Allí estaba el bosque, extenso y sombrío a solo 100 metros de distancia. Oscuro y cubierto de vegetación. No había en él nada para nosotros, y ahora también esos parajes serían replantados.

Me volví. Por el norte se veían frutales hasta el horizonte. Largas líneas plantadas, árbol tras árbol tras árbol tras árbol. Había leído sobre los viajes que hacía la gente en los viejos tiempos, los turistas. En la primavera iban a ver regiones como esta. Viajaban solo y únicamente con el fin de ver frutales

en floración. ¿Era hermoso? Yo no lo sabía. Para mí era trabajo. Cada árbol significaba unas diez horas de trabajo. Era incapaz de mirarlos sin pensar que pronto estarían rebosantes de frutos, y tendríamos que volver a subirnos a ellos. Cogerlos con dedos delicados, igual que cuando polinizábamos, envolver cuidadosamente en papel cada pera, como si fuera oro. Una cantidad inabarcable de peras, árboles, horas, años.

Y sin embargo ese día habíamos ido allí. Porque yo quería.

Kuan puso la manta en el suelo. Sacamos la comida. Wei-Wen comió a toda velocidad y manchándose. Siempre se daba mucha prisa con las comidas, la comida le aburría, le gustaban pocas cosas, comía poco, aunque nosotros siempre le guardábamos nuestras raciones para darle algo más si quería.

Pero cuando abrimos la lata de ciruelas, él se tranquilizó, tal vez porque tanto a Kuan como a mí nos veía tranquilos. Teníamos la lata en medio de los dos. El abrelatas sonó contra el metal cuando Kuan lo giró. Apartó la tapa y pudimos contemplar las frutas amarillas. Olían a dulce. Cogí cuidadosamente una ciruela con el tenedor y la coloqué en el plato de Wei-Wen.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una ciruela —contesté.

—No me gustan las ciruelas.

—Eso no puedes saberlo antes de haberlas probado.

Se inclinó sobre el plato y tocó la fruta con la punta de la lengua, saboreándola un instante. Sonrió. A continuación la devoró como un perro hambriento, metiéndose la ciruela entera en la boca, con el jugo chorreándole por las comisuras de los labios.

—¿Hay más? —preguntó con la boca todavía llena.

Le enseñé la lata. Estaba vacía. Una para cada uno, eso era todo.

—Pero te daré la mía —dije, poniéndole la ciruela en el plato.

Kuan me miró desanimado.

—Tú también necesitas vitamina C —dijo en voz baja.

Me encogí de hombros.

—Si como una, querré más. Es mejor no probarlas.

Kuan me sonrió.

—De acuerdo.

Y dejó también que su ciruela se deslizara hasta el plato de Wei-Wen.

El niño tardó dos minutos en comérselas todas. Volvió a ponerse de pie, quería trepar a los árboles. Tuvimos que detenerlo.

—Se pueden romper las ramas.

—¡Yo quiero!

Abrí la bolsa en busca de los útiles de escribir.

—Pensé que podíamos jugar un poco con los cálculos.

Kuan puso los ojos en blanco y Wei-Wen no dio muestras de haberme oído.

—¡Mira! ¡Un barco! —exclamó, cogiendo un palito.

—Qué bonito —dijo Kuan—. Y ahí tienes un lago.

Señaló hacia un charco, no muy lejos de allí.

—¡Sí! —gritó Wei-Wen, echando a correr.

Volví a meter los útiles de escribir en la bolsa sin decir nada. Di la espalda a Kuan. Él me tiró del pelo.

—El día es largo.

—La mitad ya se ha ido.

—Ven aquí.

Tiró de mí para que me tumbara en la manta.

—¿Notas lo bueno que es estar aquí tumbado? Relajarse.

Me sorprendí a mí misma con una sonrisa.

—Vale...

Me cogió la mano y la apretó. Yo apreté la suya. Él volvió a apretar la mía. Los dos nos reímos. La disonancia habitual estaba ausente por completo.

Me puse bocarriba, y me estiré del todo sin miedo a que alguien viniera a ordenarme que me levantara después del descanso. La luz del sol me cegaba. Cerré un ojo, el mundo perdió profundidad. El penetrante cielo azul se fundía con las flores blancas del frutal encima de nosotros, convirtiéndose todo en una misma superficie. El cielo salía por entre cada pétalo. Cuando lo miraba el tiempo suficiente, el fondo y el primer plano cambiaban de posición. Como si el cielo fuera una colcha azul de ganchillo con agujeros sobre un fondo blanco.

Cerré los ojos. Noté la mano de Kuan en la mía, muy quieta. Podíamos

haber hablado. Podíamos haber hecho el amor. Pero ninguno de los dos deseaba más que estar así, tumbados. Abajo, junto al charco, oíamos a Wei-Wen chapotear, el barco que iba y venía.

Al cabo de un rato tuve que cambiar de postura. Los omoplatos se me hundieron en la tierra. La región lumbar empezó a molestarme. Me puse de lado, con la cabeza apoyada en el brazo. Kuan se había dormido, claro, roncaba suavemente. Seguro que si hubiera podido, hubiera dormido durante una semana entera sin despertarse. Siempre estaba demasiado delgado, demasiado pálido, con el cuerpo permanentemente falto de descanso. Dormía menos de lo que necesitaba, comía menos de lo que necesitaba. Y sin embargo se mantenía activo, trabajaba más horas al día que yo, pero nunca se le veía descontento. Se quejaba muy raramente.

Qué silencio reinaba allí... Sin las obreras alrededor se notaba aún más. Incluso Wei-Wen había dejado de conducir el barco. Nada de viento en los árboles, solo la ausencia de sonido, vacío.

Me incorporé. ¿Dónde estaba? Me volví hacia el charco. Estaba solo bajo el sol. El agua fangosa brillaba marrón.

Me levanté.

—¿Wei-Wen?

Nadie respondió.

—Wei-Wen, ¿dónde estás?

Mi voz no llegaba a más de unos metros de distancia, era devorada por el silencio.

Me alejé unos pasos de la manta para tener más visibilidad sobre el paisaje.

No se veía al niño por ninguna parte.

—¿Wei-Wen?

Kuan se despertó con mis gritos, se levantó y se puso también a mirar.

—¿Lo ves?

Negó con la cabeza.

En ese momento me di cuenta de lo enorme que era el sector. Y de que todo era igual. Sector tras sector de perales. Nada más para orientarse que el sol y el bosque. Y un niño de tres años solo allí...

Bajamos corriendo al charco. El palito estaba flotando en la superficie del

agua.

—Ve tú por allí, yo iré por aquí.

La voz de Kuan era neutra y carente de dramatismo.

Asentí con la cabeza.

—Seguro que se ha despistado en algún sitio —dijo Kuan—. No puede haber llegado muy lejos.

Correteé por el campo por el suelo accidentado, a lo largo del surco que iba hacia el norte. Pues sí, se habría despistado. Habría encontrado algo tan emocionante que no se enteraba de que lo estábamos llamando.

—¡Wei-Wen! ¡Wei-Wen!

Quizá había tenido la suerte de descubrir algún animalillo, algún insecto. O acaso un tocón que recordaba a un dragón. Algo que le habría hecho detenerse, que le habría hecho soñar y olvidar todo lo que había a su alrededor, aprender algo. Una lombriz. Un nido de pájaros. Un hormiguero.

—¡Wei-Wen! ¿Dónde estás? ¡Wei-Wen!

Intenté mantener la voz clara y suave, pero oí lo estridente que sonaba.

A unos pasos de allí oí el grito de Kuan.

—¿Wei-Wen? ¿Hola?

Su voz sonaba tranquila. No como la mía. Me aferré a ella. Intenté gritar con la misma serenidad. El niño estaba aquí, claro que estaba aquí. Estaría jugando y se habría olvidado de todo lo demás.

—¡Wei-Wen!

El sol me quemaba la espalda.

—¡Wei-Wen! ¡Cariño!

Fue como si la temperatura hubiese subido muchísimo.

—¡Wei-Wen! ¡Contesta, vida mía!

Mi propia respiración. Irregular. Entrecortada. Me volví y descubrí que me había alejado varios cientos de metros de la colina. Él no podía haber llegado tan lejos. Empecé a correr hacia atrás, pero cambié de rumbo, orientándome por el surco que estaba a unos metros de mí.

Me acordé de que llevaba el pañuelo rojo. Wei-Wen llevaba el pañuelo rojo. Debería ser fácil de descubrir. Entre la tierra marrón, la hierba verde y las flores blancas, el pañuelo rojo debería verse bien.

—¡Tao! ¡Tao! ¡Ven aquí! —Era la voz de Kuan. Desconocida y penetrante.

—¿Lo has encontrado?

—¡Ven aquí!

Cambié de dirección y corrí hacia él. Se me estrechaba la laringe, cada vez me costaba más respirar, como si el aire no me llegara a los pulmones.

Vislumbré a Kuan entre los árboles. Venía corriendo hacia mí desde el bosque, que se extendía inmenso y oscuro detrás de él. ¿Venía de allí? ¿Wei-Wen había desaparecido allí dentro?

—¿Pasa algo? ¿Qué ocurre?

La voz me salía con dificultad, sonaba apagada y forzada.

Ahora lo vi con claridad. Kuan venía corriendo hacia mí. Su rostro estaba congelado, los ojos abiertos de par en par. Llevaba algo en los brazos.

El pañuelo rojo.

Un zapato balanceándose mientras corría, una cabeza de niño, negra, colgando.

El zapato. La cabeza colgando.

Me acerqué corriendo a Kuan.

Se me escapó un débil sonido, ahogué un grito.

Porque Wei-Wen luchaba por respirar. Tenía la cara blanca debajo del pelo negro. Los ojos que me miraban suplicaban ayuda. ¿Se había roto algo? ¿Estaba herido? ¿Estaba sangrando? No. Estaba como paralizado.

Kuan dijo algo, pero no lo oí, vi que sus labios se movían, pero no me llegó ningún sonido.

Kuan no se detuvo, siguió corriendo.

Yo grité algo. «Las cosas. ¡Nuestras cosas!». Como si tuvieran importancia. Pero Kuan no se detuvo. Corría con Wei-Wen en brazos.

Lo seguí. Lo seguí a él y al niño hacia las casas, hacia la ayuda.

El zapato balanceándose. El viento que jugueteaba con el pañuelo rojo.

Corrimos todo el camino hasta la ciudad, yo con la mirada fija en mi niño, en Wei-Wen, sus ojos grandes y aterrados. Y lo único que podía hacer yo era correr.

Pronunciaba su nombre una y otra vez.

Pero ahora ya no reaccionaba.

Menos resistencia en el cuerpo. Aún más pálido, gotas de sudor en la frente. Los ojos cerrados.

Qué lejos estaba. Cuánto habíamos andado. ¿Estaba realmente tan lejos?

Por fin aparecieron ante nosotros las primeras casas. Pero llegamos por un sitio diferente del que habíamos entrado. El camino de carruajes era tan parecido que no habíamos notado la diferencia.

Silencio. ¿Dónde estaba todo el mundo?

Por fin vimos a una persona. Una mujer mayor. Saliendo. Iba muy arreglada. Me fijé en eso. En que la mujer llevaba lápiz de labios y vestido.

—¡Pare! —gritó Kuan—. ¡Pare! ¡Ayúdenos!

La mujer pareció desconcertada. Entonces descubrió al niño.

A los pocos minutos llegó una ambulancia. Arremolinó el polvo del camino seco, que se posó en el pelo de Wei-Wen, en sus zapatos, en sus pestañas. Varias personas vestidas de blanco salieron corriendo del vehículo. Lo cogieron con mucho cuidado de los brazos de Kuan y se lo llevaron. Su brazo colgaba flácido. Fue lo último que vimos. A Kuan y a mí nos metieron también en la ambulancia, pero no atrás, donde estaba él, sino que nos sentaron delante. Alguien nos recordó que nos pusiéramos los cinturones de seguridad.

Cinturones de seguridad. ¿Para qué?

George

Me desperté una hora y veintidós minutos antes de que sonara el despertador. La ropa de la cama estaba sudada, aparté el edredón, pero sabía que sería incapaz de volverme a dormir. Era el día de la revisión de las colmenas, la primera inspección después del invierno. Solía dormir mal la noche anterior a ese día, mi cabeza estaba muy metida ya en la colmena. La cera virgen, las tablas y las larvas ocupaban mis pensamientos. No tenía ni idea de lo que podría encontrarme cuando las abriera, había habido años hasta con un cincuenta por ciento de mortandad invernal. Y la sensación que te invade cuando estás allí y ves que no hay ni larvas ni reina en la mitad de las colmenas es bastante horrible. Pero el invierno había sido como de costumbre, no había nada digno de mención. Ni muy caluroso ni muy frío, ninguna razón para que algo se saliera de la normalidad.

Y sin embargo estaba temblando mientras esperaba a Rick y a Jimmy. Les había pedido que vinieran a las siete y media. Quería ponerme en marcha cuanto antes. Habría preferido empezar ya, pero era una especie de acuerdo o costumbre que teníamos los tres, iniciar el primer día de la revisión reuniéndonos en el patio, había que decir las cosas correctas, beber las cosas correctas.

Rick llegó el primero, como siempre. Era alto, delgado y un poco desgarbado. Tenía cierto parecido con James Stuart, solo le faltaba el rostro cautivador del actor. Nariz larga y afilada, ojos colocados muy dentro de la mollera, pelo algo ralo aunque aún no había cumplido ni siquiera los treinta. Salió gesticulando del coche. Rick siempre se movía diez veces más de lo que necesitaba, fuera cual fuera su propósito, todo él estaba mal organizado. Pero mostraba mucho interés. Había hecho un curso de agricultura por

correspondencia y leía un montón a todas horas. Sobre cualquier cosa que nos dispusiéramos a hacer, Rick lo sabía todo. La historia. Las teorías. Era como echar una moneda. El hombre era un verdadero autómatas de anécdotas. Soñaba con tener su propia granja, pero, a decir verdad, sería mejor que soñara con estar sentado detrás de un escritorio usando el coco.

Ahí estaba, de pie moviendo los brazos, como siempre, era incapaz de estarse quieto.

—Bueno... —dijo.

—Bueno —respondí.

—Sí... ¿Tienes alguna idea de cómo está el tema?

—No... ¿Bien? Muy bien. No hay razón para pensar otra cosa.

—No. Ninguna razón para ello.

Frunció el entrecejo, se recolocó el pelo ralo.

—... O qué.

Se rascó con las dos manos, como si tuviera piojos.

—Nunca se sabe.

—No. Nunca se sabe. Pero con este invierno...

—Sí, está claro...

—Sí.

—Pero como está todo eso de las desapariciones, ¿sabes?

—Ah, sí.

Hice como si no hubiera pensado en ello. Pero claro que había pensado. Intentaba estar al tanto. Incluso *The Autumn Tribune* había mencionado los misteriosos colapsos que habían sufrido las colmenas de algunos apicultores en el sur. En el mes de noviembre un tío de Florida contó que sus colmenas estaban de repente vacías. Se llamaba David Hackenberg. De pronto todo el mundo hablaba de lo que había ocurrido en su granja. Y desde entonces llegaban cada vez más avisos, de Florida, de California, de Oklahoma y de Texas.

Era siempre la misma historia. Colmenas sanas, suficiente comida, larvas, todo bien. Y en el transcurso de un día, de unas horas, la colmena se queda prácticamente vacía. Las abejas desaparecen abandonando sus propias larvas, dejándolo todo. Y nunca vuelven.

Las abejas son unos bichos limpios. Se alejan volando para morir, no quieren que sus restos contaminen la colmena. Tal vez fuera eso lo que hicieron. Pero la reina siempre se quedaba, junto con un pequeño grupo de abejas jóvenes. Las abejas obreras abandonaban a su madre y a sus hijos, dejándolos morir solos en la colmena. Antinatural.

Nadie sabía muy bien por qué. La primera vez que oí hablar de aquello pensé que se debería a deficiencias en el cuidado. Que ese tal Hackenberg no se había ocupado de las abejas como era debido. En el transcurso de los años me había encontrado con muchos apicultores que echaban la culpa a otro cuando en realidad la culpa era de ellos mismos. Demasiado poco azúcar, demasiado calor, demasiado frío. Lo que nosotros hacíamos no era exactamente física cuántica. Pero eran ya demasiadas historias, demasiado parecidas entre sí y demasiado repentinas. Esto era algo distinto.

—Solo ocurre en el sur —señalé.

—Sí, allí se da más —corroboró Rick.

En ese momento, la furgoneta verde de Jimmy entró frenando en el patio. El hombre salió del vehículo con una gran sonrisa. Rick era el preocupado, el que pensaba demasiado, Jimmy, en cambio, era risueño y sencillo. No le sobraba nunca ni un gesto, ni un movimiento, ni un giro de la cabeza que no fuera absolutamente necesario. Pero trabajaba, de eso no cabía duda.

Lo que a Jimmy le faltaba por dentro le sobraba por fuera. Era atractivo como podía serlo un chico de instituto. Abundante flequillo rubio, hoyuelo en la barbilla, mandíbulas fuertes, proporciones correctas, debería ir vestido con la equipación de rugby día y noche. Y cuidaba de su aspecto. Siempre recién planchado y recién peinado. Pero no quedaba claro para quién se arreglaba tanto, porque nunca se le veía con mujeres.

Llevaba un termo en la mano. Nuevo para la ocasión, me fijé en ello. El acero reluciente captó por un instante el sol, cegándome fugazmente, antes de entrar en otro ángulo.

Sacamos cada uno nuestra taza. Jimmy nos las había comprado hacía unos años. Pequeñas tazas de color verde cazador, adquiridas en la sección de aire libre del Kmart, que podían plegarse y quedarse planas. Rick y yo desplegamos las tazas justo a la vez y se las acercamos a Jimmy. Sin una

palabra, desenroscó el tapón del termo.

—Granos recién molidos —dijo, y nos sirvió.

A mí primero.

—Colombia. Oscuro, sabor tostado.

Por mí podría haber sido café instantáneo. Café era café y punto. Pero para Jimmy, el café era lo más cerca que él podía estar del arte. Compraba granos en internet. Los granos tenían que ser frescos, opinaba él, el café ya molido era obra de Satanás. Y la infusión del café tenía que hacerse a una temperatura adecuada. La temperatura era la clave. Para conseguirla, había invertido en una cafetera eléctrica europea que estuvo retenida en la aduana durante semanas, hasta que por fin pudo llevársela a casa.

Brindamos haciendo chocar las tres tazas. Plástico blando contra plástico blando, casi sin sonido. Luego dimos un sorbo.

Había llegado el momento de elogiar el café, de decir algo sensato. Formaba parte del ritual. Y yo, con los ojos entornados, dejaba que el café borboteara en mi boca, como un catador de vinos cualquiera.

—... aromático... mucho cuerpo.

—Hum —dijo Rick—. Se nota el tueste.

Jimmy asintió contento con la cabeza. Nos miró expectante, como un niño el 4 de Julio. Esperaba más comentarios.

—Bastante distinto al café de sobre —dije.

—El mejor café del año —opinó Rick.

Jimmy volvió a hacer un gesto afirmativo.

—Lo único que hace falta es comprar un molinillo y procurarse granos decentes. Incluso vosotros podéis hacerlo en vuestra casa.

Lo decía siempre, aunque sabía muy bien que nosotros jamás meteríamos una cafetera eléctrica por la puerta de nuestra casa. En la mía era Emma la que se ocupaba del café. Y apostaba por el liofilizado. Últimamente había probado un aguachirri con leche en polvo y azúcar, pero yo prefería tomarlo solo.

—¿Sabíais que la referencia más antigua que se conoce del café es una historia de hace mil quinientos años ocurrida en Etiopía? —preguntó Rick.

—Joder, no me digas —dijo Jimmy.

—Pues sí. El pastor Kaldi descubrió que las cabras se comportaban de un modo muy extraño después de haberse comido unas bayas rojas. No podían dormir. El hombre se lo contó a un monje.

—¿Había monjes en Etiopía hace mil quinientos años? —pregunté.

—¿Sí?

Me miró desconcertado, su mirada vacilaba ligeramente.

Jimmy agitó las manos desde un lateral.

—Claro que había monjes.

—No serían exactamente cristianos, ¿no? Quiero decir... Etiopía es África, ¿no? En aquella época...

—Bueno, lo mismo da. El caso es que el monje se interesó por el tema. Tenía que hacer muchos esfuerzos para no quedarse dormido durante la oración, de modo que echó agua caliente sobre las bayas y se la bebió. *Voilà!* Café.

Jimmy asintió contento con la cabeza. Rick había investigado. Eso era en honor a su café.

Apuramos las tazas. El café se enfriaba deprisa con el viento primaveral. Lo último que quedaba estaba ya ácido y tibio. A continuación nos metimos cada uno en nuestro coche, rumbo a las colmenas.

Cuando puse las manos sobre el volante, noté lo sudadas que las tenía. Se pegaban al cuero, tuve que secármelas en el pantalón de trabajo para poder agarrar bien el volante. Y el jersey se me estaba pegando a la espalda. No sabía lo que me esperaba. Tenía miedo.

Solo fueron unos cientos de metros por un camino lleno de baches, con el coche temblando al compás de mis manos, y llegamos al prado que había junto al río Alabast.

Me bajé del coche y puse las manos atrás para ocultar el temblor.

Rick ya estaba listo, no paraba de dar saltitos. Quería ponerse en marcha.

Jimmy se bajó de su coche. Dirigió la nariz hacia el sol, husmeando.

—¿Qué temperatura tenemos ahora en realidad? —Cerró los ojos, parecía no tener intención de moverse ni un milímetro, al menos no de ponerse a trabajar.

—Lo suficientemente alta —dije, dirigiéndome hacia las colmenas. Era importante dar ejemplo—. Ya podemos empezar.

Comprobé la plataforma de vuelo, la entrada de la primera: una colmena de color pistacho, que chirriaba con el verde de la hierba que crecía en el suelo. Estaba llena de abejas, como debía ser. Quité la tapa, temiendo lo peor, pero allí dentro todo estaba en orden. No vi a la reina, pero había bastantes huevos y larvas en distintas fases. La colmena podía quedarse tal cual, había vida suficiente en ella, y no haría falta unirla con otra.

Me volví hacia Jimmy. Señaló con un gesto de cabeza la colmena que acababa de abrir.

—Aquí todo bien.

—Aquí también —señaló Rick.

Seguimos avanzando.

Conforme el sol brillaba cada vez más e íbamos abriendo y revisando colmena tras colmena, noté con agrado que el cuerpo se me iba secando. Las manos se me calentaron, la ropa se despegó de la espalda. En algunas partes había problemas, claro está. Hubo que unir algunas colmenas, en otras no encontramos ninguna reina. Pero nada peor que de costumbre. Daba la impresión de que el invierno las había tratado bien. Como si la pestilencia a muerte en masa en el sur del país no nos hubiera llegado a los del norte. Faltaría más. Nuestras colmenas estaban muy bien cuidadas y tratadas. No escatimábamos en nada.

Nos reunimos para almorzar. Nos sentamos al sol, cada uno en nuestra chirriante silla de *camping*, a comer sándwiches reblandecidos. Por alguna u otra razón los tres estábamos callados como si estuviéramos en misa. Hasta que Rick ya no pudo resistir más.

—¿Habéis oído la historia sobre Cupido y las abejas?

Nadie contestó. Otra historia más. Noté que no era lo que necesitaba en ese momento.

—¿Sí o no? —insistió.

—No —contesté—. Sabes de sobra que no hemos oído hablar de Cupido y las abejas.

Jimmy se rio entre dientes.

—Cupido era una especie de dios del amor —explicó Rick—. Según los antiguos romanos.

—El de las flechas —señalé.

—Sí, ese. El hijo de Venus. Parecía un bebé gigante e iba por ahí con arco y flechas. Cuando la flecha alcanzaba a las personas, se despertaba la pasión.

—¿No es un poco perverso un dios de la pasión con pinta de bebé? —comentó Jimmy.

Yo me eché a reír, pero Rick me miró mal.

—¿Sabíais que untaba las flechas de miel?

—Pues no.

—Yo ni siquiera había oído hablar de Cupido hasta ahora —dijo Jimmy.

—Pues sí, las untaba de miel que él mismo robaba —dijo Rick, estirándose tanto que la silla crujió de repente.

Ese ruido nos hizo reír. Pero a Rick no. Él quería continuar.

—Así que ese bebé andaba por ahí robándoos miel a las abejas. Se llevaba colmenas enteras. Hasta que un día... —Rick se permitió una pausa dramática—. Hasta que un día las abejas dijeron basta y le atacaron. —Dejó las palabras flotando en el aire—. Cupido estaba completamente desnudo, claro, los dioses de aquella época solían estarlo. Le picaron por todas partes. Y con esto quiero decir POR TODAS PARTES.

—En realidad se lo tenía merecido —comenté.

—Quizá. Pero tened en cuenta que no era más que un chiquillo. Se fue corriendo en busca de Venus, su madre, para que lo consolara. Lloraba y estaba sorprendido de que algo tan minúsculo como una abeja pudiera producir tanto dolor. Pero ¿creéis que su madre lo consoló? Qué va. Ella solo se rio.

—¿Se rio? —repetí yo.

—Pues sí. «Tú también eres pequeño» —le dijo—, «pero tus flechas pueden doler aún más que una picadura de abeja».

—Joder —dije—. ¿Y luego? ¿Qué pasó luego?

—Nada —contestó Rick—. Eso es todo.

Jimmy y yo lo miramos boquiabiertos.

—¿Esa es toda la historia? —preguntó Jimmy.

Rick se encogió de hombros.

—Sí. Pero se han pintado un montón de cuadros sobre el tema. Venus está en todos ellos. Es hermosa, ¿verdad? Piel de porcelana y curvas estupendas. Y desnuda ella también. A su lado está su bebé llorando, con panales de cera en las manos, mientras le pican las abejas.

Sentí un escalofrío.

—Vaya madre —dijo Jimmy.

—Pues sí —contestó Rick.

Por fin se hizo de nuevo el silencio. Yo parpadeé, intentando quitarme de la cabeza la imagen del bebé chillando, lleno de picaduras.

El sol me calentaba la nuca. Era lo que Emma solía llamar un día espléndido. Intenté comprobar exactamente cómo de espléndido era. Y cómo de bueno era que el sol brillara tanto. Porque el sol significaba miel. Había indicios de que iba a ser un buen año. Un buen año me dejaría dinero en el banco. Y el dinero en el banco podría usarse para invertir en la granja. Como debía ser. ¿Quién necesitaba Florida? Se lo diría esa noche. ¿Quién necesita Florida?

Tao

Era de noche. Pero no dormíamos. Cómo íbamos a dormir.

Creíamos que nos dirigíamos a nuestro pequeño hospital local en el pueblo, pero fuimos enviados al gran hospital de Shirong, que cubría todo el distrito. Nadie nos contó por qué nos habían enviado allí. La ambulancia sin conductor cambió de rumbo a mitad de camino, y como íbamos sentados solos delante, no había nadie a quien preguntar.

Nos llevaron a una habitación para familiares. A veces oíamos a gente pasar por el pasillo, pero la puerta no se abría nunca, daba la sensación de que íbamos a estar solos en aquella habitación.

Estaba de pie junto a la ventana, desde la que se veía la entrada de urgencias. Se encontraba en medio de los edificios, que eran cinco en total, cinco alas bajas y blancas que se extendían cada una por su lado. Había luz en algunas de las ventanas, pero no en todas. Un ala completa estaba apagada. El hospital había sido construido para muchos más habitantes de los que ahora tenía el distrito, se concibió para una época diferente. De vez en cuando algún coche entraba en el patio, en una ocasión aterrizó incluso un helicóptero. Era incapaz de recordar la última vez que había visto un helicóptero. Tendría que haber sido hacía varios años, ya no se usaban, necesitaban demasiado combustible. Rotores ondeantes removieron el aire e hicieron que las batas blancas del personal se levantaran, como si fueran a alzar el vuelo. La puerta se abrió y salieron dos hombres y una mujer, vestida con traje de chaqueta. Ninguno de ellos parecía enfermo, pero se dirigieron a la entrada principal a grandes pasos, como si tuvieran prisa.

De vez en cuando sonaba una sirena al entrar un coche, intensa y rugiente. Entonces acudían muchas personas en fila, listas para recibir. Y el paciente

era llevado a toda prisa del vehículo al interior del hospital, mientras los médicos y las enfermeras trabajaban con él. Así fue también cuando llegamos nosotros. Pero no lo vimos. Ocurrió muy deprisa. A Wei-Wen ya se lo habían llevado a otro lugar cuando a nosotros nos dejaron bajar de la ambulancia. Vimos las espaldas del personal sanitario desaparecer con una camilla. Él iría en ella, pero no conseguí verlo, ya que todas esas espaldas blancas lo tapaban. Intenté correr tras ellos, quería verlo. Pero la puerta se cerró con llave.

Nos quedamos esperando en el patio. Alargué la mano hacia Kuan, pero estaba demasiado lejos. No lo alcancé. O tal vez él no quería que lo alcanzara.

Por fin se abrió la puerta y salieron dos hombres vestidos de blanco. ¿Médicos? ¿Enfermeras?

Nos pusieron una mano atenta sobre el hombro y nos pidieron que los acompañáramos.

Yo los seguía con todas mis preguntas. ¿Dónde estaba Wei-Wen? ¿Qué le pasaba? ¿Estaba herido? ¿Lo veríamos pronto? Pero ellos no tenían ninguna respuesta. Se limitaron a decir que nuestro hijo —dijeron «hijo», a lo mejor ni siquiera sabían cómo se llamaba—, estaba en buenas manos. Todo iría bien. Y nos metieron en una habitación antes de desaparecer.

Llevaba unas horas allí de pie cuando por fin la puerta se abrió y entró una doctora. Se presentó como la doctora Hio y cerró la puerta tras ella, sin que nuestras miradas se cruzaran con la suya.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Wei-Wen? —pregunté. Mi voz llegaba desde un lugar muy lejano.

—Siguen trabajando con su hijo —contestó la mujer, acercándose un poco más.

Tenía canas, pero su cara era tersa e inexpresiva.

—Se llama Wei-Wen —dije—. ¿Puedo verlo?

Di un paso hacia la puerta. Ella tenía que llevarme adonde él estaba. Tenía que ser posible. Tal vez no hasta donde estaba, pero al menos hasta una ventana de cristal, si por lo menos pudiera verlo...

—Trabajando con él. ¿Qué quiere decir? —preguntó Kuan.

Ella levantó la cabeza y lo miró. A mí ni me miró.

—Hacemos todo lo que podemos.

—Va a sobrevivir, ¿verdad? —preguntó Kuan.

—Hacemos todo lo que podemos —repitió con voz suave.

Kuan se llevó la mano a la boca. Se mordió el nudillo. Yo noté de repente un frío que me sacudió.

Ella no contestó, se limitó a hacer un débil movimiento negativo con la cabeza.

No podía ser verdad. Tenía que tratarse de un error. Todo lo ocurrido era un error. No era Wei-Wen el que yacía allí dentro. Estaba en el colegio o en casa. Ese niño era otro, un malentendido.

—Tienen que confiar en nosotros —dijo la doctora Hio en voz baja. Se sentó—. Mientras tanto, necesito que me contesten a algunas preguntas.

Kuan hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se sentó en una silla.

La doctora sacó bolígrafo y papel, preparándose para tomar notas.

—¿Su hijo ha estado enfermo alguna vez?

—No —contestó Kuan, volviéndose hacia mí—. ¿Ha estado enfermo? ¿Lo recuerdas tú?

—No. Solamente una otitis —contesté—. Y una gripe.

Ella apuntó un par de palabras en su bloc.

—¿Nada fuera de lo normal?

—No.

—¿Otras infecciones de las vías respiratorias? ¿Asma?

—Nada —contesté con voz dura.

La doctora Hio se volvió de nuevo hacia Kuan.

—¿Dónde lo encontraron exactamente?

Kuan se inclinó hacia delante, encogiéndose, como si quisiera protegerse contra las preguntas de aquella mujer.

—Entre los frutales, en el sector 458, o tal vez el 457. Justo al lado del bosque.

—¿Y qué estaba haciendo?

—Estaba sentado. Encogido. Estaba pálido. Sudaba.

—¿Fue usted quien lo encontró?

—Sí. Fui yo.

—Estaba aterrado —dije—. Tremendamente asustado.

Ella asintió con la cabeza.

—Comimos ciruelas —proseguí—. Nos habíamos llevado ciruelas. Y le dejamos comerse toda la lata.

—Gracias —dijo la doctora, y volvió a escribir en su pequeño bloc. Una vez más se volvió hacia Kuan, como si fuera él el que tuviera las respuestas—. ¿Cree que venía del bosque?

—No lo sé.

Ella vaciló.

—¿Qué hacían allí fuera?

Kuan volvió a inclinarse. Me dirigió una mirada, una mirada que no revelaba lo que estaba pensando.

Sentía opresión en el pecho, tenía dificultades para respirar. Fui incapaz de responder. Mantenía la mirada clavada en él, intentando suplicarle, pedirle que ocultara ciertas cosas. Que dijera que era nuestra la idea ir allí, o incluso suya, cuando en realidad fue solo mía.

Era culpa mía el que estuviéramos allí.

Kuan no respondió a mi mirada, se limitó a volverse hacia la doctora y tomó aliento.

—Estábamos de excursión —dijo—. Queríamos emplear nuestra jornada libre en algo agradable.

A lo mejor no me echaba la culpa a mí, a lo mejor no me lo reprochaba. Seguía mirándolo, pero él no me miraba a mí. No me daba nada, ninguna respuesta, tampoco me acusaba.

Y tal vez así fuera. Tal vez fuera la verdad. Lo compartíamos, habíamos estado juntos allí. Una elección hecha en común y de mutuo acuerdo, un término medio, no solo idea mía.

Al parecer, la doctora Hio no se daba cuenta de todo lo que sucedía entre nosotros, se limitaba a mirar a uno y a otro con compasión, más que de un modo netamente profesional.

—Prometo volver en cuanto tenga más información.

Di un paso hacia delante.

—Pero ¿qué ocurrió? ¿Qué le pasa? —Mi voz estaba temblando ya—. ¿Deben saber algo más?

La mujer movió lentamente la cabeza en un gesto negativo, no tenía respuesta.

—Intenten descansar un poco. Voy a ver si puedo hacer que les traigan algo de comer.

Desapareció por la puerta, y nosotros nos quedamos allí.

De la pared colgaba un reloj. El tiempo se movía a golpes. La primera vez que lo miré habían pasado veinte minutos, la siguiente solo veinte segundos.

Kuan se encontraba siempre en el otro extremo de la habitación. Estuviera donde estuviera yo, él siempre estaba lejos. No era solo su voluntad, era tanto la mía como la suya. Lo que había entre nosotros era imposible de saltar. En nuestro encuentro con aquello, los dos nos convertimos en escarcha, como esa primera capa en las charcas en otoño, que se rompía al menor roce.

Di un sorbo de agua. Era agua agria de un tanque, agua que siempre había estado estancada.

Había anochecido. Ninguno de los dos encendimos la luz. ¿Para qué necesitábamos luz? Hacía ya una hora que la doctora se había marchado.

Miré de nuevo hacia el pasillo. No había nadie en el mostrador.

Seguí hacia delante, pero solo me encontré con puertas cerradas con llave. Me apoyé en una, pero no oí nada. El zumbido intenso del aire acondicionado ahogaba cualquier otro sonido.

Vuelta a la habitación. Quedarnos allí. Esperar.

George

Habíamos llegado hasta las colmenas que estaban junto a la granja de Satis. Yo me ocuparía de las que se encontraban más cerca de la carretera principal. Apenas vislumbraba a Jimmy y a Rick, que estaban trabajando en la llanura. Me sentía cansado, pero no extenuado. Sabía que por la noche dormiría como si alguien me desenchufara.

Estaba a punto de levantar la tapa de la última colmena cuando llegó Gareth. Gareth Green.

Su tráiler retumbó en el paisaje. Detrás de él iban otros tres. Al verme se detuvo. Sí, se detuvo. Y los que venían detrás no tuvieron más remedio que esperar, dejar el motor a ralentí con el sol ardiendo en el parabrisas, y esperar a Gareth. Seguro que no era la primera vez.

El tipo se bajó del camión con una amplia sonrisa en la boca, gafas de sol con cristal de espejo y la piel quemada por el sol. Y una gorra de color cardenillo con las palabras «Clearwater Beach, Spring Break 2006». Quizá comprada de rebajas en el sur. A Gareth le gustaba que las cosas le salieran baratas, pero preferentemente sin que la gente lo notara, porque también le gustaba impresionar. Dejó la puerta abierta y el motor en marcha.

—Bueno... ¿Todo bien por aquí?

Hizo un gesto hacia mí y mis colmenas, que estaban desperdigadas por el prado. No había muchas, daba una sensación de penuria.

—Parece que está bien —dije—. Buen invierno. He perdido pocas.

—Bien. Bien. Me alegra oírlo. Nosotros igual. Poca pérdida.

Gareth usaba siempre la palabra «pérdida» para las abejas. La hacía sonar como si se tratara de plantas. Plantas alimenticias.

Hizo un gesto hacia el paisaje.

—Vamos a establecernos aquí por algún tiempo. Peras.

—¿Manzanas no?

—No, este año serán peras. Tengo ya una granja más grande. Y más abejas, ¿sabes? La granja de Hudson se nos ha quedado pequeña.

No contesté. Me limité a mover la cabeza.

Él hizo lo mismo.

Allí estábamos los dos, asintiendo con la cabeza, y mirando uno hacia cada lado. Como dos figuras de juguete, de esas que había cuando yo era pequeño, que tienen la cabeza suelta y solo necesitan un pequeño empujón para ponerse en marcha, y luego siguen moviendo la cabeza sin parar, como asintiendo, mientras miran al infinito.

Terminó con un último movimiento de la cabeza hacia los camiones.

—Llevo ya mucho tiempo en la carretera. Me sentará bien establecerme aquí arriba.

Seguí su mirada. Colmena tras colmena, todas prefabricadas en espuma de poliestireno, atadas con correas en los tráileres, y cubiertas con una tela verde de malla fina. El ruido del motor prevalecía sobre el zumbido de las abejas del interior.

—¿California? De ahí venías ahora, ¿no? —pregunté—. ¿A cuántos kilómetros está?

—No estás bien informado —se rio—. California fue en febrero. Almendras. La temporada acabó hace mucho. Ahora venimos de Florida. Limones.

—Ajá, limones.

—Y naranjas sanguinas.

—Ya.

Naranjas sanguinas. A Gareth no le bastaba con naranjas normales, nada de eso.

—Llevamos veinticuatro horas conduciendo —dijo—. Una menudencia en comparación con el viaje anterior. De California a Florida. Eso sí que es un buen trecho. Solo para atravesar Texas necesitas casi un día y una noche. ¿Sabes lo ancho que es ese estado?

—No. A decir verdad no es algo que me haya preguntado nunca.

—Ancho. Es el estado más ancho que tenemos, aparte de Alaska.

—Ya.

Las 4.000 colmenas de Gareth estaban en la carretera todo el año, no descansaban nunca. En invierno por los estados sureños, pimientos en Florida, almendras en California, de vuelta a Florida, a las naranjas —o las sanguinas, que al parecer eran una novedad—, luego rumbo al norte, con tres o cuatro paradas durante el verano. Manzanas, peras, arándanos o calabacines. Únicamente pasaban en casa el mes de junio. Era cuando podía hacerse una idea general, como decía él, evaluar las pérdidas, unir colmenas, arreglar desperfectos.

—Por cierto, estuve con Rob y Nellie allí abajo.

—¿Ah, sí?

—¿Cómo se llama ese sitio...? Gulf Village.

Así que había estado allí. En el llamado paraíso.

—Gulf Harbors.

—¡Vaya! ¡Así que tú también has oído hablar de ese sitio! Gulf Harbors, ese era el nombre, sí, sí. Vi su nueva casa. Justo al lado del canal. Tienen una moto acuática. Tom me llevó a probarla. ¡Y vimos delfines, ¿sabes?!

—Delfines no creo. Serían vacas marinas.

—No. ¿Vacas marinas? ¿Qué es eso?

—Rob y Nellie han estado presumiendo de ellas. De tener vacas marinas justo delante de su casa.

—Joder. No. Yo no vi ninguna vaca. Bueno, da lo mismo. Se lo han montado muy bien. Buen sitio.

—Eso he oído.

Uno de los tráileres que tenía detrás dio un acelerón. Impaciente. Pero Gareth no se dio por aludido. Él era así. A mí me dolían ya los pies. Pero él seguía tan pancho, daba la sensación de que no iba a acabar nunca.

—¿Y tú? —preguntó, quitándose las gafas y mirándome—. ¿Hay viajes a la vista?

—Sí, sí —contesté—. De sobra. Dentro de unas semanas tengo uno. A Maine.

—¿Arándanos, como siempre?

—Sí, aráندانos.

—Entonces a lo mejor nos vemos. También a mí me han dado Maine este año.

—¿Ah, sí? Entonces nos veremos.

Intenté esbozar una sonrisa.

—White Hill Farm, ¿sabes dónde está eso?

Se rascó debajo de la gorra, la mano se le puso verde por el sol que penetraba la tela.

—No —contesté.

Era la granja más grande en muchos kilómetros a la redonda. Todo el mundo, incluso el chiquillo más pequeño, bueno, incluso cualquier perro, sabía dónde estaba.

Se rio sin contestar, supongo que sabía que le estaba mintiendo. Entonces se volvió por fin hacia su camión, saludó llevándose la mano a la gorra, me guiñó chulescamente un ojo y subió al vehículo.

La nube de polvo ocultó el sol cuando desaparecieron. Fuimos juntos al colegio. Era un tipo indolente. Comía demasiado, entrenaba demasiado poco, sufría mucho de eccema. Las chicas no mostraban ningún interés por él. Los chicos tampoco. Por alguna razón se encariñó conmigo. Quizá porque yo no era capaz de dejarlo en ridículo constantemente. Supongo que veía que dentro de mí había un ser humano. Y mi madre estaba siempre insistiendo. «Hay que ser bueno con todo el mundo, sobre todo con los que tienen pocos amigos». Gareth pertenecía sin duda a esa categoría, a la de la gente con pocos amigos, quiero decir. Así era mi madre. Imposible ser muy malo cuando tenías todo el rato su voz en la cabeza. Incluso me obligó a invitarlo un par de veces a casa. A Gareth le encantaba venir a comer a nuestra granja. Mi padre nos llevaba a ver las abejas. Gareth preguntaba sin parar. Estaba mucho más interesado de lo que yo había estado jamás, o al menos de lo que había mostrado en casa. Y mi padre le explicaba, claro está, con mucho gusto.

Por suerte, en el instituto perdimos el contacto. O mejor dicho, allí era más fácil mantenerse alejado. Pensaba que los estudios y el trabajo se habían apoderado de Gareth. Había conseguido un empleo de media jornada en la

ferretería y empezó a ahorrar dinero. Con el tiempo, desaparecieron los kilos de más, y creo que se hizo con una de esas lámparas de solárium que le ayudó a mejorar el eccema, y que le dejaba siempre la piel algo bronceada. He de admitir que no tenía mala pinta.

Y consiguió ligarse a una tía que estaba bastante buena. Al acabar el instituto se compró un trozo de tierra, y he aquí que se puso a trabajar con abejas. El negocio le iba de perlas, era evidente que a Gareth aquello se le daba muy bien. Amplió la actividad, adquirió más colmenas. La mujer le dio hijos, más guapos de lo que había sido Gareth, ninguno con eccema. Y ahora se había convertido en un personaje. Uno de los más grandes de la ciudad. Los domingos recorría el distrito con la familia bien amarrada con sus cinturones de seguridad, dentro de un gran coche alemán, un SUV. Se había hecho socio del Country Club, pagando ochocientos cincuenta dólares al mes para que la familia en pleno pudiera estar en el campo aporreando pelotas en cualquier época del año, así era, yo mismo había verificado el precio.

También había invertido en la nueva biblioteca. Una reluciente placa de metal contaba a todos los que querían leerla, y muchos querían, que la comunidad estaba profundamente agradecida a Greens Apiaries por su generosidad para la construcción de la biblioteca.

La venganza de los perdedores, eso era. Y los otros, los que no habíamos sido especialmente perdedores, sino medianamente populares en el instituto, tuvimos que quedarnos fuera de combate, viendo cómo Gareth se revolcaba cada año en más pasta.

Todo el mundo que trabajaba con abejas sabía que la verdadera ganancia no estaba en la miel, que la fortuna de Gareth no procedía de la miel. El verdadero dinero estaba en la polinización. La agricultura no era nada sin las abejas. Miles y miles de almendros en flor o racimos de arándanos no valían nada si las abejas no llevaban polen de una flor a otra. Las abejas podían cubrir varios kilómetros en un día. Muchos miles de flores. Sin las abejas, las flores eran tan inútiles como las participantes en un concurso de belleza. Bonitas de ver mientras duraban, nulo valor a más largo plazo. Las flores se marchitaban, se morían sin dar fruto.

Gareth había apostado por la polinización desde el primer día. Sus abejas

siempre habían sido poblaciones nómadas. Siempre en la carretera. Yo había leído que eso les producía estrés, que no les sentaba bien, pero Gareth mantenía que las abejas no notaban nada, que se sentían tan a gusto como las mías.

Quizá Gareth había apostado por ese sector precisamente porque entró en el oficio desde fuera. Había captado cómo iba la cosa, que pequeñas granjas de miel, como la mía, llevadas más o menos de la misma manera durante generaciones, no producían mucha pasta, no lo habían hecho antes y sobre todo no lo hacían ahora. Cada pequeña inversión significaba un gran esfuerzo, vivíamos a merced del amable banco local, que no siempre mantenía muy estrictamente los plazos de los pagos de los préstamos y confiaba en que las abejas hicieran su trabajo ese año también, se fiaban de mí cuando decía que esa mierda diluida de China que se vendía bajo el nombre de miel y que llegaba cada año en mayores cantidades no tenía importancia, que los precios de la miel se mantendrían donde habían estado siempre, que la expectativa de unas ganancias decentes era buena, que el clima cada vez más impredecible no nos afectaba, que podíamos garantizar unas buenas ventas este otoño.

Era todo una mentira. Y por eso tendría que cambiar de rumbo. Ser como Gareth.

William

—¿Quieres que lo haga yo? —preguntó Thilda. Estaba junto a la puerta con los enseres de afeitarse y un espejo en las manos.

—Podrías cortarte con la navaja —contesté.

Ella asintió con la cabeza. Sabía tan bien como yo que nunca había tenido un pulso muy firme.

Al poco rato entró con una palangana, jabón y brocha. Colocó todo en la mesilla de noche y a continuación la desplazó hasta la cama, con el fin de que yo pudiera tener un buen ángulo para afeitarme. Al final puso allí el espejo. Se quedó esperando mientras yo lo levantaba. ¿Le preocupaba cómo reaccionaría al verme en el espejo?

El que me estaba mirando fijamente era otro hombre. Debería haberme asustado, pero no lo hice. Había desaparecido el hombre pusilánime, el hombre orondo. Había desaparecido el comerciante campechano. El que me miraba desde el espejo era otro, un hombre que había vivido una experiencia. Una idea paradójica, ya que llevaba meses en la cama, sin experimentar más que mis propios pensamientos abyectos. Pero de eso el espejo no decía nada. Ese hombre me recordaba a un marino que vuelve tras meses por el Mediterráneo, o tal vez a un minero que sale al exterior tras una larga jornada, o a un investigador camino de casa tras un largo y dramático viaje de estudios por la selva. Era un hombre con unos rasgos marcados, esbelto, curtido con elegancia. Era una vida vivida.

—¿Tienes unas tijeras? —Thilda me miró desconcertada—. Hay demasiado pelo para poder meter la navaja.

Ella hizo un gesto afirmativo, se había dado cuenta.

Volvió enseguida con unas tijeras de coser. Eran pequeñas y poco prácticas,

hechas para hábiles manos de mujer, pero conseguí cortarme la mayor parte de la pelambreira.

Lentamente mojé la brocha en el agua y la froté contra el jabón. Se hizo una fresca espuma que olía a enebro.

—¿Dónde está la navaja?

Miré a mi alrededor.

Ella estaba inmóvil, con las manos enlazadas sobre el mandil y los ojos clavados en el suelo.

—¿Thilda?

Por fin me alcanzó una navaja de afeitar que llevaba en el bolsillo. Temblaba ligeramente en su mano, era como si no quisiera desprenderse de ella del todo. La cogí y empecé a afeitarme. La hoja raspaba la piel, no estaba recién afilada.

Thilda se quedó mirándome.

—Gracias. Ya puedes marcharte —le dije.

Pero ella se quedó. Tenía la mirada posada en mi mano, en la navaja. Y de repente entendí el motivo de su preocupación. Dejé caer la mano.

—¿No es señal de salud el que me afeite?

Se quedó pensando, como de costumbre.

—Estoy muy agradecida porque tienes fuerzas para ello —dijo por fin, pero seguía de pie sin moverse.

Si uno tuviera intención de hacer algo así, habría que buscar un método que hiciera parecer que se trataba de una defunción por causas naturales. De ese modo protegería a Edmund. Tenía en mente varios procedimientos —había dispuesto de tiempo de sobra para pensar—, pero eso Thilda no lo sabía, claro. Ella se limitaba a suponer que si me dejaba a solas en una habitación con una herramienta afilada, yo aprovecharía la ocasión, como si fuera la única. Así de simple era Thilda.

Si hubiese querido acabar con todo, haría tiempo que habría salido en camisón, dejándome hundir en la nieve. Y al día siguiente me hubieran encontrado muerto por congelación, con hielo en la barba y en las pestañas, y la muerte habría sido justo eso: el comerciante de semillas se extravió en la oscuridad y murió de frío, el pobre hombre.

O una seta. El bosque estaba lleno de setas, y algunas estaban ya a buen recaudo en un cajón de la cómoda, a la derecha, en la tienda, cerrado con una llave a la que solo yo tenía acceso. El efecto de la seta era rápido, en cuestión de horas se quedaba uno débil y atontado, un poco más tarde inconsciente, seguido por unos días en los que el cuerpo se degeneraba rápidamente, antes del colapso final. Un médico pensaría que la causa de la muerte era un fallo orgánico. Nadie sabría que se trataba de un suicidio.

O ahogamiento. La corriente del río por detrás de la finca venía con mucha fuerza, incluso en invierno.

O la perrera de los Blake, con siete chuchos salvajes intentando morder detrás de valla.

O ese escarpado precipicio en el bosque.

Las posibilidades eran innumerables, pero en ese momento yo estaba allí, afeitándome la barba, sin intención de aprovechar ninguno de los métodos mencionados, ni tampoco esa navaja que tenía en la mano. Porque me había levantado y nunca volvería a considerar semejantes posibilidades.

—No quiero entretenerte —le dije a Thilda—. Seguro que estabas haciendo algo ahí fuera.

Señalé hacia la puerta, como una referencia al resto de la casa, con sus incesables exigencias de limpiar el polvo, cocinar, lavar, fregar el suelo y todo aquello que en opinión de las mujeres necesita limpieza.

Hizo un gesto con la cabeza y por fin salió de la habitación.

Había momentos en los que tenía la impresión de que Thilda habría quedado más que agradecida si yo hubiese cogido una navaja de afeitar, o mejor un cuchillo de trinchar, y me lo hubiese clavado en el cuello, dejando que la sangre saliera de la arteria principal hasta que no quedara de mí más que una piel vacía, un capullo abandonado en el suelo. Nunca me lo había dicho directamente, pero tanto ella como yo sabíamos que *a posteriori* los dos maldecíamos ese sol que se reflejó justamente en su nariz aquel día en aquel salón de actos, hacía más de diecisiete años. Los rayos podrían haber alcanzado a muchas otras, o tal vez a ninguna.

Yo había cumplido los veinticinco, hacía más o menos un año que había llegado al pueblo. No sé si había ocurrido algo especial con el clima aquel

mes, tal vez un viento seco había soplado en la región durante mucho tiempo, dejando sus labios rojos y resecaos, y ella se los humedecía constantemente con saliva, o tal vez se los hubiera mordido a escondidas, como hacen las jóvenes con el fin de tener bocas tentadoras; pero ese día no me fijé en absoluto en que ella apenas tenía labios. Solo recuerdo que me encontraba justo a la mitad de la conferencia cuando me fijé en ella.

Iba muy bien preparado. Gracias en gran parte a Rahm. Lo único que deseaba era causarle una inmejorable impresión. Me sabía afortunado, a muchos de mis compañeros de estudios les habían encargado tareas mucho menos interesantes que a mí. Como recién licenciado uno podía exigir poco, el que un reconocido investigador te tomara bajo su protección era la mejor posibilidad de tener éxito. En ese momento de mi vida, Rahm era lo único que significaba algo para mí. Desde el instante en que pisé su estudio, estaba decidido. Él se convertiría en mi más importante relación. No solo sería mi amigo del alma y mi mentor, sino también mi padre. Con el mío ya no tenía contacto, ni tampoco deseaba tenerlo, al menos eso era lo que me decía a mí mismo una y otra vez. Pero bajo la tutela del profesor podría crecer y florecer. Él me convertiría en lo que realmente era.

Mi falta de experiencia me hizo prepararme muy a fondo. Nunca hasta entonces había dado una conferencia. Cuando Rahm me pidió que aportara algo a su pequeña velada temática de zoología para los habitantes de Maryville, me pareció al principio una bagatela. Pero conforme pasaban los días iba creciendo en importancia, hasta convertirse en algo casi imposible de controlar. ¿Cómo me sentiría frente a tanta gente escuchándome, escuchando mi voz, con la atención de todo el mundo puesta en mí? Aunque la gente del pueblo fuera más sencilla, por así decirlo, que mis iguales en la universidad, era de todos modos una conferencia científica lo que yo iba a ofrecer. ¿Sería capaz de cumplir con ese encargo?

Y no solo el hecho de que fuera a hacer una exposición por primera vez en mi vida, sino la importancia que también pudiera tener para otros, me llenaba de veneración. Las ciencias naturales eran una materia desconocida entre la gente del pueblo, su visión del mundo se basaba en la Biblia, que era el único libro del que se fiaban. Se me ocurrió que podía tener la posibilidad de

mostrarles algo más, de presentarles las relaciones entre lo pequeño y lo grande, entre la fuerza de creación y la obra de la creación, de poder abrirles los ojos y cambiar su concepción del mundo, por no decir de la propia existencia.

¿Pero cuál sería la mejor manera de mostrarlo? La elección de tema se convirtió en una tarea inabordable, que me quitaba el sueño. Casi cualquier tema resultaba interesante cuando se veía desde el lado científico. El cultivo de la tierra, el descubrimiento de América, las estaciones del año. ¡Tantas alternativas!

Al final, fue Rahm quien tomó la decisión. Puso su mano fresca sobre la mía pegajosa, sonriendo ante mi desconcertada pasión.

—Háblales del microscopio —dijo—. De las posibilidades que nos ofrece. La mayoría ni siquiera sabe lo que es un instrumento así.

Fue una idea brillante que a mí no se me habría ocurrido nunca. ¡Ese sería el tema!

Llegó el día, con un viento seco y el sol brillando en lo alto del cielo. No sabíamos cuánta gente acudiría. Varias personas mayores del pueblo señalaron que lo que estábamos haciendo era impío, que no se necesitaban más libros que la Biblia. Pero al parecer, la curiosidad había picado a la mayoría, porque el local se llenó de tal forma que la temperatura subió a niveles de verano, aunque estábamos en abril. Pocas veces había eventos así en el pequeño pueblo de Maryville.

Me tocó el primer turno. Así lo quiso Rahm. Tal vez pretendiera exhibirme, como si fuera su hijo recién nacido, puede que en esa época todavía se sintiera orgulloso de mí. Tras unos largos minutos en los que la voz me temblaba al compás de las rodillas, encontré la seguridad. Me apoyé en las palabras que tanto había preparado, descubrí que se sostenían, que de ninguna manera perdían su autenticidad al abandonar el papel y propagarse en el aire entre ellos y yo, sino que llegaban a los destinatarios.

Empecé con un rápido resumen de la historia, explicando brevemente la lente condensadora que empezó a usarse ya en el siglo XVI. Luego hablé un poco del microscopio óptico compuesto, descrito, entre otros, por Galileo Galilei, en 1610. Para mostrar la importancia del microscopio en la práctica,

decidí hablar de una persona determinada. Había elegido al zoólogo neerlandés Jan Swammerdam. Vivió en el siglo XVII, y nunca fue reconocido del todo por sus contemporáneos —era pobre y estaba solo—, pero quedó para la posteridad como un verdadero pilar de la historia de las ciencias naturales, quizá precisamente porque relacionó con gran claridad la obra de creación con la potencia creadora.

—Swammerdam —dije, dejando que mi mirada se pasease por el público—. No olviden ustedes su nombre. Su trabajo nos ha mostrado que las distintas fases de la vida de un insecto (huevo, larva y crisálida) son en realidad distintas formas del mismo insecto. El propio Swammerdam desarrolló un microscopio que le brindó la posibilidad de estudiar los insectos a fondo. En el transcurso de estos estudios elaboró unos dibujos distintos a todo lo que hemos visto hasta ahora.

Con un gesto dramático de la mano, muy ensayado de antemano, desenrollé una lámina que estaba colgada detrás de mí.

—¿Han visto ustedes la reproducción de Swammerdam de la anatomía de las abejas, tal y como se ve en su *Biblia Naturae*?

Me permití un silencio retórico, dejando que mi mirada se posara en el público, mientras ellos absorbían esos dibujos inusualmente detallados. Justo en ese momento, el sol primaveral, a su paso por el tejado que cubría el salón de actos, alcanzó la ventana de mi izquierda y dejó entrar un solitario rayo, obviando manchas de grasa en uno de los cristales, y levantando motas de polvo en el aire, en ese local que no se limpiaba tan a menudo como debiera; luego se desplazó hasta las filas de bancos y alcanzó a la persona que estaba sentada en el extremo izquierdo, junto a dos amigas: Thilda.

A posteriori he entendido que no fue tanta sorpresa para ella como para mí. Era natural que las muchachas reparasen en mí, el joven naturalista educado en la capital, vestido a la moda, bienhablado, algo bajo, tal vez no muy atlético —a decir verdad, ya en esa época tenía problemas con un incipiente sobrepeso—, pero mi carencia de cualidades físicas la suplía con las intelectuales. Incluso las gafas eran testigo de ello. Solía colocármelas casi en la punta de la nariz para poder guiñar los ojos sabiamente por encima de ellas. Cuando me las puse por primera vez, me pasé una tarde entera tratando

de encontrar la posición perfecta para ellas, el lugar exacto de la nariz donde estarían bien colocadas, a la vez que me brindaran la posibilidad de mirar a los ojos a la gente, sin tener que pasar primero por los pequeños cristales ovalados, consciente de que las lentes hacían que los ojos parecieran más pequeños. También sabía que mi generosa melena resultaba atractiva a muchas jóvenes. Me dejaba siempre el pelo medio largo para lucirlo. Tal vez Thilda llevara ya tiempo mirándome, evaluándome, comparándome con otros jóvenes del pueblo. Tal vez hubiera observado el respeto que se me mostraba, profundas reverencias y miradas humildes, nada que ver con los demás jóvenes de su círculo, que seguramente fueran toscos tanto en su modo de vestir como en su comportamiento, y tratados en consecuencia.

Thilda llevaba ropa de domingo, algo azul, un vestido, o tal vez fuera una blusa, que le sentaba bien sobre el pecho. A ambos lados de la cara le caían hasta los hombros tirabuzones, ese peinado casi uniforme que compartía con muchas de sus amigas, y que también se veía en muchas mujeres casadas, aunque podía pensarse que ellas ya habrían dejado atrás esa clase de malabarismos referentes a su aspecto. Ahora bien, no fueron ni los rizos ni la vestimenta lo que me llamó la atención. Lo único a lo que logró llegar el solitario rayo de sol a través del cargado aire del local fue a una nariz inusualmente recta y bien proporcionada, como una ilustración de un libro de anatomía. Era una nariz clásica, y sentí al instante ganas de dibujarla, de estudiarla, una nariz de una forma cien por cien acorde con su función. En el caso de Thilda, la nariz no correspondía a esa función, ya que siempre, comprobaría yo más tarde, estaba roja y moqueando, debido a un eterno resfriado. Pero aquel día reflejó un rayo de sol para mí, ni reluciente ni roja, solo muy interesada en mí y en mis palabras, y yo era incapaz de quitarle ojo.

La pausa retórica se hizo demasiado larga. El público se movió intranquilo, y capté un largo y artificial carraspeo de Rahm, que se encontraba detrás de mí. La lámina seguía allí colgando, sin que la hubiese comentado para nada.

Me apresuré a señalarla.

—Cinco años enteros dedicó Swammerdam a estudiar la vida de la colmena. Todo a través del microscopio, lo que le brindó la posibilidad de captar hasta los más minúsculos detalles. Aquí, sí... aquí ven ustedes los

ovarios de la abeja reina. A través de sus estudios, Swammerdam comprobó de hecho que una sola abeja reina pone huevos para las tres clases de abejas, zánganos, obreras y nuevas reinas.

Los asistentes me miraban fijamente, algunos se retorcieron un poco, nadie parecía haber entendido lo que estaba diciendo.

—Esto fue algo muy innovador en aquella época, hasta entonces muchos creían que era una abeja rey, es decir, una abeja masculina la que dirigía la colmena. Pero con verdadera fascinación y un enorme entusiasmo, Swammerdam se lanzó al estudio de los órganos de las abejas masculinas, y aquí ven ustedes el resultado. —Saqué una nueva lámina—. Estos son los genitales de las abejas masculinas.

Rostros en blanco.

La sala se movía intranquila. Algunos bajaron la vista para concentrarse en un hilo suelto de la tela del vestido, otros mostraron de repente interés por las variadas formaciones de las nubes en el cielo, a través de las ventanas.

Se me ocurrió de pronto que seguramente nadie sabía lo que eran ni ovarios ni genitales, y sentí una apremiante necesidad de que lo entendieran. Y llegó el tramo del discurso que nunca formaría parte de la historia que Thilda contaría a nuestros hijos, y que tampoco mencionaríamos jamás entre nosotros. Solo pensar en lo que ocurrió me haría sentir una gran vergüenza durante años.

—Los ovarios son, pues..., es decir, el sistema reproductor, en el que se ponen los huevos... que a su vez se convierten en larvas. —Cuando llegaron las palabras entendí de repente en qué me había enredado, pero ya no podía parar—. Y los genitales son... ehm... lo mismo que los órganos reproductores de las abejas masculinas. Son indispensables en el proceso de ejem... crear nuevas abejas.

La sala dio un respingo cuando el público comprendió lo que estaba viendo en las láminas. ¿Por qué no había previsto el efecto que ese tema tendría sobre ellos? Para mí se trataba de una parte obvia de las ciencias naturales, pero para ellos era algo pecaminoso, algo reservado, algo de lo que nunca se hablaba. Mi pasión por este tema era, en su opinión, sucia.

Pero nadie se marchó, nadie me detuvo, ojalá alguien lo hubiese hecho, solo

algunos débiles sonidos dieron testimonio de lo mal que podría terminar aquello, traseros que se movían en los bancos de madera, botas que escarbaban el suelo, carraspeos por lo bajo. Thilda inclinó la cabeza. ¿Se estaba sonrojando? Sus amigas habían fundido sus risueñas miradas entre ellas, y yo, estúpido de mí, proseguí con la esperanza de que el resto de la conferencia alejara la atención de las palabras que acababa de pronunciar y la acercara a lo que realmente importaba.

—Incluyó tres páginas enteras de láminas como estas en su obra más importante, *Bibliae Naturae*, o, si prefieren, *La Biblia de la naturaleza*. Ahora vamos a ver algunas de sus ilustraciones increíblemente detalladas de los... geni... genitales de las abejas masculinas, es decir, los zánganos. —La palabra me pesaba en la boca—. Las distintas fases, cómo se abre, despliega y... ehm... se expande a su pleno potencial.

¿Dije realmente eso? Una fugaz mirada al público me confirmó que era exactamente lo que había dicho. Obligué a los ojos a que se concentraran de nuevo en la conferencia, y seguí leyendo, aunque todo iba de mal en peor.

—El propio Swammerdam los describió como... exóticos monstruos marinos.

Ahora las amigas se rieron con disimulo.

No me atreví a mirarlas, pero saqué la obra de Swammerdam, cité esas fantásticas palabras sobre las que tanto había reflexionado y me aferré al libro con la esperanza de que el público entendiera por fin y captara la auténtica pasión.

—«Si el lector contempla la admirable estructura de estos órganos, descubrirá un arte exquisito, y comprenderá que Dios, incluso en el insecto más pequeño, incluso en sus más minúsculos órganos, esconde milagros sobrecogedores».

Me atreví a levantar la vista, y quedó muy claro, bueno, completamente claro, que yo había perdido, porque las caras que me miraban estaban en el mejor de los casos estremecidas, algunas incluso airadas, y por fin entendí en toda su dimensión lo que había hecho. Había fracasado por completo en mi intento de hablarles de los milagros de la naturaleza, había estado en la tribuna oratoria hablando de lo más bajo de lo bajo, y encima había metido a

Dios en el episodio.

No les conté el resto de la historia, que el pobre Swammerdam jamás consiguió hacer otra cosa después de aquello. Que su carrera había terminado, los estudios de las abejas lo llevaron a un torbellino de cavilaciones religiosas y tenía que recordarse constantemente que solo Dios, y no esos pequeños bichos, era digno de sus estudios, su amor y su atención. Al conocer a las abejas resultaba difícil creer que algo podía ser más perfecto, ni siquiera Dios. Esos cinco años durante los que prácticamente vivió en una colmena lo destruyeron para siempre.

Me di cuenta de que si les contaba eso no solo resultaría ridículo, sino que me convertiría en un hombre odiado, porque lo que no se podía hacer era desafiar al Todopoderoso.

Doblé el manuscrito mientras el rubor me subía a la cara, y di un traspies como un chiquillo al bajarme de la tarima. A Rahm, al que había querido impresionar por encima de todos los demás, le resultaba al parecer difícil contener la risa, porque su rostro se había petrificado en una extraña mueca. Me recordó a mi padre, a mi verdadero padre.

Estreché la mano de algunos de los presentes al terminar la conferencia. Muchos no sabían qué decir, y noté cómo susurraban a mi alrededor, algunos riéndose incrédulos entre dientes, otros escandalizados e irritados. El rubor se me extendió desde la cara hasta rozarme la columna vertebral, para luego propagarse hasta las piernas, dando lugar a un temblor incontrolable, que sin éxito intenté ocultar ante los presentes. Rahm debió de reparar en él, porque me puso una mano en el hombro y dijo en voz baja:

—Ellos están atrapados en lo trivial, ¿comprende usted? Nunca serán como nosotros.

El consuelo no me sirvió, solo contribuyó a subrayar la diferencia entre él y yo. Él nunca habría buscado un ejemplo que pudiera ofender a su público. Él sabía lo que ellos tolerarían, dominaba la distancia entre nosotros y ellos, comprendía que el mundo de la ciencia y el de las personas eran dos lugares diferentes. Como para subrayar lo que acababa de decir y mi falta obvia de comprensión por mi público, de repente se echó a reír. Fue la primera vez que escuché su risa, fue breve y por lo bajo, pero me sobresalté. Le di la espalda,

incapaz de mirarlo, su risa me pesaba demasiado, borró cualquier efecto de su consuelo, quemándome con tanta fuerza que me volví hacia otra parte y me alejé un paso de él.

Y allí estaba ella.

Quizá fuera la debilidad, mi vulnerabilidad mal ocultada ese día; yo ya no era solo ese misterioso recién llegado que se dedicaba a algo elevado e incomprensible en casa del profesor, lo que hizo que Thilda se atreviera a hacer acto de presencia. Porque ella no se reía. Me ofreció una mano enguantada, hizo una reverencia y me dio las gracias por esa «ehm... fabulosa» conferencia. Al fondo, sus amigas seguían riéndose a escondidas. Pero ese sonido se desvaneció, ellas desaparecieron de mi mente, tampoco veía a Rahm, solo veía aquella mano. La mantuve un rato cogida, notando la radiación cálida de la piel a través del guante, cómo esa mano me devolvía la fuerza. Ella no se burlaba de mí, no se reía de mí, y yo se lo agradecía infinitamente. ¡Sus ojos brillaban sobre esa nariz tan hermosa, estaban muy separados, abiertos ante el mundo y la vida, pero sobre todo ante mí! Jamás una mujer me había mirado de esa manera, era una mirada que me daba a entender que ella estaba dispuesta a entregarse a mí sin reparos, solo a mí, porque no miraba así a nadie más en la sala. Las piernas empezaron a temblarme y por fin bajé la vista. Fue como cortar una cuerda, sentí un dolor físico, y no deseaba nada más que recuperar ese contacto a través de las miradas y olvidarme del mundo que me rodeaba.

Pasaron meses hasta que la gente del pueblo dejó de hablar de mi intervención. Antes todo el mundo me trataba con respeto y veneración, ahora algunos me estrechaban la mano con más rudeza, me daban palmaditas en la espalda, sobre todo los hombres, hablándome con media sonrisa y una ironía mal disimulada. Y las palabras «expandir a su pleno potencial», «la Biblia de la naturaleza» y «exóticos monstruos marinos» me persiguieron durante años. Nadie se olvidó jamás de Swammerdam, y a partir de entonces su nombre se usó en muchos y muy variados contextos. Cuando los caballos se apareaban en el prado era descrito como «actividad Swammerdam», los borrachos que necesitaban hacer sus necesidades en la taberna por las noches decían que salían a «ventilar el Swammerdam», y el plato estrella de la

panadería, una empanada alargada de carne, pasó de repente a llamarse empanada Swammer.

A mí todo aquello me molestaba sorprendentemente poco. En cierto modo mi estatus caído lo merecía. Al menos pensaba así cuando unos meses más tarde me uní en matrimonio con Mathilda Tucker. Cuando salimos de la iglesia como esposos, había tenido mucho tiempo de fijarme en sus labios estrechos, típicamente británicos. Me había tomado la libertad de besarla durante mi declaración, y descubrí decepcionado que no tenían la capacidad de abrirse como una gran flor oculta y pegajosa, o tal vez como un monstruo marino de Swammerdam, como yo me había imaginado a altas horas de la noche. Eran simplemente tan secos y tiesos como parecían. Y la nariz era, a decir verdad, una pelín grande. No obstante me ardían las mejillas cuando nuestro matrimonio fue bendecido por el párroco. A pesar de todo me estaba casando y a punto de entrar a formar parte de la vida de los adultos, sin entender entonces que la vida de adulto tenía características que me imposibilitarían realizar la mayor parte de mis sueños, que me obligarían a alejarme del mundo de la ciencia. Porque Rahm tenía razón, a pesar de que yo seguía realizando sin mucho entusiasmo algunos trabajos de investigación, había elegido renunciar a mi pasión por la ciencia.

Pero estaba seguro, totalmente convencido, de que Thilda era la mujer perfecta para mí. Su cordura me fascinaba enormemente, siempre reflexionaba antes de responder a cualquier pregunta. Y lo mismo su manera de ser, tan orgullosa: me llenaba de admiración cómo defendía lo que opinaba, una cualidad poco frecuente en mujeres jóvenes. Más tarde, aunque no mucho más tarde, solo un par de meses después de habernos casado, me di cuenta de que en realidad tardaba tanto en contestar a las preguntas porque no era muy lista, y reconocí su orgullo como lo que era en realidad: una testarudez indoblegable. Descubriría que ella no cedía nunca. Nunca.

Pero la razón más importante para querer casarme con ella fue una que ni siquiera podía admitir ante mí mismo, pero que, por fin ahora, en mi lecho de enfermo, pude reconocer, y era que yo seguía siendo tan primitivo y voraz como un niño de diez años: el hecho de que ella fuera un cuerpo vivo y suave. Que fuera mía, que me fuera accesible. Que muy pronto tendría

ocasión de apretarme contra ese cuerpo, de tenerlo debajo de mí, de embestirlo como si fuera tierra cruda y húmeda.

Tampoco esa parte resultó como yo había soñado, sino más bien un asunto seco y precipitado, con demasiados botones y cintas, varillas de corsé, medias de lana que picaban, y un olor agrio a axilas. Y sin embargo me sentía atraído por ella con el instinto de un animal, de un zángano. Una y otra vez, listo para la reproducción, a pesar de que lo último que deseaba era tener descendientes. Como el zángano, sacrifiqué la vida por la procreación.

Tao

—Hacen lo que pueden. Han dicho que hacen lo que pueden.

Kuan echó hojas de té en una tetera que un enfermero acababa de traernos. Con manos tranquilas se sirvió el té en una taza. Como si estuviéramos en casa, como si fuera un día cualquiera.

Un día. Otra tarde más. ¿Había comido? No lo sabía. Nos traían comida y bebida a intervalos regulares. Sí, algo había tomado, unas cucharadas de arroz y un poco de agua para aliviar el vacío del estómago. Los restos se habían quedado duros en el recipiente de aluminio, convirtiéndose en una pasta fría y viscosa. Pero no había dormido. No me había duchado. La misma ropa que ayer, que antes de que ocurriera. Me había puesto ropa bonita, mis mejores prendas, una camisa amarilla y una falda que me llegaba hasta las rodillas. Ahora sentía odio por esa tela sintética contra el cuerpo, la blusa tenía la sisa demasiado estrecha y las mangas eran tan cortas que tiraba constantemente de ellas.

—¿Pero por qué no dicen nada?

Seguía de pie. No me había sentado en ningún momento. Estaba de pie y corría, una maratón entre cuatro paredes. Las manos no dejaban de sudarme, un sudor frío. La ropa se me pegaba al cuerpo. Había un vaho a mi alrededor, un olor que nunca había notado antes.

—Ellos saben de esto más que nosotros. No nos queda otra alternativa que fiarnos de ellos.

Kuan dio un sorbo de té, lo que me llenó de rabia. La manera en la que bebía, el vapor de la taza, cómo le subía por debajo de la nariz, el suave sonido al sorber. Algo que había hecho miles de veces antes. No podía hacerlo ahora.

Kuan podía chillar, gritar, echar pestes, hacerme reproches. ¿Cómo podía estar sentado con la taza entre las manos, calentándose con ella, esas manos completamente tranquilas...?

—Tao —Dejó de repente la taza, como si supiera lo que yo estaba pensando—. Por favor...

—¿Qué quieres que diga? —Lo miré con ojos duros—. ¡Beber té no ayuda nada!

—¿Cómo?

—Ha sido una metáfora.

—Me he dado cuenta.

Se le habían humedecido los ojos.

Es nuestro hijo, quise gritar. ¡Wei-Wen! Pero le di la espalda, no soportaba mirarlo.

El sonido de la tetera al levantarla y el té caliente al servirlo. Se puso de pie y vino hacia mí.

Me volví. Allí estaba, con una taza de té humeante en su mano firme, extendida hacia mí.

—Tal vez ayude —dijo en voz baja—. Necesitas tomar algo.

Una taza de té ayudaría... tomar una taza de té. ¿Ese era su plan? No hacer nada, quedarnos allí sentados. Tan pasivo, sin voluntad de cambiar, de decidir, de hacer algo.

Aparté la mirada. No podía decirle todo eso. Él sabía demasiado sobre mí.

El peso entre los dos no estaba bien repartido. Y sin embargo él no me reprochaba nada, no me echaba a mí la culpa. Simplemente estaba allí de pie, ofreciéndome una taza de té, con el brazo saliendo del cuerpo en ángulo recto, tensado de un modo casi antinatural. Tomó aliento, quizá para decir algo.

En ese instante se abrió la puerta. Entró la doctora Hio. Resultaba imposible leer nada en su cara. ¿Pesar? ¿Rechazo?

No saludó, solo nos hizo un gesto en dirección al pasillo.

—Acompañenme a mi despacho, por favor.

Yo la seguí de inmediato. Kuan se quedó parado con la taza en la mano, como si no supiera qué hacer con ella.

Por fin se repuso. Dejó rápidamente la taza en la mesa, se derramaron unas gotas y, al darse cuenta, vaciló.

¿Perdería tiempo en limpiarlas? No. Se enderezó y nos siguió.

Ella iba delante, Kuan y yo ni nos miramos, lo importante tendría que seguir sin pronunciarse, los dos manteníamos la mirada fija en ella. Tenía la espalda recta bajo la bata blanca. Se movía ligera y rápida. Llevaba el pelo recogido en una coleta que se balanceaba como la de una chica joven.

Abrió una puerta y entramos en una habitación pintada de gris. Una habitación sin personalidad, sin ninguna foto de niños adornando la pared, solo un teléfono en el escritorio.

—Siéntense ahí, por favor.

Nos señaló dos sillas y cambió de sitio la suya, para que la mesa no se interpusiera entre nosotros. ¿Acaso era algo que había aprendido en los estudios de Medicina? ¿Que el escritorio le confería una especie de autoridad, y que cuando iba a hablar de algo grave debía actuar como de igual a igual?

Algo grave. Iba a decirnos algo grave. De repente deseé que se hubiese sentado en la otra parte, no tan cerca de nosotros. Me incliné hacia atrás, alejándome de ella.

—¿Podemos verlo? —me apresuré a preguntar. De repente no me atreví a hacer las demás preguntas. ¿Cómo va, qué le pasa, qué le ha ocurrido a nuestro hijo?

—Me temo que aún no pueden verlo... Y por desgracia, me han relevado del caso de su hijo.

—¿La han relevado? Pero ¿por qué...?

—Hemos trabajado con varias hipótesis en torno al diagnóstico. Pero... sigue poco claro. —Dejó vagar la mirada—. En todo caso, se trata de un caso tan complicado que queda fuera de mi campo.

Un dulce alivio me subió por dentro. No había pronunciado las palabras más terribles. No había dicho fallecido, muerto, nos ha dejado. Había dicho que era complicado, que tenían varias hipótesis. Eso significaba que todavía no lo habían dado por perdido.

—Está bien. ¿Quién se encarga ahora?

—Un equipo que vino en un avión especial anoche desde Beijing. Les daré

los nombres en cuanto los tenga.

—¿Beijing?

—Son los mejores.

—¿Y mientras tanto?

—... Me han dicho que les pida que esperen. Que pueden irse a casa.

—¿Cómo? ¡No!

Me volví hacia Kuan. ¿No iba a decir nada?

La doctora se retorció en la silla.

—El niño está en las mejores manos.

—No vamos a irnos de aquí. Es nuestro hijo.

—Me han pedido que les diga que tardarán en saber algo más. Aquí ya no pueden hacer nada. El caso de Wei-Wen era muy especial.

Me puse rígida. «Era».

Mis palabras apenas eran audibles cuando por fin abrí la boca.

—¿Qué quiere decir?

Me volví de nuevo hacia Kuan para pedir ayuda, pero él estaba inmóvil en la silla. Con las manos sobre las rodillas. No preguntaría nada. Una vez más me volví hacia ella.

Las palabras salieron de lo más profundo de mi ser:

—¿Está vivo? ¿Wei-Wen está vivo?

Ella se inclinó un poco hacia delante, agachó la nuca y levantó la cabeza hacia nosotros, una tortuga mirando desde su concha. Sus ojos eran redondos, suplicantes, como si nos estuviera rogando que dejáramos de darle la lata. No parecía que fuera a contestar.

—¿Está vivo?

Ella vaciló.

—La última vez que lo vi, estaban... estaban manteniéndolo vivo con medios artificiales.

—¿Qué significa eso? ¿Que sigue con vida? ¿Significa que aún está vivo?

Asintió con la cabeza.

Aún está vivo. Me aferré a esas palabras. «Aún está vivo». Estaba vivo.

—Pero no sin ayuda —dijo en voz baja.

Eso no era importante. Me obligué a mí misma a pensar que eso no era

importante. Lo más importante era que estuviera vivo.

—Quiero verlo —dije en voz alta—. No me iré hasta no haberlo visto.

—Me temo que eso no va a ser posible.

—Es mi hijo.

—Como he dicho, ya no es responsabilidad mía.

—Pero usted sabe dónde está.

—De verdad que lo lamento...

Me puse bruscamente en pie. Kuan levantó la cabeza y me miró sorprendido. Evité que nuestras miradas se cruzaran y me volví hacia la doctora.

—Enséñeme dónde está.

George

Mandé a Rick y a Jimmy a casa sobre las cinco. Solo quedaba ya una tercera parte. Del resto me ocuparía yo. No podía pagarles horas que no fueran estrictamente necesarias.

Más o menos cuando se puso el sol casi había acabado. Al mismo tiempo, la llanura fue atacada por unas moscas asquerosamente pegajosas. No tenía ni idea de dónde se escondían durante el día, pero, al atardecer, aparecían grandes nubes de moscas, y resultaba imposible librarse de ellas. Era como si las personas les gustáramos, porque se pegaban a mí, siguiéndome a cada paso que daba.

Lo único que podía hacer era marcharme a casa. Estaba a punto de meterme en el coche cuando llamó Tom. No tenía grabado su número, para ser sincero, no sabía cómo hacerlo, pero lo reconocí.

—Hola, papá.

—Hola.

—¿Dónde estás?

—¿Por qué me lo preguntas? —dije riéndome entre dientes.

—Pues no sé...

—Antes la gente empezaba las llamadas con «cómo estás», ahora, con el teléfono móvil, la gente pregunta que dónde estás —intenté explicar.

—Sí...

—Estoy en el campo. Todo bajo control.

—¿Ah, sí? ¿Tiene buena pinta?

—Estupenda.

—Bien. Me alegra saberlo. Me hace feliz.

«¿Me hace feliz?». Esas palabras no pegaban en su boca. ¿Había empezado

a hablar así?

—Por cierto, ¿qué crees que quiere decir eso? —pregunté.

—¿Qué quiere decir?

—Sí, sobre la sociedad. Que nos preguntemos dónde estamos, en lugar de cómo nos va.

—Papá...

—Estoy bromeando, Tom.

Intenté reírme. Como de costumbre, no fui correspondido. Nos quedamos callados un par de segundos. Me reí más alto, esperando que sirviera de algo, pero justo en el momento en el que tenía la boca abierta, como la puerta de la iglesia en domingo, se me metió una mosca hasta el fondo, juro que me llegó a la mismísima campanilla. Joder, cómo me picaba, y yo sin saber qué hacer, si intentar sacarla tosiendo o tragármela, de modo que intenté las dos cosas a la vez. Ninguna funcionó.

—Papá —dijo de repente Tom—. ¿Te acuerdas de lo que hablamos cuando estuve en casa?

La mosca se movía y me hacía cosquillas en el fondo del paladar.

—¿Estás ahí?

Volví a toser.

—Sí, la última vez que lo comprobé sí que estaba aquí.

Se quedó callado unos instantes.

—Me han dado la beca.

Oía su respiración. Había crujidos en la línea de teléfono, como si las señales telefónicas protestaran contra nuestra conversación.

—No va a costarte nada, papá. John lo ha arreglado todo.

—¿John?

Me había quedado ronco, la mosca estaba atrapada y bien atrapada muy dentro de la garganta.

—Sí. El profesor Smith.

Me aclaré la voz tosiendo con mucha fuerza, pero no me salieron ni moscas ni palabras.

—¿Estás llorando, papá?

—¿Llorando yo? ¡Qué coño!

Volví a toser. Por fin la mosca se desprendió, se deslizó por la lengua y se quedó quieta en la parte de delante de la boca.

—Vale —dijo él.

Nueva pausa.

—Solo quería decírtelo.

—Ya lo has hecho.

No podía escupir ahora. Él lo oiría.

—Sí.

—Sí.

—Hasta luego entonces.

—Hasta luego.

Un sólido salivazo y ¡zas! la mosca desapareció, no vi en qué dirección, no me interesaba tanto seguir estudiándola.

Me quedé quieto con el teléfono en la mano. Me entraron ganas de estrellarlo contra el suelo, de ver saltar en pedazos esa baratija electrónica que hacía posible recibir malas noticias incluso en los prados. Pero sabía que sería un follón conseguir uno nuevo. Y me costaría dinero. Además, tampoco era seguro que el teléfono se rompiera, la hierba ya estaba alta y blanda como un edredón. De modo que me quedé quieto, con la mano alrededor del teléfono y una horca en el corazón.

William

Estaba saliendo de la ceguera, comía bien y empecé a hacer ejercicio físico con moderación. Me bañaba a diario, pedía a menudo ropa recién lavada y me afeitaba hasta dos veces al día. Tras tantos meses como un chimpancé barbudo, había llegado a apreciar la cara lisa, notar el aire directamente en la piel.

Leía hasta que me escocían los ojos. Cada vez aguantaba más, cada vez más palabras al día, me pasaba días enteros junto al escritorio, rodeado de todos mis libros abiertos sobre la mesa, en la cama, en el suelo.

Volví a leer a Swammerdam, sus investigaciones seguían en pie. Estudié al detalle la colmena de Huber, sus marcos prácticos, y encargaba todos los panfletos y revistas que encontraba sobre la práctica de la apicultura. Resultó haber muchos. Durante los últimos años, la apicultura se había convertido en una actividad de ocio para la burguesía, algo con lo que llenaban las largas horas entre el almuerzo y la cena. Pero la mayor parte de esos pequeños manuales estaban escritos para la gente corriente, claro. En un lenguaje sencillo, con ilustraciones simplificadas. Para alguien como yo resultaba muy fácil leerlos. Algunos describían experimentos hechos con colmenas de madera, otros incluso decían haber inventado lo que sería el nuevo estándar, pero nadie consiguió en aquellos días presentar una colmena que realmente ofreciera al apicultor completo acceso y una visión de conjunto de la misma. No como esa colmena que yo sabía que construiría.

Dorothea venía a verme todos los días. Aparecía con las mejillas sonrosadas de cocinar y sencillos platos elaborados por ella misma. Se lo pediría Thilda, con la esperanza de que yo comiera más al saber que mis hijas habían preparado la comida. Una suposición correcta, por cierto, pues sabía

sorprendentemente bien, y resultaba obvio que Dorothea se estaba convirtiendo en una buena candidata a esposa. También Georgina acudía de vez en cuando. Entraba en la habitación como una ola con su voz chillona de niña pequeña, borrando todas mis cavilaciones, y volvía a desaparecer volando. Charlotte era la que menos molestaba, solía asomar su nariz puntiaguda por la puerta y pedir prestado algún libro que no me hiciera falta en ese momento. Volvía siempre a por más libros, leía a tal velocidad que enseguida habría leído todos los que yo tenía.

Pero Edmund no venía nunca. A veces, por las tardes, oía su voz abajo o en el jardín, o incluso en el pasillo fuera de mi habitación, pero nunca me deleitaba con su presencia.

Al final fui yo a verlo a él.

Era por la tarde. La casa había recuperado la calma después de la hora del té, pronto sería absorbida de nuevo por los ruidos de la cena a punto de servirse, pero en ese momento todavía reinaba el silencio.

Llamé discretamente a su puerta. No hubo contestación. Levanté la mano hacia la manilla, pero vacilé. Quería darle tiempo. Retiré la mano y me la pasé por la mejilla rasurada. Me había preparado antes de ir, me había puesto pantalones limpios, me había lavado. Deseaba con gran ardor que viera esa nueva versión de su padre y olvidara la última que había visto.

No se acercaba a la puerta y volví a llamar.

¿Podría entrar? Era su habitación, su espacio privado. Pero al fin y al cabo, yo era su padre, y la casa, y con ello también su habitación, era mía.

Sí, podía. Estaba en mi derecho.

Empujé con cuidado la manilla. La puerta se abrió de par en par, como invitándome a entrar.

La habitación estaba en penumbra, la única luz provenía de fuera, de la naturaleza, en la que el sol se estaba poniendo en ese momento. Pero la habitación daba al este, y el sol de la tarde no llegaba hasta allí.

Entré y por dentro de la puerta descubrí una llave. ¿Solía cerrar con llave? El aire estaba cargado, un olor a almizcle y a algo rancio e indefinible. Por todas partes había prendas caóticamente esparcidas, una chaqueta tirada sobre la silla, un pantalón y una camisa sobre la cama. Encima del espejo colgaba

una bufanda, la de color verde botella que llevaba cuando vino a verme. En la mesita de noche había dos platos y dos tazas sucios, y un par de zapatos sin limpiar tirados en medio de la habitación.

Me quedé inmóvil, preso de una repentina inquietud. Había algo en esa habitación que no estaba bien, algo que no encajaba.

¿La falta de orden?

No. Él era joven. Era un hombre. Era natural que su habitación tuviera ese aspecto. Yo debería decir a alguna de las niñas que le ayudaran a poner un poco de orden.

No era el desorden, sino otra cosa.

Miré a mi alrededor. Ropa, platos, zapatos, una jarra.

Faltaba algo.

De repente reparé en ello.

Su escritorio. Estaba vacío. La estantería de la pared. Vacía.

¿Dónde estaban todos los libros? ¿Dónde estaban los útiles de escribir? Todo lo que necesitaba para preparar sus estudios.

—¿Padre?

Me di la vuelta a toda prisa. De nuevo había aparecido sin que me diera cuenta.

—Edmund.

Vacilé. ¿Debería salir del cuarto sin más? No. Tenía derecho a estar allí. Todo el derecho del mundo.

—Se me ha olvidado una cosa.

Estaba sin aliento y con las mejillas encendidas, era obvio que venía de la calle. También ese día iba bien vestido, pero algo informal, con un chaleco de terciopelo rojo, el abrigo abierto y una bufanda enrollada alrededor del cuello. Llevaba un monedero en la mano y se apresuró hacia la consola, situada junto a la pared de la cama. Había una arqueta encima, que abrió y en cuyo interior rebuscó. Sonaron monedas. Abrió el monedero y metió algunas. Luego se volvió hacia mí.

—¿Quería algo?

No estaba indignado porque me hubiera colado en su habitación, eso parecía carecer por completo de importancia.

—¿Adónde vas? —pregunté.

Hizo un movimiento de la cabeza hacia la nada.

—Voy a salir.

—¿Y adónde?

—Padre...

Sonrió, ligeramente exasperado, según la expresión de su cara. No podía recordar la última vez que le había visto sonreír, y estaba en su pleno derecho, claro.

—Tienes que perdonarme —dije, devolviéndole la sonrisa—. Me olvidé de que ya no eres un niño.

Se dirigió de nuevo hacia la puerta. Yo di un paso hacia delante. ¿Se iría ya? ¿No podía esperar un poco para tener tiempo de mirarme bien, fijarse en lo sano que estaba, lo arreglado, tan diferente a la última vez que hablamos?

Vaciló y se detuvo. Nos quedamos uno a cada lado de la puerta, abierta y oscura entre nosotros. Dos pasos más y él habría desaparecido.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo.

—Claro. Puedes preguntarme cualquier cosa que te preocupe.

Sonreí de buen talante. Pronto estaríamos inmersos en una positiva conversación, lo que para nosotros podría significar el comienzo, el comienzo de algo completamente nuevo.

Tomó aliento.

—¿Tiene algo de dinero?

Me sobresalté.

—¿Dinero?

Agitó el monedero, hizo una mueca y dijo:

—Casi vacío.

—Yo... —Fui incapaz de contestar—. Lo siento.

Se encogió de hombros.

—Tendré que pedírselo a madre.

Y desapareció por la puerta.

Volví a mi cuarto, extrañamente deprimido. ¿Yo no era más que un monedero para él? ¿Dinero era todo lo que él quería de mí?

Me senté junto al escritorio. No... no podía ser. Pero el dinero... tal vez el dinero representara para él todo lo que nosotros no teníamos. Esa pobreza en la que la familia había vivido durante los últimos meses... era más que comprensible que eso le marcara. Para él la falta de dinero era la señal más obvia de que su padre estaba enfermo. El que yo hubiera resucitado estaba bien, pero seguía incapaz de conseguirle lo que realmente necesitaba. Él era joven. Era natural que esa sencilla y precaria necesidad fuera lo más importante para él. Pero tenía que darme tiempo. Porque la idea que yo tenía en mente le proporcionaría tanto lo que necesitaba de inmediato como lo que sobre la marcha considerara lo más importante.

Mojé la pluma en el tintero y la deslicé por el papel. Para mi desgracia, puesto que para un zoólogo los dibujos de sus observaciones constituyen una parte importante de su trabajo, yo nunca había sido un gran dibujante, pero en el transcurso de los años me había obligado a mí mismo a trabajar con la técnica, y ahora era al menos capaz de usar la pluma como herramienta.

Tenía unas vagas ideas que tendría que apuntar antes de que se desvaneciesen. Me imaginaba una caja de madera con el tejado inclinado. Las colmenas curvas tenían una forma orgánica, como un nido, casi se fundían con las pajas que ondeaban en los prados. Yo quería crear algo distinto, una construcción anclada en la civilización, una casita para las abejas con puertas, aberturas y facilidades de observación. Debían ser creadas por personas, porque solo los seres humanos sabemos levantar verdaderos edificios, construcciones que se pudieran espiar, que otorgaran el control al ser humano, no a la naturaleza.

Estuve dibujando durante varios días, apuntando las milimétricas medidas de las distintas partes, imaginándome cómo podría construir la colmena y poniendo toda mi energía en los detalles. La familia vivía su vida en la casa, fuera de mi habitación, yo apenas les hacía caso, y sin embargo recibía a diario las visitas de Georgiana y Thilda. Y de Charlotte.

Una mañana llegó más temprano que de costumbre, llamando suavemente a la puerta, como hacía siempre.

Al principio no contesté, estaba demasiado ocupado en detallar el tejado de

las colmenas.

Volvieron a llamar a la puerta.

—¿Sí? —suspiré.

Se abrió la puerta. Ella se quedó con un pie delante del otro, como si estuviera tomando impulso.

—Buenos días, padre.

—Buenos días.

—¿Puedo entrar? —Su voz era tranquila, pero su mirada vacilaba insegura en dirección al suelo.

—Estoy trabajando.

—No le voy a estorbar. Solo quiero devolverle este libro.

Me tendió un libro que tenía agarrado con ambas manos, como si fuera algo muy valioso. Dio un par de pasos hacia el interior de la habitación, levantó la cabeza y me miró.

—Tenía la esperanza de que pudiéramos hablar un rato sobre él.

Sus ojos eran de un color entre gris y verde, un poco juntos, no como los de Thilda. En general, se parecía muy poco a su madre.

—Ponlo ahí.

Hice una señal en dirección a la estantería. Una mirada inequívoca, esperaba que bastara para no tener que decirle que no.

—Sí.

Volvió a bajar la cabeza y se acercó a la estantería, donde se detuvo.

Recapacité; ciertamente tenía prisa, pero esa no era razón para mostrarme cortante.

—Estoy en medio de un asunto, pero hablaré gustosamente contigo un poco más tarde —dije, con una voz que esperaba fuera suave.

Ella no contestó, se limitó a mirar el libro que aún tenía en las manos.

—¿Dónde debe estar?

—En la estantería, naturalmente.

—Sí, pero... quiero decir... ¿no los tiene clasificados?

—No. Ponlo ahí.

Levantó la mirada y dijo con entusiasmo:

—¿Quiere que se los clasifique?

—¿Cómo?

—Los libros. Puedo clasificarlos por orden alfabético de los autores, si quiere.

Al parecer no se daba por vencida.

—Bueno... Sí... por qué no.

Ella sonrió ligeramente, se inclinó hacia la estantería y se sentó allí mismo en el suelo. Su nuca formaba una fina línea, con el pelo recogido en un sencillo peinado, nada de tirabuzones cayéndole por las orejas, al parecer esas cosas no le interesaban. Se retorció y cambió de posición, pareció encontrar una postura confortable que podría mantener durante un tiempo. Por lo visto su intención era quedarse allí un buen rato.

Acto seguido se puso a trabajar con movimientos rápidos y precisos. Trataba los libros con sumo cuidado, como si fueran pajarillos a los que ayudaba a volver al nido.

Volví a inclinarme sobre el dibujo con la intención de continuar, pero no conseguía apartar los ojos de ella. Esa pasión en los movimientos, ese esmero, esa reverencia, cómo colocaba cada libro al lado del otro con gran precisión, pasando a continuación el dedo por los lomos para asegurarse de que no sobresalía ninguno. Así los trataba yo en tiempos remotos. Charlotte debió de percatarse de mi mirada, porque de repente se volvió y me sonrió. Yo le devolví una breve sonrisa y volví a concentrarme en el trabajo, con una incomprensible sensación de haber sido descubierto.

Acabó pronto. La oí levantarse y fingí no darme cuenta, como si estuviera demasiado inmerso en mis asuntos. Pero ella no abandonó la habitación, sino que se quedó de pie sin moverse.

Levanté la vista.

—Gracias.

Contestó con un movimiento de la cabeza. ¿Pero no se iba? Me resultaba imposible trabajar con esa sombra de carne y hueso respirando allí.

—Siéntate... si quieres —dije por fin, ofreciéndole una silla. Me parecía que se lo debía.

—Gracias. —Se apresuró a colocar el trasero en el filo de la silla.

Una vez más volví a mi trabajo.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando el dibujo.

La miré.

—¿Tú qué crees?

—Una colmena —contestó enseguida.

La miré sorprendido. Luego se me ocurrió pensar que ella debía de haber visto todos los cuadernos que yo había recibido por correo.

—¿Va a construirla usted? —me preguntó.

—Voy a hacer que me la construyan.

—Pero... ¿eso es lo primero que va a hacer?

—¿Lo primero? ¿No ves todos los libros que he leído? —dije gesticulando en torno a mí.

—Sí —se limitó a decir. Luego se miró las manos, que reposaban perfectas en su regazo.

La irritación me subió por dentro.

—¿No me habías dicho que no ibas a hablar?

—Perdone. No diré nada más.

—Escucho muchos ruidos en tu cerebro.

—Lo que pasa es...

—¿Qué?

—Siempre ha dicho que hay que empezar por lo básico.

—¿Ah, sí, eso he dicho?

Pues sí, lo había dicho. Muchas veces. No a Charlotte directamente, sino a Edmund cuando estaba haciendo los deberes y quería ir derecho a los problemas más difíciles de matemáticas, a pesar de que aún no dominaba la multiplicación sencilla.

Levantó la vista.

—También ha dicho muchas veces que la zoología empieza siempre por la observación.

—De acuerdo.

—Que la base está en la observación. Luego viene el pensamiento.

Noté que la frente se me tensaba. Mis propias palabras en boca de Charlotte. Ella tenía razón, maldita sea.

Tao

La doctora Hio nos llevó con ella. Subimos en un ascensor, luego recorrimos un largo pasillo. Otro ascensor de bajada. Ella andaba deprisa, mirando de vez en cuando por encima del hombro, tal vez no quería que nadie la viera. Nos dijo que había recibido unas instrucciones muy claras, nadie podía ver al niño. Estaba incomunicado. Nadie podía entrar.

—Pero —prosiguió, más bien para sí misma—, usted es su madre. —Miró apresuradamente a Kuan, como si no le hubiera descubierto hasta ese instante, y se corrigió—. Son sus padres. Tienen que verlo. —Le temblaba la voz al decirlo, la empatía profesional había desaparecido.

¿Qué nos esperaba? Wei-Wen en una cama de hospital. Pálido. Los ojos cerrados. Los vasos sanguíneos de los párpados inusualmente visibles. Ese pequeño cuerpo, antes tan lleno de testarudez y energía, ahora completamente flácido. Los brazos caídos a los lados, una cánula con un tubo de plástico en uno de ellos. Esos brazos que me rodeaban, esa mejilla que se apretaba suave y lisa contra la mía: rodeado de máquinas, aparatos silbantes, pantallas encendidas. Esterilizado. Blanco. ¿Solo?

Estaba lejos. ¿O acaso ella estaba dando un rodeo? Cada vez que nos encontrábamos con alguien, se limitaba a saludar con un breve movimiento de cabeza, acelerando el paso aún más. Fuimos devorados por el interior del edificio. Como si nos dirigiéramos a un lugar sin salida.

Por fin se detuvo. Delante de nosotros había una puerta de acero. La doctora echó un rápido vistazo a su alrededor, como para asegurarse de que no había nadie cerca, antes de pulsar un botón. La puerta se abrió con un sonido de succión. Estaba enmarcada por listones de caucho negro, y por ello resultaba completamente hermética. Cruzamos el umbral. Dentro se oía un

fuerte zumbido, un aparato de ventilación a toda marcha. La presión del aire cambió. A nuestras espaldas, la puerta se cerró deslizándose, hasta pegarse al marco.

Esperaba ver personal sanitario. Empleados esterilizados vestidos de blanco rodeándonos. Voces duras, autoridad, «tienen que salir de aquí, fuera, esta es una zona restringida». Yo había preparado las palabras que diría. Me había preparado para mostrarme dura con Kuan, vi por su mirada que él ya se había retirado, estaba a la defensiva, no quería estar allí, en zona prohibida.

Pero el pasillo estaba vacío. La sección estaba vacía. Seguimos andando, doblamos una esquina. Yo esperaba un mostrador, una recepción, médicos adelantándonos a toda prisa. Pero tampoco allí había nadie. La doctora Hio iba delante. No veía su cara, pero sus pasos eran vacilantes, andaba cada vez más despacio.

Por fin se detuvo delante de una puerta. También esta era de acero reluciente, ninguna marca de dedos, ninguna marca de vida, brillante como un espejo. Una ventanilla en medio, un ojo de buey, como en un viejo barco. Intenté mirar por ella, pero las luces del techo eran demasiado intensas, el reflejo verdoso imposibilitaba ver.

—Es aquí. Aquí es donde está —dijo. Se quedó unos instantes inmóvil, insegura. Luego retrocedió—. Pueden entrar solos.

Puse la mano en la puerta. El metal estaba sorprendentemente frío y retiré la mano, dejando una marca húmeda de la palma en medio de toda esa esterilización.

Entré en la sombría habitación. Apenas noté que Kuan me seguía. Tardé en habituarme a la oscuridad. Estuve a punto de chocar contra un cristal que iba del suelo al techo a solo un metro de distancia de la puerta. Detrás se veía una habitación de hospital modestamente amueblada. Un armario. Una cama. Una mesita de noche de acero. Paredes desnudas. Una cama.

Vacía.

La cama estaba vacía.

La habitación estaba vacía. Él no estaba.

Salí corriendo al pasillo. Pero me detuve en seco. Había otro médico con la doctora Hio. Hablaban deprisa y susurrando. El otro médico se inclinó hacia

ella, tenso y enfurecido. Amonestador.

Kuan iba detrás de mí, también él se detuvo.

—¿Dónde está? —pregunté en voz alta.

El médico se volvió hacia nosotros, callándose de pronto. Alto, delgado, pálido. Manos intranquilas que se metió en los bolsillos de la bata.

—Lamento decirles que su hijo ya no se encuentra aquí. Ha sido dado de alta.

—¿Cómo?

—Trasladado.

—¿Trasladado? ¿Adónde?

Aún no me había mirado a la cara.

—Beijing.

—¡¿Beijing?!

—Como tal vez ya sabrán, aún tenemos dudas sobre lo que le pasa a su hijo, así que se decidió que estaría en mejores manos con un equipo de especialistas.

Kuan no dijo nada, se limitó a mover la cabeza.

—No —dije.

—¿Qué? —El médico me miró por fin.

—No pueden enviarlo a otro sitio así sin más.

—No lo hemos enviado así sin más. Lo hemos enviado a los mejores especialistas. Deberían estar agradecidos...

—¿Pero por qué no se nos ha dicho nada? ¿Por qué no hemos podido ir con él?

Otra vez igual. Primero mi madre. Y ahora el niño. Robado, sin ninguna explicación.

—¿En qué hospital está?

—Ya lo sabrán.

—¡Ahora!

—Si se van a casa, pronto les enviaremos más información.

Todo se me paralizó por dentro, ya no pude seguir manteniéndome considerada, comedida y sensata. El tono de mi voz se elevó, se volvió chillona.

—¡Llévenme a donde está mi hijo! ¡Llévenme con él!

Me acerqué de un salto al médico y lo agarré por los hombros.

—¡Quiero ver a mi hijo! ¿Lo entiende?

La sangre me subió a la cabeza, las mejillas se me humedecieron, intenté zarandearlo, él se quedó inmóvil, incrédulo.

Entonces alguien me agarró y me mantuvo agarrada, cogiéndome por los brazos, paralizándome, dejándome a mí tan paralizada como lo estaba él. Kuan. Obediente, igual que siempre.

No hablamos nada en el tren de vuelta a casa. El viaje duró casi tres horas. Tuvimos que cambiar de tren. Y nos sometieron a dos controles. Una prueba de huellas dactilares y muchas preguntas. ¿Quiénes éramos? ¿Dónde vivíamos? ¿Adónde nos dirigíamos? ¿Dónde habíamos estado? Kuan contestó tranquilamente a todas las preguntas, yo no entendía cómo era capaz. Como si fuera el mismo de siempre. Pero no lo era. Nuestras miradas se cruzaron en una ocasión, unos ojos desconocidos. Me volví hacia otro lado.

Recorrimos a pie el último tramo. Nos encontrábamos a solo 100 metros de nuestra casa cuando reparamos en los helicópteros que daban vueltas sobre nosotros. El ruidoso tableteo subía y bajaba. Primero pensé que estaban justo encima de la casa, pero al acercarnos más vi que volaban por encima de los campos, sobre los perales. Sobre el bosque.

Doblamos la esquina y nos detuvimos. Allí, delante de nuestra casa, donde empezaban los sectores, estaban nuestros colegas, todos con ropa de trabajo. Habían sido interrumpidos en mitad de la faena y estaban sin hacer nada, reunidos en un pequeño grupo. Algunos tenían todavía tijeras de jardín y cestas para residuos en las manos. Estaban callados, de pie, mirando asombrados la zona delante de nosotros. A cierta distancia vislumbré el cerro donde habíamos almorzado aquel día. Y detrás estaba el bosque salvaje. El aire sobre los frutales estaba atestado de naves y por delante de nosotros pasaban filas de silenciosos tanques. Formaron un muro. Un muro entre nosotros y el campo. Detrás de los tanques se veían soldados trabajando, a punto de levantar una lona blanca de varios cientos de metros de largo.

Trabajaban rápida y eficazmente, no decían nada, solo se oían los golpes cuando clavaban los postes en la tierra. Más allá de los soldados, detrás de la valla, vislumbré figuras con trajes que las cubrían por completo, y cascos. Protegidos contra algo de allí fuera.

George

No podía dormir. La horca seguía clavada temblando en mi corazón tras la charla con Tom, sus palabras no paraban de darme vueltas en la cabeza. «Me han dado la beca, no te va a costar ni un céntimo. John lo ha organizado todo».

Emma dormía tranquila a mi lado, respiraba casi sin hacer ruido. Tenía la cara lisa. Parecía más joven cuando dormía. Resultaba casi un insulto eso de poder dormir cuando yo estaba a su lado luchando con los pensamientos.

Una bombilla parpadeaba fuera en el patio. Estaría a punto de fundirse o tal vez le pasara algo a la toma de corriente de la lámpara. El parpadeo se convirtió en luces de discoteca. Los destellos se me metieron detrás de los párpados a través de la ventana. Me tapé con el edredón, pero no sirvió de nada, me resultaba aún más difícil que el aire me llegara a los pulmones.

Al final me levanté, intenté colocar bien la cortina, conseguí tapar la rendija por donde entraba la luz.

Pero no fue suficiente. También parpadeaba a través de la cortina. Quizá Emma tenía razón al decir que deberíamos comprar unas de esas cortinas opacas. Me había enseñado en una revista unas que parecían unos estores normales y corrientes. Pero eso tendría que ser más adelante. Primero había que arreglar la lámpara. Ya. No se tardaría mucho, sería un trabajo fácil, lo haría en un periquete. Tenía que reparar esa lámpara antes de dormir.

Era una noche calurosa. No me puse chaqueta, salí solo con la camiseta que llevaba puesta. De todos modos no me vería nadie.

La lámpara estaba alta, necesitaría una escalera. Me fui al granero, me bajé la más larga de la pared, salí, la coloqué, comprobé que estaba estable, y me subí en ella.

El globo de la lámpara no se movió ni un milímetro cuando intenté quitarlo. Ardía. Fui capaz de sujetarlo con la mano, pero no mucho tiempo. Probé con la camiseta, sosteniendo el globo con la tela mientras lo giraba, pero no funcionó. Al final me quité la camiseta.

La bombilla parpadeaba a ratos, de forma irregular. No me extrañaría que se tratara de un mal contacto. Emma protesta cada vez que hago de electricista, pero los electricistas te cobran solo por mirarte. Deben de ganar una fortuna, tendría que haber elegido ese oficio. ¿O acaso era lo que tendría que haber elegido Tom? Habría sido mucho mejor, una formación corta, trabajo bien pagado.

«Beca. No te costará ni un céntimo. John lo ha organizado todo».

Fue un planchazo, pero no lo suficiente como para amilanarme.

Allí estaba yo, casi en pelotas, con bóxer y zapatos, dando vueltas a ese sucio globo. Por fin lo desenrosqué. Lo sostuve con la camiseta en la mano izquierda, mientras intentaba atacar la bombilla.

—¡Mierda!

Estaba ardiendo. Tuve que bajar de nuevo con el globo, lo dejé en el suelo y volví a subir. La bombilla salió enseguida, gracias a Dios. Pero pensé que si el problema estaba en la tensión, debería quitar la lámpara entera, con soporte y todo. Podría ser peligroso tenerlo allí. Y no sería difícil quitarlo.

Otra vez al granero a por las herramientas. Y subirme de nuevo a la escalera.

Odiaba el destornillador de estrella. Un par de vueltas y la estrella se convertía en un agujero en el que el destornillador daba vueltas y vueltas sin agarrar. Y esos cuatro agujeros eran más que tercos, oxidados y asquerosos. Pero yo era más terco que ellos. No me daría por vencido, claro que no.

Me puse a desatornillar con todas mis fuerzas.

Por fin había sacado los cuatro. La lámpara seguía pegada a la pared, sujeta por la pintura roja. Pero me las apañaría, un poco de resistencia no me daba miedo. Así que agarré y empecé a tirar.

Se soltó y los cables quedaron colgando, saliendo de la pared como gusanos. Toqué uno con el dedo.

—¡Mierda puta!

El calambre en sí no fue tan fuerte que me hiciera perder el equilibrio. Pero en la otra mano llevaba el soporte y el destornillador. Y la escalera tampoco estaba muy bien colocada.

Estaba en el suelo bocarriba. No sé si me había desmayado al caerme. Tenía una vaga imagen de la escalera, que ondeaba por los aires conmigo arriba, como una figura de cómic. Noté que me dolía el cuerpo en varios sitios. Unos dolores bastante jodidos.

Muy arriba vi los cables arrastrarse a lo largo de la pared y luego bajar hacia mí. Enfoqué. Se tranquilizaron.

Entonces apareció la cara de Emma. Pálida de sueño y despeinada.

—¡Pero George!

—Ha sido la lámpara.

Miró hacia arriba y vio los cables que salían del agujero de la pared.

Me incorporé. Despacio. Menos mal, el cuerpo reaccionó. Nada roto. Y había quitado la lámpara. Lo había conseguido.

Señaló la escalera con la cabeza.

—¿Tenías que ponerte a hacer esto en mitad de la noche? —Me tendió una mano y tiró de mí para levantarme—. ¿No podía esperar?

Di un par de pasos. La pierna me dolía, intenté no mostrar cuánto. Debería sentirme avergonzado, pero en realidad solo estaba aliviado por haberlo conseguido. Era un jodido testarudo. No era uno de esos que huyen ante el menor problema.

Emma me alcanzó la camiseta. Estaba a punto de metérmela por la cabeza cuando dijo:

—Para un momento.

Se puso a limpiarme la espalda. En ese momento vi lo sucio que estaba. Cubierto de polvo y gravilla desde los calcetines hasta el pelo, las manos llenas de una mierda negra y pegajosa de la lámpara.

Me liberé de sus manos retorciéndome, me puse la camiseta y noté que aún tenía piedrecitas pegadas a la espalda, aprisionadas entre la piel y el desgastado algodón. Me dolería al tumbarme, como al andar con piedras en los zapatos. Pero lo más importante era que había podido quitar la lámpara.

Volví a enderezar la escalera y fui de nuevo al granero. Iba a acabar lo que había empezado.

—Tengo que coger la cinta aislante —dije—. No puedo dejar los cables colgando.

—Pero eso sí puedes dejarlo para mañana, ¿no?

No contesté.

Emma suspiró.

—Déjame al menos que desconecte la corriente —su voz sonaba ya más alta.

Me volví. Ella esbozó una leve sonrisa. ¿Era una sonrisa irónica? ¿Por haberme olvidado de la regla número uno de los electricistas?

—Tú vete a la cama —me limité a decir.

Se encogió de hombros. Luego se volvió y se fue hacia la casa.

—Y oye, Emma —dije.

—¿Sí?

Se paró. Luego se volvió.

Me enderecé y tomé impulso.

—De Florida nada. Para que lo sepas. Conmigo no. Tendrás que buscarte a otro. Yo voy a vivir aquí. Nada de Gulf Harbors.

William

La colmena de paja que había encargado llegó a los tres días. La hice colocar en la semisombra de un álamo blanco, en el otro extremo de la finca, en la parte del jardín que dejábamos crecer a su suerte. En ese lugar no estorbaría a nadie, las niñas no solían llegar hasta allí, y yo podría trabajar en paz, hacer mis observaciones de las abejas, tomar notas y dibujar sin ser molestado. Un campesino del sur de la ciudad me vendió la colmena sin rechistar; probablemente porque yo le expuse mi oferta, en lugar de dejarle decir lo que pedía por ella. Ni siquiera intentó regatear al alza, sino que aceptó el precio sin más, lo que me indicó que seguramente podría haber adquirido la colmena por la mitad.

El hombre se puso a darme explicaciones sobre cosechas, pero lo interrumpí. Yo no había adquirido la colmena para extraer la miel.

Thilda me había confeccionado un traje no muy distinto del de un esgrimidor. Tuvo que encogerlo tres veces durante el proceso, al parecer, no entendía que mis antiguas medidas corporales ya no valían. En las manos me ponía un par de guantes que ya no usaba; dejaban la piel húmeda y pegajosa, pero eran imprescindibles como protección.

Ahora me encontraba en el lugar elegido, bajo el álamo blanco, estábamos solos la colmena y yo, yo y las abejas.

Saqué un cuaderno de notas. Las observaciones constituían un trabajo muy meticuloso, pero solían proporcionarme placer, porque en ellas, en las observaciones, empezaba todo, allí residía el principio de mi pasión. Cómo había podido olvidarlo.

Estaba a punto de hacer una anotación cuando otra cosa me vino a la mente. Con el paso de los años me había olvidado de las rutinas más obvias: una

silla.

Al cabo de un rato estaba de vuelta con una simple banquetta; sin aliento, el sudor me corría por dentro del traje, que al final había quedado casi demasiado estrecho —lo notaba ahora que lo llevaba puesto—, me apretaba debajo de los brazos y en la ingle.

Me senté y me fui tranquilizando poco a poco.

No había mucho que ver. Las abejas abandonaban la colmena y volvían, nada sorprendente en sí. Recogían polen y néctar, este último lo convertían en miel y el polen sería alimento para las larvas. Era un trabajo metódico y pacífico, sistemático, instintivo, heredado. Eran todas hermanas, porque la reina era la madre de todas, eran creadas por ella, pero no estaban sometidas a ella. Estaban sometidas a la totalidad.

Me habría gustado ver a la reina, pero la cesta tapaba a las abejas, y todo lo que hacían allí dentro quedaba oculto.

La levanté con mucho cuidado y miré hacia dentro desde abajo. Las abejas se movieron intranquilas, dispersándose por el aire a mi alrededor, no les gustaba que las estorbaran.

Observé panales llenos, algún que otro zángano, vi crías y larvas, y me acerqué aún más. La expectación me hacía cosquillas en la piel, porque por fin me había puesto en marcha. ¡Por fin!

—¡Hora de comer!

La voz de Thilda produjo una brecha en el zumbido de las abejas y ahuyentó a los pájaros.

Volví a inclinarme sobre la colmena. No iba conmigo, las comidas de la familia no formaban parte de mi vida, llevaba meses sin comer con ellos. Las niñas se acercaron a la casa, una tras otra desaparecieron dentro.

—¡La comida está servida!

Miré a escondidas a Thilda por debajo del brazo. Estaba en medio del jardín mirándome, y, ay, en ese momento se dirigía hacia mí.

El tenedor de la pequeña Georgina arañó el plato vacío.

—¡Chitón! —dijo Thilda—. ¡Deja el tenedor en el plato!

—¡Tengo hambre!

Thilda, Charlotte y Dorothea pusieron unas fuentes en la mesa. Una con verduras, otra con patatas y una sopera con un brebaje aguado que se suponía que era sopa.

—¿Eso es todo? —pregunté, señalando las fuentes.

Thilda hizo un gesto afirmativo.

—¿Dónde está la carne?

—No hay carne.

—¿Y la empanada?

—Nos falta mantequilla y harina fina —dijo, mirándome con firmeza—. A no ser que quieras que cojamos el dinero para los estudios.

—No. El dinero para los estudios de Edmund no se toca.

De repente entendí por qué Thilda había insistido en que almorzara con la familia. Era más astuta de lo que creía.

Miré a mi alrededor. Las enflaquecidas caras infantiles estaban todas fijas en esos tres desconsolados platos puestos en la mesa.

—Bueno —dije por fin—. Entonces demos gracias por la comida que tenemos.

Bajé la cabeza y recé. La oración estaba mal colocada en la lengua y la escupí rápidamente para acabar.

—Amén.

—Amén —repitió la familia.

A través de la ventana podía vislumbrar la colmena al fondo del jardín. Me serví poca cantidad para poder volver enseguida a mis observaciones.

Las fuentes de comida pasaron de mí a Thilda y luego a los niños, por orden de edad. Me alegré de que Edmund fuera el mayor y pudiera servirse inmediatamente después de Thilda, porque los chicos de su edad necesitan comidas consistentes cuatro veces al día. Pero se sirvió muy poco y se limitó a hurgar en el plato. Estaba inusualmente pálido y delgado, como si nunca viera la luz diurna. También le temblaban las manos, y se le veían perlas de sudor en la frente. ¿No estaba bien de salud?

Las niñas en cambio se abalanzaron sobre la comida. Pero era demasiado poco para todas ellas. Cuando por fin le tocó el turno a la pequeña Georgiana, no quedaban más que restos. Charlotte echó una de sus patatas al plato de su

hermana pequeña.

Comimos en silencio. La comida desapareció de los platos de las niñas en unos minutos.

Notaba todo el tiempo cómo me miraba Thilda. No necesitaba decir una sola palabra, yo sabía de sobra lo que quería.

George

Me marché al amanecer. Me llevé unos sándwiches en una bolsa y café en un termo. Conduje todo el camino de un tirón. Siete horas justas, sin una sola pausa. No había vuelto a ver a Emma. Cuando acabé con la lámpara, me quedé grogui en el sofá un par de horas. Ella estaba arriba en el dormitorio, quizá dormía, quizá no. No tenía fuerzas para comprobarlo. No tenía tiempo. No... para ser sincero, no me atrevía.

Me escocían los ojos, los tenía rojos, pero no me quedaría dormido, seguro que no. No me costó nada conducir todos esos kilómetros. Fui todo el viaje por encima del límite de velocidad permitido, pero había poco tráfico y ningún control. No quería ni imaginarme lo que pasaría si me quitaran el carné.

A las 12:25 en punto, según el reloj del salpicadero, frené delante de la universidad de mi hijo. Aparqué en un lugar donde ponía «Reservado profesor Stephenson», pero me importó un carajo. El tal Stephenson, fuera quien fuera, tendría que buscarse otro sitio.

Por supuesto, el edificio era de ladrillo rojo, y aunque no era muy antiguo, pretendía dar una impresión de dignidad: alto y ancho, ventanas con cuadrados blancos, queriendo parecerse a Harvard o a alguna de esas, supongo. Imponer respeto. A mí no me asustaba para nada.

No había estado allí desde que llevamos a Tom el otoño del año anterior. Lo dejamos instalado en una minúscula habitación, que iba a compartir con un japonés bajo y rechoncho con gafas. La habitación olía a calcetines rancios y hormonas. Pobres chicos, no había sitio allí para la intimidad. Pero, al parecer, eso formaba parte del paquete.

Entré sin miedo. Pasé por delante de una larga fila de placas de latón

dedicadas a los benefactores de la institución. Por suerte, Green Apiaries no se encontraba entre ellos. Luego había varias vitrinas con copas ganadas por los alumnos en concursos más o menos tontos, además de unos retratos malhumorados de los sucesivos rectores. Todos hombres. No eran muchos, la universidad se inauguró en los años setenta y por tanto no podía presumir de una historia muy larga.

Entré en una especie de sala redonda con un suelo de piedra que amplificaba el sonido de mis pasos. Empecé a andar de puntillas, pero recapacité. No tenía que pedir perdón por nada. Pagaba por una plaza en ese centro, así que tampoco se podía decir que yo no perteneciera a ese lugar. En cierto modo, era copropietario de aquello.

Pregunté por Tom. En voz alta y clara. Sin frases innecesarias.

El tío del mostrador era delgado, tenía rastas y la cabeza metida en la pantalla. Consultó un registro sin mirarme siquiera.

—Tiene hora libre —dijo.

Siguió aporreando el ordenador, estaría jugando a algo en plena jornada laboral.

—Es urgente —dije.

Gruñó. Cumplir con el trabajo no parecía estar entre sus prioridades.

—Pruebe en la biblioteca.

Tom estaba inclinado sobre unos libros, hablando en voz baja con otros dos. Una morena, bastante mona, pero vestida a lo pobre, y un tipo con gafas. Era obvio que estaban absortos en una conversación, murmurando acaloradamente, porque no me descubrió hasta que no me encontraba justo delante de él.

—¿Papá?

Lo dijo en voz baja, al parecer no estaba permitido usar la voz allí, en el bastión del conocimiento.

Los otros dos también levantaron la vista. Ambos con una expresión como si yo fuera una mosca que se había perdido allí dentro.

Por una u otra razón pensaba que estaría sentado solo esperándome, pero ahora resultaba que vivía una especie de vida propia, con gente de la que yo

no sabía nada.

Levanté la mano en un pobre saludo.

—Hola, colega.

Me arrepentí enseguida. Nadie decía «hola, colega».

—¿Estás aquí? —dijo.

—Vivito y coleando.

De mal en peor. ¿Vivito y coleando? Me quedé bloqueado. Lo que iba a decir tendría que esperar.

—¿Pasa algo? —Se levantó de un salto—. ¿Le pasa algo a mamá?

—Qué va, qué va. Mamá está como una rosa. Je, je.

Santo cielo. Debería callarme.

Me llevó fuera, al sol, y nos sentamos en un banco. La primavera estaba más avanzada allí que donde nosotros, el aire era pesado y caluroso. Por todas partes había gente joven. Universitarios. Muchas gafas y bolsas de cuero.

Noté que él me estaba mirando, pero de repente no sabía cómo empezar.

—¿Has hecho todo este camino solo para charlar?

—Eso parece.

—¿Qué pasa con la granja? ¿Y las abejas?

—No se van... Quiero decir que no se van volando.

Intenté reírme, pero la risa salió entrecortada y acabó en un carraspeo.

Estuvimos callados un rato. Me concentré y encontré lo que tenía que decir.

—Me voy a Hancock County la semana que viene. Blue Hill.

—Ah. ¿Dónde está eso?

—En Maine. A solo diez minutos del mar. Estuvimos allí una vez, ¿te acuerdas?

—Sí... No estoy seguro.

—Cuando tenías cinco años. Antes de empezar el colegio. Fuimos solos tú y yo. Dormimos en una tienda de campaña, ¿sabes?

—Ah. Aquel viaje.

—Aquel viaje, sí.

Volvió a quedarse callado.

—Había osos —dijo por fin.

—Sí, pero no pasó nada —añadí, un poco demasiado alto.

—¿Todavía hay?

—¿El qué?

—Osos.

—No, qué va. Ya no.

De repente me acordé de sus enormes ojos. Redondos como bolas en la oscuridad. Cuando el sonido del oso nos llegó a través de la tela de la tienda de campaña.

—Están en peligro de extinción, ¿lo sabías? —dijo de repente; el tono resuelto había vuelto a su voz.

—Eso les pasa a muchos —contesté, intentando reírme de nuevo—. También a tu viejo padre.

Él no se rio.

Tomé aliento. Tenía que soltarlo ya, para eso había ido hasta allí.

—He venido para pedirte que vengas conmigo a Maine —dije.

—¿Cómo?

—El lunes. Tres camiones. Uno más que otras veces.

—Qué bien. Estás ampliando.

—Estamos ampliando.

—No puedo acompañarte, papá. Tú lo sabes.

—Hay más trabajo que antes. Ya es hora de que eches una mano.

—Tengo exámenes pronto.

—No serán muchos días.

—No me lo van a permitir.

—Una semana máximo.

—Papá...

Tragué saliva. Mi discurso se había ido a la mierda. El Discurso, con mayúscula, que había estado preparando todo el camino hasta allí. Todas esas grandilocuentes palabras que había alineado como soldaditos de plomo recién fundidos se habían convertido en plomo en el cerebro. Herencia, iba a decir, es tu herencia. Es lo que tú eres, Tom. Las abejas, iba a decir, con una pausa expresiva..., allí es donde está tu futuro. Dale una oportunidad. Dale una oportunidad.

Pero ninguna de esas palabras alcanzó mi boca.

—Les pediré que te den unos días libres porque haces falta en el negocio familiar —dije.

—A nadie le dan días libres por eso.

—¿Cuántos días has faltado por enfermedad este año? ¿Ninguno?

—Dos... tal vez tres.

—Ves. Casi ninguno.

—No creo que eso sirva de algo.

—Pero, por Dios, entonces di que estás enfermo. Puedes leer en cualquier sitio, ¿no?

—No es solo leer, papá. Tenemos fechas tope para entregar trabajos.

—Puedes trabajar allí, ¿no?

—No, necesito libros.

—Tráetelos.

—Libros de la biblioteca. De aquí.

—Solo es una semana, Tom. Una semana...

—Pero, papá, no quiero.

Había elevado el tono de voz. Dos chicas de pelo corto, vestidas de una manera que solo debería estar permitida a los hombres, pantalones enrollados y enormes botas de soldado, pasaron por delante de nosotros, mirándonos con curiosidad.

—No quiero. —Esta vez lo dijo en voz más baja, mirándome con ojos de perro, no muy distintos a los de Emma. Una mirada ante la que yo solía darme por vencido.

Me levanté bruscamente, incapaz de seguir sentado un segundo más.

—¿La culpa es suya, verdad?

—¿Qué? ¿De quién?

No esperé la respuesta. Volví a toda prisa hacia ese infierno de ladrillo.

El ala de los profesores se encontraba detrás de la recepción.

—Oiga, ¿adónde va?

Pasé por delante del tío de las rastas, no me dio la gana contestar.

—¿Hola?

Logró ponerse de pie, pero yo ya había recorrido gran parte del pasillo, pasé

por delante de una larga fila de despachos, algunos con la puerta abierta. Profesor Wilkinson, Clarke, Chang, Langsely. Vislumbré estantes llenos de libros, profundos alféizares, pesadas cortinas. Nada personal, todo apestaba a conocimiento.

Y Smith. Allí estaba. Una puerta cerrada, con otra placa de latón. Empecé a pensar que quizá habría futuro en el latón. «Profesor John Smith».

El de las rastas se estaba acercando.

—Es aquí —le grité, notando que estaba sin aliento—. Ya lo he encontrado.

Hizo un gesto con la cabeza y se quedó quieto, tal vez no le permitían que dejara pasar a desconocidos, luego se encogió de hombros y volvió lentamente a la recepción.

¿Debía llamar a la puerta? ¿Como si fuera un pobre alumno con el libro de texto bajo el brazo?

No. Entraría directamente.

Enderecé la espalda, tragué saliva. Puse la mano en la manilla y apreté hacia abajo.

Estaba cerrado.

Mierda.

En ese momento un joven llegaba por el pasillo. Recién afeitado y con el pelo recién cortado, llevaba una sudadera con capucha y Converse Student.

—¿Puedo ayudarlo?

Me miró con una amplia sonrisa. Dientes blancos, alineados. Ahora todo el mundo había pasado por la ortodoncia. Y todos tenían la misma pinta. Había desaparecido el encanto personal de los dientes curiosos.

—Estoy buscando a John Smith —dije.

—Soy yo.

—¿Tú?

Me encogí un poco. No era en absoluto lo que esperaba encontrarme. Sería difícil ponerse chulo ante ese tipo. Tenía más bien pinta de inocente. No era más que un chico.

—¿Y usted es? —preguntó sonriendo.

—Soy el padre de Tom.

—Ya. —Seguía sonriendo. Me tendió la mano—. Encantado.

La estreché. No podía no hacerlo.

—Encantado, sí. Mucho.

—¿Entramos? —dijo—. Supongo que tiene algo que preguntarme.

—Ya lo creo, joder.

No, no, eso era demasiado fuerte.

—¿Cómo?

—Nada, nada.

Intenté borrarlo todo con una sonrisa.

—¿Nada?

—Pues sí. Quiero decir... Sí, hay algo que quiero preguntar.

Abrió la puerta con la llave y me dejó pasar. Nos encontramos con el sol que entraba por las ventanas, dibujando claros rayos en el aire y brillando sobre los cuadros con cristal enmarcados. Casi todos pósteres. De cine. *Regreso al futuro*, *E.T.*, *La guerra de las galaxias*, la primera película: «Hace mucho tiempo, en una galaxia muy muy lejana»... Joder.

—Por favor. —Señaló una silla.

Me senté. Él también. En el sillón de despacho. Yo estaba más bajo que él. Eso no me gustaba nada.

—Ah, lo siento.

Se volvió a levantar, se sentó en el otro sillón. Así estábamos a la misma altura. Sentados en sendos sillones solo nos faltaba una copa.

—Así mejor. —Volvió a sonreír—. Bueno, en qué le puedo ayudar. Cuénteme.

Me retorcí, mirando en otra dirección.

—Bonito póster. —Hice una señal hacia el de *La guerra de las galaxias*. Intenté mantener la voz tranquila.

—¿Verdad que sí? Original.

—No me digas.

—Lo compré en eBay cuando empecé a trabajar aquí.

—Casi tengo que preguntar... si tenías edad para esa película.

Se rio.

—La vi en vídeo.

—Eso era lo que imaginaba.

—Pero tenía todas las figuras. También la nave espacial. ¿Es usted fan?

—Ya lo creo, joder.

Vaya, lo dije otra vez. Al parecer, debía cuidar un poco mi lenguaje.

De repente se puso a cantar. La canción del principio, dirigiendo con un dedo en el aire. Tuve que reírme.

Se interrumpió a sí mismo.

—El cine nunca volverá a ser lo mismo.

—En eso tienes razón.

Nos quedamos callados unos instantes. Él se limitaba a mirarme. Esperaba.

William

Hice lo que Thilda quería, lo que me ordenó su mirada, aunque cada paso que daba hacia la tienda me dolía. Era mi penitencia. Salí temprano, al amanecer. Un gallo ronco cantó en un patio. En el taller del guarnicionero sonaban golpes metálicos, pero no se veía a nadie. Aún estaba todo tranquilo y cerrado en la carretería, la relojería y la tienda de comestibles del pueblo. Al final de la calle, la taberna, un local húmedo y hediondo en el que jamás había puesto el pie, estaba cerrada. Un cliente borracho —lo reconocí como uno de los más asiduos— no había encontrado el camino a su cama, porque estaba durmiendo apoyado en la pared. Me volví hacia otro lado, su destino me dio asco. Perder el control de esa manera, dejar que el alcohol dirigiera tu vida, que se apoderara...

Solo la panadería estaba abierta, y el olor a pan recién hecho, a bollos y tal vez también a alguna empanada Swammer salía por cada rendija de la casa con tanta intensidad que casi se veía. Por suerte, el panadero y sus dos hijos seguían allí dentro, junto al gran horno ardiente, aún no era hora de tomarse una pausa, de salir a la calle y disfrutar de una pipa, mientras el primer cliente del día entraba en la tienda. O de descubrirme a mí.

Yo no solía abrir la tienda hasta varias horas más tarde, pero no quería que me vieran. No soportaría las preguntas de los valientes. «Vaya, vaya, a quién tenemos aquí. ¿Así que aún está usted vivo? Se dice que ha estado usted enfermo, ¿es verdad? ¿Ya se encuentra bien? ¿Ha vuelto para quedarse?».

El edificio bajo de ladrillo rojo estaba oscuro y cerrado, y el trozo de calle de delante estaba lleno de hojas secas del año anterior. Levanté un brazo pesado y metí la llave en la cerradura. Metal contra metal, el sonido hizo que me estremeciera. No quería entrar, sabía lo que me esperaba. Un local sucio y

polvoriento, muchos días de trabajo para conseguir que presentara un aspecto decente.

Empujé la puerta. Se había combado y solía costar abrirla, pero cuando apoyé el hombro en ella, se abrió silenciosamente, recién engrasada, no con ese eterno crujido al que me había ido acostumbrando con los años. Me dije a mí mismo que esa chica que en un momento de debilidad había empleado en la tienda, la pechugona y ruidosa sobrina de Thilda, debía de haber engrasado las bisagras. Alberta representaba la mano de obra sobrante en ese hogar demasiado abundante en hijos y estaba ya madura para el matrimonio, posiblemente incluso demasiado madura, una pera ya algo blanda que pronto caería al suelo bajo el peso de sus propios jugos. Tanto sus padres como ella misma eran muy conscientes de su precaria situación, pero no había resultado fácil buscarle un marido adecuado y dispuesto. Albergaban la esperanza de algo medio bueno, pero la joven no aportaría dote alguna, y tampoco poseía nada que la hiciera especialmente ventajosa, excepto la ya mencionada parte delantera. Pero había que admitir que se esforzaba al máximo, hasta podría haberse colocado en el escaparate. Estaba tan dispuesta a que alguno la recolectara que se comportaba como si cada hombre que pasaba por la tienda fuera su elegido. Aparte de retorcerse a modo de invitación a lo largo del mostrador, exhibiendo la sudada rendija entre los pechos oliendo a mujer a todos los que quisieran ver (y oler), no hacía absolutamente nada. No me imaginaba que hubiera hecho mucho más que colocarse en el vano de la puerta desde que yo cayera enfermo, hasta que Thilda se había visto obligada a dejarla marchar. Hiciera lo que hiciera siempre creaba desorden, y su constante presencia risueña me dejaba medio atontado, medio ardientemente irritado. Ese deseo suyo tan desatado que permitía que se exhibiera de forma tan evidente...

La tienda estaba en penumbra. Encendí unas velas y luego una lámpara de latón. El local estaba sorprendentemente limpio y muy ordenado. El gran mostrador casi vacío, excepto por un tintero, un cuadernillo de recibos y la pesada báscula de latón, colocada con esmero en un extremo del mismo. La voluminosa lámpara del techo estaba lustrada y el matraz limpio, lleno de aceite y listo para ser encendido. El suelo solía estar cubierto de una crujiente

capa de granos de pimienta y escamas de sal, que se notaba a cada paso, pero ahora estaba tan limpio que se podía ver cada raya, las partes más claras de la madera allí donde el suelo estaba más gastado, como un sendero desde el mostrador hasta la pared de cajones y la puerta. Thilda había dicho que había encargado a Alberta cerrar el último día, no había mencionado que alguien hubiese estado en la tienda desde entonces. ¿Había estado no obstante alguien?

Me acerqué a una ventana. El alféizar estaba limpio de polvo. Ni una mosca muerta, que habría sido lo normal después de tanto tiempo. Y resultaba fácil respirar, el aire no estaba cargado ni olía a cerrado, el local parecía recién ventilado. Fui hacia la pared cubierta de pequeños cajones. Puse la mano en un tirador, abrí el cajón y miré dentro. Estaba completamente vacío.

Miré otro más. También resultó estar limpio. Alguien había limpiado el polvo. ¿Había sido Alberta? Según tenía entendido, ella había ascendido a la sección de tejidos en la tienda del pueblo, así que no me parecía probable que hubiese tenido tiempo ni ganas de asistirme a mí en medio de su «importante» trabajo en otra tienda.

Fuera quien fuese, no pude sino sentirme aliviado. Todo estaba resplandeciente, la tienda no solo estaba lista para ser abierta, estaba más limpia y ordenada de lo que había estado jamás.

Repasé las existencias, cuya situación era más que deprimente. Eran más o menos tan prolíferas como el desierto del Sáhara. No había ni granos ni semillas, las existencias de sal y especias habían quedado reducidas a la mitad. En los cajones de bulbos no había más que unas hojas y unas cuantas raíces blancas. Alberta había cerrado cuando cayeron las primeras nieves. Antes de eso debía de haber vendido todas las cebollas de otoño que había, incluso unos dudosos narcisos secos que llevaban allí varios años. Pero todavía había cebollas primaverales y bulbos para cultivo interior. De hecho, el surtido no estaba mal. Me gustaba tocarlos, era como dar la mano a un viejo amigo. Pero me temía que para ellos fuera demasiado tarde, demasiado tarde para el cultivo interior, y si se pusieran directamente en la tierra no llegarían a florecer antes de que la helada se deslizara por el suelo al caer la noche.

Y sin embargo tenía que abrir y procurar vender lo poco que quedaba, mostrarle a Thilda que al menos lo intentaba, y de esa manera frenar su imparable machaqueo, aunque solo fuera por unos días.

A las ocho en punto abrí la puerta para dejar que el sol penetrara en la tienda.

Fuera coloqué dos macetas de dalias, que había sacado de los macizos de nuestro jardín. Saludaban ligeramente con el viento, iluminando con colores rojo, rosa y amarillo todo el callejón.

Allí me quedé, en el vano de la puerta. Detrás de mí estaba la tienda, luminosa y acogedora. Enderecé la espalda. Me había resistido a volver a ese local que tantos pesares me había causado, que me había provocado tensión en los hombros y manchas oscuras bajo los ojos. Pero ahora estaba limpio y acogedor, tan limpio y aseado como me sentía yo mismo. La tienda estaba lista, yo estaba preparado para volver a encontrarme con el pueblo, para mirar al mundo a los ojos. Podrían acudir cuando quisieran.

Se formó cola. Al parecer, el pueblo entero se había enterado de que yo había resucitado de entre los muertos, y de repente todo el mundo quería comprarme las polvorientas especias y los resecos bulbos de flor. Procuré enviar varios encargos a primera hora, pero antes del mediodía fue imposible hacer otra cosa que atender a los clientes. Esas escasas horas bastaron para que todo el mundo se enterara. No era la primera vez que me sorprendía por lo rápido que se propagaban los cotilleos en ese pequeño lugar, como si contaran con la ayuda de un viento huracanado, al menos cuando había ocurrido algo en verdad importante. Como al parecer ahora. Por lo visto, mi retorno era comparable a la resurrección de Jesucristo, a juzgar por la multitud.

Oía a la gente susurrar sobre mí, pero me molestaba sorprendentemente poco. Porque las personas no se acercaban con sonrisas despectivas y comentarios burlones como tras la conferencia sobre Swammerdam, sino más bien con miradas sinceras, manos tendidas con respetuosa curiosidad. Una visión fugaz de mí mismo en un cristal me recordó el porqué. Mi nuevo aspecto contribuía bastante. Ya no tenía pinta de tendero fofo. Lo rechoncho

y débil había desaparecido. Este hombre delgado y anguloso imponía respeto. Era interesante, especial, no era uno de ellos. Muy pocos sabían bien lo que me había pasado, y si tenían sus sospechas sería más bien veneración lo que sentían, y no desdén. Porque me había encontrado frente a frente con la muerte, pero había luchado y resucitado.

Me encontraba como pez en el agua. El dinero me corría entre los dedos. Contaba y calculaba a una velocidad vertiginosa, a la vez que charlaba con todo el mundo, procurando preguntarle a cada uno cómo le iba. «¿El matrimonio de tu hija Victoria ha sido bendecido con hijos? ¿Y la granja? ¿Cuántos potros, dices? ¡Fantástico! ¿Y la cosecha? ¿Qué te parece? ¿Será un otoño fecundo? Ah, el pequeño Benjamin, vaya, diez años ya, ese chico llegará lejos».

Cuando cerré la puerta por la tarde, lo hice con un movimiento ligero y preciso. En la mano llevaba un monedero bien lleno. Y a pesar de mis pies cansados, no me costó nada andar el medio kilómetro hasta casa. Allí me esperaban los libros, trabajaría hasta medianoche, porque no me sentía nada cansado, al contrario, tenía aún más fuerzas. Pensaba que tendría que elegir, pero me di cuenta de que podía abarcar las dos cosas, tanto la vida como la pasión.

Tao

Era de noche y estaba otra vez despierta. Dormir no tenía sentido, como tampoco lo tenía ninguna otra cosa. Estaba de pie en el cuarto de estar, de espaldas a la pared. Incliné la cabeza y me miré las manos, juntando las puntas de los dedos, tenía las uñas demasiado largas, las apreté unas debajo de otras hasta hacerme daño. Me preguntaba cuánto tiempo tendría que apretar hasta que saliera sangre.

Había aguantado la desaparición de mamá. Ella estaba enferma y vieja. Tenía la impresión de que la habían enviado a un buen sitio, en la película se veía bonito, también seguro. Pero Wei-Wen... El llanto me oprimía el pecho, me tensaba la garganta, dolía tanto físicamente que me costaba respirar. Pero no lo solté.

Nadie nos exigía que trabajáramos. El jefe de mi pelotón de trabajo apareció en casa al día siguiente de nuestro regreso, acompañado por el jefe de Kuan. Ambos estaban informados. Él no dijo por quién, y yo me olvidé de preguntárselo. Se presentaron en la puerta tartamudeando, no quisieron entrar, dijeron que nos tomáramos el tiempo que necesitáramos.

No sabíamos hasta cuándo nos dejarían en paz.

Los primeros días llegaron regalos a la puerta. La mayor parte era comida. Un frasco de kétchup auténtico. Incluso un kiwi. Yo ni siquiera sabía que se seguían produciendo kiwis. Pero no sabía a nada. Alguien había recogido nuestras cosas para devolvérselas. Todo estaba allí, incluso la lata vacía de ciruelas. El olor me produjo náuseas.

Al principio Kuan se quedaba acostado en el dormitorio. Lloraba por los dos. Los sollozos llenaban el piso, pasando como olas por las estrechas habitaciones. Pero no fui capaz de entrar a verlo.

Por fin se levantó. Dábamos vueltas uno alrededor del otro en silencio. Los días desaparecieron, vivíamos en un vacío tan inmóvil y cerrado como el cuarto en el que había estado Wei-Wen. Kuan seguía callado. Y yo no conseguía decir nada, porque no sabía cómo. Quizá él no me reprochara nada, quizá ni siquiera pensara en eso.

Sí.

Esa mirada vacía. Esa distancia que siempre mantenía. Antes estaba muy cerca físicamente, ahora no estábamos nunca cerca el uno del otro. Pero él era demasiado pasivo para decir algo. A lo mejor no se atrevía. ¿O era un intento de protegerme? No lo sabía.

Pero lo que había entre nosotros había crecido tanto que se había hecho inabarcable. Él mantenía las distancias conmigo y yo tampoco era capaz de tocarlo, de hablar con él, resultaba casi insoportable estar en la misma habitación. Despertaba en mí una y otra vez los mismos pensamientos. Las mismas dos palabras. Culpa mía, culpa mía, culpa mía. Por eso todo en él me resultaba repulsivo. Su cuerpo me daba asco, pensar que pudiera tocarme me producía malestar, pero lo ocultaba lo mejor que podía. Jugábamos a mamá-papá-niño, pero sin el niño. Cocinábamos. Recogíamos. Lavábamos la ropa. Cada día igual al anterior. Nos levantábamos, nos vestíamos, comíamos un poco. Tomábamos el té. Ese eterno té. Y esperábamos.

Yo intentaba todo el tiempo llamar al hospital. Siempre era yo la que lo hacía, Kuan ni siquiera tomaba la iniciativa para eso. Nunca más volví a poder hablar con la doctora Hio, y al cabo de unas semanas me enteré de que había dejado el hospital. Los otros médicos no dijeron nada sobre el porqué.

Las respuestas eran las mismas, hablara con quien hablara: «No sabemos nada más. Tienen que esperar. Claro que les vamos a facilitar un nombre. Solo les pedimos que esperen un poco más. Solo unos días. Vamos a averiguarlo. Les mantendremos informados. Les mantendremos informados. Tienen que esperar».

A pesar de que nos habían dado todo el tiempo que quisiéramos, Kuan salió una mañana con ropa de trabajo después de haberse duchado.

—Es mejor así —dijo en voz baja.

Yo estaba asombrada, casi paralizada, no porque él fuera a salir, sino por lo

aliviada que me sentía. El deshacerme de él, el poder estar sola, era para mí el primer elemento de esperanza en todas esas semanas.

—¿Te parece bien? —preguntó.

—Sí, sí. Vete tranquilo.

—Si te resulta difícil quedarte sola, no me iré.

—Estoy bien.

Pero se quedó parado. La ropa le colgaba, estaba aún más delgado que antes. Me miraba sin más, a lo mejor esperando que yo hiciera algo. Enfadarme, gritar, pegarle. ¿Pero por qué esperaba que yo estallara? ¿También eso era mi responsabilidad? Sus grandes ojos me miraban suplicantes, la boca suave entreabierta. Me volví, incapaz de mirarlo. Ese hombre elegante que antes me había hecho olvidarme de mí misma. Ahora lo único que deseaba era que se alejara de mí lo antes posible.

—¿Tao?

—Tienes que irte ya si quieres llegar a la formación.

Seguía sin mirarlo. Le oí coger aliento varias veces, a lo mejor quería decir algo, sin encontrar las palabras.

Y desapareció —sus pasos por el suelo, la puerta que se cerró de golpe— dejándome por fin sola en el piso vacío.

Entré en el dormitorio. Encima de la cama de Wei-Wen estaba su pijama. Lo cogí y me senté con la prenda en los brazos. No había querido lavarlo. Solo lo había usado dos noches, y estaba preparado para él en la cama. Hasta que el niño volviera. Sentí la tela fina entre los dedos, lunas sonrientes sobre un fondo azul. Todavía olía ligeramente a sudor infantil.

Me quedé allí sentada todo el día.

Después de aquello empecé lentamente a dar la vuelta a mis rutinas. Mientras Kuan dormía su pesado sueño de trabajador físico, yo estaba despierta en el cuarto de estar. Me paseaba y me quedaba de pie, y hasta el amanecer no me lanzaba a la cama. Era incapaz de descansar: si me sentaba, si me relajaba, si me dormía, Wei-Wen desaparecería para siempre.

Me volví hacia la ventana. Teníamos vistas directamente a la valla blanca que cercaba los sectores. Había vigilantes colocados en puntos determinados cada 100 metros aproximadamente. Vislumbré el contorno del que se

encontraba más cerca. El hombre estaba mirando al infinito sin moverse. Hubiera dado cualquier cosa por saber lo que estaba vigilando.

La valla era tan alta que no podíamos ver por encima de ella, ni siquiera desde la azotea. Yo ya había subido a intentarlo. En la parte de arriba habían tensado una red que ondeaba al viento. Durante las primeras semanas en varias ocasiones había visto trabajadores subir a fijarla mejor. Todos los días aparecían por allí curiosos, pero siempre les echaban. El lugar estaba bajo estricta vigilancia. Yo me había deslizado a lo largo de la valla en busca de algún hueco por el que poder meterme, pero había vigilantes por todas partes.

Kuan contó que la gente hablaba. El pelotón de trabajo tenía que irse ahora a otro sector. Eran 10 kilómetros de ida y otros diez de vuelta, y la gente tenía tiempo de sobra para hablar. Él escuchaba. Versaban muchas especulaciones. Opinaban que todo lo que estaba pasando tenía algo que ver con Wei-Wen. La valla, el encierro, los militares. Sería verdad, porque nosotros éramos los últimos que habíamos estado allí. Y Wei-Wen estaba hospitalizado. Pero cuando se percataban de que Kuan los estaba escuchando, se callaban. Y seguramente seguirían en cuanto estuvieran seguros de que él ya no podía oírles. El parloteo trataba de nosotros, y era de tipo sensacionalista. Éramos objeto de la atención de todo el mundo y no había nada que yo pudiera hacer.

Nosotros sabíamos tan poco como ellos. Nuestras especulaciones no tenían más base que las suyas. Algo le había sucedido a Wei-Wen, y ahora estaba desaparecido. Eso era todo lo que sabíamos.

De repente me fijé en el vigilante de abajo. Se había dejado caer junto a la valla, estaba sentado con las rodillas encogidas, cabeceando, dormido.

William

Los huevos no miden más de 1,5 milímetros de largo. Uno en cada celda, grisáceos sobre la cera amarilla. Al cabo de solo tres días el huevo eclosiona en larva; ella, porque en la mayoría de los casos es hembra, es sobrealimentada como un niño mimado. Luego llegan los días de crecimiento, antes de que las celdas se cubran con un tapón de cera. Allí dentro, la larva crea el capullo, tejiéndolo alrededor de sí misma, un traje protector contra todo y todos. Allí, y solo allí está sola.

Tras veintiún días, la abeja obrera sale de la celda para unirse a las demás, recién nacida; pero no está lista para el mundo, es un bebé, no sabe volar, no sabe comer por su cuenta y apenas es capaz de agarrarse a las tablas, gatea, tantea. Por eso los primeros días tiene tareas simples dentro de la colmena y en un radio corto. Limpia el espacio de las crías, primero su propia celda, luego las de otras abejas, y nunca está sola. Son muchas, cientos de ellas las que se encuentran en su misma fase de desarrollo.

Luego sigue el trabajo de abeja nodriza. Aunque todavía no es más que una cría, es ya la responsable de alimentar a las no nacidas. Al mismo tiempo emprende sus primeros vuelos, probando las alas por la tarde en días de buen tiempo, con cuidado, vacilante. Busca el camino que conduce al agujero de vuelo, luego una breve excursión por delante de la colmena, antes de aumentar lentamente la distancia desde el hogar. Pero aún no está preparada.

Sigue teniendo tareas dentro de la colmena. Se ocupa del polen que entra, produce cera y contribuye a la vigilancia. Al mismo tiempo se alargan sus excursiones fuera de la colmena. Se prepara. Pronto estará lista. Pronto.

Por fin se convierte en abeja recolectora. Desaparece fuera, es libre, deja que las alas la lleven de planta en planta para recoger el dulce néctar, polen y

agua, kilómetro tras kilómetro. Allí fuera está sola, pero no obstante forma parte de la colectividad. Ella sola no es nada, una parte tan pequeña que es insignificante, pero que junto con las demás lo es todo. Porque juntas son la colmena.

La idea comenzó en lo invisible, pero fue evolucionando como la propia abeja. Empecé con esbozos, ligeros trazos de carboncillo en el papel, indicaciones imprecisas de medidas, formas vagas. Poco a poco me iba atreviendo a más, calculaba, contaba, los trazos se volvían más nítidos, desplegué todo el papel sobre el suelo. Al final cogí pluma y tinta, y por fin la colmena tomó forma ante mis ojos, líneas más nítidas, rayas más precisas, medidas exactas. Y por fin, tras veintiún días, estaba lista.

—¿Puede usted construir esta colmena?

Desplegué el dibujo sobre el viejo tablero de la mesa de Conolly, llena de mellas y arañazos de muchos años, y no muy estable. Se podría pensar que él, sobre todo él, tendría muebles sin desperfectos, pero quizá era como en casa del herrero... Todo en su pequeño cuarto de estar estaba torcido e inclinado, una cama sin hacer en el rincón, una silla estropeada al lado del hogar, quizá no tuviera ya fuerzas para reparar su propio mobiliario, ¿acaso lo echaría al fuego cuando estuviera demasiado viejo? El suelo estaba lleno de serrín, como si se llevara dentro el trabajo, aunque tenía un taller en una habitación contigua.

Cogió uno de los dibujos. Parecía frágil en su mano fuerte. Lo levantó hacia la luz en el pequeño cuarto de estar, se acercó un paso al ventanuco, que tenía uno de los cristales roto, y el hueco tapado con un tablón lleno de nudos. Me lo habían recomendado, el mejor carpintero de la zona, dijeron, pero su entorno no me convenció.

—La caja no tiene problemas, ¿pero por qué necesita un tejado en pendiente?

—Bueno... es una casa... una construcción... un hogar.

—¿Un hogar? —vaciló—. Está usted hablando de abejas, ¿no?

Pensé que no podría explicarle todo eso, tendría que buscar una razón

lógica, hablar su propio lenguaje.

—Es por el agua. La lluvia. Así escurrirá el agua cuando llueva.

Asintió con un movimiento de la cabeza, ese era un argumento que él podía reconocer, porque se trataba de construcción, no de sentimientos.

—Lo complica, pero se puede hacer.

Levantó el dibujo del interior.

—¿Y esto?... ¿Marcos?

—Colgarán desde arriba. Lo ideal sería tener diez por colmena, pero podemos contentarnos con siete u ocho, en los que se fijará un trozo de cera.

Me miró interrogante.

—Cera de abejas. Para que las abejas puedan seguir construyendo en ella.

—¿Ah, sí?

—Por naturaleza, las abejas construyen panales hexagonales, pero no quiero dejar que construyan una colmena salvaje, por eso les preparo las condiciones de trabajo.

—Vale —dijo, rascándose la oreja. No parecía nada interesado.

—En esta colmena los marcos las ayudarán a construir panales en línea. Así podré controlar sus condiciones de trabajo a través de la puerta, y al mismo tiempo meter y sacar los panales. De esa manera será más fácil cuidar, observar y, no menos importante, cosechar la miel sin dañar a las abejas.

Me miró un instante como si no entendiera nada, luego volvió a estudiar el dibujo.

—La listonería la tengo —dijo—. Pero paredes y tejado... dudo sobre los materiales.

—Esas decisiones se las dejo a usted —dije, con toda la amabilidad que fui capaz de mostrar—. Esa es, al fin y al cabo, su especialidad.

—Tiene usted razón —contestó—. Entonces los... panales paralelos serán la suya.

Sonrió por primera vez, una sonrisa amplia y franca, tendiéndome su mano grande y fuerte. Yo le devolví la sonrisa y le estreché la mano. Me imaginaba ya caja tras caja de Colmenas Estándar de Savage saliendo del taller del carpintero para ser vendidas con una ventajosa ganancia tanto para él como para mí. Pues sí, aquello auguraba una excelente colaboración.

George

Los vehículos de Kenny entraron en el patio con una retumbante tos de gases de tubos de escape. El polvo subía de las ruedas, posándose en una gruesa capa sobre las plataformas de carga vacías. Los motores ahogaban por completo los trinos de los pajarillos, que gorjeaban en la puesta de sol. Ese año había alquilado tres camiones. Por desgracia, eran camiones, no tráileres como los que usaba Gareth. Por fuera eran unas viejas carracas oxidadas, nada impresionantes, y solo había sitio para tres colmenas a lo alto y cuatro a lo ancho. Pero debajo del capó eran caballos fieles, con unos motores tan sencillos que uno mismo podía arreglarlos si les pasaba algo, lo que ocurría con mucha frecuencia.

Empezamos a cargar las colmenas al atardecer. No se podía hacer durante el día, mientras las abejas estaban fuera, teníamos que esperar hasta que volvieran a casa ya por la tarde.

Estaba oscureciendo. Pusimos los motores al ralentí, dejando que los focos iluminaran el prado y a nosotros mientras trabajábamos. Éramos como seres del espacio con trajes blancos, sombrero y velo, entrando y saliendo de los haces de luz de los camiones, como si hubiésemos viajado a otro planeta para recoger material biológico en cajas. Sonreí a escondidas. Debería habernos visto ahora el profesor Sudadera con Capucha.

El sudor me chorreaba bajo el traje. Cada colmena pesaba un montón de kilos.

Pero el año siguiente... el año siguiente tendríamos un camión moderno, y tal vez un tráiler de verdad. Había ahorrado con la esperanza de que fuera suficiente para conseguir un nuevo préstamo del banco. No había hablado de ello con Emma. Sabía lo que opinaba. Pero para ganar dinero hay que usar

dinero, así es como funciona.

Nos marchamos en cuanto las colmenas estuvieron cargadas en los camiones. No había razón para esperar. El viaje era largo. Dos hombres en cada vehículo turnándose al volante. Yo cogí mi propio coche. Tom y yo.

Quizá fuera por *La guerra de las galaxias*, quizá porque él mismo había dicho que escribiría sobre el viaje, que le serviría de inspiración. Lo cierto era que había llegado esa misma tarde. Con la plena aprobación de John, el catedrático. Tom dio un abrazo a Emma, se puso un mono y salió al prado. Desde entonces estaba con las abejas. No decía gran cosa y yo no le veía la cara, que quedaba a la sombra detrás del velo. Pero trabajaba, hacía lo que le decíamos que hiciera. Callado y rápido, incluso más rápido que Jimmy y Rick. Quería decírselo, pero no encontraba el momento oportuno.

Tampoco en el coche tuve ocasión, porque enrolló la sudadera como si fuera una salchicha, apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos.

Era guapo mi chico. Un poco flaco, pero guapo. Gustaría a las chicas, ¿no? ¿Tendría novia? No lo sabía.

El motor zumbaba sin sobresaltos. La respiración de Tom también. Había pocos coches circulando, muy de tarde en tarde nos cruzábamos con alguno. La carretera estaba seca, íbamos a bastante velocidad, aunque no exagerada.

Todo iba según el plan.

Nos turnábamos para dormir y conducir. Dormíamos y conducíamos. Ninguno de los dos decía gran cosa. Se hizo de día. El paisaje se ondulaba a nuestro alrededor. Una máquina pasó por un campo a cierta distancia. Como un insecto gigantesco. El cuerpo de la máquina, el depósito de veneno, era grande y redondo, contenía miles de litros, tenía largas alas rotatorias que esparcían la sustancia por el campo en una nube de pequeñas gotas.

Yo mantenía a mis abejas muy alejadas de cualquier veneno. El veneno las atontaba, siempre ocasionaba pérdidas. Pero los últimos años muchos apicultores se habían pasado a algo nuevo. Los insecticidas ya no se pulverizaban, sino que se esparcían en bolitas por el suelo. Se decía que era más seguro y mejor. Se quedaban en la tierra y subía a las plantas por las raíces, duraba más tiempo, era más efectivo. En todo caso era mierda. Yo

habría preferido que los granjeros se arreglaran de la manera antigua, que la producción de los campos marchara sin ayuda de los productos fitosanitarios. Pero al parecer eso ya no era posible. Las plagas de insectos podían devorar un prado listo para la cosecha en una sola noche. Éramos demasiados, los precios de la comida demasiado bajos y todo lo demás demasiado caro para que la gente se arriesgara.

Tom se despertó a mi lado. Abrió el termo, se echó las últimas gotas, y se acordó de repente de mí.

—Ah, lo siento. ¿Quieres?

—Tómalo tú.

Se lo bebió en dos sorbos. No dijo nada más.

—Bueno, bueno —dije, más bien para llenar el silencio. Él no contestó. Tampoco había gran cosa a la que contestar.

—Bueno —dije—. Pues sí. —Y carraspeé—. ¿Hay alguna chica a la vista o qué?

—No. No exactamente —respondió él.

—¿Ninguna guapa?

—Ninguna que me encuentre guapo a mí —dijo riéndose. Me di cuenta de que él tenía ganas de charlar.

—Tú espera, ya llegará —dije.

—Ojalá no tenga que esperar tanto tiempo como mamá y tú.

Emma y yo nos casamos a los treinta. Mi padre me había dado por imposible hacía tiempo.

—Debes alegrarte por eso —dije—. Así te libraste de hermanitos. No sabes lo bien que has estado solo.

—Tampoco habría estado mal tener hermanos —dijo Tom.

—Sobre el papel —dije—. En la realidad es un coñazo. Y lo digo por experiencia.

Éramos cuatro hermanos, todos varones, follones y peleas desde por la mañana hasta por la noche. Yo era el mayor, y una especie de padre en miniatura desde los seis años. Siempre me había alegrado de que Tom fuera hijo único.

—En todo caso tienes que empezar por buscarte una mujer. Y luego puedes

tener críos, de uno en uno. Ya sabes cómo funciona. Como las abejas y las flores. ¿O nunca hemos sacado el tema?

—No, quizá podríamos sacarlo ahora. —Se volvió a reír—. Explícame, papá, ¿cómo es eso de las abejas y las flores?

Me reí.

Él también.

Me llegó al corazón.

William

—¿Edmund? —llamé a la puerta de su habitación.

Los últimos días, mientras esperaba la nueva colmena, los había pasado en el jardín familiarizándome con todo, primero con manos temblorosas, luego cada vez con mayor seguridad. Había encontrado a la reina, era más grande que las abejas obreras y los zánganos. La marqué con una manchita de pintura blanca en el dorso. Observé celdas de reina ya construidas, pero las destruí enseguida, no podía arriesgarme a que se formaran enjambres, que la vieja reina se llevara parte de la colonia para dar cabida a una reina más joven y a sus sucesoras. Desde entonces tenía poca visibilidad del interior de la colmena, la abría con suma prudencia, las abejas se ponían nerviosas. Aún no entendía cómo podía ser que la reina pusiera dos clases de huevos, unos para las abejas obreras y otros para los zánganos. Las condiciones de trabajo para esa clase de observaciones no eran las óptimas. Suponía que en cuanto se colocara la nueva colmena, esto resultaría mucho más fácil de estudiar.

De una cosa no cabía duda: tenía ante mí una colonia de abejas muy trabajadora. La colmena pesaba cada vez más, las abejas introducían néctar y polen, la miel ya brillaba en el interior, dorada y oscura, dulce como el azúcar, y tentadora.

Charlotte me hacía compañía muchos ratos. Seguía a las abejas con gran entusiasmo, cogía la colmena con las dos manos y la sopesaba, aventurando la cantidad de miel. La levantaba como una persona experimentada, controlaba la existencia de celdas de reinas, encontraba a la reina, la sacaba con la mano, bueno, se atrevía a hacerlo incluso sin guantes, y veía cómo las abejas elevaban el vuelo y la buscaban, cómo buscan siempre a su reina. Charlotte creció ese verano, su desgarrado cuerpo adquirió formas, las

pálidas mejillas rubor, las faldas le quedaban casi indecentemente cortas, subiendo hasta media pierna. Un nuevo vestido, pensé, se lo había merecido, pero tendría que esperar, por el momento había cosas más urgentes.

Algunos días tenía que acercarme a la tienda. Entonces ella me ayudaba allí también, ordenando, fregando, controlando las existencias, anotando cifras con tanta energía que se oía la punta de la pluma rascar el papel, sumaba, restaba, calculaba beneficios.

En cambio Edmund no colaboraba nunca. La preparación para los estudios del otoño no prosperaba como debía, eso era evidente incluso para mí, que compartía tan poco tiempo con la familia. Los libros, que descubrí en un rincón oscuro de la sala de estar, estaban a punto de quedarse tan polvorientos como estuvieron los míos. Se encontraba todo el tiempo agotado, débil, se encerraba a menudo en su habitación, su inquietud había sido sustituida por algo sedentario, algo lento, una indolencia que se observa pocas veces en la gente joven.

No obstante, esperaba que quisiera acompañarme para que pudiera hablarle de la colmena de paja, y luego enseñarle cuánto más brillante resultaba mi propio invento. Quería mostrarle lo que él y su libro habían puesto en marcha dentro de mí, y esperaba despertar en él el mismo entusiasmo.

—¿Edmund? —Volví a llamar a su puerta.

No contestó.

—¿Edmund?

No sucedió nada.

Vacilé, bajé la manilla con mucho cuidado.

Cerrado. Claro.

Me agaché y miré por el ojo de la cerradura; vislumbré la llave metida por dentro. Significaba que no estaba fuera, se había encerrado en su habitación.

Aporreé la puerta.

—¡Edmund!

Por fin se oyeron pasos al otro lado, y la puerta se abrió una rendija. Parpadeó hacia mí y hacia la luz. Tenía el flequillo aún más largo, se había dejado crecer un bigote ralo sobre el labio superior, llevaba una camisa arrugada y nada más. Sus pies desnudos continuaban en unas piernas

sorprendentemente peludas.

—¿Padre?

—Lamento tener que despertarte.

Se encogió de hombros y ahogó un bostezo.

—Esperaba que pudieras acompañarme fuera —dije—. Hay algo que quiero enseñarte.

Me miró fijamente con los ojos entornados y somnolientos. Se frotó un pie en la pantorrilla como para calentarse, pero no contestó.

—Me gustaría que entendieras la colmena de paja —proseguí, intentando controlar mi entusiasmo.

—¿La colmena de paja? —Siempre ese pulido tono de voz, un poco apagado.

—Sí, la habrás visto en la parte más baja del jardín.

—Ah, esa. —Se tambaleó y tragó saliva.

—Para que veas la diferencia entre ella y la colmena nueva. Cuando llegue.

—Vale. —Lo dijo con los labios apretados y volvió a tragar saliva, como ahogando una regurgitación.

—Y lo mucho mejor construida que está la nueva.

—Sí.

Sus ojos seguían igual de somnolientos, ni asomo de interés.

—Tal vez quieras vestirte.

—¿No podríamos hacerlo otro día?

—Estaría bien hacerlo ahora.

De repente me di cuenta de mi gesto cabizbajo, como si le estuviera suplicando. Pero al parecer él no se percató de ello.

—Estoy muy cansado —se limitó a decir—. Quizá más tarde.

Entonces me enderecé e intenté hablar con tono autoritario.

—Como tu padre que soy, exijo que vengas ahora.

Por fin nuestras miradas se cruzaron. Tenía los ojos enrojecidos, y sin embargo extrañamente despejados. Se echó el flequillo hacia atrás y levantó la barbilla.

—¿Y si no?

«¿Si no?». Fui incapaz de responder, noté que parpadeaba.

—Si no, ¿me pegará con el cinturón? —prosiguió—. ¿Es eso lo que quiere decir, padre? ¿Que si no sacará el cinturón y me azotará la espalda hasta que empiece a sangrar y no tenga otra opción que decir que sí?

Aquello no estaba tomando en absoluto la dirección que yo esperaba.

Me miró fijamente y yo a él. Ninguno de los dos dijo nada.

De repente apareció Thilda. Venía a toda prisa hacia mí, con las faldas limpiando el suelo de madera.

—¿William?

—Son casi las dos —dije.

Su voz subió de tono.

—Edmund necesita dormir. No se encuentra bien... Ve a acostarte, Edmund.

Se detuvo a mi lado y me puso una mano en el codo.

—Te pasas el día durmiendo —le dije a Edmund. Lo dije demasiado alto, demasiado desesperado.

Edmund no contestó, se limitó a encogerse de hombros. Thilda intentó empujarme para que me apartara, a la vez que miraba con ternura a Edmund.

—Acuéstate, cariño. Necesitas descansar.

—¿Descansar de qué? —pregunté.

—No es usted exactamente el más indicado para preguntar —intervino de repente Edmund.

—¿Cómo?

—Se ha pasado meses en la cama.

—¿Edmund! —exclamó Thilda—. Dejemos ese tema.

—¿Por qué? —preguntó él.

Noté que una especie de desesperación me paralizaba.

—Lo lamento, Edmund. Voy a remediarlo. De hecho, estoy en ello. Por eso me gustaría tanto enseñarte...

Pero Thilda me apartó.

—Pobre Edmund —dijo, con azúcar en la voz—. Es demasiado para él. Tiene que descansar, lo necesita.

Edmund me miró con cara inexpresiva. A continuación cerró la puerta, dejándonos fuera.

Thilda seguía agarrada a mi brazo, como para retenerme, y con la mirada igual de insistente. Estuve a punto de protestar, pero de repente me contuve. ¿Estaba enfermo? ¿Edmund estaba enfermo?

—¿Hay algo que no me hayas contado? —le pregunté a Thilda.

Su mirada era pedernal contra la mía, casi me asustó.

—Soy su madre y veo que necesita descansar —dijo despacio y con mucha claridad. Era evidente que no tenía intención alguna de contarme absolutamente nada.

—Y yo soy su padre y veo que necesita aire fresco —dije, oyendo al instante lo ridículo que sonaba.

Ella alzó las comisuras de los labios en una desdeñosa sonrisa. Ninguno de los dos dijo nada, y así permanecimos el uno frente al otro. Ella no ofreció ni respuesta ni indulgencia. Porque él no estaba enfermo, claro que no, era ella, que lo protegía contra los estudios y todo lo que exigiera algo de él. Emma no tenía ni idea de lo que había entre nosotros, de lo que Edmund había desencadenado en mí, y lo importante que era que yo pudiera compartirlo con él.

Pero no tenía fuerzas para intentar explicárselo, sabía lo absurdo que era discutir con ella, cualquier argumento lógico sería barrido, ella era como un molino de viento.

Tal vez lograra hablar con él antes de que llegara la noche, antes de que desapareciera, como solía ocurrir. Ese indefinible «Voy a salir»... Tenía la esperanza de que estuviera en el bosque absorto en sus propios estudios y observaciones, inspirado por mí, como hacía yo a su edad. Pues sí, tal vez fuera eso.

Y en cuanto a mí, supuse que él quería esperar hasta que yo realmente tuviera algo que enseñarle. Eso aumentó mi emoción. Ya lo vería. Le haría sentirse orgulloso de mí.

Tao

Doblé la esquina de la casa. La valla se encontraba delante de mí. Tensa, alta, luciendo blanca en la oscuridad, reflejando los rayos de la media luna. Olía a tierra, hacía calor, había humedad en el aire, la hierba se erizaba en el borde del camino.

Pasé de puntillas por delante del vigilante, su cara estaba oculta por la oscuridad, pero tenía la cabeza agachada y pude escuchar su respiración pesada y tranquila.

Algo zumbaba en el aire, un sonido bajo, tal vez a 10 metros por encima de mí. ¿Un insecto? No, demasiado grande. El sonido desapareció enseguida y volvió a reinar el silencio.

Acerqué con cuidado una mano y toqué la valla. Me quedé quieta. Me esperaba una alarma, un sonido parecido a un aullido. Pero no ocurrió nada.

Anduve unos metros, dejando que mi mano se deslizara por la tela lisa y la trama densa. Y allí, entre los dedos, noté de repente un armazón. La lona estaba tensada, pero, no obstante, logré meter los dedos entre las dos capas. Tiré un poco. Se separaron con un débil sonido. En poco tiempo conseguí hacer un agujero lo bastante grande como para meterme dentro.

Eché un último vistazo al soldado, seguía profundamente dormido. Me abrí camino a través de la lona.

Aquello estaba más oscuro. Sabía que había proyectores, a veces veíamos la luz barrer el aire por la noche, pero ahora estaba todo apagado.

¿Habría vigilantes dentro? No lo sabía. Me quedé quieta, intentando que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. Lentamente aparecieron ante mí los árboles. Estaban ya sin flor, pero cubiertos de hojas.

Todo estaba en silencio, excepto por el ligero viento que se deslizaba por

las hojas y la hierba, sin embargo, yo temblaba de excitación. Lo que estaba haciendo estaba prohibido, ¿qué pasaría si me pillaban?

Avancé lentamente. A cierta distancia vislumbré los surcos que seguimos camino del cerro. Fui hacia allí.

Nunca en mi vida había sentido miedo allí fuera. Muchos otros sentimientos sí, como abatimiento, aburrimiento, también alegría, pero nunca temor. Ahora me esforzaba por moverme sin hacer ruido, con el sonido de mi corazón en los oídos y la espalda empapada de sudor.

Los surcos me llevaron hacia delante por entre los árboles. De repente vi que algo se movía en el extremo de mi campo de visión, una sombra. ¿Había alguien allí? Me volví rápidamente, pero no vi nada. Nada. El mundo allí fuera estaba vacío y silencioso. No era más que mi propio miedo lo que me engañaba.

Di unos pasos más.

«Un, dos, tres. Salta». «Un, dos, tres. Salta». Habíamos pasado por allí.

Wei-Wen entre nosotros. Sano, decidido, cálido, suave. Mi niño.

Mi niño.

Tuve que pararme, inclinarme hacia delante, sentí un dolor tan fuerte en el pecho que era incapaz de moverme.

Respirar tranquilamente. Pensar en otra cosa. Enderezarme. Ser racional. Mirar a mi alrededor. ¿Cuánto faltaba hasta el cerro donde habíamos almorzado?

Continuar.

Muy poco tiempo después lo descubrí. Luz. Un resplandor amarillo flotaba en el aire sobre una zona a cierta distancia de donde me encontraba.

Me acerqué. Más despacio ya. Poniendo los pies delante de mí cada vez con más cuidado.

Entonces vi la tienda de campaña. Estaba en la linde del bosque, con un fondo de arbustos y árboles silvestres. Redonda, grande como una casita, con un tejado puntiagudo, iluminada desde todos los lados. Hecha de la misma tela que la valla, la misma blancura estéril. Fuera pude ver el contorno de varios soldados custodiándola. La tienda estaba más vigilada que la valla. Los soldados se paseaban tranquilamente, dibujando nítidas sombras en la lona,

un extraño teatro de sombras en una carpa de circo que alguien había olvidado colorear. ¿Era una amenaza o una protección?

No vi ninguna entrada. Tampoco ninguna ventana. No me atreví a acercarme más, preferí seguir hacia delante otros 100 metros, en paralelo a la tienda, con el fin de verla desde el otro lado. Pasé por delante del cerro y reparé en que la tienda se encontraba más o menos en el mismo lugar en el que Kuan había encontrado a Wei-Wen. Ese descubrimiento hizo que aumentara el miedo que sentía por dentro. Las piernas me temblaban tanto que apenas me sostenían. Comprendí entonces que tenía la esperanza de que no hubiera ninguna relación, que la valla y los militares no tuvieran nada que ver con Wei-Wen.

Pero ahora... Esa llamada telefónica que estaba esperando, el mensaje de que Wei-Wen se había caído y golpeado la cabeza, de que había sufrido una conmoción cerebral normal y corriente, de que estaba mejorando y que podíamos ir a verlo y llevárnoslo pronto a casa, ahora esos pensamientos aparecieron ante mí en mayor grado que nunca como lo que realmente eran: impotentes y desesperadas fantasías.

Justo entre la tienda y yo vislumbré un montón de cajas de cartón. Me acerqué más, detrás de ellas los vigilantes no me verían.

Algunas cajas estaban cerradas, otras abiertas. Eché un vistazo dentro de una, pasé la mano por el fondo y saqué el contenido. Tierra y restos de raíces de plantas. Había un nombre impreso en un lado de la caja, código postal y población. Beijing.

Dejé todo en el suelo y seguí andando despacio. Temía que mi habitual torpeza me delatara, que rompiera alguna rama o algo parecido, forzaba por tanto cada músculo del cuerpo para moverme lo más silenciosamente que podía.

La parte delantera de la tienda quedó a la vista. Tan blanca e impenetrable como el resto, pero con una abertura a un lado, cerrada con una ancha y tensa cremallera. Me encogí. Esperé. Antes o después llegaría o saldría alguien.

Me quedé en cuclillas hasta que la subida del ácido láctico en mis piernas me obligó a cambiar de postura. El suelo estaba húmedo, pero me senté del todo, la humedad penetró en la ropa. Entonces me percaté de los montones de

ramas. Se había talado un sector de unos diez frutales para hacer sitio a la tienda. Unas ramas secas se dibujaban contra la lona blanca.

No ocurría nada. A veces sonaban voces bajas dentro, pero no conseguía distinguir las palabras.

Estuve allí sentada un buen rato, rodeada de oscuridad. Los minutos transcurrieron, se convirtieron en una hora. El aire estancado estaba a punto de adormecerme.

Entonces, un sonido crujiente de cremallera. La tienda se abrió y salieron dos personas, ambas con trajes blancos de protección, agacharon la cabeza y se enzarzaron en una intensa conversación en voz baja. Me incliné hacia delante para mirar. La tienda permaneció abierta solo un segundo, pero, no obstante, conseguí ver algo de lo que ocultaba. Una tienda interior transparente llena de plantas. Paredes de cristal. Flores. ¿Un invernadero? Luminosas hojas verdes, flores rosas y naranjas, blancas y rojas, envueltas en una luz dorada. Como un paisaje de cuento de una ilustración, llena de color y de calor, otro mundo, plantas vivas, plantas en flor, plantas que nunca había visto y que no existían entre las homogéneas filas de frutales.

De pronto, una de las personas empezó a andar hacia donde yo me encontraba. Me quedé sentada, pero la persona se aproximaba.

Me levanté y retrocedí con gran sigilo.

La persona se detuvo. Escuchó, como si me olfateara. No me atreví a seguir retrocediendo, me quedé inmóvil, con la esperanza de que se me confundiera con los troncos de los árboles.

Él también se quedó inmóvil un instante, luego se dio la vuelta y regresó a la tienda. Yo me apresuré a alejarme de allí.

Aceleré el paso, corrí lo más sigilosamente que pude, de vuelta a la valla.

Había visto algo. Pero no sabía qué. Las vallas, las cajas, la tienda. No tenía ningún sentido.

Ni allí ni en el hospital había quien pudiera darme lo que yo necesitaba. Nadie quería darme una respuesta. Y no querían devolverme a mi niño.

Llegué a la valla, salí por la misma rendija y pasé por delante del vigilante. Seguía roncando en su puesto.

Me quedé parada en la suave noche. La valla se levantaba sobre mí. Pero

Wei-Wen no estaba allí. No estaba ni siquiera en esta parte del país. Estaba allí de donde venían las plantas. En Beijing.

George

Las plantas de los arándanos en flor son bonitas. Se me había olvidado en el transcurso del invierno, pero cada vez que Maine me daba la bienvenida con sus colinas de color blanco y rosa en el mes de mayo, tenía que pararme y mirar.

Pues sí, era tan bonito que se deberían escribir libros sobre ello. Pero sin las abejas las flores solo eran flores, no arándanos, no un medio de subsistencia. Por eso Lee siempre respiraba igual de aliviado cuando llegábamos. Andaría nervioso entre sus plantas de arándanos mirando las flores, deseando que hubiesen podido ser capaces de polinizarse a sí mismas, para que él no hubiese tenido que depender tan jodidamente de un granjero sudoroso de otro estado y sus dos ayudantes igual de sudorosos.

Estaríamos allí tres semanas. Lee pagaba ochenta dólares por colmena. Bastante dinero, sin duda, pero yo sabía de muchos que cobraban más. Gareth, por ejemplo. Yo era barato comparado con Gareth.

Además, Lee sacaba buena tajada del dinero. En cada colmena trabajaban cincuenta mil abejas desde la salida del sol hasta que se hacía de noche. Abejas contentas. Cada colmena zumbaba de alegría. Nunca le había dado a Lee motivo para quejarse. Yo había ido a asistirle cada primavera desde que él había comprado la granja, y las abejas daban muchos arándanos cada año.

Lee prácticamente se me echó encima cuando me bajé del coche, puntiagudos ángulos de brazos y piernas, enormes zapatos en el suelo, pantalones un poco cortos y un sucio sombrero de tela en la cabeza. Me tendió una mano estrecha y cogió la mía, la sacudió, no la soltaba, como si quisiera tenerme agarrado y asegurarse de que no me marchaba hasta que yo y las abejas hubiésemos hecho el trabajo.

Su mano era más huesuda de lo que yo recordaba. El pelo más escaso. Sonreí a su larga cara de caballo.

—Vaya, tío. Más arrugas todavía.

Me devolvió la sonrisa.

—No tantas como tú.

En realidad, Maine nos quedaba demasiado lejos, debería haber encontrado algo más cerca de casa. Pero Lee se había convertido en una especie de amigo a lo largo de todos estos años, y yo hacía el viaje en gran parte porque se trataba de él. Charlábamos mucho durante mis estancias. Él preguntaba y hurgaba. Sobre las abejas, sobre el funcionamiento de mi granja. No se cansaba nunca. Yo bromeaba con que Lee era un granjero universitario. Con una larga formación y mucho entusiasmo compró una ruinoso granja en la década de los noventa. Se puso a trabajar basándose en sus firmes convicciones teóricas. Todo sería ecológico.

Bueno, desde entonces cometería todos los errores de libro, y los que no estaban en el libro también. Porque en la práctica todo resultó distinto.

En los últimos años había cambiado por completo. Ahora llevaba una granja estándar, y también por sus campos rodaban las enormes máquinas de insecticidas. Supongo que en su lugar yo habría hecho lo mismo.

Hice un gesto hacia Tom, que se había parado un par de metros detrás de mí.

—¿Te acuerdas de Tom?

Tom se acercó y tendió obedientemente la mano.

—Vaya, vaya —dijo Lee—. Creo que mides el doble que la última vez que te vi.

Tom se rio educado.

—Así que este año vienes de acompañante.

—Eso parece.

—¿Y los estudios?

—Me han dado permiso.

—Esto también son estudios —dije.

Los vehículos de Kenny se marcharon. Se hizo el silencio. Habíamos

colocado ya todas las colmenas. Solo quedábamos Lee, Tom y yo. Tom estaba sentado en el coche. Leyendo, o tal vez durmiendo. No había hablado gran cosa en las últimas horas. Pero había trabajado duramente hoy también. Esa era la verdad.

Lee se quitó los guantes, se subió el velo y se encendió un pitillo.

—Ya. Entonces solo nos queda esperar. He visto el último parte meteorológico. Parece que va a hacer bueno.

—Bien.

—Un poco de lluvia a largo plazo, pero no mucha.

—Un poco de lluvia la podremos tolerar.

—Y he construido una nueva valla.

—Estupendo.

—Deberá mantenerlos alejados.

—Apostemos por ello.

Nos quedamos callados. Era incapaz de borrar de mi mente la imagen de grandes patas de oso destrozando las colmenas.

—Eso corre de tu cuenta —dije.

—Gracias. Lo sé.

Inhaló profundamente.

—¿Se quedará él luego con todo?

Hizo un gesto en dirección a Tom, que estaba sentado en el coche.

—Esa es la idea.

—¿Y él quiere?

—Está en ello.

—¿Y para eso necesita estudiar? ¿No puede ponerse a trabajar y ya está?

—¿Tú estudiaste en la universidad?

—Por eso lo digo.

Me miró con una sonrisa torcida.

Los primeros días en un sitio nuevo las abejas están tranquilas. La mayor parte del tiempo se quedan dentro, en casa. Luego dan unas pequeñas vueltas fuera de la colmena, controlan las condiciones y se familiarizan con el lugar. Y poco a poco las excursiones se van alargando.

Al tercer día estaban ya en plena marcha, zumbaban por todas partes. Lee estaba sentado en medio de las plantas de arándanos, a 50 o 60 metros de las colmenas.

La nuca agachada. Estaba contando, no me veía.

Me acerqué sigilosamente.

—¡Huuuu!

Dio un salto del susto.

—¡Joder!

Me reí.

Hizo un gesto de desaliento.

—¡Me estás interrumpiendo!

—Relájate, yo te ayudaré.

—No me fío de tus cuentas. No eres imparcial.

Me agaché a su lado.

—¡Tú también aquí! —dijo Lee sonriendo—. Entonces ya no queda sitio para las abejas.

—Vale, vale.

Me levanté y me alejé 10 metros, intenté elegir una superficie de aproximadamente un metro cuadrado. Busqué con la mirada.

Sí, sí, estaban allí.

Una abeja salió volando en ese instante de una flor y desapareció en el aire. Se posó otra. Y una tercera.

—¿Va bien la cosa? —Levanté la cabeza.

—Más o menos. Dos por aquí. ¿Y tú?

—Tres.

—¿Estás seguro? —preguntó—. Pones de más.

—Eres tú el que no sabe contar —dije.

Se quedó sentado un rato más.

—Bueno. Aquí vienen otras.

Me levanté y le sonreí. Dos abejas y media por metro cuadrado es una buena polinización. Por eso Lee se quedaba a menudo sentado, contando, casi obsesionado. Porque el número de abejas por metro cuadrado decidiría el número de kilos de arándanos que él recogería hacia el final del verano.

Él vio dos, yo tres. Estaba muy bien.
Pero entonces empezó a llover.

William

Por fin llegó. Conolly saltó del asiento del cochero al carro, donde estaba la colmena, nueva y reluciente sobre el sucio y rayado suelo. Subí yo también, alargué la mano y la toqué. Sentí la madera suave y lisa bajo mis dedos, estaba perfectamente pulida, el tejado formado por tres tablas, cuya unión apenas se percibía. Pasé la mano por las puertas, a las que había puesto pequeños picaportes torneados, y no noté ni una sola astilla. Abrí una de ellas, iba a la perfección, y miré dentro. Los marcos colgaban en filas rectas, listos para llenarse. La colmena olía a madera fresca, el olor me invadió, mareándome casi. Di una vuelta a su alrededor. El acabado era impresionante, todas las esquinas perfectamente redondeadas, Conolly incluso había colocado unas hermosas tallas a un lado. Desde luego, todos los elogios que había escuchado sobre él se correspondían con la realidad. Había entregado una fabulosa pieza, no cabía duda.

—Bueno. —Conolly sonreía, orgulloso como un niño—. ¿Satisfecho?

Ni siquiera fui capaz de contestar, me limité a mover la cabeza en un gesto afirmativo, con la esperanza de que se fijara en lo amplia que era mi sonrisa.

Entre los dos bajamos la colmena al polvoriento patio. Tan resplandeciente y limpia estaba que casi me pareció un sacrilegio dejarla sobre aquel suelo tan sucio.

—¿Dónde quiere colocarla? —preguntó Conolly.

—Allí.

Señalé hacia el álamo.

—¿Ya tiene usted las abejas? —preguntó.

—Se mudarán a esta. Y cuando hayamos construido más colmenas, engendraremos en ellas.

Me miró escéptico.

—Cuando usted haya construido más —me corregí a mí mismo, y sonreí.

—Sí, pero será el único mérito que me reservo a mí —dijo riéndose.

A continuación se volvió hacia la colmena de paja, que estaba un poco más abajo. Las abejas zumbaban a su alrededor, ocupadas en sus labores. En ese instante una de ellas vino hacia nosotros. Conolly se alejó de un salto.

—Creo que tendrá que llevarla allí usted solo.

—No son peligrosas.

—Ya lo creo que lo son.

Se alejó otro paso más, como para subrayar su argumento.

Le sonreí vagamente, intentando parecer comprensivo e indulgente a la vez.

—Se lo perdonaré —dije.

Entre los dos pusimos la colmena en una carretilla y nos despedimos por esa vez. Pero los dos sabíamos que volveríamos a vernos muy pronto.

La colmena me esperaba. Estaba lista.

Ese día me puse con mucha más solemnidad el traje blanco, el sombrero, los guantes y el velo, ceremonioso como una novia me lo coloqué sobre la cara antes de empujar la carretilla por el jardín. Se había formado ya un sendero de hierba pisada hasta la colmena, como el estrecho pasillo de una iglesia, se me ocurrió pensar de repente. Me reí entre dientes al imaginarme como la futura esposa, camino del altar, sonrojada de emoción. Así de grandioso era ese día para mí, sellaba mi destino.

Moví la colmena vieja y coloqué la nueva en el mismo sitio. Luego me quedé mirándola. El material dorado brillaba al sol. La vieja colmena de paja parecía pálida y deslucida en comparación.

Con mucho cuidado y movimientos lentos empecé el trabajo de traslado de las abejas. Encontré a la reina y la coloqué en la nueva colmena, donde se acomodó enseguida. Las demás la siguieron.

Mi calma se les contagió. Me sentía del todo seguro, tan seguro que me quité los guantes para trabajar con las manos desnudas. Las abejas lo aceptaron, se dejaron controlar, amaestrar.

Pensé con ilusión en las horas que pasaría allí, en el jardín, a solas con ellas,

en imperturbable tranquilidad, en contemplación compartida, con una confianza mutua cada vez mayor.

Pero entonces ocurrió algo. Noté un roce en la pantorrilla, el veloz movimiento de batir de alas, luego un dolor abrasador.

Di un salto y se me escapó un grito como de mujer. Por suerte, nadie me oyó. La mano se fue al instante a la pantorrilla para matar lo que allí había.

Me sacudí la pernera del pantalón. La abeja cayó y se quedó bocarriba en la hierba, con el torso peludo, el abdomen reluciente y las delgadas patas de insecto separadas y desamparadas.

Sentía un gran escozor en la pierna. ¿Cómo era posible que algo tan pequeño pudiera causar un dolor tan virulento? Quería pisarla, aplastarla, aunque ya estaba muerta. Pero una mirada hacia la colmena, hacia todas sus hermanas, me lo impidió. No podía saber si me estaban viendo.

Me apresuré a meterme los pantalones bien dentro de las botas, y me puse los guantes, me cuidé de cerrar todas las escotillas, y luego, con manos rápidas y hombros tensos, proseguí con el trabajo. Tal vez aún no podía fiarme de ellas, y tampoco les había dado muchas razones para que ellas pudieran fiarse de mí. Pero con el tiempo llegaría la confianza, estaba seguro de ello, yo no les daría motivos para picarme, un día constituiríamos una unidad.

Por fin. Tras innumerables y fatigosos minutos, las abejas ya estaban instaladas.

Di un paso hacia atrás con el fin de contemplarlas. Ellas eran los jueces, en última instancia serían ellas las que decidirían si la colmena se convertiría en su hogar. Muchas seguían dando vueltas alrededor de la vieja colmena, sin cobijo y buscando a la reina. La subí a la carretilla, la quitaría de allí y la quemaría, entonces se vería por fin si había logrado mi objetivo.

Tao

Jerséis, pantalones, ropa interior. ¿Para cuántos días? ¿Una semana? ¿Dos?

Hice el equipaje, metiendo en una vieja bolsa de viaje que había heredado de mi padre todo lo que me cabía. Lo hice deprisa, con la urgencia de alguien que ya ha esperado demasiado tiempo.

Al volver a casa después de haber estado al otro lado de la valla blanca, me fue imposible meterme en la cama. No paraba de dar vueltas por el cuarto de estar. No porque estuviera nerviosa, sino porque por fin me había puesto en marcha. Ya no necesitaba estar en casa esperando, esperando esa única llamada telefónica que explicaría todo, esperando y rumiando esa breve palabra que yo nunca decía a Kuan. Esa breve palabra: «Perdóname». Era incapaz. Porque si pedía perdón, se convertiría en verdad. Entonces la culpa sería mía.

Esto era lo único que podía hacer.

Cerré la bolsa. La cremallera emitió un sonido que debió de ahogar el de sus pasos, porque al darme la vuelta, él estaba allí. Parpadeó un poco, despeinado, recién despertado.

—Me voy a Beijing.

—¿Cómo?

Se quedó boquiabierto. Quizá por lo que acababa de decir, o tal vez porque no le pedí que me acompañara. En ese momento me di cuenta de que debería haber dicho «Nos vamos». Pero no se me había ocurrido que él pudiera venir.

—¿Pero cómo...?

—Tengo que encontrarlo.

—Pero no tienes ni idea de dónde está. O en qué hospital.

—Tengo que encontrarlo.

—Pero Beijing... ¿Por dónde vas a empezar?

Estaba muy delgado. Sombras afiladas. Más delgado que nunca. Las facciones demasiado marcadas.

—He encontrado direcciones. Tendré que buscar en los hospitales.

El tono de su voz se elevó:

—¿Tú sola? Pero esa ciudad es... ¿es segura?

—Es nuestro hijo.

Mi voz sonó innecesariamente dura.

Dejé la bolsa de viaje en el suelo sin mirarlo. Solo noté que estaba inquieto detrás de mí, las palabras se le habían quedado atascadas. ¿Estaba pensando si decir que se venía?

—¿Pero cómo lo vas a pagar? ¿El billete, el hotel...?

Mis manos se pararon en medio de un movimiento. Sabía que el tema del dinero tenía que llegar.

—Solo cogeré un poco —dije en voz baja.

Kuan se dirigió rápido al armario de la cocina, lo abrió y buscó con la mirada. Se puso rígido. Se volvió hacia mí. De repente había frialdad en sus ojos. Con un movimiento brusco me arrebató la bolsa de la mano, la abrió y se quedó mirando la lata, que estaba encima de todo.

—No —lo dijo en alto, con una fuerza que rara vez había oído en él.

Soltó la bolsa con un golpe en el suelo y dio un paso hacia mí.

—Nunca lo encontrarás, Tao —dijo—. Gastarás todo el dinero que tenemos, pero no lo encontrarás.

—No voy a gastarlo todo. Ya te lo he dicho.

Cogí otro jersey más, aunque no me hacía ninguna falta. Empecé a doblarlo. Intenté hacerlo tranquilamente. La tela sintética crujía entre los dedos.

—Tengo que intentarlo.

Bajé la vista, intentando no mirar la bolsa, aunque quería cogerla y llevármela. Fijé la mirada en una marca en el suelo, a Wei-Wen se le cayó un muñeco ese invierno, un caballo amarillo de madera, yo me enfadé cuando ocurrió, no teníamos muchos juguetes. Y él lloró porque el caballo se le rompió. Se le partió una pata.

—Pero si el dinero desaparece... llevamos tres años ahorrando... seremos demasiado viejos... si el dinero desaparece, no tenemos...

No terminó la frase, al final no dijo nada. La bolsa estaba entre nosotros, con la lata encima.

—No servirá de nada —dijo por fin—. Ir allí no servirá de nada.

—Como si sirviera de algo estar aquí sentados.

No contestó, puede que no quisiera contradecir mi acusación. Se quedó de pie, incapaz de expresar lo que llevaba dentro, no solo que Wei-Wen había desaparecido, sino que fue culpa mía. Y ahora yo también le arruinaría la posibilidad de tener otro hijo.

Miré hacia otro lado, no podía mirarlo, no podía pensar en eso. Culpa mía. Culpa mía. No. Yo sabía que no era así. La culpa también era suya. Aquel día podíamos habernos quedado en casa sin más. Habernos quedado en casa con los números, los libros. Él quiso salir. La culpa también era suya. Los dos éramos culpables.

Éramos dos.

—Vente.

Kuan no contestó.

—Puedes venir, vamos juntos.

Me atreví a mirarlo. ¿Estaba furibundo? Me miró a los ojos. No. Solo infinitamente triste.

Luego hizo un suave gesto negativo con la cabeza.

—Es mejor que yo me quede aquí. Localizable. Además... Será más caro si vamos los dos.

—No gastaré todo el dinero —dije en voz baja—. Te prometo que no lo gastaré todo.

Me apresuré a coger la bolsa. Puse el jersey encima de todo, para que tapara la lata. Luego volví a cerrar la cremallera. Él no me detuvo.

Me llevé la bolsa a la entrada y cogí la chaqueta. Él vino detrás.

—¿Tienes que irte ahora mismo?

—Solo hay un tren al día.

No nos movimos. Su mirada se quedó posada en mí. ¿Esperaba que lo dijera ya? ¿Eso habría facilitado las cosas? ¿Que yo lo dijera? ¿Que yo lo

dijera a gritos?

No fui capaz. Porque en el instante en que le pidiera perdón, tendría que asumirlo todo: que si hubiéramos hecho lo que él quería, no nos habríamos encontrado en esta situación. No habríamos ido aquel día a ese sitio y Wei-Wen seguiría todavía...

Me puse la chaqueta. Los zapatos. A continuación cogí la bolsa y fui hacia la puerta.

—Hasta pronto.

Kuan dio un paso al frente. ¿Iba a quitarme la bolsa? No. Quería abrazarme. Yo me aparté, puse la mano en el pomo. No soportaba su cuerpo contra el mío. No soportaba su mejilla contra la mía, o sus labios en mi cuello, el que tal vez despertara en mí los sentimientos de antes, en contra de mi voluntad. O tal vez eso solo me provocara náuseas. Y más aún... ¿despertaría yo los mismos sentimientos en él? ¿Me seguiría queriendo? No lo sabía, no quería saberlo.

No volví a respirar tranquilamente hasta que hube encontrado mi asiento, me hube sentado en él y notado cómo me acogía. Mi columna vertebral descansaba en el plástico viejo. Eché la cabeza hacia atrás, la apoyé en el reposacabezas. Así me quedé, mirando las casas, las personas, los árboles y los sectores por los que pasábamos. No tenían nada que ver conmigo. El tren atravesaba el paisaje a una velocidad tan alta que los árboles no eran más que sombras. Según el itinerario habríamos recorrido los 1.800 kilómetros antes de que se hiciera de noche, pero dependería del número de controles durante el viaje.

Mi mundo desapareció detrás de mí. La naturaleza cambiaba gradualmente conforme nos acercábamos al norte. Desde los suaves campos de frutales de mi tierra, las colinas cubiertas de árboles, los jardines escalonados, hasta las grandes llanuras de arrozales, y más lejos, cuando el tren escalaba las montañas, a regiones más áridas, más pobres. Cuando volvimos a bajar nos encontramos con un paisaje desértico. Seco, desnudo, casi sin árboles. Kilómetro tras kilómetro la misma monotonía. Aparté la vista de la ventanilla, no había nada que ver.

Solo había estado una vez en Beijing, cuando era pequeña. Mis padres

tenían amigos allí. Fuimos a verlos. No recordaba más que algunas escenas. Una calle grande y alegre, polvorienta, intensa. Un ruido ensordecedor, gente por todas partes, mucha más de la que había visto en mi vida. Lo que recordaba muy bien era el viaje en tren, exactamente el mismo que ahora. También el tren. La tecnología no había cambiado a lo largo de mi existencia. Nadie tenía ya tiempo para la innovación.

Dormitaba. Entraba y salía de sueños todos parecidos entre sí, que llegaba a Beijing, que buscaba y que encontraba a alguien que me llevaría hasta él. Una vez era el empleado de un hotel. Sabía dónde estaba Wei-Wen, dijo, y me llevó por estrechas callejuelas y transitadas calles. Corríamos, él delante, yo detrás. Sin parar de tropezarme con gente, a punto de perder de vista al hombre, lo agarré, él se soltó. Me desperté sin aliento. La siguiente vez que me dormí soñé con una mujer en una tienda. Ocurrió lo mismo. Dijo que me llevaría hasta él. Me condujo por el caos de calles, donde los rascacielos hacían sombra al sol y vendedores ambulantes intentaban pararnos todo el rato. Ella corría tan deprisa que la perdí de vista y tuve que pararme jadeante y reconocer que otra vez se me había escapado la única posibilidad de volver a verlo.

De repente me encontraba en otro lugar. En una fiesta en un jardín. ¿Un sueño? ¿Un recuerdo? Llevaba un vestido de verano, hacía calor. Era una niña y participaba en una fiesta de fin de curso. Comimos tarta, pastas con poca grasa, y sucedáneos de huevo. También un helado aguado, artificial, pero bueno de todos modos. Yo sudaba, el helado se deslizaba fresco por mi garganta.

Algunas chicas bailaban en un corro, el canto se elevaba por el jardín cada vez más alto, algunas voces eran claras y limpias, otras un poco faltas de ritmo y algo ásperas, como suelen cantar las niñas. Yo estaba en la sombra observándolas.

La mesa de las tartas estaba a punto de quedarse vacía. Algunos niños se acercaron a servirse más. Daiyu era una de ellos. Una niña de la clase, con los ojos algo hundidos. Llevaba un traje pantalón corto azul claro y el pelo recogido con horquillas. Sus zapatos cerrados brillaban al sol, tenían pinta de dar mucho calor. Estaba junto a la mesa dando un mordisco a una de las

tartas. Se puso otro trozo en el plato. Uno de los más grandes. Luego cogió un tenedor y fue a sentarse con sus padres.

Otro niño se acercó a la mesa. Wei-Wen. Mi Wei-Wen. ¿Qué estaba haciendo allí?

Él también cogió un trozo de tarta. Uno grande, aún mayor que el que había cogido Daiyu.

Acto seguido se marchó.

No, pensé, la tarta no. No la cojas.

Pero lo perdí de vista, siempre con la tarta en la mano desapareció entre la gente, luego volvió a aparecer. Tendría que alcanzarlo antes de que diera un mordisco. No debía. Yo ya era mayor, ya era yo en el sueño, fui corriendo tras él, abriéndome paso, de nuevo lo vi un instante, luego desapareció, y volvió a aparecer, desapareció otra vez. La fiesta se iba animando a mi alrededor, cada vez más gente, enorme.

Su pañuelo rojo en la multitud, una tira muy a lo lejos.

Y una vez más desapareció.

Me desperté cuando el tren estaba entrando en una estación de ferrocarril grande, oscura y destartalada. Beijing.

George

Estábamos sentados en la habitación del motel. Paredes amarillas claras y moqueta manchada, envueltos en olor a bolas de alcanfor y a moho.

Tras la ventana se levantaba un muro de agua. No una ligera y simpática lluvia que dejaba atrás buen olor y pájaros gorjeando. No. Esta era una lluvia de proporciones bíblicas, como se suele decir. Y encima ya era el quinto día. Empecé a preguntarme si había alguien por ahí que me había echado mal de ojo, si tal vez debería construirme un arca.

Tom se marcharía al día siguiente. Tenía la nariz metida en un libro, y subrayaba con un rotulador amarillo fosforito. El sonido del rotulador era lo único que se oía. Todo el rato. Daba la impresión de tener que subrayar cada palabra del libro.

No había ningún sitio adónde ir. La habitación nos pareció grande cuando nos la dieron, yo había pedido una *suite*, ya que íbamos a alojarnos allí los dos, pero se había encogido mucho los últimos días. Una sola ventana y con vistas a un callejón. Las dos camas —*queen size*— ocupaban demasiado sitio. Yo estaba sentado en una de ellas, la de más adentro, pegada a la pared, arrugando la colcha con dibujos de flores grandes. Hacía tiempo que me había cansado de mirar los dos cuadros colgados en la pared, uno de un barco y el otro de una mujer en un campo florido, con un cristal no del todo limpio, bastante gris, y la marca de un dedo en medio de la cara. Tom se había apoderado del tresillo que había junto a la ventana. Sus libros ocupaban toda la mesa, al lado tenía la bolsa, también llena de material escolar.

En realidad, se había pasado casi todo el tiempo allí sentado. No es que hubiera muchas cosas que hacer en ese lugar, pero de todas formas... no se apreciaba en él gran interés. No por las abejas, ni tampoco por la lluvia.

Podría haberse dejado llevar —haberse irritado, echado pestes—, pero no hacía más que leer. Leía y subrayaba con gruesos rotuladores fosforitos. Rosa, amarillo, verde. Al parecer tenía una especie de sistema, porque había colocado los rotuladores delante de él en la mesa en fila, y los usaba por orden.

Me estremecí cuando sonó el teléfono. Me levanté. En la pequeña pantalla brillaba el número de Lee.

—¿Sí?

—¿Alguna novedad?

—No, en la última media hora no.

—He oído otro parte meteorológico —dijo Lee—. El pronóstico es que esta tarde va a dejar de llover.

—¿Y los otros cinco?

—Sigue la lluvia —su voz sonaba abatida.

—Al parecer, hay ciertas cosas que nosotros no podemos decidir —dije.

—¿Hay alguna posibilidad ...? —vaciló—. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas quedarte unos días más?

Habíamos tocado ese tema antes, pero él nunca me lo había preguntado directamente.

—Ya he contratado los camiones para la vuelta. Y también a la gente.

—Sí.

No dijo nada más, sabía que no podía ser.

—Dejará de llover pronto —dije, intentando sonar como mi madre.

—Sí.

—Y un par de días más o menos no tienen mucha importancia.

—Ya.

Nos quedamos callados. Solo se oía la lluvia que caía ruidosamente, y ruedas de coches chapoteando en los charcos.

—Creo que voy a darme una vuelta por ahí —dijo de repente.

—De acuerdo.

—A echar un vistazo.

—Yo estuve esta mañana. Están dentro. No pasa nada.

—Aun así.

—Haz lo que quieras, a punto estoy de decir que son tus abejas.
Se rio por lo bajo, pero no se detectaba mucha alegría en esa risa.
Colgamos.

Tom levantó la vista del libro.

—¿Por qué no le dices la verdad?

—¿A qué te refieres?

—Es evidente que esto afectará a su cosecha.

—Ya.

—Él es una persona adulta, soportará escuchar la verdad.

Volvió a tapar el rotulador con un enérgico chasquido. El chasquido, la forma en que lo hizo, me produjo picor por dentro. Y esas palabras, hay que joderse, se expresaba como un catedrático de cincuenta años.

—Creía que estabas leyendo —dije.

—Ya he acabado.

—No pensaba que escuchabas mis conversaciones telefónicas...

—Pero, por Dios, papá. Estamos a 3 metros el uno del otro.

—¿Y por qué de repente quieres opinar?

—¿Cómo?

El picor me estaba volviendo loco. No conseguía estarme quieto.

—¿Cómo? —repetí imitándolo—. Después de haber arrastrado los pies por aquí durante una semana, ¿ahora de pronto te vas a implicar?

Se levantó. Era más alto que yo.

—No he estado arrastrando los pies. He trabajado. Cuando he tenido la oportunidad. He cargado y sudado más que tú. Y lo sabes.

—Pero no con muchas ganas.

Di un paso hacia él. Retrocedió automáticamente, quizá sin darse cuenta, porque de repente se enderezó y colocó los pies con firmeza en el suelo.

—Nunca he dicho que me interesara mucho. Fuiste tú el que me pediste que te acompañara, ¿recuerdas?

—Resultaría bastante difícil olvidarlo.

Se quedó callado, limitándose a mirarme. Un dólar por sus pensamientos.

—Papá, ¿por qué no me describes a Jimmy y Rick?

—¿Qué?

—¿Cómo son? Descríbemelos.

—¿Jimmy y Rick? ¿Desde cuándo te interesan tanto?

—No es que me interesen. Pero si te pido que me los describas, tienes muchas cosas que decir, ¿verdad?

Me limité a mirarlo, no entendía nada.

—Yo también sé mucho sobre ellos —prosiguió—. Solo de oírte hablar a ti. Y de Lee también. Sé lo que les gusta, lo que hacen en su tiempo libre, incluso a lo que tienen miedo. Porque tú me lo has contado. —Su voz era ya más suave, más baja—. Que Rick echa de menos una novia, por ejemplo. Y Jimmy... he oído lo bastante sobre él como para saber que en el fondo te estás preguntando si no es de la acera de enfrente.

Estuve a punto de contestar, de decir algo sobre Jimmy, pero no sabía qué. Porque esto, en el fondo, no tenía nada que ver ni con Jimmy ni con Rick. Sabía que Tom pretendía algo con todo aquello, pero no sabía qué. Era como si metiera mi cerebro en una caja y luego la sacudiera intensamente.

—¿Cómo me describirías a mí? —preguntó.

—¿A ti?

—Sí. ¿Qué me gusta a mí? ¿Qué se me da bien? ¿Qué me da miedo?

—Tú eres mi hijo —contesté.

Tom suspiró. Luego esbozó una sonrisa como desdeñosa.

Nos quedamos mirándonos. El picor se acentuó.

Apartó la mirada y se acercó al montón de libros.

—Si de todos modos no vamos a hacer nada, vuelvo a la historia.

Sacó un grueso libro azul oscuro. En la portada estaba el Big Ben.

Se volvió a sentar y giró la silla, dándome la espalda.

A mí también me habría gustado tener un libro gordo que leer. Y una silla que girar. O, sobre todo, un comentario verdaderamente juicioso. Pero él me ganaba. Yo no tenía palabras. Solo ese intenso picor.

Pasó una hora, tal vez hora y media, hasta que dejó de llover. El cielo se quebró en algo que no era exactamente azul, pero al menos un poco menos gris de lo que habíamos visto los últimos días. Era evidente que el sexto parte meteorológico iba bien encaminado.

Por fin Tom dejó el libro. Se levantó y se puso una chaqueta.

—Voy a dar una vuelta.

—No puedes coger el coche.

—No, no.

—Puede que me haga falta.

—Lo sé. No voy a cogerlo.

—Muy bien.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando el teléfono volvió a sonar. Era Lee. Nos pidió que fuéramos enseguida.

Tao

Encontré un hotel abierto justo al lado de la estación, destartalado y vacío, pero barato. Al otro lado de la calle había un restaurante donde servían comida sencilla y económica. Fui allí y me permití una comida caliente por una vez, sabía que no podía permitírmelo todos los días, al menos si pretendía que el dinero durara más de una semana. No tenía ni idea de cuánto tiempo tendría que quedarme. Hasta que lo encontrara. No me iría hasta que lo encontrara.

Un joven me puso un plato delante. Arroz frito, eso era todo lo que tenían en aquel lugar llevado por una familia. El padre era el que cocinaba, me contó el chico mientras servía. Solo trabajaban ellos dos.

Yo era el único cliente en el local. Tampoco en la calle había visto a mucha gente. Todo era diferente a como yo lo recordaba. La ruidosa e intensa ciudad se había esfumado. La mayoría de las casas estaban abandonadas, las calles silenciosas. Ya no había medios de subsistencia. Sabía que muchos habían sido obligados a mudarse a otras partes del país, donde se necesitaba más mano de obra en la agricultura, pero de todos modos me sorprendió el gran silencio. La ciudad había crecido y evolucionado hasta un punto, luego todo se había estancado, y ahora había entrado en la decadencia y el deterioro. Como una persona anciana camino de la muerte. Cada vez más sola, cada vez más silenciosa, a un ritmo que decaía día a día. El único sitio donde había luz era el pequeño restaurante de enfrente del hotel, por lo demás, la calle estaba desierta.

Acerqué la silla a la mesa. El ruido de las patas sonó hueco y estridente en el local vacío. El camarero se quedó de pie, esperando mientras yo comía. Era joven, no más de dieciocho años, y flaco. Llevaba media melena, daba la

sensación de no haberse cortado el pelo en bastante tiempo, vestía el uniforme con descuido juvenil, y se movía con ligereza y naturalidad. En el patio de un instituto habría estado muy cotizado. Era uno de esos que no necesitaban esforzarse, de esos que poseía un extra natural. Era un joven que debería haber tenido una pandilla a su alrededor.

Se dio cuenta de que lo estaba observando, de repente no sabía qué hacer con las manos, y se las puso rápidamente a la espalda.

—¿Te ha gustado? —preguntó.

—Sí, gracias.

—Lamento no tener ninguno de los platos del menú.

—Está bien. De todas formas no habría podido permitírmelo —dijo sonriendo.

Me devolvió la sonrisa, parecía aliviado, quizá entendiera que nos encontrábamos en la misma situación.

—¿Suele estar siempre tan vacío? —pregunté.

Asintió con un gesto de la cabeza.

—Los últimos años ha sido así.

—¿De qué vivís?

Se encogió de hombros.

—De vez en cuando vienen algunos clientes. Y hemos vendido parte del equipamiento. —Señaló hacia la cocina, donde su padre estaba fregando los cacharros—. Los cuchillos buenos, una máquina de picar carne, algunas cacerolas, la gran cocina eléctrica. Suficiente para algún tiempo. Hemos calculado que tenemos dinero para ir tirando... hasta noviembre.

Se calló, estaría pensando lo mismo que yo. ¿Y luego qué?

—¿Y por qué estáis todavía aquí? —pregunté.

Se puso a limpiar un polvo invisible de una mesa.

—Cuando todos nuestros conocidos tuvieron que marcharse a la fuerza, a nosotros nos dejaron quedarnos porque llevábamos un restaurante de larga tradición. Mi padre luchó durante meses para conseguir el permiso. —Enrolló el trapo, luego lo apretó—. Recuerdo que estaba muy contento cuando llegó a casa; por fin había recibido la confirmación de que no tendríamos que mudarnos. De que no tendríamos que abandonar nuestro hogar.

—¿Y ahora qué?

Apartó la mirada.

—Ahora es demasiado tarde. Ahora estamos aquí.

Se tiró del rebelde pelo. De repente me recordó a Wei-Wen. Qué joven era ese chico, quizá más joven de lo que yo pensé al principio, solo unos catorce o quince. En plena edad de crecimiento.

Le acerqué el plato.

—Cómete tú el resto. Yo estoy llena.

—No. —Me miró aturdido—. Has pagado por el plato.

—No puedo con más.

Le alcancé los palillos.

—Venga. Siéntate.

Eché una furtiva mirada hacia su padre en la cocina, pero el hombre no nos vigilaba. El chico sacó rápidamente la silla y cogió los palillos. Se comió el arroz, veloz como un perro, como Wei-Wen cuando devoró las ciruelas. Pero luego se detuvo de repente, como si se sintiera avergonzado por la atención que yo le prestaba. Le sonreí para animarle. Se puso a comer de nuevo, concentrándose en hacerlo tranquilamente.

Me levanté para irme, quería dejarlo en paz.

Pero él también se levantó.

—No te preocupes, sigue sentado —dije, acercándome a la puerta.

—Sí. —Se quedó de pie, vacilando—. No.

Se acercó a mí.

Puse la mano en el picaporte, a punto de abrir la puerta. Lo miré, sin entender del todo.

—¿Dónde vives? —preguntó.

—Allí. —Señalé el hotel al otro lado de la calle.

Se me acercó más, miró a la calle. No se veía ningún coche, ninguna persona, nada de vida de ningún tipo.

—Me quedaré aquí hasta que hayas entrado.

—¿Cómo?

—Me quedaré aquí todo el rato —lo dijo con responsabilidad, con su joven rostro muy serio.

—Gracias.

Abrí la puerta y salí. La calle estaba desierta. Olía a cemento húmedo, a polvo y un poco a algo podrido. Una ciudad desconchada. Fachadas deslucidas. Una pantalla informativa llena de mellas colgaba de una pared. Los primeros diez segundos de una película se repetían una y otra vez. Hablaba Li Xiara, la presidenta del Comité, hablaba sobre la comunidad y la moderación quizá. Pero el mensaje había desaparecido, porque el sonido había dejado de funcionar hacía mucho tiempo. Tiendas cerradas con rejas en las puertas. Ventanas rotas. Todo en tonos marrones y grises. No quedaban ya colores, como si todo estuviera cubierto de cenizas. Y luego un gran silencio.

Me volví cuando hube cruzado la calle. Pues sí, el chico seguía allí. Hizo un gesto con la cabeza hacia el hotel, como si quisiera que me apresurara a entrar.

George

Lee estaba inclinado sobre las colmenas, intentando poner orden. A pesar de ir cubierto de mono, sombrero y velo, podía apreciar su desesperación. Cuatro colmenas hechas un amasijo en el suelo. Una gran nube de abejas, confundidas, sin techo, en el aire húmedo tras la lluvia.

—¡Ay! —gritó de repente, tocándose la nuca.

—Tienes que cuidar la abertura —dijo, ajustándole el velo. Luego tendría que sacarse la abeja muerta.

Echó unas cuantas maldiciones, vi lágrimas en sus ojos. Puede que fueran por la picadura o que llevaran allí todo el tiempo.

—Pensé que bastaría con la valla —dijo en voz baja.

—Si ha olido la miel, hay pocas cosas que puedan detenerlo.

Por fin noté los ojos de Tom clavados en mí.

—¿No dijiste que ya no había osos por aquí?

No fui capaz de mirarle a los ojos, no hubiera querido tener que oír esa pregunta. Levanté un cajón. Lo examiné. Estaba entero.

—Dame ese —dijo, señalando un marco en el suelo.

Fue hacia allí, sin dejar de observarme. Cogió el marco y me miró. Entonces descubrí que le temblaban las manos. Levanté la vista. Sus ojos eran tan grandes como aquella vez. No quedaba nada del profesor, delante de mí había un niño pequeño.

—¿Está cerca? —preguntó.

Cogí el marco, lo miré fijamente.

—No, se larga enseguida.

No se movió, me miró, dudando.

Le puse una mano en el hombro, algo que no solía hacer.

—Tom, esto no es como aquella vez. Ocurre todo los años, y yo no los he visto nunca, ni una sola vez. Las que los sufren son las abejas, nosotros no. Y Lee se lleva la peor parte, que tiene que pagar.

Asintió con la cabeza, sin intentar librarse de mi mano.

—Por eso nos alojamos en un hotel y no en una tienda de campaña —añadí.

Tom volvió a asentir. Yo le apreté el hombro. Me habría gustado estrecharlo contra mí, veía que me necesitaba. Todavía me necesitaba. Pero en ese instante volvió Lee.

—Tres colmenas —dijo—. Son... doscientos cuarenta dólares, ¿no?

Solté a Tom y le dije a Lee que sí. Pero me contuve al ver su mirada desesperada detrás del velo.

—¿Doscientos cuarenta? No. Doscientos está bien.

—Pero George...

—No hablemos más del tema. Considéralo un préstamo.

Lee se volvió hacia otra parte, tragó saliva. Tom seguía mirándome. No decía nada, pero sus ojos lo decían todo. Y recordaban todo.

Ocurrió la primera vez que fui a la granja de Lee. En realidad, fue el primer viaje que hice con las abejas. No llevaba muchas colmenas, solo las que cabían en la parte de atrás de mi camioneta. Lo consideraba un experimento, si funcionaba, podría ampliar y empezar con polinización a pequeña escala, pero lo consideraba más bien como unas vacaciones. Porque iba a llevarme a Tom, que tenía cinco años. Nosotros dos solos, en medio de la naturaleza. Lejos de la gente. Pescar, beber agua del arroyo, hacer hogueras. Llevábamos semanas hablando de ello.

Encontramos una colina a cierta distancia de las colmenas. Con buenas vistas, al abrigo del viento, suelo llano. Monté la tienda de campaña, tomándome tiempo para comprobar que todas las piquetas estaban bien hundidas en la tierra, que la lona estaba tensada. Sería nuestro hogar durante tres semanas, era importante que quedara bien.

A Tom le tocó la tarea de desenrollar los sacos de dormir. Se esforzó mucho, colocándolos artísticamente, seguro que se había fijado cuando Emma hacía las camas en casa. Estaba muy entusiasmado, no paraba de hablar, aún no había tenido tiempo de darse cuenta de que echaba de menos a

su mamá. Iría bien de todas formas, pensé. Nos lo pasaríamos bomba los dos allí en la colina, las semanas transcurrirían en un periquete, sería algo que él recordaría toda la vida.

Hicimos una hoguera y nos acurrucamos asando nubes de algodón en la barbacoa. Tom empezó a tiritar. Lo rodeé con un brazo. Sus estrechos hombros casi desaparecieron debajo. Nos pusimos a mirar las estrellas, yo le señalé las constelaciones que me sabía. No eran muchas. Únicamente la Osa Mayor y Orión, de manera que me inventé algunas más.

—Mira, allí está la Serpiente.

—¿Dónde?

—Allí.

Sus ojos seguían mi dedo mientras yo señalaba algunas estrellas idóneas en una fila ondeante.

—¿Por qué se llama la serpiente?

—No se llama la serpiente. Es una serpiente.

Y le hablé de la serpiente. No se me daba bien inventar historias, pero en ese momento me brotaban a chorros. Quizá porque tenía a Tom tan cerca de mí, quizá porque estábamos tan lejos de todo lo que fuera televisión y entretenimiento salió el hombre primitivo que había dentro de mí, o tal vez saber que esa sería nuestra vida durante tres semanas enteras me dio unas fuerzas extraordinarias.

—La serpiente vivía en una grieta de una montaña, a las afueras de un pequeño pueblo —conté—. Y era un verdadero diablo, peor que el peor, más hambriento que el más hambriento. Se comía todo, absolutamente todo lo que encontraba. Primero el bosque, luego la cosecha. A continuación los huertos, fruta, verduras, bayas, mientras crecía sin parar. Cuando se hubo comido cada arbusto, cada patatita, bueno, incluso cada miserable pajita del prado, entonces empezó con la gente. Niños pequeños para el desayuno, abuelas para el almuerzo. Crecía sin parar, al final estaba tan gorda y era tan larga que se enrolló como un anillo alrededor del pueblo. Y allí estaba devorando personas, una tras otra. La gente se refugiaba en sus casas, escondiéndose dentro de los armarios, debajo de las camas y en los sótanos. Pero la serpiente los encontraba, se deslizaba dentro, hasta cada rincón, comiéndoselos uno

tras otro.

Noté que Tom temblaba en mi brazo, y no solo de frío. Lo estreché, él se acercó aún más, como si quisiera meterse dentro de mí, retorciéndose de miedo y de gusto.

—Nadie sabía qué hacer, vamos a morir, pensaron, nos va a comer. Todos se escondieron como mejor pudieron. Todos excepto un niño.

—¿Quién era? —La voz de Tom sonaba baja y expectante.

—Era... no cualquier niño.

—¿No?

—Era apicultor, ¿sabes?

—Ah —dijo Tom muy deprisa, como si no se atreviera a decir nada más, por miedo a que yo dejara de contar.

—Tenía una colmena grande, muy bonita. Con las mejores abejas jamás vistas, fieles y trabajadoras, nunca enjambraban. Era ya el tercer año de la reina, ponía huevos como nunca. El niño fue a la colmena y la abrió. Susurró hacia dentro, pidiéndoles ayuda.

Me tomé una pausa calculada. Yo ya sabía cuál sería el final y estaba bastante contento con él.

Tom esperaba. Dejé que siguiera esperando. Noté cómo me miraba, los ojos abiertos de par en par, quería dejarle un rato con esa emoción.

Al final no pudo más.

—¿Y luego qué?

Continué despacio.

—Las abejas escuchaban y pensaban, mientras la serpiente se acercaba bufando al niño.

Tom me miraba boquiabierto.

—¡Y justo en el instante en el que la serpiente iba a engullir al niño, llegaron las abejas! Un colosal enjambre voló derecho hacia la serpiente. Le picaron una y otra vez, en la cabeza, en el cuello, en la cola, en los ojos, le picaron por todas partes, hasta que la serpiente ya no aguantó más y desapareció a toda prisa.

Tom seguía con todos los músculos del cuerpo tensos, estaba inmóvil en mi brazo.

—¿Y entonces todos estaban salvados? —preguntó, con una voz apenas audible, quizá con miedo a la respuesta.

Volví a esperar, noté cómo vibraba el niño.

—Sí —dije.

Tom respiró aliviado.

—Pero las abejas no se contentaron con eso —proseguí.

—¿No? —Él se reía ya un poco.

—Espantaron a la serpiente lejos y más lejos.

—¿Hasta que desapareció?

—Sí, hasta que desapareció.

Tom se relajó por fin, noté cómo su pequeño cuerpo se ablandaba contra el mío.

—La espantaron hasta el mismo cielo —dije—. Y allí puedes ver a la serpiente. Hasta hoy.

Tom asintió con la cabeza contra mi brazo.

—Allí está —dije—. Y allí —añadí, señalando un punto algo más alejado— tienes las colmenas.

—¿Allí?

—Sí, mira. Esa, aquella y esa otra. —Dibujé tres cuadrados en el cielo.

—¿Y las abejas?

—¿Las abejas? —Me quedé pensando unos instantes y luego llegó la respuesta, sintiéndome bastante genial—: Las abejas son las demás estrellas.

Así estaríamos, pensé. Así estaríamos durante tres semanas.

Nos acostamos, Tom se durmió enseguida. Yo me quedé escuchando su respiración en la oscuridad, roncaba ligeramente, tenía la nariz un poco tapada. Se retorció un par de veces en el saco de dormir hasta encontrar reposo. Entonces yo me dormí también.

Pero llegó el oso. Nos despertó el primer sonido, un fuerte estallido cuando la olla colgada sobre la hoguera cayó al suelo. Una sombra dura contra esas abejas que brillaban en el cielo. Patas pisoteando los matorrales, tan cerca que podíamos oír el roce de su piel.

Protegí a Tom con mi brazo, pero eso ya no le proporcionaba ningún apoyo. Sus ojos abiertos de par en par miraban fijamente la oscuridad.

Oímos cómo el oso ponía patas arriba nuestro lugar de acampada. La bolsa de papel con las nubes se rompió en pedazos. El montón de leña que yo había colocado con tanto esmero se derrumbó, y se oyeron golpes huecos contra la espuma de poliestireno cuando la nevera de camping fue atacada por grandes patas.

Luego se hizo el silencio.

Permanecimos sentados un buen rato. Le revolví el pelo a Tom con la esperanza de que volviera la cara hacia mí, de que me mirara, pero seguía mirando al frente, a la nada. ¿Qué podía decir yo? ¿Qué habría dicho Emma? No tenía ni idea, de manera que no abrí la boca. Lo apreté aún más contra mí, pero su cuerpo estaba rígido.

Por fin me atreví a salir.

El lugar estaba patas arriba. Se había comido las nubes, pero el oso había desaparecido.

Entonces me atreví a respirar.

Eché un vistazo dentro de la tienda.

—Ya no hay peligro.

Pero Tom no contestó. Seguía sentado con esa oscura mirada, la boca cerrada y el cuerpo inmóvil. Lo cogí y lo llevé hasta el coche. Al día siguiente lo metí en el autobús de vuelta a casa. No podía hacer otra cosa. Emma lo estaría esperando en la estación. El niño ni rechistó por tener que hacer todo ese largo viaje solo. Antes no habría querido hacerlo ni loco.

La voz de Emma sonaba tensa al oír lo que había pasado. Yo sabía lo que pensaba, aunque solo contestaba con monosílabos. Deberías haber inspeccionado aquello mejor, pensaba, deberías haberte informado bien, deberías haber sabido que había osos en la región. Solo la lona de una tienda de campaña entre vosotros y la muerte, más suerte de la que te mereces.

Vi su carita blanca en la ventanilla de atrás al marcharse el autobús. El alivio pintado en su rostro, y los ojos grandes y asustados.

Nunca volvió conmigo a Maine.

Hasta ahora.

Seguía sin llover cuando nos metimos en el coche. Lee se fue a sus

quehaceres, iba a casa a escribir una carta de reclamación por lo de la valla eléctrica, dijo.

Tom no pronunció palabra alguna en el camino de vuelta. Quizá estaba mirando por si veía al oso, esperando que viniera a toda leche hacia nosotros por la carretera, pateara el capó, partiera la carrocería en dos y nos sacara como si fuéramos ratoncitos en un agujero.

Al volver al motel, se puso rápidamente a recoger sus cosas para hacer el equipaje, barrió con la mano los rotuladores, y metió el libro con la foto del Big Ben en la bolsa. Yo me quedé mirándolo.

—No vas mal de tiempo.

—Más vale que me sobre —murmuró de espaldas a mí.

Por fin, cuando hubo cerrado la bolsa, me miró. Yo me había sentado, haciendo que leía el periódico.

Estaba de pie muy erguido, con las manos colgándole a los costados. Se las metió en los bolsillos del pantalón, pero las volvió a sacar. Había algo en sus ojos que no era capaz de captar.

—¿Sí? —dije por fin.

Él no contestó. Estaba rumiando algo, de eso no cabía duda.

—Vale —Volví a inclinarme sobre el periódico, ladeando un poco la cabeza, haciendo un gesto como si lo que estaba leyendo fuera especialmente interesante.

—¿Por qué lo haces? —preguntó por fin.

Levanté la vista.

—¿El qué?

—¿Por qué las llevas por ahí de esa manera?

—¿Qué?

—Las abejas. —Tomó aliento—. Acabas de perder tres colmenas. Tres colonias que han perdido su hogar. —Levantó la voz, los ojos se le abrieron más, cruzó los brazos sobre el pecho como si necesitara sujetarse a sí mismo—. Y llevarlas y traerlas en camiones. ¿De verdad sabes lo que eso les provoca?

Esa enorme seriedad en ese cuerpo tan joven. Era demasiado. Para reírse. Y eso fue lo que hice. Una sonrisa burlona se dibujó en mis labios, un sonido

carraspeante me salió por la garganta, pero la risa no resultó tan natural como yo pensaba.

—¿A ti no te gustan los arándanos? —pregunté.

Algo se tambaleó dentro de él.

—¿Los arándanos?

Intenté mantener la cabeza alta, conservar la sonrisa burlona, defenderme detrás de ella.

—No habría muchos arándanos en Maine sin abejas.

Él tragó saliva.

—Lo sé, papá. ¿Pero por qué contribuyes a todo ese... sistema? La agricultura... en lo que se ha convertido...

Doblé el periódico con movimientos exagerados, luego lo dejé en la mesa. Intenté mantener la voz tranquila, no dar alaridos.

—Si hubieras sido hijo de Gareth, podría entender de qué estás hablando. Pero yo no trabajo como él.

—Creía que querías ser como él.

—¿Ser como Gareth?

—Sé que quieres ampliar.

Lo dijo de un modo simple, no era una pregunta. Ni una acusación, aunque eso era lo que era.

Me reí de nuevo. Una risa hueca.

—Y nos he apuntado al club de golf. Y he invertido en una fábrica de latón.

—¿Cómo?

—Nada, nada.

Lanzó un profundo suspiro. Luego apartó la mirada y la dirigió hacia la ventana. Seguía sin llover allí fuera.

—Creo que me voy a dar ese paseo ya —dijo, sin volver a mirarme.

Y se fue.

Por la rayada puerta de la habitación del motel se marchó mi plan.

William

¿Pero dónde está?

Thilda y todas las chicas estaban frente a mí en la cocina. Por fin iban a ver en lo que yo había estado trabajando últimamente. Mi plan era llevarlas hasta la colmena, pero mantenerlas a una distancia suficiente para que las abejas no les picaran. A continuación la abriría con mucho cuidado y les explicaría todo. Para que ellas, para que Edmund, pudieran entender qué clase de artefacto era ese que cambiaría nuestras vidas. Que nos aportaría honor, que haría figurar nuestro apellido en los libros de historia.

El sol se había puesto a la altura de los campos detrás del jardín, donde luchaba contra el horizonte y también contra unas oscuras nubes que se habían acumulado al oeste. Al cabo de un rato se pondría implacablemente, y acaso llovería por la noche. Deseaba mostrarle a la familia la colmena justo ahora, en el rato de la puesta del sol, porque era cuando las abejas ya se habrían reunido dentro.

—Avisó de que no vendría a cenar —dijo Thilda.

—Ah, ¿sí?, ¿y por qué no?

—No se lo pregunté.

—Pero supongo que le dirías que yo tenía algo que enseñaros hoy.

—Es un joven con vida propia. Quién sabe dónde está en este momento.

—¡Debería estar aquí!

—Está agotado —dijo Thilda. Hablaba de él como si aún fuera un bebé, con una voz suave y quejumbrosa, a pesar de que él ni siquiera estaba presente.

—¿Y cómo crees que le irá en el otoño, si no se toma en serio sus obligaciones?

Esperó mucho antes de contestar. Pensaba mientras sorbía por la nariz.

—¿Y es necesario?

—¿Cómo dices?

—Creo que sería sensato que esperara un año. Que viva en casa y que descanse de verdad.

Las fosas nasales se le ensanchaban al hablar, yo sentí náuseas y me volví hacia otro lado.

—Ve a buscarlo —dije sin mirarla.

Ocho pares de ojos me contemplaban, pero ningún miembro de la familia hizo ademán de moverse ni un ápice.

—¡Entonces ve a buscarlo!

Por fin había alguien que entendía quién era el jefe de la familia. Dio un paso hacia atrás en dirección a la puerta y cogió su gorro, que estaba colgado de un gancho.

—Yo voy.

Charlotte.

Nos quedamos sentados en la cocina esperando, mientras la oscuridad salía de los rincones, rodeándonos. Nadie encendió ninguna lámpara. Cada vez que una de las niñas decía algo, Thilda la hacía callar. Vislumbré el cielo a través de una ventana. Hacía ya tiempo que las nubes habían desplazado al sol, pero pronto ellas tampoco se verían, porque la oscuridad estaba absorbiendo los contornos.

¿Dónde estaba Edmund?

Salí fuera y me quedé delante de la entrada. Una bochornosa baja presión se había posado sobre el paisaje. El ambiente era húmedo y espeso, ni un soplo de aire. Silencio absoluto. Las abejas se habían retirado a la colmena, ya no podía oírlas.

¿Dónde se metía ese chico? ¿Qué podría ser más importante que lo que yo iba a mostrarle?

Thilda ahogó un bostezo cuando volví a entrar. Georgiana se había quedado dormida en el regazo de Dorothea, las mellizas estaban una apoyada en la otra, parpadeando de sueño.

Era demasiado tarde para ellas. Deberían haberse acostado hacía rato.

De repente no sabía qué hacer y di dos pasos hacia un lado. En la mesa había una jarra de agua, la cogí y me serví. Sentía algo hueco en el estómago, un suave gorgoteo estaba empezando a sonar allí dentro. Alejé rápidamente la silla de la mesa, con la esperanza de que el ruido hiciera desaparecer la atención sobre mi estómago. Luego me senté, me puse las dos manos sobre el diafragma, inclinándome un poco hacia delante, y el gorgoteo se quedó dentro.

De repente sonó la puerta.

Me levanté rápidamente.

Charlotte entró primero. Miraba al suelo.

Detrás de ella una figura oscura. Edmund. Lo había encontrado.

—¡Pero por Dios! —Thilda se levantó a toda prisa.

Edmund estaba chorreando. Dio unos pasos vacilantes. Tenía el pelo y la ropa empapados, pero sus pantalones estaban secos, como si alguien le hubiera tirado agua encima.

—¿Charlotte? —dijo Thilda.

—Edmund...

—Me caí al arroyo —dijo Edmund despacio.

Y pasó por delante de nosotros dando tumbos.

Di un paso adelante y le puse una mano en el hombro, deseando llevármelo conmigo, porque tal vez aún no era demasiado tarde para salir fuera, enseñarle y hacerle comprender.

Pero entonces noté cómo temblaba bajo la ropa empapada y me di cuenta de que le castañeteaban los dientes.

—¿Edmund?

—Tengo que... tengo que dormir —dijo en voz baja, sin volverse.

Luego se retorció para librarse de mi mano, y fue arrastrando los pies hasta la escalera que subía al primer piso.

Thilda lo siguió con pequeños pasos, sus pies sonaban como patas de gallina en el suelo, su parloteo, su nervioso cacareo.

—Cariño mío... ven, te ayudaré... mira aquí, anda con cuidado... tienes la cama hecha... cógeme del brazo... así... así.

La pesada espalda de Edmund desapareció escaleras arriba. Yo me miré la mano, seguía mojada tras haberlo tocado, y me la sequé en la pernera del pantalón.

¿Podría ser que la melancolía, que con tanta virulencia me había atacado a mí, la sufriera también mi hijo? ¿Habría pasado de mis venas a las suyas? ¿Algo heredado? ¿Acaso por eso nunca me dejaba entrar?

Sentí una opresión en el pecho. No, él no. Edmund no.

De repente me percaté de las niñas, que formaban un círculo a mi alrededor. Silenciosas, tambaleándose de cansancio y sueño. Mirándome, esperando mi siguiente jugada. Todas excepto Charlotte, ella no me miraba, pero también estaba pálida de falta de sueño.

Tomé aliento.

—Mañana —les dije en voz baja—. Tendremos que esperar hasta mañana.

Tao

—¿Sabes cómo puedo llegar hasta allí?

Me encontraba en el viejo e impersonal vestíbulo del hotel, señalando en el mapa que acababa de desplegar. Ese hospital era uno de los últimos de mi lista. Había recorrido uno tras otro, borrando, tachando.

—Antes había una línea de metro desde aquí hasta aquí —dijo la recepcionista señalando—. Se podía hacer transbordo aquí —añadió, poniendo un dedo en el mapa al lado de una doblez desgastada.

Era una mujer alta y esbelta, que sorprendentemente dejaba escapar una ruidosa y prolongada risa cada vez que tenía ocasión. Siempre estaba trabajando. A los demás los han trasladado, dijo. Ahora se aferraba al hotel, que le pagaba cada vez menos, con el fin de conseguir comida para ella y su hija. La niña, de diez años, iba todos los días después del colegio, y hacía los deberes en el vestíbulo. Esa era la única manera de verse que tenían madre e hija.

—Pero está en la parte de la red de metro que la Comisión Municipal recomienda no usar —prosiguió.

La miré interrogante.

—Son barrios duros. Ocupados. No, «ocupado» no es la palabra correcta. Pero los que siguen viviendo allí no tienen nada. Y nadie los controla ya —añadió.

—¿Qué clase de gente es?

—Los que no quisieron mudarse. Los que fueron abandonados. Los que se escondieron. Todo pasó muy rápido, y a los que luego se arrepintieron se les dijo que ya era demasiado tarde.

Tragó saliva y miró hacia otra parte. Tal vez su caso fuera el mismo que el

del chico del restaurante y su padre. Pero no fui capaz de preguntar, no soportaría otra historia igual.

Lo único que me interesaba era salir, salir a buscar, como había hecho cada día desde que llegué. En algún lugar tendría que estar el niño. Cada mañana me marchaba al amanecer, con dinero y un par de galletas envueltas en papel en el bolso. Cada día un nuevo barrio, un nuevo hospital. Con muchos de ellos me había puesto en contacto de antemano, había llamado desde casa y luego desde el hotel. Tenía nombres de secciones, nombres de médicos. Ahora iba a ver a todos, pensaba que si sabían algo, les sería más difícil rechazarme presentándome allí en persona, la Madre, cara a cara. Algunos de ellos se acordaban de mí, sintieron lástima por mí. Algunos se atrevieron incluso a mirarme a los ojos y decir que entendían mi desesperación.

Pero la respuesta era la misma en todas partes. No lo encontraban en ningún archivo. Nunca habían oído hablar de Wei-Wen. Y todo el tiempo me remitían a otros hospitales: «¿Ha probado en Fengtai? ¿Ha contactado con el hospital central de Chaoyang? ¿Se ha pasado por el Haidian, un centro para problemas de las vías respiratorias?».

Siempre pedía hablar con personas en puestos superiores, pocas veces me daba por vencida con los primeros que me atendían. Luego esperaba. Días enteros. Sentada, de pie, paseando, junto a la ventana, en habitaciones sombrías, en helados suelos de piedra, en salas iluminadas con frías luces, con un vaso de agua en la mano, una taza de té sacada de una máquina, sola en la mayoría de los casos, a veces en salas de espera casi vacías. Los lugares nunca estaban llenos, nunca había prisa, y sin embargo siempre tenía la sensación de descender constantemente en una lista, a veces no conseguía hablar con la persona adecuada hasta casi la hora de cierre. A veces percibía ojos alzados al cielo, no podría darse ya por vencida esta mujer, hay mucha gente desesperada, muchos enfermos, desnutridos, solo por un niño, ella tiene que tranquilizarse, comprender que no tenemos tiempo. Pero me quedaba. No hacía nada, solo estaba allí presente, notoriamente, hasta que me hacían caso.

En algunos casos la espera me llevaba hasta el despacho del director. Grandes estancias con grandes muebles, estancias que en su día fueron espléndidas, pero que ahora estaban en total decadencia. Exponía el motivo

de mi visita, conseguía que me hablaran, notaba su compasión. Algunos incluso llamaban a otros. Hacían verdaderos intentos. Pero nadie podía ayudarme. Wei-Wen había desaparecido.

Al principio llamaba todas las noches a Kuan. Pero las palabras que intercambiábamos eran pocas. Yo le informaba de que no había avanzado nada en mis pesquisas. Él me informaba de que tampoco había recibido ninguna noticia. Conversaciones impersonales y más cortas cada noche. Él me preguntaba por el dinero, cuánto había gastado y cuánto quedaba. Yo mentía, no podía decir que solo el viaje en tren hasta allí había costado cinco mil quinientos yuanes. Una noche no llamé. Él tampoco llamó. Los dos sabíamos que no teníamos nada que comunicar al otro. Un acuerdo tácito de que el primero que se enterara de algo se pondría en contacto con el otro.

Por las noches dormía profundamente y sin soñar, como si alguien pusiera una manta negra sobre mi conciencia en el momento en el que la cabeza caía en la almohada. La certidumbre de que no había más que hacer me proporcionaba equilibrio. Estaba segura de que al final lo encontraría. Lo importante era no darse por vencida. Pero conforme pasaban los días se hacía cada vez más difícil creerlo. Cuanto más descendía en la lista, más inquieta me sentía. Porque seguía sin encontrar a Wei-Wen, ni rastro de él. Y el dinero había desaparecido más deprisa de lo que había planificado, la lata era ya demasiado ligera. No me quedaban más que siete mil yuanes. Aún podría alcanzarnos, si éramos extremadamente ahorradores los dos últimos años, antes de llegar al límite de edad. Pero todavía no había comprado el billete de vuelta.

—Hace mucho que no sé nada de ese barrio —dijo la recepcionista, doblando el mapa para dármelo—. Tal vez esté ya completamente desierto. Sea como sea, nos recomiendan mantenernos alejados del lugar.

—Pero ¿y el hospital?

—Está en el límite —señaló—. Las zonas incontroladas se encuentran aquí. Todavía puedes ir hacia el sur. Pero... ¿estás segura de que tienes que ir allí?

Asentí con la cabeza.

Ella me sostuvo la mirada y comprendió. Sabía que yo estaba buscando a mi hijo, pero no le había contado nada más. Aunque supongo que era

suficiente. Todo el mundo que tiene hijos entiende que eso es suficiente, suficiente para que cualquier peligro con el que pudieras encontrarte sea secundario.

Eché la cabeza hacia atrás para ver el tejado. Tejas rojas desgastadas por el tiempo que en su día estarían relucientes, barnizadas como el tejado de un templo. Las paredes se habían quedado grisáceas y la pintura se había desconchado. Un suave zumbido en el cielo atrajo mi atención, era algo que se movía por el aire. Entorné los ojos para verlo más de cerca, pero desapareció detrás del tejado.

Sobre mí se posaba un cielo impenetrable. Cuando dejé el hotel hacía sol, pero allí había niebla. Como si estuviera oscureciendo ya.

El viaje duró cuatro horas. Implicaba tres cambios y un gran rodeo, pero pasaba por lo que la recepcionista llamaba «zonas seguras». Y sin embargo todo estaba tan silencioso y desvencijado que desconfiaba constantemente de los pocos viajeros con los que me cruzaba, mirando con miedo por encima del hombro.

Había intentado ponerme en contacto con ese hospital varias veces, pero la respuesta fue la misma que en todos los demás sitios. Nunca habían oído hablar de Wei-Wen. No podían ayudarme. Y las últimas veces ni contestaron a las llamadas. Al otro lado de la línea solo me respondía una voz automática y un sistema de contestador que nunca conducía a nada.

Lo primero con lo que me encontré fue con una decoración floral muerta. Una luz atenuada indicaba que el hospital todavía tenía suministro eléctrico. El gran vestíbulo estaba vacío. Vi un mostrador de una madera oscura. Encontré un viejo aparato de registro de familiares, sería de la época de antes del Colapso, parpadeó bajo mis dedos, pero se apagó enseguida.

Empecé a andar al tuntún.

Primero fui hacia la derecha, pero me encontré con una puerta cerrada.

A la izquierda había un ascensor. Pulsé los distintos botones, pero no ocurrió nada. Seguí andando. Me encontré con interminables pasillos oscuros.

Probé varias puertas, pero todas estaban cerradas.

Al final encontré una que conducía a una oscura escalera. Subí una planta. Allí la puerta estaba cerrada. Probé en la siguiente planta. Cerrada también. Por fin, en la tercera planta encontré una puerta abierta. Salí a un pasillo tan desierto como los demás. Anduve unos metros. Mis pasos sonaban como golpes sordos en el suelo de piedra.

Me detuve junto a una ventana. Entonces lo descubrí. En un ala lateral del hospital había luz. Seguí hacia esa dirección, con la esperanza de que el pasillo en el que me encontraba uniera las alas, de manera que pudiera ir directamente allí.

De pronto oí un ruido delante de mí, metal hueco que era arrastrado por el linóleo.

—¿Hola? —dije en voz baja.

Más adelante había una puerta abierta, una puerta doble de cristal. No podía ver la habitación que había tras ella.

De repente noté que el corazón me latía muy deprisa. Algo iba mal. Quizá debía marcharme de allí, ir hacia esa lejana luz en el ala lateral. Pero tenía que pasar por delante de las puertas. Aceleré el paso.

Otro ruido. Pies que se arrastraban.

Entonces una persona apareció ante mí. Lo primero que vi fueron los pies desnudos. Uñas sin cortar en unos dedos arrugados. Ella, porque tendría que tratarse de una mujer, apenas podía moverse, se apoyaba en un soporte que llevaba una bolsa de medicina intravenosa, el soporte era lo que producía el ruido. Pero la bolsa estaba vacía. El pelo canoso le crecía a trozos, el cuero cabelludo estaba lleno de calvas. Solo llevaba la bata del hospital toda manchada, debajo se veían los contornos de un pañal, y en ese momento noté el hedor.

La mujer me miraba fijamente, como si se hubiese olvidado de toda clase de lenguaje.

Di unos pasos hacia atrás, quería marcharme de allí.

Ella resopló, probó de nuevo, quería decir algo.

Yo recapacité, tomé aliento, no podía dejarla así.

Di unos pasos hacia ella. Se tambaleó, daba la sensación de estar a punto de desplomarse.

—Mmm... mmi —dijo en voz baja—. Mira.

Se tambaleó. La agarré por el codo para sujetarla. El hedor me picó en la nariz, su brazo era tan delgado como el de un niño pequeño. Quería llevarme de vuelta a la habitación de la que había salido.

Empujé la puerta. Se abrió en silencio. Entramos mientras yo intentaba sujetarla. La náusea me subió por dentro, el hedor era como una masa espesa, impenetrable. Me alcanzó y me dejó sin aliento.

Una habitación. A lo largo de las paredes había camas, relucientes camas de hospital de tubos de acero, muy pegadas unas a otras, todas hechas con ropa de cama que en un pasado había sido blanca. No me dio tiempo a contarlas, pero tenía que haber más de cien.

En las camas yacían personas. Algunas mayores, muchas muy mayores y otras viejísimas. Despiertos, quejándose, agarrándose, jadeando, manos que se agitaban en el aire. Algunos tenían los ojos cerrados, como si estuvieran dormidos.

Mi llegada hizo que varios se levantaran de la cama. Estaban tan flacos, tan terriblemente flacos y desaseados como la mujer con la que había entrado. En ese momento se pusieron de pie y dirigieron sus pasos hacia mí.

Una veintena de ancianos luchando contra sus propios cuerpos, luchando contra la fuerza de la gravedad, avanzando, algunos tan incapaces que tenían que gatear. Todos repetían las mismas palabras: Ayuda. Ayúdame. Ayúdanos. Una y otra vez.

Pero los dormidos se quedaron a pesar del barullo, a pesar de los gritos de los demás. Por fin entendí que no era el sueño lo que les hizo quedarse en las camas. Era la muerte.

Entonces salí de allí corriendo.

Grité. Grité sin palabras. Intenté llamar la atención de alguien, pero nadie respondió.

Continué por la oscuridad. Hasta la otra ala, donde había luz.

Mis pasos sobre el linóleo, mi propia respiración, ningún otro sonido.

Doblé una esquina, y por fin divisé las habitaciones iluminadas. Corrí hacia la puerta. La abrí dando un gran golpe. Una mujer vestida de blanco, una doctora o enfermera, me miró sorprendida. Estaba metiendo ropa de cama en

una caja subida en un carrito.

—¿Quién es usted?

En ese instante me di cuenta de que estaba llorando.

Me froté los ojos, intentando hablar, pero las palabras se me enredaban.

—Mire, siéntese aquí —dijo, con intención de ayudarme a sentarme en una silla.

—No, no... los ancianos... necesitan ayuda.

La mujer miró hacia otra parte. Volvió a ocuparse de las sábanas.

Le tiré del brazo.

—Tengo que enseñarle... ¡Venga!

Ella se libró cuidadosamente de mi mano. Sin mirarme.

—Sabemos que están allí —dijo.

Volví a tocarla con la mano.

—Pero están enfermos. Algunos están... creo que están muertos.

Ella se retiró con una sacudida.

—No podemos llevárnoslos.

—¿Llevároslos?

—Estamos desalojando el hospital. Esto ya no es seguro. Nos estamos llevando a los pacientes a un lugar más al sur, a Fangshan. Somos muy pocos, no podemos ocuparnos de todos. Las provisiones no llegan hasta aquí, nadie quiere trabajar en este lugar.

—¿Pero los ancianos?

—Están muertos.

—No. Yo los he visto. ¡Están vivos!

—Morirán pronto.

Nuestras miradas se cruzaron, enderezó la nuca, como si quisiera hacerse la dura.

No me moví.

—¡No!

Puso una mano en mi brazo.

—Siéntese.

Fue hasta la pila, quería llenar un vaso de agua, pero el grifo se negó a obedecer. La mujer se dio por vencida y fue hacia el pasillo.

—Espere aquí.

Al cabo de unos instantes volvió con un vaso de agua tibia.

Lo acepté. El vaso era algo que tener en la mano. Me agarré a él.

Ella se sentó junto a mí.

—¿Es familiar de alguno? —preguntó con voz indulgente.

—Sí. No. No lo sé. Quiero decir... no de ninguno de aquí.

Me miró asombrada.

—Estoy buscando a mi hijo —dije.

Ella asintió con la cabeza.

—Tiene razón. Él no está aquí. Los últimos pacientes se fueron esta mañana. Ahora solo quedan muebles y equipamiento.

—¿Y los ancianos?

Ella no contestó, se levantó de repente.

—¿Y los ancianos? —repetí.

—No podemos ayudarlos. —Su voz sonaba plana, y sin mirarme dijo—: Tengo que pedirle que se vaya.

La náusea me subió por dentro.

—¿Se van a quedar aquí sin más?

Miró hacia otro lado.

—Váyase ya.

—No.

Por fin levantó la cabeza y me miró. Sus ojos suplicaban.

—Váyase. Y olvide lo que ha visto.

Quise retener el carrito, retenerla a ella, pero ella lo agarró. Dio contra el marco de la puerta con un estallido, y tuvo que intentar pasarlo de nuevo, por fin lo logró. Las ruedas vibraban contra el suelo cuando desapareció por el pasillo. El sonido me hacía daño en los oídos.

De nuevo me encontraba en la calle, sin saber cómo había logrado llegar hasta allí. Yo los había abandonado, los había abandonado como los habían abandonado todos los demás, yo formaba parte de aquello. Así era nuestro mundo. Sacrificábamos a nuestros ancianos. ¿Fue eso lo que le ocurrió a mi madre? Se la llevaron. Todo sucedió muy deprisa. Desapareció. Y yo no

había hecho nada para ayudarla. Había dejado que ocurriera sin más.

Mamá.

Me incliné hacia delante, me puse de rodillas, el estómago se me encogió y se volvió del revés.

Vomitó hasta que no quedó nada. Luego permanecí de pie, inmóvil. Debería volver. Darles comida, agua. Sacarlos de allí. O buscar a alguien que pudiera ayudarlos. Debería actuar como un ser humano. Alguien debería hacerlo. Tal vez yo era ese alguien. Tal vez los dirigentes ni siquiera estuvieran al tanto de la decisión de abandonarlos allí a su suerte. Tal vez no lo supieran.

Pero yo no estaba allí por eso.

Wei-Wen.

Esa gente de ahí dentro no era mi responsabilidad. Era responsabilidad del hospital. Y de sus familiares. Alguien los había dejado allí. Esta vez no fui yo.

Mamá. Yo la había dejado sola. No dejaría solo a Wei-Wen. Y esa gente de allí dentro... No había nada que yo pudiera hacer. Tenía que centrarme en mi hijo.

Vomitó de nuevo, como si el cuerpo rechazara mis pensamientos, unos hilos de baba se me pegaron a los labios. Tenía un sabor agrio en la boca, el interior de la nariz y de la garganta me escocían. Lo tenía merecido.

Me quedé un rato allí sentada, mareada y débil. Luego conseguí levantarme despacio y eché a andar. No tenía ni idea de lo que iba a hacer, lo único que sabía era que tenía que alejarme todo lo que pudiera.

Tenía la boca seca, intenté respirar por la nariz, me ensalivé con la lengua. No sirvió de nada. Metí la mano en el bolso, donde tenía una botella de agua. La saqué, estaba medio llena, y la vacié a grandes sorbos.

Luego seguí andando. Perdí la noción del tiempo. Una parte del cielo estaba ya más clara. Me sentí atraída hacia allí. Quizá encontrara el sol, quizá consiguiera escapar de todo aquello tan gris. Pero el punto del cielo era cada vez más pequeño, el ligero velo que flotaba delante del sol volvió a espesarse.

Por fin, cuando ya era demasiado tarde, comprendí que me había perdido.

George

Las colmenas estaban de vuelta en el prado, en la arboleda, en las cunetas, donde al parecer Tom quería tenerlas. Aunque en el fondo él no quería saber nada de ellas ni aquí ni allí.

Era por la mañana y estaba en el prado que había junto al río Alabast. El sol quemaba en el sombrero blanco, el mono, el velo. No llevaba nada debajo. Gotas de sudor me corrían por la espalda, haciéndome cosquillas, hasta llegar al borde del calzoncillo. Florida debía de ser ya lo más parecido al infierno. Dios mío, qué contento me sentía por no haber elegido aquello.

El calor aquí en verano era más que suficiente. Habíamos tenido un tiempo estupendo las últimas semanas. Pocas lluvias. Las abejas entraban y salían, recolectando néctar desde que asomaba el sol por la mañana hasta que se ponía en el prado al llegar la noche, justo detrás de la granja de Gareth.

Era la mejor época de aquí. Pasaba ya mucho tiempo con las abejas. Sin prisas. A veces me quedaba observando cómo bailaban. Con movimientos hacia delante y hacia atrás, en los que yo no conseguía ver ningún sistema, pero que era, eso lo sabía, su manera de contarse las unas a las otras dónde se encontraba el mejor néctar. ¡Ahora aleteo un poco hacia la derecha, luego dos pasos a la izquierda, a continuación una vuelta, lo que significa que tenéis que volar por delante del gran roble, subir la pequeña cuesta, cruzar el arroyo, y allí, amigas, allí está la mejor zona de frambuesas silvestres que os podéis imaginar!

Así actuaban. Entrando y saliendo, bailando ante las demás, buscando, encontrando, trayendo. Y las colmenas estaban cada vez más llenas. A veces las sopesaba en las manos, viendo la miel que goteaba ya dentro de ellas. Dinero dorado, dinero chorreando. Dinero para la granja, dinero para pedir

préstamos.

Hacía tiempo que las colmenas habían sido ampliadas con alzas. Ahora se trataba de evitar la formación de enjambres, de evitar que la reina vieja se llevara parte de la colonia para ceder sitio a una nueva reina y sus descendientes.

El prado junto al río Alabast se encontraba lejos de la gente, pero más de una vez alguna mujer cabreada me había llamado para que quitara un enjambre de un frutal, con los niños asustados metidos en casa temblando, y la nariz pegada al cristal de la ventana, mientras yo agitaba y movía el enjambre para que se pasara a otra colmena. Esas cosas te daban mala reputación, así que me esforzaba mucho por evitarlas. Las abejas tenían una curiosa capacidad para encontrar árboles dentro de los jardines de la gente, no solo en plena naturaleza, cuando se tomaban una pausa mientras las abejas obreras buscaban un nuevo hogar.

Por eso yo andaba siempre con la cabeza metida en las colmenas, buscando celdas de enjambrazón. Si veía algún indicio, por mínimo que fuera, las aplastaba. Y si descubría larvas, había que actuar de inmediato y olvidarse de todo lo demás. Era necesario dividir la colonia.

En algunas colmenas las ganas de enjambrar eran fuertes. Yo no entendía nunca por qué. Lo importante era cambiar de reina, engendrar de una de las mejores. Resistir la tentación de continuar con crías de las abejas que enjambraban. Ese año ya había cambiado la mayor parte de las reinas, pero dejé vivir a algunas. Unas reinas fieles que seguían poniendo huevos durante tres años. Reinas modelo. En ellas solía engendrar.

Ahora estaba con una de esas colmenas. Una colmena rosa, una colonia cumplidora. Una de las que más néctar recogía. Eran abejas de las que me podía fiar, producían a manos llenas, la colmena se había ampliado ya este año con dos cajas. Dos pesadas cajas llenas de miel. Hacía una semana que no había ido, por estarme ocupando de otras colmenas en otros sitios.

No podía quitarme a Tom de la cabeza y no presté mucha atención a la bandeja de vuelo al quitar la tapa. No sabíamos nada de él. Nada sobre la beca, nada sobre sus planes para el futuro. O quizá llamaba a Emma cuando yo estaba fuera, y ella no me lo decía. Yo esperaba. Puede que él estuviera

valorando las posibilidades, la ausencia de noticias eran buenas noticias. Y él sabía dónde estaba yo, la granja no tenía alas ni había salido volando desde la última vez.

¿Había perdido a mi hijo?

Dejé el tejado en el suelo y por fin puse orden en mis pensamientos. Porque el sonido no era como de costumbre, como debía ser. Había demasiado silencio.

Quitó la capa aislante. ¿Las oiría ya?

Eché un vistazo a la bandeja de vuelo, a la abertura.

Ni una abeja.

Miré dentro de la caja de más arriba. Las provisiones estaban bien. Mucha miel.

¿Pero dónde estaban ellas?

Quizá en la siguiente caja. Sí. Allí estarían.

Moví la de más arriba. Mi espalda protestó. «Recuerda levantar el peso con las piernas». Intenté tomármelo con calma. La puse cuidadosamente en la hierba, me enderecé y miré dentro de la siguiente caja.

Nada.

La cámara de cría. Tendrían que estar en la cámara de cría.

Quitó rápidamente la rejilla de la reina. El sol estaba justo encima de mi cabeza, iluminando la caja debajo de mí.

Vacía. Estaba vacía.

Había muchas crías, pero eso era todo. Solo unas cuantas abejas recién eclosionadas gateaban por ahí sin que nadie se ocupara de ellas. Crías huérfanas.

En la de más abajo encontré a la reina, estaba marcada, como todas las reinas, con un barniz turquesa en el dorso. A su alrededor había varias abejas jóvenes, la descendencia. No bailaban, estaban apáticas. Solas. Abandonadas. Madre e hijos abandonados por las obreras. Abandonados por aquellas que deberían cuidarlos. Abandonados para morir.

Busqué con la mirada en el suelo que rodeaba la colmena. Pero allí tampoco había ninguna. Simplemente habían desaparecido.

Volví a colocar con cuidado en su sitio la rejilla de la reina y las cajas. Me

di cuenta de que no paraba de parpadear. Las manos me temblaban, de repente frías como en un gélido día de otoño.

Me volví hacia la siguiente colmena. La bandeja de vuelo, la entrada a la colmena, estaba orientada hacia el otro lado, de manera que no podía verla, pero tampoco necesitaba ver para saber lo que me esperaba. Había demasiado silencio.

Ni rastro de ácaros. Ni de enfermedad. Ningún cementerio, ninguna masacre, ningún cadáver.

Solo abandono.

Y la reina, casi sola allí abajo.

Sentí una opresión en el pecho, volví a colocar la tapa a toda prisa.

Abrí la siguiente.

La esperanza vibraba en mis manos cuando se apresuraban a quitar la tapa.

Pero nada. Lo mismo.

Abrí la siguiente.

Lo mismo.

La siguiente.

La siguiente.

Levanté la vista.

Las miré todas, esparcidas de cualquier manera. Mis colmenas. Mis abejas.

Veintiséis colmenas. Veintiséis colonias.

William

Mientras Edmund se curaba durmiendo, yo trabajaba en la colmena. El sol volvía a brillar. Allí fuera, en el jardín, me sentía animado. Claro, el chico no estaba enfermo, solo agotado. Seguro que Thilda tenía razón. Un día más o menos no importaba mucho, y cuando mi hijo viera lo que su padre había conseguido, se despertaría de verdad.

Las condiciones de observación eran inmejorables. Había colocado la colmena en alto con el fin de no tener que doblar casi la espalda para mirar. Las abejas se habían acostumbrado sorprendentemente pronto a la colmena. Ahora estaban metiendo polen y néctar, y criaban sin parar. Todo iba como debía. Pero me extrañaba una cosa: su constante necesidad de fijar los panales en algo. Yo había intentado distintas estrategias, pero si los panales se encontraban demasiado cerca de los laterales de la colmena, las abejas producían una mezcla de cera y propóleos, ese material viscoso que se hacía de resina, y si se encontraban demasiado lejos, construían colmenas salvajes, panales al través. Eso, el que siempre tuvieran que fijarse a algo, dificultaría con el tiempo la cosecha. Tendría que seguir trabajando en ello.

Él llegó mientras yo estaba allí. Le vi antes de que él me localizara a mí. Solo verlo me hizo temblar; el sombrero que cabeceaba dejando la cara en sombra, una camisa holgada sobre el cuerpo nervudo, el saco, ese viejo saco de lona que siempre llevaba al hombro, lleno de recipientes de cristal, pinzas, escalpelos y criaturas vivas.

Me incliné sobre la colmena. Esta podría ser la ocasión que estaba esperando, pero no debía mostrarle cuánto arriesgaba. Tenía las manos en movimiento, aunque no prestaba mucha atención a lo que estaba haciendo. De espaldas a la calle fingí estar completamente absorto, absorto en eso tan

grande que era solo mío, por primera vez solo mío.

Sus pasos se acercaban, cada vez sonaban más lentos. Al final se detuvieron.

Entonces carraspeó.

—Vaya, vaya.

Me volví. Puse cara de sorpresa.

—Rahm.

Esbozó una leve sonrisa.

—Así que es verdad lo que dicen.

—¿Sí?

—De nuevo en pie.

Me enderecé.

—No solo en pie. Me encuentro mejor que nunca. —Sonó algo infantil.

—Me alegro —dijo él, sin sonreír.

Tenía la esperanza de que me hiciera más preguntas, de que deseara saber por qué había usado unas palabras tan grandilocuentes, pero no dijo nada, se quedó medio vuelto hacia el otro lado, como si fuera a marcharse enseguida.

Me acerqué a la valla, quitándome el sombrero y el velo. Quería retenerlo, tenderle la mano a modo de saludo y sentir la suya en la mía. Al mismo tiempo me percaté de mi cara sudada, sin duda enrojecida y brillante. Me sequé discretamente la frente, pero él ya había reparado en ello.

—Hace calor ahí dentro —dijo.

Asentí con la cabeza.

—Pero es sensato cubrirse.

—Sí —contesté, sin entender del todo adónde quería ir a parar.

—Puede pasar algo verdaderamente grave si uno no se cubre.

Empleó ese tono tan conocido, tan doctoral, como si eso fuera una novedad para mí.

—Soy consciente de ello —me limité a contestar, deseando haber podido decir algo ingenioso y sabio que le hiciera esbozar una sonrisa, pero al parecer solo podía ofrecer banalidades.

—Esa es la razón por la que a mí nunca me han entusiasmado las abejas. No consigue uno el contacto directo —dijo.

—Bueno. Eso depende de la seguridad que uno vaya adquiriendo.

Me ignoró y prosiguió por donde había empezado.

—Bueno, si no eres un Wildman, claro. —Su leve sonrisa de siempre se dibujó en sus labios.

—¿Wildman?

Como tantas veces antes, mencionó un nombre para mí desconocido. Su sabiduría parecía inagotable.

—¿Así que usted no ha leído nada sobre Wildman?

—No... No sé... el nombre me suena...

—Un artista de circo, un charlatán. Y un tunante. Dejaba que las abejas se le subieran encima sin protección. Era famoso por su barba de abejas. —Rahm se tocó la cara con la mano a modo de ilustración—. Tenía abejas en las mejillas, la barbilla y el cuello. Actuó incluso ante el rey Jorge III. ¿Pudo ser en... 1772? —Me miró como si yo tuviera la respuesta—. Bueno, no importa. Le sentaba bien el apellido al tal Wildman. Lo suyo era como la ruleta rusa, colocarse encima las abejas de esa manera, fingiendo tener pleno control sobre ellas, como una especie de magia. Pero lo único que en realidad hacía era provocar una enjambrazón artificial. Las sobrealimentaba con sirope y sacaba a la reina. Y donde está la reina, allí están las abejas.

El tono doctoral de Rahm no mostraba en absoluto que supusiera que estos temas me eran conocidos.

—Por cierto, su padre hacía algo parecido. Thomas Wildman. Pero con el tiempo, él se convirtió en un respetado apicultor, entre otros, para muchos nobles. Era un hombre sensato. Sin embargo, su hijo dedicó el resto de su vida a esa locura. Me pregunto qué quería probar.

—Quién sabe —dije yo.

—Bueno. —Rahm saludó llevándose la mano al sombrero—. Usted no es en absoluto un Wildman, señor Savage. Pero de todos modos, tómesele con calma. —Espantó una abeja con la mano—. Pican. —Y echó a andar.

—Rahm.

Di un paso hacia él.

—¿Sí? —dijo volviéndose.

—Si tiene usted tiempo... hay algo que me gustaría enseñarle.

No dijo ni una palabra mientras le enseñaba la colmena. Tapado con el sombrero y el velo de Charlotte resultaba imposible verle los ojos. Yo hablaba cada vez más deprisa y con gran entusiasmo, porque estaba mostrando por primera vez algo propio. Y había mucho que decir, mucho que contar. Le enseñé lo sencillo que sería recoger la miel, la facilidad con la que se podrían sacar las bandejas y limpiar la colmena. Me explayé sobre el motivo inicial: que mi colmena estaba inspirada en la colmena de hoja de Huber, pero que este modelo era infinitamente más sencillo en su función, a la vez que ofrecía una temperatura mucho más adecuada para las abejas. También le enseñé en detalle la excelente visión de conjunto que se obtenía, y las posibilidades de seguir estudiando las abejas.

Al final, no había más que decir, y me di cuenta de que me había quedado sin aliento después de hablar sin interrupción.

Mientras el silencio iba creciendo entre nosotros, también mi miedo iba en aumento.

—Me alegraría conocer sus reflexiones —dije al final.

Rahm dio una vuelta alrededor de la colmena, estudiándola desde todos los ángulos. La abrió y la cerró.

Yo me puse las manos a la espalda. Los guantes estaban más húmedos que nunca.

Entonces dijo:

—Ha construido usted una colmena Dzierzon.

Lo miré fijamente, sin entender lo que quería decir. Repitió las palabras lentamente.

—Ha construido usted una COLMENA DZIERZON.

—¿Cómo?

—Johan Dzierzon. Párroco y apicultor. Polaco, pero en la actualidad residente en Alemania. Es su colmena la que ha construido usted.

—No. Esta es mía... quiero decir... ni siquiera he oído hablar de ese tal... Tzi...

—Dzierzon.

Rahm dio la espalda a la colmena. Se alejó unos pasos, y se quitó el

sombrero. Tenía la cara roja. ¿Estaba enojado?

—Hace más de diez años que leí por primera vez sobre esa colmena. Ha publicado una serie de artículos sobre el tema en *Bienenzeitung*. —Me escrutó con su mirada inexpresiva—. Ya sé que usted no lee esa revista, y los artículos no han sobrepasado los círculos científicos. Comprendo que no haya oído hablar de ellos. —El tono era indulgente—. Pero esta colmena que usted ha creado le proporciona, como usted indica, una buena visión de conjunto. Con ella le será fácil estudiar las abejas en vivo. Tal vez se podría, a pesar de todo, obtener alguna utilidad de su trabajo.

Sonrió y entendí que el color rojo de su cara no era por enfado, sino por diversión, una risa ahogada, esa risa ligera, breve, sin alegría, porque una vez más yo le había decepcionado, y él solo quería reírse.

Pero no se rio, se limitó a mirarme, al parecer, a la espera de una respuesta. No fui capaz de decir nada. No podía ser verdad. ¿Todo mi trabajo había sido en vano? Se me hizo un nudo en la garganta, la sangre me subió a la cara. Y como no fui capaz de decir nada, él prosiguió:

—Le recomiendo que indague algo más dentro de este campo antes de ponerse con su siguiente proyecto. Se han hecho grandes avances en esta materia durante los últimos años. Dzierzon, por ejemplo, dice que tanto las reinas como las abejas obreras son producto de fertilización, mientras que los zánganos, por su parte, se desarrollan a partir de huevos no fertilizados. Es una teoría controvertida, pero muy actual y comentada. Al parecer, también ha inspirado a un joven monje llamado Gregor Mendel a iniciar un trabajo de investigación sobre la genética, algo nunca visto hasta ahora. Hay mucho que estudiar en este campo, como puede ver.

Me ofreció el sombrero.

—En todo caso, ha sido un placer verlo de nuevo en pie. Y gracias por mostrarme su pequeño pasatiempo.

Me quedé inmóvil sujetando el sombrero, razón por la que resultaba poco natural estrecharle la mano. Tampoco fui capaz de decir nada, temiendo que un adiós fuera acompañado de un sollozo.

Rahm se colocó su sombrero con un gesto experto, saludó con un movimiento de la cabeza, se dio la vuelta y se fue. Y allí me quedé yo, un

niño con su pequeño pasatiempo.

George

Crucé a toda prisa el prado, en dirección al río. Pasé por delante del roble. Se me hizo un nudo en el estómago. Tendrían que estar en alguna parte.

Saqué el móvil para ver si había alguna llamada perdida, por si acaso alguien tenía un enjambre en el jardín. Pero no, lo habría oído.

Porque no se trataba de un enjambre. Claro que no. Yo lo sabía. Ninguna colmena tenía esa pinta después de un enjambre. Ningún enjambre abandonaba a la vieja reina.

Rastreé el paraje, hacia delante y hacia atrás.

Nada.

Volví a coger el móvil. Tendría que poner orden en ese asunto, recuperar el control, necesitaba ayuda.

Marqué el número de Rick. Contestó enseguida, se oía ruido de fondo, estaba en el pub.

—¡Rick a tu disposición! —dijo riéndose.

No conseguí contestar, las palabras se me quedaron atascadas en el pecho.

—¿Hola? ¿George?

—Sí. Hola. Perdona.

—¿Pasa algo? Espera un momento.

El ruido de fondo desapareció. Debía de haber salido del local.

—Hola. Sí. Ahora te escucho.

—Eh, Rick... me preguntaba si podrías venir. Al prado, junto al río.

La risa se borró de su voz, por la mía debía de haber adivinado que se trataba de algo serio.

—¿Qué quieres decir? ¿Ahora?

—Sí. Sí.

—George, ¿qué pasa?

La voz se me quebró.

—Hay... hay mucho, muchísimo que recoger.

Emma lloraba. Estaba en medio del prado, debajo de un árbol, llorando. Las hojas dibujaban sombras en su cara, moviéndose por sus relucientes mejillas. Tal vez intentara esconderse debajo del árbol, ocultar que se daba por vencida. Pero yo la encontré, la abracé y la mantuve agarrada, como hacía siempre cuando le sobrevenían las lágrimas. Hizo efecto, se tranquilizó. Y creo que yo también me tranquilicé.

Estábamos rodeados de un revoltijo de colmenas, los colores de golosinas resultaban chillones a la luz del sol. Eran pequeñas casas arrasadas por un gigante. Y el gigante era yo. No había tenido fuerzas para recoger. Había pasado como un lunático por el prado, revisando una tras otra, con la sangre hirviendo en el cuerpo y la respiración chirriándome en los oídos.

No las había perdido todas. Alguna que otra seguía intacta, en ellas las abejas zumbaban y trabajaban, como si nada hubiese pasado, pero las colmenas sanas eran demasiado pocas. No era capaz de contarlas. Solo de seguir revisando.

Habían llegado Rick y Jimmy, los dos. Estaban trabajando un poco más allá de donde Emma y yo nos encontrábamos. Rick se movía despacio, por una vez en su vida estaba callado, su cuerpo se tambaleaba ligeramente, daba la sensación de no saber por dónde empezar. Jimmy ya se había puesto manos a la obra. Movía las colmenas vacías y las colocaba en orden.

—Esto no puede estar pasando —sollozaba Emma, con la cara oculta en mi jersey.

Yo no tenía ninguna respuesta.

—Algo tiene que haberse hecho mal.

La solté.

—¿Crees que se debe a cómo se lleva la granja?

—No, qué va. —Dejó de llorar—. Y... ¿qué hay del pienso?

Se enderezó, tenía la cara cubierta de sombras, nuestras miradas no se cruzaron.

—Eso está bien, por Dios, mira el calendario. ¡Sabes perfectamente que en esta época no les falta pienso!

—Vale. Vale.

Se estaba secando las lágrimas. Yo no sabía qué hacer con las manos.

Ella miró a través de la sombra del árbol hacia el prado y la luz.

—Hace mucho calor. Muchas colmenas están al sol todo el día.

—Eso ocurre cada verano desde hace generaciones.

—Sí. Perdóname..., pero no puedo creer que simplemente desaparezcan así, sin ninguna causa.

Se me tensaron las mandíbulas. Di la espalda a Emma.

—Vale. No lo puedes creer. Pero eso no tiene ninguna importancia ahora, ¿verdad?

Una solitaria abeja nos pasó zumbando.

—Perdóname —dijo en voz baja—. Ven aquí.

Volvió a levantar los brazos, suave y segura. La dejé que me abrazara. Escondí la cara en su jersey. Me hubiese gustado poder llorar como ella, pero tenía los ojos secos como la yesca. Me faltaba el aire. Todo se estrechó, su jersey me ahogaba, esa piel cálida a través de la tela.

Me alejé. Empecé a amontonar algunas bandejas, pero no sabía dónde dejarlas, de manera que acabé apilándolas en el suelo. Una recogida sin ton ni son.

Ella vino hacia mí, con los brazos extendidos.

—Oye...

Me habían fallado, como su madre a Cupido. Pero yo no tenía ninguna madre con quien llorar. Tampoco ninguna madre a la que reprochar nada, porque no sabía quién me había traicionado...

Y tampoco podía llorar como un niño al que le había picado un insecto.

Rechacé los brazos abiertos de Emma con un gesto de la cabeza.

—Tengo que trabajar.

Cogí unas bandejas más y las coloqué encima de las otras, construyendo una torre coja.

—Vale. —Dejó caer los brazos a los costados.

—Os prepararé algo de comer.

Dio la vuelta y se marchó.

El sol del atardecer era un agujero color fuego en el cielo. Rayos duros y sombras largas.

El cuerpo me dolía, pero seguí. Tenía colmenas en siete lugares diferentes, y en todas partes me encontré con la misma visión.

Habíamos llegado ya al último enclave, el bosque detrás de la granja de McKenzie. Un pequeño boscaje en medio de los campos labrados. Las colmenas estaban en penumbra. Solían zumbear compitiendo con los pajarillos en los árboles y las moscas que se movían en todas las direcciones. Pero ahora todo estaba en silencio.

De repente apareció Jimmy con las tres sillas de *camping*.

—Ahora vamos a sentarnos un rato —dijo.

Encontró un lugar a cierta distancia de las colmenas. Rick y yo lo seguimos. Rick no había dicho una sola palabra en toda la tarde, me sorprendí echando de menos una de sus historias. Cada vez que lo miraba, él se daba la vuelta, queriendo ocultar tal vez sus ojos humedecidos.

Jimmy sacó un termo y un paquete de galletas. ¿Se lo había traído él? ¿O se lo había dado Emma? No lo sabía. Quitó el plástico a las galletas y las colocó entre nosotros, luego sirvió café. Cogimos cada uno nuestra taza. Ningún brindis esta vez.

La silla chirrió. Intenté quedarme quieto, no moverme, el sonido no era muy acertado. Perteneecía a otros tiempos. Jimmy sorbió el café ruidosamente. Tampoco ese sonido encajaba. Un sonido cotidiano. La taza reposaba segura en su mano, de repente me entraron ganas de cogerle esa mano tan firme y echarle el café en la cara, para que todo quedara en silencio. Pero qué estaba pensando... Pobre Jimmy. Él no tenía la culpa.

Nosotros tres podíamos hablar de muchas cosas. Apicultura, agricultura, herramientas, carpintería. Del pueblo, cotilleos, gente. Y de Gareth, de él podíamos charlar largo y tendido. También de mujeres, al menos Rick y yo. Las palabras solían fluir con libertad entre nosotros. Siempre encontrábamos algo de que hablar y de que reír. Jimmy y yo empezábamos, nuestras conversaciones eran como un juego de ping pong, mientras que Rick hacía

los monólogos más largos.

Pero ese día nos faltaban las palabras. Cada vez que intentaba decir algo, me frenaba a mí mismo. Y creo que a los otros dos les pasaba otro tanto. Porque Jimmy carraspeaba sin parar, y Rick miraba a uno y a otro, tomando aliento de vez en cuando, pero sin que le saliera ninguna palabra.

Tomamos café y galletas. Intentábamos no movernos, para que el crujido de las sillas no nos recordara que había demasiado silencio. El café estaba tibio, no sabía a nada. Las galletas consolaban un poco, en ese momento entendí que ese agujero en el estómago era hambre.

Así nos quedamos mientras la oscuridad descendía por encima de nosotros, en torno a nosotros.

Hasta nuestros huesos.

Tao

No encontré ninguna placa con los nombres de las calles, el mapa no tenía para mí ningún sentido. Pero la certeza de que me hallaba en un lugar en el que no debía estar iba creciendo dentro de mí. Era una de las zonas que la recepcionista había señalado, donde las autoridades ya no tenían el control. Solo quedaban allí los que se negaban a trasladarse. Los que luego eran abandonados. Los que se escondían.

Doblé una esquina. Delante de mí había otra calle desierta. Oscurecía deprisa, las sombras eran cada vez más largas y el silencio demasiado grande. Capté un movimiento con el rabillo del ojo. Di la vuelta repentinamente. Un portón se abría hacia un patio. ¿Había alguien allí dentro?

Seguí andando y pasé por delante del portón. Hasta ese momento no había pensado en tener miedo, solo en alejarme de aquel barrio. Pero de repente noté cómo se me tensaban todos los músculos del cuerpo. ¿Debería dar la vuelta?

Seguí andando. Un poco más despacio ya. Quizá solo fueran imaginaciones mías. O tal vez se tratara de un animal. Un gato, una rata. Algo o alguien que en vano intentaba continuar su vida en ese lugar abandonado, donde ya no había comida para seres humanos vivos, apenas mala hierba, solo unas pobres plantitas que se abrían paso a la fuerza a través de rendijas en el asfalto.

Levanté la cabeza. Al final de la calle vislumbré algo azul y blanco. Aceleré el paso. Era cada vez más nítido, el signo blanco con el fondo azul. Parpadeaba, la corriente eléctrica no debía de ser estable. Pero no había duda: al final de la calle estaba el metro.

Empecé a correr. A lo mejor la estación de metro no estaba en funcionamiento, pero al menos habría un mapa. Y tal vez pudiera seguir la

línea desde allí hasta zonas habitadas. Allí, en la periferia, la estación de metro seguía al descubierto, no dentro de un túnel, como en el centro.

Pero no corrí lo bastante deprisa. Porque alguien salió del patio que quedó atrás. Alcancé a ver un cuerpo alto y desgarbado viniendo hacia mí. Una breve señal de silbato cortó el aire. De repente me percaté de otras dos personas que aparecieron detrás de mí, una a cada lado, sin que tuviera idea de dónde estaban escondidos.

Se encontraban a unos 20 metros de donde yo estaba, pero eran rápidos. Vinieron corriendo hacia mí, acercándose muy deprisa. Una chica alta y flaca y dos chicos. No eran niños y tampoco adultos. Con piel lisa y ojos de anciano. Los tres estaban escuálidos, al borde de la extinción. Pero parecía que el haberme visto les daba mucha más fuerza de lo que el peso corporal podía indicar.

No esperé, sabía lo que querían. Sus miradas me decían que estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de alejarse del hambre.

Fue como si llevaran encima toda la desesperación de esos viejos del hospital, pero les quedara energía y fuerza física para actuar movidos por la suya.

Eché a correr de nuevo. Pero esta vez de otro modo. Cuando dejé atrás a los viejos, huía de mi propio asco, esta vez corría por mi vida.

Estaban cada vez más cerca. No me atrevía a mirar hacia atrás, pero los oía. Los pasos sobre el asfalto. Los seis pies pisando el suelo a un ritmo desigual. El sonido iba en aumento.

Delante de mí el letrero azul era cada vez más grande. Si llegara hasta allí, si consiguiera entrar en la estación, si llegara un tren...

Pero sabía que me estaba engañando a mí misma. No llegaría ningún tren, no hasta ese lugar. Allí solo estábamos yo y ellos. Tres jóvenes hambrientos y desesperados, sin ninguna esperanza de vida. Y sin embargo movidos por el inherente instinto de conservación del ser humano. También ellos eran nuestro mundo.

Ya se encontraban a solo unos metros. Oía su respiración. Pronto se lanzarían sobre mí. Me cogerían por la espalda, me tirarían al suelo.

No tenía elección.

De repente me volví sin pronunciar palabra y levanté las manos por encima de la cabeza en señal de rendición. Se detuvieron los tres. Un halo de sorpresa se dibujó en sus caras, sustituyendo por un momento al furor. Clavé la mirada en la chica. ¿Por qué ella? Quizá porque era mujer, como yo. Quizá fuera la más fácil de convencer. Intenté hacer que mi mirada expresara todos mis pensamientos sobre la compasión y la solidaridad. La miré fijamente, obligando a sus ojos a fijarse en los míos. Si hubiera sido un poco más tarde, tal vez ella jamás me habría mirado a los ojos. Pero dos rápidos parpadeos me indicaron que la había pillado desprevenida. Porque se detuvo, me miró a mí y luego a los otros dos. Nos quedamos mirándonos los cuatro. Ya me atrevía a desplazar la mirada. De uno a otro, dejando que mis ojos se posaran un rato en cada uno de ellos, quería que me vieran, que me vieran de verdad, que tuvieran tiempo de pensar. Convertirme en algo distinto a una espalda huyendo, una presa. Convertirme en un ser humano.

—¿Estáis solos aquí? —pregunté en voz baja.

Ninguno de ellos contestó.

Di un paso hacia delante.

—¿Necesitáis ayuda?

A la chica se le escapó un pequeño sonido, un gemido, un «sí». Echó una rápida mirada a uno de los chicos, el más alto. Quizá era el jefe.

Me arriesgué y me dirigí a él.

—Puedo ayudaros. Podemos salir juntos de aquí.

Una sonrisa burlona, torcida, se esbozó un instante en su boca.

—Estás asustada. —Su voz era alta, más clara de lo que me imaginaba.

Hice un lento movimiento afirmativo, y seguí mirándolo a los ojos.

—Tienes razón. Estoy asustada.

—En esos casos uno dice cualquier cosa —dijo.

En lugar de contestar, le pregunté:

—¿Funciona el metro?

—¿Tú qué crees?

—¿Habéis intentado ir a otro barrio?

El chico se rio. Una risa aguda.

—Hemos probado casi todo.

Di un paso hacia él.

—Donde yo vivo hay comida. Os puedo comprar algo.

—¿Qué clase de comida?

—¿Qué clase? —La pregunta me hizo vacilar—. Cosas normales. Arroz.

—Cosas normales —me imitó—. ¿Quieres que abandonemos nuestros hogares por una ración de arroz?

Miré hacia la calle detrás de él. Desierta. Polvorienta. Nada parecido a un hogar.

El chico hizo una seña a los otros dos. Dieron un paso hacia mí. ¿Se estaban preparando para asaltarme?

—No. Esperad. —Llevé la mano al bolso—. ¡Tengo dinero!

Me puse a rebuscar dentro. Los dedos tocaron papel crujiente.

—Y comida. Galletas.

Saqué un paquete y se las enseñé.

La chica se acercó al instante y me lo arrancó de la mano, lista para quitarle el envoltorio. Yo me alejé rápidamente unos pasos.

—¡Oye! —El chico alto dio un salto hacia ella. La chica cerró el puño, oí cómo la galleta se hacía migas dentro del paquete.

La joven estaba a punto de echar a correr, pero el chico se abalanzó sobre ella. Le abrió la mano a la fuerza y le arrancó el paquete de galletas. Ella no dijo nada, pero tenía lágrimas en los ojos.

El chico se quedó parado con el paquete en la mano. El logo era sencillo, en blanco y negro, y se había quedado borroso, quizá por el sudor de las manos de la chica.

—Tenemos que compartir —dijo el chico mirando a la chica—. Tenemos que compartir.

Los tres se miraron.

¿Debía salir corriendo? No. Tendría que darles todo lo que tenía. Ser generosa. No huir. Si lo intentara, se lanzarían sobre mí. No tenía elección.

Volví a meter la mano en el bolso. Tragué saliva, vacilé, pero tenía que hacerlo.

—Mirad. Dinero.

No me atreví a acercarme más, y dejé unos billetes desgastados en el suelo,

los últimos. Ya solo quedaban moneditas en la lata de la habitación del hotel.

El chico miró fijamente los billetes.

Di un paso hacia atrás. El llanto amenazaba con brotar.

—Ya os he dado todo lo que tengo.

Él siguió mirando el dinero.

—Y ahora me voy.

Di otro paso. Y entonces me volví.

Me alejé tranquilamente, en dirección al metro.

Un paso.

Dos. Tres.

Mis piernas querían correr, pero me obligué a andar despacio. Seguir siendo un ser humano para ellos, no poner en marcha de nuevo la caza, no convertirme en presa. Llevar la cabeza alta, no mirar hacia atrás.

Oí algo de movimiento a mis espaldas. La tela de una chaqueta, un pequeño carraspeo. Cada sonido, por mínimo que fuera, destacaba en el silencio. Pero no sonaron pies en el asfalto.

Siete. Ocho. Nueve. Diez.

Aún reinaba el silencio.

Once. Doce. Trece.

Me atreví a andar más deprisa, acercándome cada vez más a la estación, que estaba cerrada con una cadena y un candado. Entonces por fin me volví.

Ellos seguían allí. En el mismo sitio, mirándome. Los tres igual de inexpresivos. Ningún indicio de movimiento.

Me alejé, sin perderlos de vista un instante.

Había doblado la esquina de la casa. Ya no podía oírlos. Delante de mí había otra calle desierta. Tenía la vía del metro a la derecha y una fila muerta de casas a la izquierda. Ningún ser humano.

Entonces eché a correr.

William

El paquete postal llegó diez días después. Las obras completas de Dzierzon. Cogí el paquete, me lo subí y cerré la puerta de la habitación del primer piso, que ya era para mí solo. Thilda ya no dormía nunca allí, ni siquiera ahora que estaba recuperado. Quizá deseaba que le pidiera que volviera al lecho nupcial, quizá no iría hasta que yo se lo suplicara, lo cual no sucedería nunca.

La cama se abrió ante mí, grande, blanda y protectora. Qué fácil sería meterme dentro, dejar que las mantas me rodearan, dejar que todo se volviera oscuro y cálido.

No.

Preferí sentarme junto a la ventana, con el paquete sobre las rodillas. Abajo, en el jardín, vislumbré la espalda vestida de blanco de Charlotte, inclinada sobre la colmena. Se pasaba horas allí, primero se bajó una silla y una mesa, luego hojas y tintero, la veía constantemente observando y anotando en un pequeño cuaderno de cuero, con gran entusiasmo y ligereza de movimientos. Ella era como yo, trabajaba como yo antes, aunque me parecía que había pasado mucho tiempo desde entonces. Yo no me había acercado a la colmena desde mi conversación con Rahm. Le había dado la espalda, habría querido romperla en pedazos, saltar sobre ella, ver cómo los trozos de madera volaban por todas partes, aplastarla y destruirla. Pero me resistí a hacerlo, las abejas me lo impidieron; la idea de que miles de abejas desesperadas y desahuciadas se levantarían a atacarme.

Quitó la cuerda, rompí los sellos, doblé el papel y lo aparté. Con un diccionario de alemán al lado, empecé a leer. Hasta el último momento tuve la esperanza de que las afirmaciones de Rahm estuvieran equivocadas, de que hubiese malinterpretado algo, de que Dzierzon no hubiera creado una

colmena tan avanzada. Pero a pesar de mi deficiente alemán y de que solo entendiera una parte de los textos, algo era obvio: su colmena era muy parecida a la mía, ciertamente las puertas estaban colocadas de un modo diferente y los tejados eran menos inclinados, pero el principio era el mismo y la aplicación también. Él había realizado una serie de estudios de observación en profundidad de las abejas en sus colmenas, de eso trataba gran parte de su investigación. El fundamento científico era más que sólido y denotaba una paciencia infinita, todo estaba escrupulosamente documentado, y la argumentación presentada de una forma modélica. El trabajo de Dzierzon era de dimensiones mundiales.

Dejé los libros y volví a centrar la atención en la ventana. Charlotte estaba colocando la tapa a la colmena, se alejó unos metros y se quitó el sombrero. Sonrió para sí antes de dirigirse hacia la casa.

Abrí la puerta. Oí sus pasos abajo. Fui hasta el descansillo. Desde allí podría observarla. Se dirigió a la entrada. Se sentó junto a la consola, sacó su cuaderno y lo dejó abierto delante de ella. Reflexionó, su mirada se quedó un instante en el aire, antes de inclinarse y empezar a escribir. Bajé la escalera, Charlotte levantó la cabeza y sonrió al verme.

—Padre. Qué bien que haya venido —dijo—. Mire, tiene que ver esto.

Levantó el cuaderno y me lo enseñó.

Pero yo no lo miré, me acerqué al perchero de pie, cogí el sombrero y la chaqueta y me los puse a toda prisa.

—¿Padre?

Me miró con una cara radiante, yo aparté la vista.

—Ahora no —dije.

Ese entusiasmo tan apasionado en sus ojos... no soportaba estar en la misma habitación que ella. Me dirigí a pasos rápidos hacia la puerta.

—No tardaré nada. Tiene que ver lo que he pensado.

—Más tarde.

Ella no dijo nada más, pero seguía exhibiendo esa mirada tan decidida e insistente, como si no aceptara el rechazo.

Yo no tenía ni fuerzas para ser curioso. Ella no habría encontrado ni pensado algo que no se hubiera pensado ya, y yo no era capaz de explicarle

eso, de decepcionarla, de decirle que todo el tiempo que había pasado junto a la colmena acabaría solo en trivialidades, que todos sus pensamientos ya se habían pensado mil veces antes. Abrí lentamente la puerta, notando que mi cuerpo había adquirido de nuevo esa indolencia de antaño, y dejé escapar un profundo suspiro, preparándome para muchos como ese en el futuro. En la mano apretaba la llave de la tienda, de mi sencilla y pueblerina tienda de semillas. Ese era mi sitio.

La empanada Swammer dejaba una lámina de grasa en la garganta, pero a pesar de eso, era incapaz de dejar de comerla. Ya me había comido dos en el transcurso de la mañana. Su olor salía flotando de la panadería y estaba imperiosamente presente también en mi tienda, penetraba por todas las rendijas, incluso cuando cerraba la puerta, recordándome sin parar lo fácil que era comprar una o varias. El panadero incluso me hacía descuento, opinaba que estaba demasiado delgado, pero eso no duraría mucho. Tenía la sensación de que el cuerpo ya había empezado a hincharse, como si estuviera a punto de reencontrar su vieja forma fofa.

Ningún viento nuevo pasaba ya por el pueblo atrayendo clientes a la tienda, la novedad había dejado de serlo y había transcurrido ya la mitad de la jornada sin que nadie hubiese entrado. Los grandes encargos de simientes se habían despachado hacía tiempo, lo que ahora más se vendía eran especias y semillas para plantas de crecimiento rápido, como lechugas y rábanos.

Me comí unos trozos de empanada más, aunque estaba demasiado salada. Bebí agua tibia de un cazo para compensar, pero sirvió de poco.

Luego abrí la puerta y me asomé. El coche de la tarde que venía de la capital pasó por la calle. La diligencia se detuvo y se bajó mucha gente, pero nadie vino hacia mí.

Saludé con un gesto al guarnicionero, que estaba fuera, al sol, untando de grasa una silla de montar; sonreí cortésmente al aperador, que sacaba rodando una nueva rueda de su taller; y saludé brevemente a mi antigua empleada, Alberta, que estaba metiendo en la tienda dos grandes rollos de tela, todos aplicados como hormigas, saturados de trabajo. Al parecer, incluso Alberta era capaz de ser útil, con caderas rodando y piernas rápidas, saludando a

diestro y siniestro, mientras subía la escalera con gran ligereza.

—Señor Savage —me sonrió.

Luego vaciló un instante, sin duda se acordó de algo.

—¡Tengo algo que debería usted probar! Espere un momento.

Desapareció a toda prisa en el interior de la tienda con los rollos de tela. Al poco rato volvió a salir con un fardo en una mano.

Se colocó frente a mí. Noté su olor. Me resultó desagradable.

—¿De qué se trata? Estoy muy ocupado.

—Me han dicho que se está dedicando a las abejas —dijo, sonriendo con dientes torcidos detrás de unos labios demasiado húmedos.

De repente me acordé de los monstruos marinos de Swammerdam, pero me apresuré a alejar ese pensamiento.

—Mi padre también se dedica a las abejas. Tiene cinco colmenas. Mire —añadió, mostrándome el fardo—. Para que la pruebe. Es la mejor de todas.

Sin esperar una invitación, entró en la tienda. Dejó el fardo en el mostrador y lo abrió. Contenía un pan y una pequeña jarra de miel. La levantó, la miró y chasqueó ruidosamente los labios.

—Venga. —Me hizo una seña con la mano para que me acercara.

Tenía la piel áspera y sucia, dos granos estaban abriéndose camino en la barbilla. ¿Qué edad tendría ya? Más de veinte seguro. Tanto sus manos como su cara revelaban que había pasado demasiadas horas trabajando al sol.

Me dio el trozo de pan. La miel, no brillante, sino más bien turbia, se extendió por la rebanada y se infiltró en el pan.

—¡Pruébela!

Ella dio un buen mordisco.

El olor a miel, a ella, y a una empanada Swammer a medio comer sobre el mostrador; todo se revolvió dentro de mí. Y sin embargo, llevado por la educación, por una estúpida cortesía, di un mordisco.

—Muy buena.

Masticaba, intentando no pensar en las crías y las larvas que estaban dentro de esa miel, extraída de la colmena de paja.

Mientras comía, ella me escrutaba con la mirada. Al final se chupó la miel de los dedos, exagerando, engreída hasta lo ridículo.

—Muy rica. Y ahora habrá que volver al trabajo.

Por fin se marchó, aunque de qué manera... Sus caderas salieron bamboleándose por la puerta, no podía dejar de mirarlas, me quedé inmóvil en medio de la tienda.

Por fin había desaparecido. Di dos pasos alrededor de mí mismo, respirando deprisa. En el mostrador quedaba una gota de miel. La limpié rápidamente, la aparté como la había apartado a ella, esos labios húmedos, los granos, ese bamboleo casi obsceno a cada pequeño movimiento que hacía. Caderas contra las que podría embestir, como si ella fuera tierra. Pero me controlé. Aunque exigió todos mis esfuerzos.

La única silla del local me atrajo. Me acerqué tambaleándome y coloqué mi prominente trasero en el asiento. Crucé las manos sobre el estómago, como para mantenerme sujeto.

Así me quedé, tomando aire. Pasaron varios minutos, el calor de mi cuerpo se enfrió, la náusea disminuyó. Pues sí, conseguí controlarme.

Hacía calor, un rayo de sol reveló motas de polvo bailando en el aire delante de mí. Se movían tranquilas, ingravidas. Redondeé los labios para soplarlas, se asustaron, pero volvieron a estabilizarse sorprendentemente pronto.

Soplé de nuevo, esta vez con más fuerza. También ahora se apartaron, antes de volver a encontrar su anterior existencia amorfa, tan ligeras que nadie podía capturarlas.

Intenté enfocarlas una por una. Pero me escocían los ojos. Había demasiadas.

Luego desplacé la atención al conjunto. Pero no había ningún conjunto, solo cantidades interminables de incontrolables motas de polvo.

No sirvió de nada. Ni siquiera eso. Me ganaron. Ni siquiera eso podía controlar.

Y así me quedé, totalmente derrotado. Una vez más un niño impotente.

Yo tenía diez años. Los rayos del sol brillaban a través de las hojas del bosque, dejando encima de todo un resplandor dorado, todo estaba amarillo. Yo estaba sentado en el suelo. Notaba la tierra debajo de mí caliente y

húmeda a través del pantalón. Inmóvil, intensamente concentrado, sentado ante el hormiguero: un dichoso caos a primera vista. Resultaba incomprensible que esas pequeñas e insignificantes criaturas pudieran haber construido un hormiguero que prácticamente era más alto que yo. Pero con el tiempo iba entendiendo cada vez más. Porque no me cansaba nunca, podía estar sentado durante horas mirándolas. Se movían siguiendo un claro sistema. Cargaban, dejaban y recogían más. Era un trabajo claro y pacífico, sistemático, instintivo, heredado. Y un trabajo que no trataba de cada una, sino del conjunto. Cada una no era nada, pero juntas formaban el hormiguero, como si este fuera una criatura viva.

Cuando lo entendí, se despertó algo en mí, un calor distinto hacia todo, un ardor. Cada día intentaba convencer a mi padre para que me acompañara al bosque amarillo. Me habría gustado mucho enseñarle lo que esas pequeñas criaturas habían conseguido juntas. Pero él solo se reía. «¿Un hormiguero? Déjalo en paz. Haz algo útil, déjanos ver de qué pasta estás hecho».

Ese día había ocurrido lo mismo. Se había burlado de mí, y de nuevo me encontraba allí solo.

De repente descubrí algo, una fractura en el sistema. Un escarabajo se había subido al lado este del hormiguero, allí donde brillaba el sol. Sus proporciones eran ciclópeas comparadas con las de las hormigas. El sol se filtraba por entre los árboles y un rayo alcanzó el dorso del animal. Estaba inmóvil. Se abrió un hueco a su alrededor, nadie pasaba por delante, las hormigas lo dejaron en paz, continuaron con su metódico trabajo. No ocurrió nada más.

Pero entonces me percaté de una hormiga que iba hacia el escarabajo, saliéndose del sistema acostumbrado, ya no formaba parte del conjunto.

Llevaba algo consigo.

Entorné los ojos. ¿Qué pasaba? ¿Qué llevaba la hormiga?

Larvas. Larvas de hormiga.

Llegaron más, varias rompieron el sistema, y todas llevaban lo mismo. Todas llevaban a sus hijos.

Me agaché para ver mejor. Las hormigas dejaban caer las larvas delante del escarabajo. Él se quedó inmóvil unos instantes, se frotó las patas delanteras.

Luego empezó a comer.

Las mandíbulas del escarabajo trabajaban intensamente. Me incliné hasta casi tocarlo. Las larvas desaparecían dentro de su boca, una tras otra. Las hormigas estaban en fila, listas para ofrecer sus crías al escarabajo. Me hubiera gustado no ver más, pero era incapaz de apartar la mirada.

Otra larva que se metía dentro de la boca. Y las hormigas esperaban, habían roto con su esquema, se habían liberado del conjunto con el fin de cometer esa acción tan grotesca.

Reptaron sobre mí, dentro de mí. Me ardían las mejillas, el sonrojo me cubría del todo, la sangre me llegaba a todos los rincones del cuerpo. No quería mirar, me estaba poniendo malo, pero era incapaz de no hacerlo. Para mi sorpresa, noté que algo golpeaba detrás de la bragueta. Una sensación que hasta entonces solo había intuido, pero que ahora de repente me llenó por completo. Apreté los muslos, apreté aquello que había crecido y se había endurecido. Una nueva larva era aplastada en la boca del escarabajo. Los separados ojos brillaban, las antenas se movían. Me tumbé en el suelo, embestí contra la tierra, pensé que el pantalón se ensuciaría y se estropearía, pero no podía parar. Al mismo tiempo ondulaba dentro de mí la náusea, porque las larvas eran asesinadas, desaparecían en las entrañas del escarabajo. Era diferente a todo lo que había visto hasta entonces. Y me subía por dentro.

Mientras estaba así, embistiendo con fuerza contra el suelo, oí pasos, los pasos de mi padre. Había venido a pesar de todo, se detuvo y observó, pero no vio nada de lo que yo quería enseñarle. Solo me vio a mí, al niño que yo era, y mi vergüenza tan infinitamente grande.

Ese momento. Yo en el suelo. Primero el asombro de mi padre, luego su risa, breve y fría, sin alegría, pero llena de repugnancia, de desdén.

«Mírate. Eres un miserable. Vergonzoso. Primitivo».

Fue lo peor, incluso peor que el cinturón que tuve que sufrir al caer la tarde y el terrible dolor en la columna vertebral durante toda la noche. Yo solo quería enseñarle, explicarle y compartir mi entusiasmo, pero todo lo que él vio fue la vergüenza.

George

Cogí el coche y me fui al centro de Autumn. Bueno, centro... es un decir, en realidad Autumn no era mucho más que un cruce de carreteras. Una nacional hacia el norte que se cruzaba con otra hacia el sur, donde había unas cuantas casas. Me quedaba poca gasolina, pero no reposté. Nunca más de medio depósito lleno, era un nuevo sistema que me había inventado. Y ese medio depósito lo apuraba hasta que se vaciaba del todo. Como si costara menos dinero llenar hasta la mitad un depósito vacío que llenar del todo uno medio lleno.

Las desapariciones ya tenían un nombre. Colony Collapse Disorder. Estaba en boca de todo el mundo. Lo saboreé. Esas palabras me daban vueltas en la cabeza. Había ritmo en ellas, y las misma letras en las tres, ces y oes, eles y eses. Una pequeña rima Colony Collapse Disorder. Dilony Collapse Collorder, Cillono Dollips Cylarder, y además tenía algo de medicina, como si fuera cosa de una sala con batas blancas y aparatos de monitorización, y no de mi prado, entre las abejas. En todo caso yo no utilizaba nunca esas palabras. No eran mías. Yo prefería decir «las desapariciones», o «los problemas», o, cuando me sentía rebelde, lo que ocurría bastante a menudo, «el jodido lío».

Encontré un estrecho hueco justo delante del banco, entre un *pickup* verde y una furgoneta negra. Miré a mi alrededor, ningún otro sitio para aparcar en toda la calle. Pegué el coche al *pickup* verde e intenté entrar marcha atrás. Nunca me ha gustado aparcar en huecos tan pequeños. La verdad es que no se me da muy bien, por eso los evito cuando puedo. No creo que Emma sepa lo mal que se me da. Pero tenía que ir al banco. Justo ese día. Había esperado ya demasiado tiempo. Perdía dinero cada día, cada día sin colmenas al sol, entre

las flores.

Giré el volante con fuerza hacia un lado, di marcha atrás hasta que el coche había sobrepasado la mitad del *pickup*. Luego enderecé y seguí dando marcha atrás.

Totalmente torcido. Estaba ya casi en la acera.

Salí otra vez.

Una mujer pasaba por allí. Me miró fijamente. De repente me sentí como un adolescente con un solo día de experiencia detrás del volante.

Probé otra vez, tomé aliento. Me serené, giré el volante del todo, di lentamente marcha atrás hasta la mitad del hueco y enderecé.

¡Joder!

El sitio era demasiado pequeño, ese era el problema. Saqué el coche de allí y me fui al aparcamiento público que había un poco más abajo. Lo de querer aparcar así justo enfrente del banco no era más que pura pereza, en este país éramos demasiado vagos. No me costaba nada andar un poco.

Por el espejo retrovisor vi llegar un gran Chevrolet. Se deslizó dentro del hueco demasiado pequeño, y se plantó en él en una sola maniobra.

El aire acondicionado era una pared que tuve que franquear al abrir la puerta del banco. Todavía temblaba ligeramente después de la crisis del hueco para aparcar, así que me metí las manos en los bolsillos de los pantalones.

Allison estaba sentada detrás del mostrador, tecleando en el ordenador, como siempre. Vestía bien, blusa de flores recién planchada, tersa piel pecosa, ojos completamente verdes. Parecía muy limpia, también olía a limpio. Levantó la vista y sonrió con dientes de anuncio de dentífrico.

—Hola, George. ¿Qué tal va todo?

Siempre me hacía sentirme un poco especial la tal Allison. Como si fuera su cliente preferido. En otras palabras: era muy buena en su trabajo.

Tomé asiento en la silla que había delante de su mesa. Me senté encima de las manos, quería ocultar el temblor, pero la tapicería de lana turquesa me pinchaba las palmas. Volví a sacarlas. Las puse sobre las rodillas, donde conseguí que se mantuvieran tranquilas.

—Hacía mucho que no te veía. —Sus dientes brillaron hacia mí.

—Sí. Hacía mucho.

—¿Todo bien por casa?

—No tan bien como debería.

—Ah sí, es verdad. Perdóname. Lo había oído.

La fila de perlas desapareció de repente detrás de los jóvenes y suaves labios.

—Pero espero que tú puedas ayudarnos a salir de los problemas más graves

—dije con una sonrisa.

Ninguna señal de que volviera a mostrarme la fila de perlas, por desgracia. Solo me miraba seria.

—Huelga decir que haré todo lo que pueda.

—Todo. Bueno, más no puedo pedir —dije riéndome. De repente me di cuenta de que me estaba envalentonando, volví a colocarme las manos debajo de los muslos.

—De acuerdo —dijo, mirando la pantalla—. Vamos a ver. Aquí te tenemos.

Estaba callada. Revisó la cuenta. Lo que vio no le hizo dar brincos de entusiasmo, precisamente.

—¿Qué has pensado? —preguntó.

—Pues... Tendría que ser un préstamo.

—Sí. ¿De cuánto?

Mencioné la suma.

Las pecas se le levantaron de la nariz. La respuesta llegó sin que hubiera hecho ningún cálculo.

—Eso no podré conseguírtelo, George.

—Pues vaya. ¿No podrías al menos hacer un estudio?

—No. Eso puedo decírtelo ya, no puede ser.

—Vale. ¿Podrías hablar con Martin entonces?

Martin era su jefe. Un tipo que siempre huía de posibles conflictos, no era el tipo de hombre que se metiera en peleas en el bar, por así decirlo. Solía quedarse en su despacho. Salía solo en contadas ocasiones, cuando había que valorar y firmar grandes sumas, eso lo sabía por Jimmy, que acababa de pedir un préstamo para la compra de una casa. Martin tenía menos pelo cada vez que lo veía. Lo miré un instante, estaba sentado detrás de su pared de cristal.

La calva relucía bajo el brillo de la lámpara del techo.

—No sirve de nada. Puedes creerme —dijo ella.

Un bulto subía insistentemente por mi garganta. ¿Iba a quedarme allí suplicando? ¿Eso era lo que ella quería? Tenía casi veinte años menos que yo. Emma solía hacer de canguro para ella en otros tiempos. Frágil como una pequeña hada, ¿quién habría dicho que de mayor se convertiría en una arpía?

—En serio, Allison...

—Pero George, ¿de verdad que necesitas tanto?

Fui incapaz de encontrarme con esos ojos verdes sobre el escritorio.

—La explotación de la granja está a cero —dije en voz baja al suelo.

—Pero... —Se calló unos instantes, estaba pensando—. ¿No podemos estudiar cómo levantarla de nuevo sin que tengas que hacer una inversión tan grande?

Me entraron ganas de bramar, pero no contesté. Ella no sabía ni una mierda de apicultura.

—¿A qué responde, en tu opinión, la mayor parte de tus gastos?

—La mano de obra, claro. Pago a dos hombres, ¿lo sabes?

—Lo sé.

—Y luego están los gastos corrientes. Pienso. Gasolina, cosas así.

—¿Y ahora? ¿Las inversiones absolutamente necesarias?

—Nuevas colmenas. Hemos tenido que quemar un montón.

Mordió el bolígrafo.

—De acuerdo. ¿Y cuánto cuesta una colmena?

—Los materiales. Difícil de decir. Hay que construirlas.

—¿Construirlas?

—Sí, las construyo desde cero. Excepto la rejilla de la reina, claro.

—¿La rejilla de la reina?

—Sí. Lo que se pone entre... olvídale.

Se sacó el bolígrafo de la boca. Tenía la marca de sus dientes en la parte de arriba. Si mordiera con más fuerza, el plástico se rompería, y sus dientes tan blancos se pondrían azules. Sería alucinante. Tinta azul en los dientes blancos, en la blusa recién planchada, en los suaves labios, como un torpe maquillaje de Halloween.

—Pero... —reflexionó—. He visto a Gareth, a Green Gareth, recibir colmenas. Quiero decir, las he visto llegar en un camión. Completamente terminadas.

—Eso es porque Gareth las encarga —dije lentamente, como si hablara a una niña.

—¿Resulta más caro que construirlas?

Dejó el bolígrafo. Al parecer no me daría el gusto de verla ensuciar su limpio aspecto.

El bulto de la garganta presionaba hacia arriba. Pronto llegaría al punto donde ya no sería posible esconderlo.

—Lo que quiero decir —prosiguió, volviendo a exhibir los dientes blancos— es que quizá podrías ahorrar algo de dinero encargándolas. Y tiempo. El tiempo también es dinero. Dejar de construirlas tú mismo, a eso me refiero.

—Lo he entendido —dije en voz baja—. He entendido que era eso lo que querías decir.

William

Cuando por fin logré volver a moverme, era ya noche cerrada. La calle estaba tranquila, excepto por el ruido de la taberna un poco más abajo. Un lugar triste, estrecho y asfixiante, donde los borrachos del pueblo se reunían noche tras noche, bebiendo hasta perder todo lo que tenían. Algunos pasaron corriendo, huyendo, sombras en la ventana, chillidos y cánticos que se atenuaban conforme se iban alejando.

Tenía frío. El local se había enfriado, el aire de la noche entraba por la puerta que no me había dado tiempo a cerrar antes de quedarme dormido. La nuca se me había quedado rígida y había caído hacia el pecho, la baba me mojaba la pechera.

Me levanté, entumecido y dolorido, y me apresuré hacia la puerta para cerrarla.

¿Y si alguien me hubiese descubierto, si algún cliente me hubiera visto dormido en la tienda en el horario de apertura? Eso daría pie a muchas historias, una vez más sería el hazmerreír del pueblo. Pero quizá, ojalá, la tarde hubiera sido tan condenadamente, o a lo mejor debería decir tan benditamente tranquila como la mañana.

Las tripas me sonaban de hambre. En un papel estaba el último trozo de empanada. Seco y frío, la grasa se había quedado reseca en el borde formando una especie de gusanos. Me lo comí de todos modos, a la vez que me juré a mí mismo que nunca más me dejaría tentar para comer ese plato. Quizá ni siquiera una empanada normal y corriente. Aunque, qué más daba...

Cerré con llave y me encaminé hacia casa.

El ruido de las voces de la taberna aumentó.

Las ventanas parecían cálidos cuadrados amarillos en la oscuridad. Por

primera vez en mi vida me sentí atraído hacia ellos. Solo una copa de un vino barato. No me haría ningún daño. Me detuve. El que me vieran los de allí dentro, el que me hubiese convertido en uno de ellos no cambiaría nada, ¿no?

Todo estaba como siempre delante de la taberna. Esa noche tenían lugar las mismas escenas que todas las demás noches: dos burdos obreros discutían a voz en cuello, uno daba empujones al otro, pronto se pegarían; un gandul regordete iba dando tumbos calle abajo hablando solo; al mismo tiempo, un golfo alto salió tambaleándose, dobló la esquina y se puso a vomitar donde nadie podía verlo, pero los sonidos de la cena y las cantidades demasiado generosas de alcohol que había tomado y que volvieron a florecer al aire libre eran inconfundibles.

No. Me fui hacia casa. A pesar de todo, aún no había caído tan bajo.

Cuando pasé por delante del lugar, vi que había aún más gente fuera esa luminosa noche de verano.

Los chillidos ordinarios de una joven.

—Déjalo, ¿me oyes? ¡Déjalo!

Era un no que decía sí. Seguido por intensas risitas.

Entonces reconocí la voz. Era Alberta. Ni siquiera me hizo falta verla para saber que sus grandes pechos estaban a punto de salirse del vestido, casi podía notarlo desde donde me encontraba, ese penetrante olor del canalillo entre ellos.

Alguien se arrimó a ella hurgando con las manos en todas sus curvas, hablando el lenguaje de borracho a su cuello, inmerso en su deseo, en su embriaguez, embistiendo contra esa fruta caída, esa fruta a punto de pudrirse que pronto se hincharía hasta quedar irreconocible, que se inflaría durante nueve meses. Un chico joven, a juzgar por la figura desgarrada, tal vez de no más que de quince o dieciséis años, con la voz todavía ronca y fresca, recién cambiada, mucho más joven que ella, un chico que debería estar ya en su casa, en su cama, durmiendo, o tal vez estudiando, planificando el futuro, para hacer que alguien se sintiera orgulloso, para hacerse un nombre. Se abrió una puerta, la luz salió al exterior, revelando con quién estaba teniendo relaciones Alberta, quién era esa joven figura que tan pronto se había metido en el proceso de pudrición, absorto por lo que él creía que era pasión, que en

ese justo momento estaba a punto de poner en juego toda su existencia, y que no me vio a mí, su padre, quien pensaba que la vida hacía tiempo que había alcanzado su nivel más bajo, pero que en ese instante sintió realmente cómo desaparecía el suelo bajo sus pies.

Edmund.

Tao

Continué a lo largo de la vía del metro, pasé por varias estaciones, pero no vi a nadie, ni señales de vida de ningún tipo. Kilómetro tras kilómetro sin parar de correr, con los pulmones doloridos y sabor a sangre en la boca. Cada estación que avistaba despertaba una nueva esperanza. Pero cada intento de abrir una puerta, de entrar en el andén, era la misma bofetada. Porque estaban fuera de servicio. Yo seguía en tierra de nadie.

No sabía que mis piernas pudieran correr tanto, que tuviera tanta resistencia. Pero las fuerzas se agotaron.

Me derrumbé junto a la pared de una casa. Me dolía el pecho por falta de oxígeno. La oscuridad crecía en torno a mí, en torno a la ciudad, en torno a lo que en un tiempo había sido una ciudad. Justo enfrente había un edificio derruido, destrozado hasta lo irreconocible, que tal vez fuera lo último que hicieron los que vivieron allí. Como si no quisieran que quedara nada. Pero por todas partes había huellas de seres humanos. Viejos carteles de publicidad, una bicicleta destrozada, una cortina gastada por la lluvia y el viento detrás de una ventana rota, placas con nombres en las puertas, algunas graciosas, escritas a mano, otras rígidas y de fábrica. ¿Dónde estaba ahora toda la gente que había vivido allí su vida?

No me había dado cuenta antes, pero se habían llevado la basura. Los contenedores colocados en fila en la acera por toda la calle estaban vacíos. Quizá eso fuera de hecho lo último que sucedió allí. Un camión de la basura había pasado limpiando las calles desiertas para evitar las ratas. O quizá para recoger los últimos restos de alimentos, de desechos orgánicos, que se podrían rescatar, depurar y volver a servir. Más bien como pienso animal, o también como alimento para humanos encubierto, enmascarado, mezclado en

carne picada y salchichas, en conservas, con añadidos de todos esos componentes artificiales de sabores y materias que hacían comestible nuestra comida.

Se me hizo la boca agua. Guardaba el paquete de galletas para el camino de vuelta a casa. Ahora ya no tenía nada.

Intenté ponerme de pie, pero me fallaron las piernas. Los músculos me ardían. Hice otro intento apoyándome en la pared, y esta vez lo conseguí.

Paso a paso me acerqué al primer portal, y empujé la puerta con cuidado. El movimiento hizo retumbar el metal.

Al otro lado había un patio vacío. El viento había amontonado hojas en los rincones. En las dos paredes largas había sendas puertas.

Intenté abrir una de ellas.

Conducía a un portal, a una escalera estrecha. La luz diurna se quedó fuera y solo unos pequeños respiraderos arrojaban una débil luz vespertina sobre los escalones.

Subí la escalera cojeando. Me dolía cada paso, pero la respiración ya no era tan pesada. Llegué al primer piso. Había una puerta a cada lado. Intenté abrir la que tenía más cerca. Estaba cerrada. Recorrí los 2 metros del descansillo y me detuve. Probé otra vez, bajé la manilla. La seguridad de encontrarme con la misma resistencia hizo que me sobresaltara cuando la puerta se abrió.

Me quedé inmóvil. El olor del piso se extendió por el recibidor y me alcanzó. No había nada especial en ese olor, pero cada casa tiene el suyo. El olor a las personas que viven en ella. La comida que han comido, la ropa que han lavado, los zapatos que han calzado, el sudor que han secretado, el aliento que han exhalado a altas horas de la noche —ese olor rancio de las bocas de las personas durmiendo—, ropa de cama que tal vez debería haberse cambiado, una sartén que debería haberse fregado, pero que se ha quedado hasta el día siguiente, con los restos de comida resecándose, para iniciar un proceso de putrefacción.

Ahora solo quedaba la sombra de todos esos olores, casi oculta por la densidad del aire encerrado.

Crucé el umbral. El piso era pequeño, solo una habitación. Como el de Kuan y mío. Quizá este también había alojado a una pequeña familia de tres.

Un dormitorio que daba a un patio interior, un cuarto de estar y cocina integrada que daba a la calle.

Cerré la puerta con llave y entré en el cuarto de estar. Estaba prácticamente vacío, abandonado, aunque los muebles más voluminosos se habían quedado. Un desgastado sofá de rincón demasiado grande, con tapicería gris, ocupaba casi la mitad de la estancia. En la pared de enfrente había una vieja cómoda mal hecha, barnizada de negro.

Hice un rápido registro de los armarios de la cocina, no pude dejar de hacerlo aunque sabía que estarían vacíos. Solo encontré una olla grande, muy usada, colocada en la parte inferior de un armario. Por lo demás, nada.

También la cómoda estaba vacía, excepto unos viejos cables y un teléfono con la pantalla rota en el cajón de más abajo.

Entré en el dormitorio. Los armarios estaban abiertos aleatoriamente, como si alguien no hubiese tenido tiempo de cerrarlos después de vaciarlos. En las paredes había algún que otro clavo y marcas de cuadros o fotos que habían colgado allí.

Junto a una pared había una estrecha cama de matrimonio. Solo habían quitado el colchón, los edredones y las almohadas. Allí habían dormido, leído, discutido, reído, hecho el amor. ¿Dónde estaban ahora? ¿Seguían juntos?

A lo largo de la otra pared había una cama infantil. Podría haber pertenecido a un niño en edad preescolar, era más larga que una cuna y más corta que una cama de adulto. Podría haber sido de Wei-Wen. Quedaba en ella una pequeña almohada. Un poco hundida por el medio, donde estaría la cabeza.

De repente me fallaron las piernas. Me senté desfallecida en la cama de niño, donde me quedé unos segundos. No había nadie, solo yo en un radio de muchos kilómetros. Todo estaba desierto. Vacío. Y yo estaba tan abandonada como aquel piso.

No.

Una quemazón en el pecho. ¿Era un anhelo? Apenas había pensado en Kuan, lo había mantenido a distancia, cada vez que su cara aparecía en mi mente, la obligaba a desaparecer. Me obligaba a pensar únicamente en Wei-

Wen, en encontrar a mi niño.

Me levanté, volví al cuarto de estar, saqué el teléfono del cajón y eché un rápido vistazo a mi alrededor. Allí, junto al sofá, había una clavija. No podía haber señal, no allí, tan lejos de todo.

Me acerqué y lo conecté. Luego levanté el auricular.

Me encontré con una débil señal de marcar.

Rápidamente marqué el número de casa en el dial roto.

Primero solo se oían crujidos, señales sin sonido, enviadas kilómetro tras kilómetro por cables viejos, casi deshechos.

Entonces sonó.

Una vez.

Pronto me llenaría una voz, la voz de Kuan. No había planeado lo que iba a decirle, solo tenía que escuchar su voz.

Dos veces.

Porque tal vez seguíamos siendo él y yo, tal vez podríamos serlo ahora que la distancia entre nosotros era tan grande.

Tres veces.

¿No estaba allí?

Los segundos transcurrían.

Cuatro veces.

Y entonces...

—¿Diga?

Su voz en mi oído.

Sollocé de alivio.

—Hola.

—¡Tao!

Fui incapaz de contestar, intenté contener el llanto, pero salió a la fuerza.

—¿Qué pasa? ¿Ha pasado algo?

—Estoy... No sé dónde estoy...

—¿Qué quieres decir?

—Yo... No hay nadie aquí...

Se oyeron crujidos, la señal desapareció.

—¿Kuan? ¡No!

El teléfono zumbó débilmente. Luego se quedó muerto.
Lo intenté de nuevo, marqué el número. Esperé.
Nada.
Desenchufé, volví a enchufar.
El teléfono seguía mudo.
Coloqué el auricular en su sitio, dejé el teléfono en el suelo. Me levanté y lo miré.

De repente mi pie lo golpeó con todas sus fuerzas. Una y otra vez. La vieja electrónica se esparció por todas partes, acompañada de trozos rotos de plástico.

Luego entré en el dormitorio y me acerqué a la cama de niño.

Me quedé allí sentada mientras la habitación se oscurecía. La sensación de soledad se apoderó de mí con tanta fuerza que me sobresalté. El momento se convirtió en todo, el momento se convirtió en eternidad. Yo, sola en un piso abandonado. No había nada más. Había perdido todo. Incluso mi dinero había desaparecido.

El nuevo niño que íbamos a tener... ¿cómo habría sido? ¿Otro niño? ¿Una niña? ¿Parecida a mí? Angulosa, tranquila, siempre al margen del grupo... Nunca llegaría a conocer a esa niña. La había sacrificado y no quedaba nada. La vida se detenía aquí.

Me tumbé de lado, encogí las piernas. Encontré a ciegas la pequeña almohada, la agarré y me abracé a ella, la apreté contra el cuerpo, contra el pecho.

Así me dormí.

El pelo de Wei-Wen olía a sudor infantil y a algo seco, como arena. Apreté los labios contra ese pelo, dejando que capturaran unos pelillos y tirando de ellos.

—Ay, mamá. ¡Me estás comiendo el pelo!

Los solté y me reí. Encontré su mejilla y posé en ella mi boca. Tan suave, tan sorprendentemente suave, qué blanditas pueden llegar a ser las mejillas de los niños. Era como si pudiera apretar mis labios contra ellas y nunca, por mucho que apretara, encontrara ninguna resistencia. Qué bien estar así

tumbada, tener todo el tiempo del mundo.

—Mi niño. Eres precioso.

Sorbió por la nariz a modo de contestación. Miraba al techo, donde unas pegatinas fosforescentes componían el sistema solar. Eran de cuando yo era pequeña, supliqué a mis padres que me las compraran una vez que pretendían regalarme una muñeca. Cuando me hice mayor y me independicé, las quité con mucho cuidado de mi habitación. Las metí en una bolsa, que a su vez coloqué en una maleta de recuerdos de la infancia, y cuando nació Wei-Wen, volví a pegarlas en el techo. Fue como si atara una cinta entre mi infancia y la suya, entre nosotros y el mundo, entre el mundo y el universo.

Le había enseñado el nombre de todos los planetas y se los sabía de memoria, quería que entendiera lo pequeños que éramos, que nosotros también formábamos parte de algo más grande. Aunque él todavía era demasiado pequeño para entenderlo. Las estrellas y los planetas solo eran aún pegatinas allí arriba en el techo. Solo podía entender la existencia de la Luna y del Sol, porque los veía en el cielo con sus propios ojos. Pero no entendía que la Luna ni siquiera tuviera su propia pegatina en el techo, que no fuera digna de eso, le resultaba imposible de comprender. ¡Pero si era casi tan grande como el Sol!

—Ese es Júpiter— señaló.

—Hum.

Lo husmeé cariñosamente, era incapaz de no hacerlo. Pero no se dejó distraer.

—Es el más grande de todos.

—Sí. Es el más grande.

—Y *Satumo* es el de los anillos.

—Saturno —le corregí.

—*Satumo*.

—Sí, es el de los anillos.

—Es el más bonito.

Se quedó pensando unos instantes.

—¿Por qué la Tierra no tiene anillos?

—Bueno... no lo sé.

—Creo que debería tenerlos. Es lo más bonito.

Hundí la nariz en su mejilla.

Se retorció un poco, alejando su mejilla de la mía.

—Ahora vete, mamá.

—Si quieres, me quedo un poco más aquí en la cama.

—No.

—Hasta que te hayas dormido.

—No. Vete ya.

Estaba listo. La cama estaba asegurada para la noche. Mi tarea de madre cumplida.

Le besé la mejilla por última vez. Él no tenía paciencia para esperar. Se tapó con el edredón.

—Vete ya. Voy a dormirme.

—Sí. Ya me voy. Buenas noches. Hasta mañana.

—Nochehastamañana..

Me habría gustado quedarme allí, bajo el sistema solar, bajo los anillos de Saturno en plástico fosforescente color verde, pero el primer vestigio del día me despertó. La ventana no tenía cortinas, y el amanecer entró lentamente en el cuarto. Me quedé tumbada en la misma postura, intentando encontrar un camino de vuelta a aquella otra habitación, a aquella otra cama de niño, pero no lo conseguí.

Esa mañana, en esa cama ajena lo primero en lo que pensé fue lo primero que pensaba todas las mañanas: en su nombre.

Wei-Wen. Wei-Wen.

Mi niño.

La suavidad. Su cara.

No quería nada más que retenerla. Pero otra cara se abrió paso. Una cara de este mundo. El chico, aquel chico desgarbado, con el paquete de galletas en la mano. La mirada clavada en mí, listo para el ataque.

Y los viejos. Muchos de ellos incapaces de entender la situación, incapaces de entender que habían sido abandonados allí para morir. Pero esa mujer que había ido hacia mí, porque debía de ser una mujer, ella sí lo sabía. Mi llegada

la había despertado. Despertado sus esperanzas.

¿Qué le ocurriría a esa mujer?

¿Qué le ocurriría al chico desgarrado?

¿Y al camarero del restaurante?

¿A su padre?

¿Qué le había pasado a Wei-Wen?

¿Qué le había pasado?

Algo que concernía a todos esos otros.

El cierre del bosque, los militares, la valla, el secretismo...

Algo que nos concernía a todos.

Me incorporé apresuradamente.

De repente lo entendí.

Había empezado por el extremo equivocado. Había empezado por querer encontrarlo. Pero no lo encontraría mientras no supiera lo que le había pasado. Lo que significaba.

El rostro de Wei-Wen volvió a aparecer. Pero no su habitual rostro dulce de niño. Su rostro de aquel día. Wei-Wen en brazos de Kuan. La piel que palidecía por segundos. La respiración pesada. Las imágenes se me hicieron ahora más nítidas. Imágenes en las que yo había intentado no pensar, a las que no me había visto capaz de enfrentarme. Me dejé deslizar hasta el suelo, encogí las piernas, miré fijamente delante de mí. Era él. La cara pálida y húmeda. Gotas de sudor sobre el puente de la nariz. Sus ojos. Estaba consciente cuando Kuan llegó corriendo con él en brazos. Todo el pequeño cuerpo luchaba por respirar, esa respiración que le rasgaba el pecho. Y los ojos aterrados. Me miró fijamente, incapaz incluso de pedir ayuda.

Entonces, a medio camino entre la colina y los sectores, su cabeza cayó hacia atrás. Perdió el conocimiento. Yo vi cómo ocurría, su mirada desapareció, él desapareció.

Cuando llegamos al hospital, su respiración no era más que un fino hilo que le ataba al mundo.

Apoyé la cabeza en las rodillas. Me obligué a mí misma a revivir los minutos en el bosque. Mirar su rostro, mirarlo. ¿Qué fue lo que detuvo su respiración? ¿Qué había sucedido?

La palidez, la piel húmeda y fría. Me recordaba a algo que había visto antes. De repente apareció otra imagen. Otro rostro. Daiyu. La fiesta en aquel jardín. Daiyu estaba tumbada en el suelo con su traje pantalón azul claro. Los zapatos negros relucían al sol. Ella también estaba fría y húmeda, con la frente llena de sudor. Intentó llenar los pulmones de aire, la misma respiración que le rasgaba el pecho y los mismos ojos suplicantes. «Ayudadme», decía la mirada. Formamos un círculo a su alrededor, estábamos jugando en la parte de abajo del jardín, los mayores estaban sentados en una mesa a cierta distancia. La mano de Daiyu reposaba a su lado. Tenía algo en ella. Un trozo de tarta. Esa tarta que se había servido unos momentos antes. Acababa de dar un mordisco, había cogido el trozo del plato y lo tenía en la mano mientras jugábamos.

—Daiyu no puede respirar. ¡No respira!

De repente apareció la madre. Le abrimos paso, la madre gritó.

—Mi bolso, ve a buscarlo. ¡Mi bolso!

Acto seguido abrió la mano de Daiyu, cogió el trozo de tarta y nos preguntó:

—¿Hay nueces en esta tarta?

¿Nueces? Ninguno lo sabíamos. Su expresión era tan insistente que me sentía responsable. Como si yo debiera haber sabido si había nueces en la tarta.

Alguien llegó corriendo con el bolso. La madre de Daiyu hurgó en él, no encontró lo que estaba buscando, lo puso bocabajo. Todo el contenido cayó al suelo. Vi un lápiz de labios, pañuelos de papel, un cepillo de pelo. Ella cogió algo, un pequeño paquete blanco con letras verdes. Lo abrió de un tirón y sacó una jeringuilla.

Entonces llegó mi madre. Me cubrió con sus brazos, no quería que viera nada más. Con delicadeza me alejó de aquel lugar.

—¿Qué pasa? ¿Qué le pasa a Daiyu? —pregunté—. ¿Qué le pasa?

William

Era por la mañana. Las hojas filtraban la luz. Todo se movía por encima de mí, los árboles en el viento, las nubes deslizándose por el cielo, nada estaba en calma. Me mareaba y cerré los ojos. Así me quedé, tumbado, dejándome rodear por lo amarillo, boca arriba, me quedaría allí tumbado, inmóvil, sobre la tierra fría y húmeda. Porque no había nada más, no había ya nada más que pudiera mantenerme vivo. Ni la investigación, mi pasión. Ni Edmund, él era un caso perdido, lo había sido siempre. Ni siquiera el deseo. Había desaparecido. Ya no quería embestir contra la tierra, eufórico, en busca del clímax. Quería que se me tragara la tierra, hasta que yo mismo me convirtiera en tierra.

No había comido, pero no importaba, las empanadas estaban aún revolcándose en el estómago, pegándose en la garganta, secándome la boca.

El pueblo, el trabajo en él y en torno a él, mi hogar, podría estar todo a miles de kilómetros, yo había andado en la oscuridad hasta que me dolían los pies, hasta que ya no se oía sonido alguno. El bosque estaba pisoteado por algunas partes, seguí un sendero, pero me salí de él, quería alejarme de todo lo que recordara a los seres humanos. Al final me derrumbé sin más en la hierba.

¿Me echarían de menos? ¿Me estarían buscando? Quizá pronto escuchara algo, sus gritos, las voces de todas las niñas en distintos tonos, desde la fina y chirriante de Georgina arriba en la escala, hasta la más grave de todas, la de la propia Thilda, desafinando.

O tal vez nadie me echara de menos. Quizá estaban acostumbrados a que yo me fuera, a que desapareciera, quizá ni siquiera se pararan a pensar que había desaparecido.

¿O estaban centradas en Edmund? Él estaba enfermo hoy, tendría que estarlo, hoy como tantos otros días. Seguramente dormía hasta que el sol había pasado el cénit, estaba pálido como la noche de no aparecer nunca por el pueblo. Pero eso no era una enfermedad. ¡Cómo no me había dado cuenta...! Qué va, ellas no estarían preocupadas por su enfermedad. Era un día como todos los demás, porque no era la primera vez que yacía de esa forma. Todos esos días que él había desperdiciado, dormido allí dentro, mientras el alcohol abandonaba lentamente su cuerpo. No se trataba de ninguna melancolía heredada, solo de indolencia y daños provocados a sí mismo. No era mejor que esos vulgares obreros que veían la vida desaparecer en la jarra de cerveza. Un borracho.

Seguí la vuelta del sol por el cielo. Pronto se encontraba justo encima de mí, secando cada resto de líquido de mi cuerpo. La transpiración me tapaba la piel. Respiré con la boca abierta. La lengua eran hojas secas. Quise levantar la mano, limpiarme las gotas de sudor, pero el brazo me pesaba demasiado.

Transcurrió el día. El sol desapareció de nuevo detrás de los árboles, las sombras se hicieron más largas, más frías ya. Mi cuerpo adquirió la misma temperatura que la tierra debajo de mí. Detrás de los párpados esperaba la oscuridad. ¿Me había absorbido ya?

—¡Padre!

Un nuevo grito. Un tono puro. De la mitad de la escala.

—¡Padre!

La voz era ya más alta, y pronto oí los pasos firmes en el brezo y el musgo.

Abrí los ojos y miré directamente a los suyos, a los ojos claros de Charlotte.

—Buenas tardes —dijo. No noté en ella ninguna sorpresa. Quizá no me habían buscado, quizá ni siquiera se habían percatado de mi ausencia.

Se quedó quieta, mirándome, estudiándome, como si yo fuera un insecto, tumbado del todo. De repente noté que la sangre me subía a las mejillas.

—Sí. Aquí me tienes.

Me incorporé rápidamente, me quité algo de suciedad de la camisa, me pasé la mano por el pelo y me sacudí para librarme de hojas y agujas.

—¿Ha sido difícil encontrarme?

—¿Qué quiere decir?

—¿Llevas mucho tiempo buscándome?

—No, no mucho. El sendero está ahí —dijo señalando detrás de ella; entonces lo descubrí, el sendero hacia la casa, y luego no pude dejar de fijarme en unos árboles altamente reconocibles. Yo no había desaparecido en las profundidades del bosque. En absoluto. En mi error no había llegado nada lejos. Me encontraba justo al lado de casa.

Charlotte se sentó a mi lado. Entonces me di cuenta de que llevaba algo en la mano. Su cuaderno de notas, cuyas páginas llenaba con su pluma.

—Me gustaría enseñarle algo. ¿Puedo?

Abrió el cuaderno sin esperar mi respuesta.

—Es algo en lo que llevo trabajando mucho tiempo.

Intenté enfocar, pero los rayos de tinta se movían como gusanos sobre el papel.

—Espere. —Me quitó las gafas, las limpió rápidamente en la tela de su vestido y volvió a colocármelas sobre la nariz.

Estaban más limpias ya, pero no fue por eso por lo que enderecé la espalda e intenté concentrarme en lo que quería enseñarme. Su pequeño gesto me había producido un nudo en la garganta. Me sentía muy agradecido de que fuera justamente ella la que hubiera venido, la que me hubiera encontrado, la que me hubiera visto así, y no otros. Tragué saliva y dirigí la atención hacia lo que quería enseñarme.

Un dibujo. Una colmena. Pero completamente distinta a la mía.

—He pensado que si le damos la vuelta, todo será completamente diferente —dijo—. Si metemos las bandejas desde arriba, en lugar de colgarlas del techo, si abrimos la colmena desde arriba, tendremos mucho más control.

Miré detenidamente los dibujos que me enseñaba. Se fueron materializando poco a poco en el papel.

—No —dije con un carraspeo—. No... No funcionaría. —Busqué las palabras—. Se engancharían en los laterales de la caja. —Me enderecé, al fin y al cabo era una autoridad—. Las abejas las pegarían con propóleos y cera, sería imposible despegarlas.

Entonces sonrió.

—Si están demasiado cerca las unas de las otras, sí. 5 milímetros o menos.

—Y si están demasiado alejadas, las abejas se pondrían a construir una colmena salvaje —dije—. En ningún caso funcionaría desde arriba. Ya he estudiado esa posibilidad. —Lo último lo dije con una sonrisa condescendiente.

—Ya lo sé, pero usted no ha probado distintas variantes. Se trata simplemente de encontrar la medida adecuada.

—No entiendo.

Volvió a señalar el dibujo.

—Tiene que haber un punto medio, padre. ¿Cuándo dejan de producir cera y propóleos? ¿Cuándo se ponen a construir colmenas salvajes? ¿Y si encontráramos el punto medio? Con el número adecuado de milímetros entre el punto exterior del listón y la pared interior ni producirían cera ni construirían colmenas salvajes.

Tuve que mirarla. Mirarla de verdad. Estaba muy tranquila, pero sus ojos brillaban, revelando su entusiasmo. ¿Qué estaba diciendo? Cera. Colmenas salvajes. ¿Había algo entre medias? Mis fuerzas aumentaron, me puse de pie.

¡El punto medio!

George

Tras la reunión en ese banco de mierda me fui al prado, junto al río Alabast. Estaba casi vacío. Solo quedaban unas cuantas colmenas en un rincón. Todavía había vida en ellas, pero no sabía por cuánto tiempo. No había nada que las distinguiera de las otras. No había razón alguna para que lograsen sobrevivir.

Empecé a dar vueltas por la hierba. Por todas partes había huellas de las colmenas. Hierba aplastada, muerta. Pero entre las pajas muertas algo estaba brotando. Enseguida habrían desaparecido las marcas, y no quedaría rastro de las colonias de abejas que habían vivido allí.

Me acerqué más al zumbido. De repente deseé una picadura. El dolor abrasador. La hinchazón. El poder soltar sonoras y frescas maldiciones.

Una vez, solo una vez, me picaron de verdad las abejas. Tenía ocho años. Recuerdo que estaba sentado en la cocina. Mi madre volvía de la tienda. No sé por qué, pero justo ese día me trajo algo. Sí, ahora me acuerdo, era para contentarme. Yo iba a ser hermano mayor por tercera vez, y supongo que ella sabría que la noticia no me resultaría muy grata. Nunca me regalaban juguetes salvo en Navidades y en mi cumpleaños, pero ese día sí me había comprado algo. Un cochecito. Pero no cualquier coche. Un Hot Wheels. Llevaba una eternidad pidiéndolo. Me puse tan contento que me ardía la cabeza. Cogí el coche y salí corriendo al prado antes de que ella tuviera tiempo de hablarme de lo que llevaba en la tripa.

Allí estaba papá. Con la cabeza metida en una colmena. Yo corrí directamente hacia él, sin pensármelo. «¡Mira! ¡Mira lo que me han regalado! ¡Mira, papá!». En ese instante descubrí su mirada detrás del velo. «¡No vengas aquí! ¡Date la vuelta!». Pero ya era demasiado tarde para parar.

Me pasé varios días en cama. Nadie las contó, pero debía de tener más de cien picaduras. Tuve mucha fiebre. Vino el médico y me dio unas pastillas tan fuertes que podrían haber dejado KO a un oso. Y del bebé en la tripa de mi madre no supe nada hasta mucho después.

A partir de entonces evitaba las picaduras a cualquier precio.

Solía pensar en ellas como un castigo. Como una señal de que no había hecho bien mis tareas. De que no me había protegido. De que no había tenido suficiente cuidado. Una temporada sin picaduras, esa era la meta, pero siempre había alguna, ningún apicultor es capaz de evitar picaduras durante un verano entero. Excepto este año. Hasta ahora no me habían picado ni una vez, pero por razones muy distintas a las que me gustaría.

Seguía dando vueltas, acercándome cada vez más. El zumbido sonaba flojo. Conté la densidad. No había suficientes. Y mucho menos dos y media por metro cuadrado.

Pisé fuerte el suelo. Una abeja solitaria salió volando.

Pícame. ¡Pícame!

Desvió el vuelo, apartándose de mí. No quiso hacerme el favor.

Me di la vuelta y fui al granero.

No había comprado más materiales. El último encargo de la primavera seguía amontonado en un rincón, lleno de olor a nuevo. Me daba miedo. Había mucho tiempo entre el montón y yo. Horas y horas. Todo el trabajo que hacía falta para construir las colmenas. Y luego aún más. Solo faltaba encargar nuevas tablas, mejor antes que después. Para poder construir las yo mismo. Mientras me dedicara a las abejas, construiría yo mismo las colmenas.

Cogí un tablero y lo sopesé en las manos. Sentí la madera contra la piel desnuda. Todavía estaba húmeda. Convenientemente blanda. Viva.

Me puse los guantes. Con ellos puestos la madera era solo materia muerta. Saqué los cascos para los oídos. Puse en marcha la sierra.

Entonces la luz entró por la puerta. Una franja que se hizo más grande, luego una sombra la llenó, haciéndola desaparecer.

Me di la vuelta.

Allí estaba Emma.

Su mirada se desplazó del montón de tableros a mí. Hizo un suave movimiento con la cabeza.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, aunque sabía la respuesta.

Se acercó unos pasos.

—Esto es una locura.

Señaló las tablas.

—Tendrás que hacer muchísimas. Necesitamos tantas...

Como si yo no lo supiera. Como si mis entrañas no fueran conscientes de ello.

Me encogí de hombros, estaba a punto de colocarme los protectores de los oídos cuando algo en sus ojos me detuvo.

—Podríamos haber vendido —dijo.

Solté los protectores. Cayeron al suelo con un sonoro estallido.

—Podríamos haber vendido este invierno. Habernos mudado. Ya estaríamos allí abajo.

No dijo nada más, no lo que estaba pensando.

Mientras teníamos la posibilidad. Mientras la granja aún tenía valor.

Me agaché y cogí los protectores con las dos manos, como si con una no fuera suficiente, como si fuera un crío.

Me los coloqué y le di la espalda.

No la oí marcharse. Solo vi la franja en el suelo, se hizo cada vez más grande, su sombra la llenó, luego se hizo más pequeña y desapareció.

No hablamos más de eso. Ella no dijo nada más. Transcurrieron los días. Yo me dedicaba a la carpintería hasta que me salían ampollas, hasta que me dolía la espalda y los dedos me sangraban llenos de heridas. No sé lo que hacía Emma. Al menos no habló más de ello. Solo me miraba de vez en cuando con ojos brillantes, una mirada que decía «Es culpa tuya».

Intentábamos vivir como antes. Hacer las mismas cosas. Comer juntos todos los días. Ver la tele por la noche. Ella seguía muchas series. Se reía y lloraba delante de la pantalla. Se sobresaltaba. Discutía conmigo. «¿Has visto? No, eso no puede ser. Él no se merece esto. Y ella, con lo maja que es. Madre mía, qué cosas».

Nos sentábamos juntos en el sofá. Nunca cada uno en un sillón. A ella le gustaba que le acariciara el pelo. Que se lo revolviere. Pero ahora mis manos solían estar quietas sobre mis rodillas. Estaban demasiado doloridas, demasiado dañadas.

Una noche, mientras estábamos allí sentados sonó el teléfono. Ella no hizo ademán de moverse. Yo tampoco.

—Cógelo tú —dijo. Tenía los ojos clavados en la tele, esperando alguna votación, ¿saldría la rubia o la morena? Al parecer, una gran emoción.

—Tal vez sea Tom —dije.

—Sí, ¿y qué?

—Mejor que hables tú con él.

Me miró sorprendida.

—Sinceramente, George...

—¿Sí?

—No puedes dejar de hablar con él, ¿no crees?

No contesté.

El teléfono seguía sonando.

—Yo no lo cojo —dijo ella, con un gesto despectivo.

—Vale. Entonces no lo cogemos —dije yo.

Pero ella ganó, por supuesto. Salí al pasillo y levanté el auricular.

Era Lee. Llamaba para contarme cómo le iba con la cosecha.

—Voy al prado todos los días —dijo contento—. Y crece. Mucha fruta verde.

—¿De verdad? —dije—. ¿A pesar de la lluvia?

—Las abejas debieron de trabajar duro cuando salió el sol. De hecho, no va a ser un mal año, a pesar de todo. Mejor de lo que me temía.

—No está mal.

—Pues no. Solo quería decírtelo. Son buenas tus abejas.

—Eran —dije.

—¿Qué?

—Eran. Eran buenas las abejas que tenía.

Se quedó callado al otro lado de la línea. Lo estaría asimilando poco a poco.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Les ha pasado también a las tuyas? ¿Se han

ido?

—Sí.

—Creía que tan al norte no había ocurrido. Que solo había sido en Florida. Y en California.

—Al parecer no es así. —Intentaba mantener mi voz bajo control, pero no lo conseguí.

—Ay, George, no sé qué puedo decirte.

—No se puede decir gran cosa.

—No... ¿Tienes seguro?

—No para algo así.

—Pero... ¿Qué haces entonces? ¿Qué estás haciendo ahora?

Me enrollé el cable del teléfono alrededor del dedo índice. Rozó un corte que me había hecho ese día. No sabía qué contestar.

—No...

—George. —Su voz era ya más alta—. Si hay algo que yo pueda hacer...

—Gracias.

—Lo digo de verdad.

—Lo sé.

—Me habría gustado poder prestarte dinero, pero...

—No es verdad —dije, riéndome un poco.

También él se rio, pensaría que era mejor bromear.

—No es que tenga dinero. TAN buena no ha sido la cosecha.

—Aunque te hice un descuento.

—Aunque me hiciste un descuento. —Se quedó callado. Luego dijo—: No debería haberlo aceptado.

—¿Qué quieres decir?

—Que me hicieras un descuento.

—Lee...

—Si lo hubiera sabido...

—Lee, olvídalo.

Saqué el dedo del cable. La espiral me había dejado marcas hasta la palma de la mano.

—¿Sabes una cosa? —añadió de repente con voz despreocupada—. En

realidad te he llamado para contarte lo contrario. La cosecha se ha ido a la mierda. Fueron unas abejas malísimas.

Tuve que reírme.

—Me alegra saberlo.

—Menos mal que han desaparecido —dijo.

—Sí. Menos mal.

Se hizo el silencio.

—Pero George, hablando en serio: ¿qué vas a hacer?

—No lo sé. Quizá tenga que empezar a encargar las colmenas a partir de ahora.

—¿Encargarlas? ¿Qué dices? Pero si son tu herencia. Las colmenas son tu herencia.

—Esa herencia no vale gran cosa estos días.

—No...

Le oí tragar saliva.

—Pero oye, sea como sea, no te des por vencido.

—Sí... no.

No pude seguir hablando. La calidez de su voz me impedía hablar.

—¿George, estás ahí?

—Sí.

Tomé aliento, me enderecé.

—Sí. Estoy aquí. No me voy a ninguna parte.

Tao

A un par de kilómetros del piso donde había pasado la noche encontré por fin una estación de metro abierta. La noche anterior había estado cerca, aproximándome ya a la parte habitada de la ciudad, pero no lo sabía. Había dos personas más esperando, una anciana inestable, flaca, casi hueca, que con dificultad llegó a sentarse en un banco, y un hombre de unos cincuenta años, con ojos vigilantes. Llevaba unas bolsas de tela pesadas. Quizá había estado sirviéndose en las casas abandonadas.

Tuvimos que esperar media hora hasta que por fin un vagón entró en la estación. Aquello se estaba demorando demasiado. Tenía que volver ya, tenía que buscar una biblioteca, encontrar respuestas. Me colé dentro sin billete, no me di cuenta de que la anciana tenía problemas para levantarse, casi cuando ya era demasiado tarde me percaté de su mirada y me acerqué corriendo para ayudarla. Me dio las gracias muchas veces, muy dispuesta a iniciar una conversación, pero yo no tenía fuerzas para ello.

Dentro del vagón me senté sola. Hubiera preferido quedarme de pie, no podía estarme quieta, pero el tren temblaba tanto que no me atreví. No había sido ni revisado ni limpiado en mucho tiempo. Tal vez en décadas. Olía a rancio, las ventanillas estaban cubiertas por una gruesa capa de grasa, la suma de mil dedos que las habían abierto cuando quemaba el sol, o las habían cerrado en días de frío. Por la parte de fuera estaban llenas de polvo y porquería. El ensordecedor ruido que producían los temblores me imposibilitaba casi del todo pensar. Y sin embargo me sentía como un animal sobre una pista, con la lengua fuera, metódico. Las mismas dos caras rodando en mi cabeza. Wei-Wen y Daiyu. La misma palidez. La misma respiración que le rasgaba el pecho.

Tuve que cambiar de tren. Primero una vez. Luego dos más. El cartel de los horarios estaba arrancado, los dispositivos electrónicos habían dejado de funcionar hacía tiempo. No tuve más remedio que esperar, para el primer cambio exactamente veintitrés minutos, luego catorce y por fin veintiséis. Medí el tiempo cada vez.

Tras los tres cambios llegué por fin. Casi tenía la sensación de haber llegado a casa, por fin me encontraba en un entorno conocido, fue como si hubiera estado fuera muchísimo más de veinticuatro horas. El hambre hacía estragos en mi cuerpo, pero no tenía tiempo de sentarme a comer, simplemente cogí un paquete de galletas que tenía guardado —otro más— y pregunté a la recepcionista dónde podía encontrar la biblioteca más cercana.

Solo había una. Una sola biblioteca abierta en toda la ciudad de Beijing. Se encontraba en Xicheng, en línea de metro directa desde el hotel. De camino pasé por delante del viejo zoológico. Los rigores del tiempo casi habían borrado los ornamentos de la entrada. La vegetación amenazaba con cubrirlo todo, reventando las verjas. ¿Qué había pasado con todos los animales? ¿Con las especies en peligro de extinción? ¿Con los últimos koalas? Tal vez vagaran por las calles, encontrando nuevos hogares en las casas abandonadas. Era un pensamiento consolador, que pudieran seguir viviendo en esta tierra aunque quedáramos tan pocos seres humanos.

La plaza de delante de la biblioteca estaba desierta. La crucé a toda prisa, no tuve tiempo de sentir miedo. La puerta pesaba tanto que temí que estuviera cerrada, pero cuando intenté abrirla con todas mis fuerzas, lo conseguí.

Era un espacio enorme, dividido en niveles, como una escalera. Las paredes estaban cubiertas de miles de libros. En el suelo, en líneas rectas como reglas, había mesas de trabajo y sillas, tantas que no fui capaz de contarlas. Todo estaba en penumbra, la única luz que había provenía de las ventanas del techo, todas las lámparas estaban apagadas y no se veía una sola persona, como si de hecho la biblioteca estuviera cerrada.

Di unos pasos hacia el interior.

—¿Hola?

Nadie respondió.

Subí la voz.

—¡Hola!

Por fin se oyeron pasos al otro extremo del local. Apareció una joven vigilante.

—¿Hola?

Llevaba un uniforme que en su día debió de ser negro, pero que ahora se había quedado grisáceo de viejo y de tanto lavarlo. La joven me miró asombrada. Quizá yo fuera la primera visitante en mucho tiempo.

Luego recapacitó e hizo un gesto con la mano abierta hacia el mar de libros.

—Supongo que quieres pedir algún libro. Sírvete.

—¿No necesitas que me registre? ¿Quieres mi nombre?

Me miró sorprendida, como si fuera algo en lo que no había reparado. Luego sonrió.

—No hay problema.

Y me dejó en paz.

Por primera vez en muchos años me dejé abrazar por los libros, por las palabras. Podría haberme quedado allí para siempre. Tao con el pañuelo rojo. La que destacaba. Pero eso fue en otra vida.

Empecé por la sección de ciencias naturales. Wei-Wen resultó afectado por algo que no toleraba, había sido víctima de un *shock* alérgico en los campos. ¿Tal vez una mordedura de serpiente? Encontré un libro viejo sobre serpientes en China. Era grande y pesado, lo puse delante de mí en la mesa y empecé a buscar al azar. Sabía que en la región habían existido antes serpientes cobra, pero que ya no había, al menos eso era lo que nos habían contado: esas serpientes comían ranas que a su vez comían insectos, y cuando muchos de los insectos habían sido erradicados, también desaparecieron los medios de subsistencia de las cobras. Hojeé hasta encontrar una foto: una serpiente oscura con la piel de detrás de la cabeza extendida, como un collar, tensa, lista para atacar, y un dibujo característico de colores de tiza debajo de la cabeza. ¿Podría haber algunas en esa región a pesar de todo?

Leí sobre la mordedura, sobre los síntomas. Insensibilidad, ampollas, dolores, malestar en el pecho, fiebre, dolor de garganta, problemas de respiración. No muy diferente a las reacciones de Wei-Wen.

Necrosis, leí, un ataque de una cobra china provocará sin excepción una necrosis, muerte de células, algo no muy distinto a la gangrena, alrededor del lugar de la mordedura.

Nosotros no habíamos visto ninguna mordedura. ¿No deberíamos haberla visto?

Y aunque no la hubiéramos visto y sí hubiera sido una serpiente, una cobra, lo que había atacado a Wei-Wen, no había razón alguna para ocultarlo, para la tienda de campaña y la valla, para habernos arrebatado a nuestro hijo.

Seguí buscando en la sección de medicina. Si no era una mordedura, ¿qué podría ser? Mientras hojeaba una enciclopedia médica y manuales médicos, iba entendiendo cada vez más. Quizá lo hubiera sabido todo el tiempo, pero sin ser capaz de asimilarlo, porque era demasiado grande, demasiado trascendental.

El teléfono sonó solo una vez, y de repente él estaba al otro lado.

—Tao, ¿qué pasó? Se cortó. ¿Dónde estabas?

La vigilante me había dejado el teléfono, colocado en un despacho separado al fondo de la biblioteca. El auricular estaba lleno de polvo, debía de llevar meses sin usarse.

—No fue nada —dije, casi me había olvidado de la conversación de la noche anterior en aquel piso—. No pasó nada.

—Pero... ¿qué ha sucedido? Pareces tan... —En su voz había una preocupación que solía estar reservada exclusivamente a Wei-Wen.

—Me había perdido. Pero volví a encontrar el camino —me apresuré a decir. Tenía que darle una explicación para poder continuar.

—He estado pensando en ti todo el día.

Su preocupación. No podía con ella. No lo llamaba por eso. El día anterior lo habría abrazado, ahora no era más que un estorbo.

—Olvídalo —dije—. Creo que he averiguado lo que le pasó a Wei-Wen.

—¿Cómo?

—Un *shock* anafiláctico.

—¿Anaf...?

—Significa reacción alérgica —contesté, oyendo lo lento y pedagógico que

sonaba. Intenté cambiar el tono de voz, sin pretender instruirle—. Wei-Wen tuvo un *shock* alérgico. Causado por algo en el lugar donde estuvimos.

—¿Por qué? ¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Kuan.

—Escucha —dije. Y le leí rápidamente un texto sobre síntomas y tratamientos. Problemas respiratorios, hipotensión, pérdida de conocimiento, adrenalina—. Todo encaja. Así es exactamente como reaccionó.

—¿Le dieron adrenalina? —preguntó Kuan.

—¿A qué te refieres?

—Cuando ellos llegaron, ¿le dieron adrenalina? Has dicho que se debe dar adrenalina cuando se trata de algo extremadamente peligroso.

—No lo sé. No vi que le dieran nada.

—Yo tampoco.

—Pero... pudieron hacerlo en la ambulancia.

Se quedó callado, solo podía oír su respiración lenta.

—Parece cierto —dijo por fin.

—Es cierto —dije—. Tiene que serlo.

Kuan no contestó. Estaba pensando. Yo sabía en qué estaba pensando. Lo mismo en lo que yo pensaba desde que me desperté en ese piso abandonado. Por fin dijo:

—¿Pero a qué? ¿A qué era alérgico?

—Pudo ser algo que comió —contesté.

—Sí... ¿Pero qué? ¿Las ciruelas? ¿O algo que encontró en el bosque?

—Creo que fue algo que encontró en el bosque, pero no algo que comió.

Kuan se quedó callado, a lo mejor no entendía a qué me estaba refiriendo.

—No creo que fuera ningún alimento —proseguí—. Creo que vino de fuera.

—¿Sí?

—Primero pensé que fue una mordedura de serpiente. Pero no encaja con los síntomas...

Él no contestó, se quedó esperando, su respiración estaba ya más acelerada.

—No creo que fuera una mordedura, sino una picadura.

William

Hertfordshire, a 4 de agosto de 1852

Honorable Dzierzon:

Le escribo de igual a igual, aunque probablemente no conozca mi nombre. Sin embargo, los dos tenemos muchas cosas en común, razón por la que considero de imperiosa necesidad establecer contacto con su persona. El abajo firmante sigue desde hace bastante tiempo su actividad, y sobre todo me ha llamado la atención su elaboración de un nuevo estándar para colmenas de abejas. No puedo sino expresar mi ilimitada admiración por su eminente trabajo, las estimaciones que ha realizado, y finalmente, la propia colmena, tal como aparece en *Eichstadt Bienenzeitung*.

El abajo firmante también ha desarrollado una colmena, en parte basada en los mismos principios que los suyos, que humildemente desearía compartir con usted, con la esperanza de que tal vez quisiera emplear algo de su valioso tiempo en intercambiar sus pensamientos sobre mi trabajo.

La colmena de Huber me convenció pronto de que podría desarrollarse una colmena que posibilitara eliminar tablas sin tener que matar a las abejas, ni siquiera inquietarlas. La lectura de sus anotaciones también me hizo entender que los humanos, en un grado mucho mayor de lo que pensábamos, somos capaces de domesticar a estas fabulosas criaturas. Esta percepción resultaría esencial para mi futuro trabajo.

Primero desarrollé una colmena que se parecía a la suya, con entrada por un lado y listones móviles arriba. No obstante, esa construcción no ofrecía la solución a todos mis retos. Como seguramente habrá podido

comprobar por usted mismo, el mover las tablas de este modelo no resulta nada fácil, exige mucho tiempo y causa problemas, aparte de que, desgraciadamente, se lleva a cabo a costa de las abejas y sus descendientes.

Pero de vez en cuando le llega a uno una inspiración que lo cambia todo. A mí me llegó una tarde de verano, tumbado en el suelo del bosque en contemplación académica. Yo siempre me había imaginado la colmena como una casa con ventanas y puertas, como es su colmena. Un hogar. Pero ¿por qué no considerarla de otra manera? Porque las abejas no van a ser como nosotros, como las personas, deberán ser amaestradas por nosotros, convertirse en nuestros súbditos. De la misma manera que el cielo me miró desde arriba, y quizá así también Dios Nuestro Señor, pues sí, creo en verdad que Él tuvo algo que ver con esto aquella tarde de verano; así nosotros vamos a mirar desde arriba a las abejas. Nuestro contacto con ellas tendrá que realizarse desde arriba, qué duda cabe.

Todo cambió cuando le di la vuelta a todo, cuando empecé a pensar en la entrada de la colmena desde arriba. Eso me condujo a la idea por la que ahora me dirijo a usted: mis marcos móviles, que pronto serán patentados. En estos marcos las tablas se fijan de tal modo que no entran en contacto con la propia colmena, ni por la parte de arriba, ni por la de abajo, ni por los lados. Mediante este sistema soy capaz de sacar o mover las tablas a mi conveniencia, sin tener que cortarlas o dañar a las abejas. De esa manera tengo libertad para mudar las abejas a otras colmenas y tendré control sobre ellas en mucho mayor grado que antes.

¿Y cómo, se preguntará usted, se evita que las abejas fijen las tablas a los lados o a otras tablas con cera y propóleos, o que construyan colmenas salvajes? ¡Pues enseguida se lo explicaré! A través de cálculos y experimentos llevados a cabo durante bastante tiempo, hemos llegado al número decisivo. Y ese número, mi buen amigo, si me permite llamarlo de esta forma, es NUEVE. Tiene que haber 9 milímetros entre las tablas y los lados, entre las tablas y el fondo, entre las tablas y la parte superior, ni más ni menos.

Espero y creo que la Colmena Estándar de Savage podrá adquirirse

pronto en toda Europa, y que sobrepasará incluso las fronteras de nuestro continente. En el transcurso de mi trabajo he cultivado la sencillez como principio, y el aspecto práctico también ha sido esencial para que la colmena pueda ser usada por todo el mundo, desde los apicultores más novatos hasta los más experimentados, con cientos de colmenas. Pero espero que lo más importante sea el que la colmena contribuya a simplificarnos las condiciones de observación a los naturalistas, para que podamos seguir profundizando y haciendo nuevos descubrimientos relacionados con ese ser tan infinitamente fascinante, y, sobre todo, importante para los seres humanos.

Yo ya he solicitado la patente de mi invento, pero como usted seguramente sabe, el tiempo de tramitación de estas solicitudes puede demorarse. Mientras tanto, espero con gran interés su respuesta a mi trabajo. O tal vez usted mismo desee desarrollar una colmena basada en mis principios, algo que me honraría más de lo que usted puede imaginar.

Con toda humildad,

WILLIAM ATTICUS SAVAGE

El primer coche entró en el patio. El corazón me dio un vuelco, porque todo estaba ya en marcha. Me había puesto mi mejor traje, recién planchado, estaba recién lavado y recién afeitado, incluso había desempolvado el sombrero de copa. La gente estaba llegando y yo estaba listo para recibirlos.

Las colmenas estaban colocadas en dos filas en el otro extremo de la finca. En verdad eran ya muchas, Conolly había tenido que emplearse a fondo. El sonido conjunto de miles de abejas era tan intenso que las oíamos hasta dentro de casa. Mis abejas, adiestradas por mí, mis súbditas, que en verdad me obedecían en todo, contribuyendo día tras día, cada una con su minúscula parte, a llenar la colmena de una reluciente miel amarilla, contribuyendo al crecimiento y desarrollo de la colmena, a la vez que producían aún más súbditos.

Durante las últimas semanas había enviado una serie de invitaciones para mi primera presentación de la Colmena Estándar de Savage. Las invitaciones

se habían entregado a los agricultores locales, pero también a naturalistas de la capital. Y a Rahm. Muchos me habían escrito, él no. Pero vendría. Tenía que venir.

También Edmund estaba preparado. Me daba la impresión de que había captado la importancia del asunto. Al parecer, incluso Thilda había hablado con él. Porque aún no era demasiado tarde, era joven, y en esa fase de la vida uno es fácilmente engañado, seducido por los placeres simples. Seguir su pasión, así lo había llamado él, un argumento por el que yo sentía el más profundo respeto: lo que ahora hacía falta era ayudarlo a encontrar la pasión digna. Mi esperanza era que se dejara inspirar en el encuentro con la ciencia, directamente con la naturaleza. Que el orgullo que yo despertaría en él, el orgullo de formar parte de esta familia, de llevar nuestro apellido, lo condujera de vuelta al sendero recto y angosto.

Las mujeres de la familia habían colocado sillas y banquetas cerca de las colmenas. Allí se sentaría el público durante mi presentación. Las chicas y Thilda llevaban varios días trabajando en la cocina con los preparativos. Se serviría algo de comer y beber, claro que sí, aunque se gastaran nuestros últimos chelines, incluso el dinero para los estudios. Porque se trataba solo de una inversión a corto plazo, después de ese día todo se solucionaría, estaba convencido de ello.

Charlotte había estado todo el tiempo a mi lado. Desde aquel rato en el bosque hacíamos todo juntos, me había contagiado su calma, así como su entusiasmo. Ese día también era suyo, y sin embargo, había un acuerdo tácito de que su blanco traje de apicultora se quedaría en el armario de la habitación de las niñas. Ella formaba parte de las mujeres, y parecía estar a gusto con una bandeja de servir en la mano y las mejillas sonrosadas por el trabajo en la cocina. Pero de vez en cuando me dedicaba alegres y emocionadas sonrisas, que me indicaban que aquello le hacía tanta ilusión como a mí.

El primer carro se detuvo delante mía, y me dispuse a saludar. Pero entonces vi de quién se trataba. Conolly, solo era Conolly.

Le tendí la mano, pero él no la estrechó, sino que me dio un par de amistosas palmadas en el hombro.

—Llevo toda la semana esperando que llegue este momento —dijo con una

sonrisa—. Nunca he estado en algo así.

Le devolví la sonrisa, procurando que fuera condescendiente. No quería decir que yo tampoco, pero él me dio con el codo.

—Y a usted también le hace ilusión. Puedo verlo, no crea que no.

Allí estábamos, como dos niños el primer día del colegio, pateando de nerviosismo.

Primero llegaron los agricultores locales; dos que ya se dedicaban a la apicultura y uno que estaba pensando en empezar con ello. Bajaron hasta las colmenas mientras nosotros nos quedamos esperando.

Al momento llegaron a caballo dos hombres desconocidos para mí. Los dos llevaban sombrero de copa y atuendo de equitación. Estaban cubiertos de polvo, como si hubieran hecho un largo viaje. Se bajaron de los caballos y entonces reconocí a mis viejos compañeros de estudios, los dos con el pelo en retroceso, estómagos protuberantes y caras llenas de profundos surcos. Qué viejos eran, no, ellos no, nosotros, qué viejos éramos ya.

Saludaron, agradecieron la invitación, miraron a su alrededor e hicieron gestos de aprobación. Comentaron las posibilidades que ofrecía una vivienda como la nuestra, tan en medio de la naturaleza, en lugar de esa existencia que ellos habían elegido, en el bosque urbano, donde los árboles eran edificios de ladrillo, la tierra fértil adoquines y todo lo que se veía al levantar la cabeza hacia el cielo eran pisos, tejados y chimeneas.

La gente seguía acudiendo; varios agricultores, algunos solo por curiosidad, e incluso tres zoólogos de la capital que llegaron en el coche de la mañana y fueron dejados en el camino delante de la finca.

Pero ni rastro de Rahm.

Entré un momento en casa y miré el reloj de la chimenea. Había pensado empezar a la una en punto. Entonces, cuando todo el mundo ocupara sus asientos, bajaría y me pondría delante de ellos. Y Edmund, mi primogénito, estaría allí, entre el público, él me vería así, delante de todo el mundo.

Era ya la una y media. La gente empezaba a impacientarse un poco. Algunos se sacaron con discreción el reloj del bolsillo del chaleco para echarle una rápida ojeada. Se habían servido generosamente de la comida y bebida que

Thilda y las niñas sirvieron en bandejas, seguramente estarían satisfechos. Hacía calor, varios se levantaron el sombrero, o sacaron pañuelos que se pasaban por las húmedas nuca. Mi propio sombrero era un agujero negro ardiente apretado contra la cabeza, impidiéndome pensar con claridad. Me arrepentí de la vestimenta. Cada vez más invitados miraban hacia las colmenas y luego interrogantes a mí. La conversación, sobre todo la mía, se fue secando, era incapaz de mantener la atención en la persona que me hablaba, mi mirada se dirigía constantemente hacia la puerta. Ni rastro de Rahm. ¿Por qué no llegaba?

Tenía que empezar ya. Necesariamente.

—Ve a buscar a los chicos —le dije a Thilda.

Ella asintió con la cabeza. En voz baja empezó a reunir en torno a ella a las chicas, mientras Charlotte era enviada a casa en busca de Edmund.

Bajé tranquilamente hacia las colmenas, el público se dio cuenta de que por fin estaba ocurriendo algo. Las conversaciones dispersas se disolvieron, todo el mundo me siguió.

—Estimados caballeros, tomen asiento, por favor —dije, con un gesto abierto hacia las sillas que habíamos colocado.

No se hicieron de rogar. Los bancos estaban en la sombra, debían de llevar tiempo deseando sentarse en ellos.

Cuando la gente se hubo sentado, vi que habíamos exagerado, no había en absoluto tanto público como esperábamos. Pero llegaron las chicas, también Edmund. Hacían bulto, esparciéndose de una manera desorganizada, como solo hacen los niños, rellenando los huecos más grandes.

—Bueno, entonces parece que estamos todos —dije. Pero tenía ganas de gritar lo contrario. Porque él no estaba, y sin él, el día no tenía sentido. Entonces capté la mirada de Edmund. No, sí tenía sentido. Yo estaba haciendo aquello por Edmund—. Perdónenme solo un instante, mientras me pongo mi traje de protección. Al fin y al cabo no soy un *Wildman*.

Todos, incluso los campesinos, soltaron una ruidosa carcajada. Y yo que pensaba que había ofrecido una broma a los iniciados, algo que nos diferenciaría de ellos... Pero no tenía importancia. Lo que ahora importaba era la colmena, y nadie había visto nada parecido, de eso sí estaba seguro.

Me apresuré hacia el interior de la casa para cambiarme, librarme de la pesada ropa de lana y pasar al traje blanco. La tela fina se posó fresca sobre mi cuerpo y fue un alivio poderme quitar el sombrero negro de copa y sustituirlo por el ligero sombrero blanco de apicultor, con el finísimo velo que cubría la cara.

Miré por la ventana. Estaban sentados, quietos en las sillas y los bancos. Tenía que bajar y empezar. Con o sin él. Maldecía a Rahm, ¡claro que me las arreglaría sin su petulancia predicadora!

Salí de la casa y bajé hacia las colmenas. El sendero se había ensanchado por las huellas del viejo carro de Conolly, en algunas partes incluso se habían hecho profundos surcos. Yo había bajado las colmenas porque Conolly no se atrevía a acercarse, y me había costado mucho volver a subir el carro por la cuesta.

Las caras me sonrieron, todas en amistosa expectación, lo cual me hizo sentirme seguro.

Ocupé mi sitio y empecé a hablarles. Por fin podía, por primera vez, compartir mi invento con el mundo, por fin podía hablar de la Colmena Estándar de Savage.

Luego todos se acercaron a darme la mano, uno por uno; «fascinante», «asombroso», «impresionante», me llovían los elogios, era incapaz de distinguir quién decía qué, todo se entremezclaba. Pero capté lo más importante: Edmund estaba allí observándolo todo. Tenía la mirada despierta y despejada, por una vez su cuerpo no parecía intranquilo o debilitado, solo presente. Su atención estaba centrada todo el tiempo en mí.

Él lo vio todo, todas aquellas manos, incluso la última mano que me fue tendida.

Me había quitado el guante, y unos dedos fríos se encontraron con los míos, un calambre me recorrió el cuerpo.

—Enhorabuena, William Savage.

Sonrió, no un atisbo de sonrisa, sino una risa que duró, que se posó en su cara, que de hecho pertenecía a ese lugar.

Rahm.

Mantuvo mi mano en la suya, haciendo un gesto hacia las colmenas.

—Esto es distinto.

Apenas era capaz de pronunciar palabra.

—Pero... ¿cuándo ha llegado usted?

—Lo suficientemente pronto como para escuchar lo más importante.

—No... no lo he visto...

—Pero yo te vi a ti, William. Y además...

Puso su mano izquierda en la manga de mi traje, note cómo se me erizaba el vello en un maravilloso estremecimiento.

—... sabes que no me atrevería a acercarme a las abejas sin estar adecuadamente vestido. Por eso me quedé aquí, en la parte de más atrás.

—Y yo... yo no creía...

—No. Pero aquí estoy.

Cogió mi mano entre las suyas. Su calor me llenó hasta cada rincón de mi ser. Por el rabillo del ojo vislumbré a Edmund. Todavía estaba allí, con los ojos clavados en nosotros, en mí, seguía igual de atento y despierto. Veía y observaba.

Tao

Me quedé todo el día en la biblioteca leyendo libros, antiguos artículos de investigación, y viendo películas en un viejo aparato en el sótano. Tenía que asegurarme de todo.

Muchas de las cosas que leía correspondían a programas escolares de primaria. Me sentí transportada a interminables clases de ciencias naturales en las que la profesora predicaba nuestra historia en una voz tan de Juicio Final que pronto la rebautizamos con el nombre de Historia del Sueño. Éramos demasiado pequeños para entender lo que ella intentaba transmitirnos. Cuando la profesora nos miraba con sus ojos enmarcados de arrugas, nosotros nos volvíamos hacia la luz del sol que entraba por la ventana, imaginándonos simpáticas formas de nubes o mirando el reloj de la pared para ver cuánto faltaba para el siguiente recreo.

Ahora me reencontré con todas las enseñanzas que la profesora había intentado inculcarnos. Algunos años seguían en mi memoria.

En 2007 el Colapso recibió la denominación de CCD (Colony Collapse Disorder).

Pero había empezado mucho tiempo atrás. Encontré una película que trataba del desarrollo de la apicultura en el transcurso del siglo anterior. Después de la Segunda Guerra Mundial, la apicultura se convirtió en un próspero negocio en todo el mundo. Solo en los Estados Unidos había 5,9 millones de colonias. Pero luego las cifras empezaron a descender, tanto allí como en el resto del mundo. En 1988, el número de colmenas se había reducido a la mitad. La muerte de las abejas golpeó a muchas regiones, a Sichuan ya en la década de 1980, pero el Colapso no recibió nombre hasta que llegó a los Estados Unidos, entre 2006 y 2007, cuando apicultores con

miles de colmenas sufrieron una desaparición en masa en el transcurso de unas semanas. Quizá porque ocurrió en los Estados Unidos, nada era realmente importante en aquella época hasta que no ocurría en América: una muerte en masa en China no merecía un diagnóstico a nivel mundial. Así ocurrió entonces. Luego todo cambió.

Se escribieron un sinnúmero de libros sobre el CCD. Hojeé muchos, pero no encontré una respuesta única. Los expertos no se ponían de acuerdo sobre la causa del Colapso, porque no había solo una. Había muchas. Lo primero que se estudió fueron los insecticidas venenosos. En Europa se prohibieron temporalmente algunas clases de pesticidas en 2012, y un poco más tarde también en el resto del mundo. Solo los Estados Unidos se mostró reticente. Algunos científicos opinaban que el veneno influía en el sistema interno de navegación de las abejas y que, de esa manera, les imposibilitaba la vuelta a la colmena. Las sustancias tóxicas influían en el sistema nervioso de los pequeños insectos, y muchos estaban convencidos de que gran parte de las causas de la muerte de las abejas se encontraba en esas sustancias. Se decía que la prohibición se basaba en el más vale prevenir que curar. Pero los resultados de las investigaciones no eran lo bastante claros. Las consecuencias de prohibir el veneno eran demasiado grandes. Cosechas enteras destrozadas por plagas de insectos, con la consiguiente escasez de alimentos. Era imposible llevar a cabo una agricultura moderna sin sustancias venenosas. Y los resultados de la prohibición fueron demasiado insignificantes, las abejas desaparecieron de todos modos. En 2014 se anunció que Europa había perdido siete mil millones de abejas. Debido a que el veneno seguía en la tierra, afirmaban algunos, las abejas morían porque continuaba afectándolas. Pero pocos hicieron caso a estos argumentos. Y tras un periodo de prueba, se levantó la prohibición.

La culpa no fue únicamente de los insecticidas. El ácaro varroa —un minúsculo parásito que atacaba a las abejas— fue otra de las causas. El ácaro se pegaba al cuerpo de la abeja como una gran pelota, le chupaba el líquido linfático y extendía un virus que a menudo no se detectaba hasta mucho más tarde.

Luego estaba el tema del tiempo meteorológico extremo. El clima mundial

cambió poco a poco. A partir del año 2000, el cambio fue cada vez más rápido. Los veranos secos y calurosos, sin flores ni néctar, mataron a las abejas. Los inviernos duros mataron a las abejas. Y la lluvia. Las abejas se quedaban en casa cuando llovía, igual que los seres humanos. Los veranos húmedos significaban una muerte lenta.

El monocultivo fue un tercer elemento. Para las abejas el mundo era un desierto verde. Kilómetros y kilómetros de campos en los que se cultivaba la misma planta, escasez de zonas libres. El ser humano tenía un desarrollo cada vez más acelerado, las abejas no eran capaces de seguir ese ritmo. Y desaparecieron.

Sin las abejas, miles de hectáreas de campo cultivado quedaron yermas. Terrenos en flor sin bayas, frutales sin frutos. De repente, productos agrícolas que antes eran alimentos cotidianos se convirtieron en productos difíciles de encontrar: manzanas, almendras, naranjas, cebollas, brócoli, zanahorias, arándanos, nueces y granos de café.

En la década de 2030 cayó la producción de carne, parte del pienso más importante de los animales domésticos ya no podía fabricarse. Del mismo modo los seres humanos tuvieron que arreglárselas sin leche ni queso, porque los animales dejaron de tener alimento suficiente. Y la producción de biocombustibles, como el aceite de girasol, por el que se había apostado a lo grande para sustituir al petróleo, ya no servía de nada, porque dependía de la polinización. Una vez más se volvió a la energía no renovable, lo que a su vez aumentó el calentamiento global.

Al mismo tiempo, el crecimiento de la población se estancó. Al principio se detuvo, luego la curva empezó a señalar hacia abajo. Por primera vez en la historia del hombre no íbamos en aumento. La especie estaba disminuyendo.

La muerte de las abejas golpeó de distinto modo a los diversos continentes. La agricultura norteamericana fue la primera que entró en crisis. Los norteamericanos no fueron capaces —a diferencia de los chinos— de polinizar a mano. No tenían mano de obra. El trabajo resultaba demasiado caro, demasiado largo, demasiado duro. La importación de obreros tampoco resolvió el problema, ellos también tenían que comer, y a pesar de que eran más trabajadores y más perseverantes que los americanos, no consiguieron

producir más alimentos de los que ellos mismos comían.

El colapso en los Estados Unidos condujo a una crisis alimentaria mundial. Al mismo tiempo, también murieron las abejas en Europa y Asia.

Australia fue el último país afectado. Un documental de 2028 me explicó el porqué. Australia era la esperanza de todos, allí no había llegado aún el ácaro varroa, y se tenía la impresión de que en ese país las abejas no reaccionaban de la misma manera que en otros a las sustancias venenosas. En Australia las abejas estaban sanas, la apicultura se fue convirtiendo en una importante economía y el país llegó a ser una nación pionera en la investigación con abejas, polinización y apicultura.

Nadie supo cómo ocurrió, pero un día de la primavera de 2027, un apicultor de Avon Valley vio que algo no iba bien en una de sus colmenas. Mark Arkadieff dirigía una granja ecológica de miel. Lo hacía todo correctamente. Polinización a pequeña escala, solo movía unas cuantas colmenas cada vez, con sumo cuidado, y únicamente a granjas que pudieran garantizar que no empleaban insecticidas. Trataba muy bien a sus abejas, cambiaba las bandejas del fondo cuando estaban sucias, cuidaba de que siempre tuvieran comida. El propio Arkadieff solía decir que las abejas eran sus dueñas, no él de ellas. Era su fiel servidor, ellas dirigían su vida, su ritmo anual, decidían cuándo se levantaba y cuándo se acostaba. Se había declarado a su mujer Iris mientras intentaban conducir una colonia de abejas en enjambre a una nueva colmena.

No se merecía Arkadieff que justamente su granja, Happy Bees Honey Farm, fuera el primer lugar del continente australiano golpeado por el ácaro. Probablemente fue por culpa de su hermana. Ella vivía en California, y pasó dos semanas en la granja de su hermano. Podría haberse llevado el contagio en el equipaje. O podría ser la ropa de trabajo que encargaron a Corea del Sur. Nadie notó nada cuando abrieron el paquete envuelto en papel gris y de aspecto inocente, y sacaron prácticos monos para usar en la granja. ¿O acaso pudo ser algo de ese fertilizante que el vecino acababa de recibir en grandes sacos producidos en Noruega?

Mark no lo sabía, su mujer no lo sabía. Lo único que sabían es que esa primavera sus abejas enfermaron y ellos no lo descubrieron hasta que era demasiado tarde.

El apicultor acompañaba al equipo de noticias por la granja mientras contaba su historia. Fue incapaz de ocultar las lágrimas al abrir las colmenas vacías, en las que solo se veían unas cuantas abejas moribundas en el fondo.

Ya no había ningún país protegido. El mundo se encontraba ante el mayor reto de la historia del hombre. Se hizo un último gran esfuerzo. El ácaro varroa fue en parte exterminado. En algunos lugares se intentó paliar el monocultivo. Se colocaron arriates de flores entre los campos cultivados. Las pesticidas se prohibieron una vez más. Pero debido a esa prohibición, cosechas enteras fueron devoradas por plagas de insectos.

Unos investigadores ingleses experimentaron con plantas modificadas genéticamente, plantas que llevaban las propias feromonas de los insectos, el beta farneseno, sustancias secretadas por las propias abejas para señalar a otras que había peligro cerca. A partir de entonces se extendió el uso de estas plantas genéticamente modificadas. Los chinos, desesperados por la falta de alimentos, fueron los primeros en aplicar el nuevo estándar. Se dijo que las feromonas no afectarían a las abejas. Los ecologistas pusieron el grito en el cielo, asegurando que las abejas reaccionarían a las feromonas de la misma manera que a las plagas de insectos. Pero no se les escuchó. Se anunció como una situación en la que ganaban las dos partes: los humanos podían seguir con su agricultura industrial —no se conocía otra— y las abejas se librarían del veneno de los pesticidas.

En consecuencia, los campos se llenaron de plantas modificadas genéticamente, y los resultados fueron buenos. Tan buenos que en todo el mundo se arriesgaron. Las plantas modificadas genéticamente se expandieron a una velocidad vertiginosa. Sustituyeron a las plantas originales. Pero la muerte de las abejas continuó escalonadamente. En 2029 se habían perdido en China cien mil millones de abejas.

Nunca se llegó a confirmar si realmente las abejas reaccionaban a las feromonas. En todo caso era demasiado tarde. Las plantas crecían salvajemente. En todas las cunetas había algunas que ahuyentaban a los insectos.

El mundo se detuvo.

En la biblioteca encontré entrevistas con apicultores de todas partes del

mundo. Su resignación era evidente. Se habían convertido en portavoces y representantes de la crisis. Algunos estaban furiosos, jurando que iban a luchar, pero cuanto más avanzaban las entrevistas en el tiempo, con más claridad se veía la resignación. Si yo hubiera visto esas películas antes, no me habría fijado mucho en ellas. Eran testimonios de otros tiempos. Hombres cansados con ropa de trabajo vieja, toscas facciones, piel quemada por el sol, lenguaje banal, no tenían nada que ver conmigo. Pero ahora cada uno de ellos significaba algo para mí, cada tragedia personal me importaba. Cada uno de ellos dejó una huella.

George

Un día apareció sin más. Tal vez Emma lo hubiera llamado. Oí su voz cuando abrí la puerta. Yo venía del granero, y allí, con los protectores de los oídos no oía nada, ni los coches que iban y venían, ni voces en el patio, ni a Emma gritando.

Era la voz de un hombre adulto. Primero no sabía de quién se trataba. Luego comprendí que era él. Esa era la voz que tenía ahora.

Correteé por el patio. ¡Había venido! Seguro que Emma le había contado la situación en la que nos encontrábamos. Al parecer hablaban muy a menudo, ¡y entonces él había venido a ayudar! Con él aquí todo sería más fácil. Con él aquí yo podría con todo. Carpintear durante veinte horas al día. Trabajar más duro de lo que había trabajado en toda mi vida.

Pero entonces oí lo que estaba diciendo. Estaba hablando de su trabajo de verano. Entusiasmado. Me detuve, no podía seguir, no me decidía a entrar.

—Trataba de tomates, pero es igual —decía—. Todo es de alguna manera más interesante cuando aprendes más sobre ello. En mi vida había visto tomates tan grandes. El fotógrafo tampoco. Y el agricultor que ganó el concurso estaba muy pero que muy orgulloso. ¡El evento salió en portada, fíjate! ¡La primera cosa que escribí fue directamente a la portada!

Puse la mano en la manilla.

Emma se rio y lo puso por las nubes, como si nuestro hijo fuera un niño de cinco años que acababa de aprender a montar en bici.

Bajé la manilla rápidamente y abrí la puerta. De repente se hizo el silencio.

—Hola —saludé—. No sabía que ibas a venir.

—Ah, aquí estás —dijo Emma.

—Quería dar una sorpresa a mamá —dijo Tom.

—Ha hecho este viaje tan largo aunque tiene que volver el domingo —dijo Emma.

—¿Qué sentido tiene eso? —pregunté.

—Es el cumpleaños de mamá —respondió Tom.

Lo había olvidado. Hice un rápido cálculo mental y llegué a la conclusión de que no era hasta el día siguiente.

—Y también quería ver cómo os va —dijo en voz baja.

—¿Y eso para qué sirve?

—George —dijo Emma con voz afilada.

—Por aquí nos va como siempre —le espeté a Tom—. Pero está bien que hayas venido para el cumpleaños.

Para celebrarlo, al día siguiente comimos pescado; no habíamos comido pescado desde la última vez que Tom estuvo en casa. Él no paraba de contar historias del periódico local en el que trabajaba. No lo dijo directamente, pero entendí que recibía muchos elogios. El director opinaba que el joven tenía «buen ojo para ello», fuera lo que fuera «ello». Emma se reía todo el rato, casi me había olvidado ya de cómo sonaba su risa.

Me había acercado muy estresado al centro a comprarle unas medias muy caras y una crema de manos de regalo.

—Ah, este año no me hacía falta ningún regalo —dijo, al abrir el paquete.

—Claro que te mereces un regalo —dije—. Además, son cosas útiles, cosas que puedes usar.

Ella asintió y murmuró un gracias, pero vi que su mirada se posaba en la etiqueta con el precio medio borrado, se preguntaría cuánto me había gastado del dinero que no teníamos.

Tom le regaló un libro gordo con la foto de una granja envuelta en niebla en la portada. A ella le gustaban los libros largos.

—Comprado con mi primer sueldo —dijo él con una sonrisa.

Por ese regalo ella dio unas gracias muy cordiales y sonrientes. Entonces de repente se hizo el silencio. Tom se metió en la boca un trozo de pescado. Masticaba despacio, noté sus ojos clavados en mí.

—Cuéntame, papá —dijo de repente.

¿Se estaba refiriendo a las abejas? Lo haría por educación.

—Bueno, ahora verás —empecé—. Érase una vez...

—George —dijo Emma.

Tom seguía mirándome con la misma mirada franca.

—Mamá y yo hemos estado hablando, pero ella dice que tú que eres el experto, me lo explicarás mejor.

Me hacía preguntas de persona mayor. Como si él fuera el adulto. Me retorcí, me dolía el culo de tanto estar sentado, la silla me molestaba en los riñones.

—Cuánto interés —dije.

Dejó los cubiertos y se limpió con cuidado la boca con la servilleta.

—Últimamente he leído bastante sobre el CCD. Pero todo son especulaciones. Pensaba que tal vez tú que estás en el campo todos los días tuvieras otras ideas de por qué...

—Veo que el periodista ha venido de visita. ¿Vas a escribir algo sobre esto? Parpadeó, la cara se le contrajo. Yo había acertado.

—No, papá. No. No es por eso.

Y se calló.

De repente no soportaba el olor a pescado, me picaba la nariz, se me metía en el pelo y en la ropa. Me levanté bruscamente.

—¿Hay otra cosa?

—Hay más pescado —dijo Emma, dejando el libro que aún seguía teniendo en las manos.

Me acerqué al frigorífico sin mirar a ninguno de los dos.

—Quiero decir algo que no sea pescado.

—Hay postre. —Tan sonriente y con la voz tan dulce como antes.

—¿No pretenderás que me llene de postre?

Me volví, la miré fijamente y luego eché un rápido vistazo a Tom. Los dos me miraron, sentados muy juntos en la mesa y observándome con indulgencia, aunque seguro que les parecía un idiota.

Tom se volvió hacia Emma.

—No deberías haber hecho pescado por mí, mamá. Encima siendo tu cumpleaños. Deberías haber hecho algo que te gustara a ti.

—A mí me gusta mucho el pescado —dijo ella. Sonó como si estuviera leyendo en voz alta de un libro.

—Mañana comed lo que soléis comer —prosiguió Tom, tan jodidamente educado como antes. Aquello no tenía fin.

—De todos modos tú te vas mañana —dije.

—En realidad sí —contestó él en voz baja.

—Pero si comemos temprano le dará tiempo —dijo Emma—. ¿Verdad, Tom?

—Sí —contestó él.

—¿Cómo de temprano? —pregunté—. Me gustaría poder trabajar unas horas antes de comer. —Mi voz sonó tosca y ronca en medio de esa dulce charla entre ellos dos.

—Dijimos sobre la una, ¿no? —preguntó Emma a Tom.

—Quizá pueda arreglármelas para quedarme un poco más de tiempo —dijo Tom.

Yo le ignoré.

—¿A la una? Pues sí que es temprano —le dije a Emma.

—No te estreses por mí —dijo Tom.

—No es ningún estrés hacer una comida normal y corriente —gorjeó Emma.

—Porque aquí hay mucho que hacer ahora, como tal vez te hayas dado cuenta —dije. Al menos uno de nosotros podía ser sincero.

—Ayudaré con mucho gusto mientras esté aquí —se apresuró a decir Tom.

—Media jornada de músculos universitarios no es exactamente lo que se necesita aquí.

Emma ni siquiera me contestó, se limitó a seguir hablando con Tom con voz de gatita.

—Sí, sería estupendo que pudieras ayudar un poco a papá.

—ESTUPENDO —dije.

Nadie contestó a eso. Por suerte. Hubiera vomitado si hubiera oído más voz de gatita.

Tom volvió a coger los cubiertos y se puso a hurgar en la comida. Movié con el tenedor unas espinas de pescado y una piel grisácea y brillante.

—Me habría gustado poder quedarme un poco más.

«Habría gustado». Como si se tratara de algo que ya había pasado. Algo que no podía remediar.

—¿No puedes llamar y preguntar si puedes llegar más tarde? —le preguntó Emma.

—Treinta y ocho candidatos solicitaron ese puesto —contestó Tom en voz baja.

Yo fui hasta la puerta a grandes pasos. No tenía ganas de seguir escuchando excusas.

Había llegado al patio cuando me alcanzó.

—Papá... espera.

No me volví, seguí hacia el granero.

—Tengo que trabajar.

—¿Puedo ayudarte?

—Hay mucho que explicar. No merece la pena para tan poco tiempo.

—Pero yo quiero. Quiero ayudarte.

Vaya. Tanta insistencia era algo nuevo. Las palabras se me metieron dentro, provocándome un molesto nudo en la garganta. ¿Lo decía en serio? Tuve que darme la vuelta y mirarlo.

—Será un lío —dije.

—Papá, no es porque sea periodista. Es porque... me importa. De verdad.

Me miró. Con ojos grandes, muy abiertos.

—También es mi granja.

Y se calló. Se quedó allí. Al parecer no iba a decir nada más. Solo mirarme hasta que me ahogara. Yo no podía con esa mirada, con esos ojos tan bonitos de mi niño. Niño y adulto a la vez.

Lo decía en serio.

—Vale —asentí con la voz algo quebrada—. Vale —carraspeé un poco para aclararla, pero al parecer no había más que decir.

Así que entramos juntos.

William

La carta llegó en el coche de la tarde. Yo seguía en las nubes tras el éxito del día anterior, ya que todo había transcurrido como yo había deseado, o tal vez incluso mejor. Mi nueva vida había empezado. Aún sentía el momento dentro de mí, el momento entre Edmund, Rahm y yo, ese rato en el que todo fue exactamente como pensaba que sería, en el que la Idea del momento y el Momento en sí se fundieron en una unidad mayor.

Empecé a temblar al ver el sello de correos. Karlsmarkt. Era suya, un reconocimiento, no podía ser otra cosa. Le había enviado mi carta hacía ya semanas, su respuesta podía haber llegado cualquier día, pero, imagínate, llegaba justo hoy. Me eché a temblar. Era demasiado. ¿Acaso yo era Ícaro? ¿Se me incendiarían las alas? No, esto no era *hibris*, esto era el resultado de un arduo trabajo, me lo merecía.

Me llevé la carta a mi habitación, donde me acomodé, y tan reverente como en un encuentro con el mismísimo san Pedro, rompí el sello.

Karlsmarkt, a 29 de agosto de 1852

Honorable William Savage:

Recibí con gran entusiasmo su carta. Ha hecho usted un trabajo muy interesante. Los apicultores locales de su distrito deben de sacar un gran provecho de sus colmenas.

De cualquier modo: supongo que muchas cosas habrán cambiado desde que me escribió y también que habrán llegado a sus oídos las hazañas del reverendo Lorenzo Langstroth. Acaso incluso le hayan rechazado su

solicitud de patente. Perdóneme, pues, si le facilito información que usted ya posee.

Me da la impresión de que ha sacado usted las mismas conclusiones que un apicultor al otro lado del Atlántico. He de admitir que leí con sorpresa la descripción de su colmena, ya que es muy parecida a la del pastor. Yo he tenido el placer de cartearme con él en el transcurso de este último año y sé con toda seguridad que ya ha obtenido la patente de los marcos, iguales a los que usted describe en su carta. También él llegó, mediante cálculos, a la medida áurea para la distancia entre la pared y los marcos de la colmena, y entre cada uno de ellos, aunque la suya era 9,5 milímetros.

Espero que continúe usted su extremadamente fructífera investigación, ya que estoy convencido de que en lo que se refiere al conocimiento sobre la vida de las abejas, aún no hemos tocado más que la superficie. Sepa que me alegrará volver a tener noticias suyas y espero que con esto podamos iniciar una correspondencia recíproca entre los que yo considero dos iguales dentro de este campo.

Respetuosamente,

JOHANN DZIERZON

Tenía la carta sujeta con las dos manos, y sin embargo temblaba, las letras bailaban, apenas eran legibles. En mis oídos sonaba una risa.

«Correspondencia recíproca. Iguales dentro de este campo». Repetí las palabras para mis adentros, pero no tenían ningún sentido.

Era demasiado tarde. Yo no era el igual de nadie.

Era a mí a quien deberían colocar en una caja con tapa, en la que poder ser observado y controlado desde arriba. Yo ya estaba domesticado por la vida misma.

Dejé la carta y me levanté. Tenía que tirar algo, destrozar, romper. Cualquier cosa para detener el huracán de mi interior. De repente, las manos salieron disparadas de mis costados, arremetiendo contra los libros, el tintero y los dibujos del escritorio. Todo cayó al suelo, la tinta se salió del tintero, convirtiéndose en una pupila sin fondo sobre las tablas de madera del suelo, una mancha que nunca podría quitarse por mucho que se fregara y que permanecería como un constante recuerdo de mi derrota. Como si hiciera

falta. Toda mi persona, todo mi cuerpo amorfo y fofo era en sí un recuerdo.

La estantería llena de libros fue en la misma dirección que el tintero, luego la silla del escritorio. Rompí en pedazos los gráficos de la pared. Reventé los monstruos marinos de Swammerdam, nunca más fijaría en ellos mis ojos, nunca más vería a Dios en las partículas más pequeñas de la obra de la creación.

Luego el papel de la pared. Ese maldito papel amarillo. Lo arranqué de las paredes tira a tira, hasta que quedó colgando en jirones que dejaban grandes heridas en la tosca pared de ladrillo que había detrás.

Y por fin tenía los dibujos en las manos, los dibujos de la colmena. Carecían de cualquier valor. Tendrían que ser destruidos para siempre.

Los músculos de las manos se me tensaron. Quería arrugarlos, romperlos en pedazos, pero no pude.

Porque yo no podía hacerlo. No eran míos, sino suyos. Todo era por su culpa y por lo tanto también su responsabilidad.

Salí corriendo al pasillo.

—¡Edmund!

No llamé a la puerta, me lancé dentro, él no se había tomado la molestia de cerrar.

Se incorporó estremecido en la cama. El pelo erizado, los ojos enrojecidos. Apestaba a alcohol. Me alejé del hedor casi sin pensármelo, como también había hecho antes, engañándome a mí mismo, fingiendo que no existía.

No, hoy no, y nunca más. Se merecía muchos azotes. En la espalda con la hebilla del cinturón, hasta que la piel se le reventara y la sangre chorreara.

Pero primero esto.

—¡Míralos! —Tiré los dibujos sobre la cama—. ¡Aquí están!

—¿Qué?

—Fuiste tú el que me hizo empezar. ¡Aquí están! ¿Qué voy a hacer con ellos?

—Padre..., estaba durmiendo.

—No valen nada. ¿Sabes?

Su mirada se aclaró, se recompuso. Cogió uno de los dibujos.

—¿Qué es esto?

—¡No valen ni el papel en el que están dibujados! ¡Nada!

Miró las absurdas manchas de tinta.

—Ah —dijo—. La colmena. Es la colmena.

Respiraba con dificultad, intenté serenarme.

—Ahora son tuyos. Los dibujos. Fuiste tú el que me animó a empezar con esto. Puedes hacer con ellos lo que te dé la gana.

—¿Que fui yo? ¿Qué quiere decir?

—Tú lo empezaste. Ahora puedes destrozarlo. Quémalos. Rómpelos en pedazos, haz lo que te dé la gana.

Edmund se levantó lentamente y bebió un sorbo de agua de una taza, con una mano sorprendentemente firme.

—No sé a qué se refiere, padre.

—Es tu obra. Yo te los hice a ti.

—¿Pero por qué? —Me miraba fijamente. No podía recordar la última vez que nuestras miradas se cruzaron. Ahora sus ojos se habían estrechado. Aparentaba más de los dieciséis años que tenía.

—¡El libro! —grité.

—¿Qué libro? ¿De qué está hablando?

—El libro de Huber. ¡François Huber! ¡El apicultor ciego!

—Padre. No comprendo. —Me miró como si yo fuera un lunático, como si mi lugar estuviera en el manicomio.

Me encogí. Él ni siquiera se acordaba. Ese momento que tanto había significado para mí.

—Ese que me dejaste... después de aquel domingo... cuando los demás estaban en la iglesia.

De repente fue como si empezara a recordar.

—Ese día, sí. Esta primavera...

Asentí con la cabeza.

—Es algo que no olvidaré jamás. Que ese día vinieras a mí por tu propia voluntad.

Apartó la mirada, sus manos se movían como intentando agarrar algo, sin encontrar más que motas de polvo en el aire.

—Fue madre la que me pidió que fuera a verle —dijo por fin—. Pensaba

que serviría de algo.

Thilda. Él seguía siendo suyo y lo sería siempre.

George

Estuvimos dedicados a la carpintería el resto de aquel día. Hasta que se hizo de noche. Tom trabajó duramente. Pero no con la misma desgana que antes. Ahora lo hacía porque quería. Preguntaba y profundizaba, aprendía deprisa, era metódico y rápido.

El sonido del martillo contra el clavo, rítmico. La sierra chirriante. Y de vez en cuando el silencio. El viento, los pájaros fuera.

El sol quemaba el tejado del granero, chorreábamos de sudor. Tom metió la cabeza debajo del grifo para refrescarse, luego la sacudió como un perro mientras se reía. Mil gotas de agua fría me alcanzaron, me refrescaron, y creo que yo tampoco conseguí no reírme.

El domingo transcurrió de la misma manera. Trabajábamos, charlábamos de alguna cosa que no fuera colmenas. El chico parecía estar a gusto. No lo había visto así desde que era un niño. Comió bien. Se tomó incluso un trozo de jamón para almorzar.

Miré el reloj. Estábamos sentados fuera tomando un café. Eran ya cerca de las dos. El autobús se iría pronto. Yo no dije nada. Quizá se le hubiera olvidado. Quizá hubiera cambiado de opinión.

Él también miró el reloj.

Entonces se lo quitó y se lo guardó en el bolsillo.

—Papá, ¿cómo fue la primera vez?

Me miró, de repente había vuelto a ponerse muy serio.

—¿Qué quieres decir?

—La primera colmena que abriste.

—¿Tú qué crees? Horrible.

—Pero... ¿Qué era diferente? ¿Qué había de diferente esa vez?

Di un sorbo de café, se me quedó nadando en la boca, resultó difícil de tragar.

—No lo sé... Habían desaparecido sin más. Solo quedaban unas cuantas más abajo. Estaban muy mal. Solo la reina y larvas. Completamente solas.

Me volví, no quería que viera que se me habían humedecido los ojos.

—Y ocurre tan deprisa, ¿sabes? Un día están vivitas y coleando, y al día siguiente han desaparecido sin más.

—Es distinto a la mortalidad invernal —dijo.

—No se puede comparar. La mortalidad invernal es algo que puede entenderse. Es el tiempo o la falta de comida o las dos cosas —dije.

Tom callaba, se abrazaba el cuerpo con ambas manos, estaba pensando.

—Pero también volverás a tener mortalidad invernal —dijo por fin.

Asentí con la cabeza.

—Claro que sí. Algunos inviernos son duros.

—Y serán aún más duros —afirmó—. De hecho, vamos a tener inviernos más fríos, con huracanes y temporales.

Yo debía decir algo, contribuir con algo, pero no sabía con qué.

—Y también mortalidad veraniega —prosiguió—. Porque los veranos serán más húmedos, más inestables.

—Pues sí —dije—. Pero no lo sabemos seguro.

Él no me miró, prosiguió en un tono de voz cada vez más alto.

—También llegará otro colapso. Ocurrirá otra vez. —Ahora hablaba en voz muy alta—. Las abejas se mueren, papá. Y solo nosotros podemos hacer algo para impedirlo.

Me volví hacia él. Nunca le había oído hablar así, intenté sonreír, pero solo me salió un gesto torcido.

—¿Nosotros? ¿Tú y yo?

No sonrió, pero al parecer tampoco se disgustó. Solo estaba muy pero que muy serio.

—Los seres humanos. Tenemos que cambiar los métodos. De eso hablaba cuando estuvimos en Maine, ¿te acuerdas? No podemos aceptar este sistema. Tenemos que cambiar antes de que sea demasiado tarde.

Tragué saliva. ¿A qué venía esto? ¿Este vivo interés? Nunca se había comportado así. De repente me sentí tan orgulloso que tuve que mirarlo. Pero él estaba muy ocupado con su taza de café.

—¿Volvemos al trabajo? —preguntó en voz baja.

Asentí con un gesto de la cabeza.

Llegó la tarde. Llegó la noche.

Estábamos los tres sentados en la terraza. El cielo estaba despejado.

—¿Te acuerdas de la serpiente? —pregunté.

—Y de las abejas —respondió Tom.

—¿La serpiente? —preguntó Emma.

Tom y yo nos miramos, sonriendo.

El día siguiente dormí hasta tarde. Me desperté con una sonrisa en la boca. Listo para nuevas colmenas.

Emma estaba sentada junto a la mesa cuando entré en la cocina. Había comenzado el libro gordo.

Un plato solitario delante de ella. Miré a mi alrededor.

—¿Dónde está Tom?

Dejó el libro. Torció la boca hacia abajo en un gesto triste.

—Ah, George.

—¿Sí?

—Se marchó temprano esta mañana. Antes del desayuno.

—¿Sin despedirse?

—Dijo que no quería despertarte.

—Pero creí...

—Sí, lo sé. —Volvió a coger el libro, como aferrándose a él, no dijo nada más.

Yo tampoco tenía fuerzas para decir nada más. Miré hacia otro lado.

Me sentía como si Dios me hubiera tomado el pelo. Como si hubiera colgado una escalera desde el cielo hasta la granja, permitiéndome subir en ella para echar un vistazo, dejándome contemplar ángeles en prados de algodón de azúcar, para luego empujarme de repente de una nube, dejándome caer de nuevo a la tierra. A la tierra un día de lluvia. Gris. Fangosa. Pobre.

Salvo que el sol seguía brillando igual de insistente. Quemando el planeta hasta la muerte.

Yo había perdido las abejas.

Y al parecer, también había perdido a Tom. Hacía mucho. Solo que había sido demasiado tonto para entenderlo.

Tao

—Hola. Vamos a cerrar ya.

La vigilante se inclinó sobre mí con un pesado manajo de llaves en la mano, que hizo sonar.

—Puedes volver mañana, si quieres. O llevarte algún libro prestado.

Me enderecé.

—Gracias.

Delante de mí tenía un largo artículo sobre la muerte del abejorro. Los abejorros y las abejas salvajes desaparecieron al mismo tiempo que las abejas melíferas, pero su muerte no fue tan visible o inquietante, las especies eran cada vez más escasas, sin que nadie diera la señal de alarma. Las abejas salvajes eran responsables de dos terceras partes de la polinización en el mundo. En los Estados Unidos era la abeja melífera la que realizaba la mayor parte del trabajo, pero en los demás continentes las especies de abejas salvajes eran sin duda las más importantes. Pero en ellas resultaba más difícil medir la reducción de especies y cifras. Ahora bien, el ácaro, los virus y el tiempo inestable también afectaban a las abejas salvajes. Y las sustancias venenosas. Se encontraban dentro de la tierra, en cantidades suficientes como para envenenar a futuras generaciones, tanto de abejas como de seres humanos.

Se llevó a cabo una intensa investigación sobre otros insectos que pudieran ser aptos para la polinización. Primero se probó con las abejas salvajes, pero fue un fracaso. Luego se intentaron crear distintas clases de moscas polinizadoras para este fin, *Ceriana conopsoides*, *Chrysotoxum octomaculatum* y *Cheilisia reinformis*, pero sin éxito. Al mismo tiempo, los cambios climáticos convirtieron al mundo en un lugar más inhóspito para

vivir. La subida del nivel del mar y los climas extremos provocaron grandes emigraciones, y la escasez de alimentos se acentuó. En otros tiempos las guerras se iniciaron por la sed de poder, ahora se luchaba por la comida.

También este artículo se detenía en el año 2045. Cien años después del final de la Segunda Guerra Mundial, la Tierra, tal y como la había conocido el ser humano moderno, ya no era un lugar que podía servir de hogar para miles de millones de personas. En 2045 no quedaba ya ninguna abeja en todo el planeta.

Me acerqué a las estanterías donde había encontrado muchos de los libros más actuales sobre el Colapso, para volver a colocar algunos. Estaba a punto de dejar un libro cuando avisté un lomo verde un poco más allá. No era ni especialmente gordo ni alto, pero su color verde atrajo mi mirada. Y los caracteres amarillos con el título *El apicultor ciego*.

Lo cogí, quería sacarlo. Pero el libro se resistía, el plástico del forro se había pegado a los libros de al lado, y emitió un pequeño suspiro cuando los separé.

Lo abrí, las tapas eran rígidas, pero las hojas se abrieron fácilmente, dándome la bienvenida. La última vez que leí ese libro fue en la sencilla biblioteca del colegio, y se trataba de un ejemplar medio deshecho, una copia. Lo que ahora tenía en las manos era un ejemplar completamente nuevo. Miré el colofón: 2037. Primera edición.

Fui al primer capítulo y volví a encontrarme con las mismas imágenes. La reina y sus crías, que no eran más que larvas dentro de celdas, y toda esa miel dorada con la que se rodeaban. Una multitud de abejas en un marco dentro de la colmena, muy juntas, todas idénticas, imposibles de distinguir. Cuerpos de rayas, ojos negros, alas relucientes en los colores del arcoíris.

Seguí hojeando, llegué a un pasaje sobre el conocimiento, las mismas frases que había leído de niña, pero ahora las palabras me impresionaron aún más. «Para poder vivir en la naturaleza, con la naturaleza, tenemos que alejarnos de la que hay dentro de nosotros mismos... La educación consiste en desafiarnos a nosotros mismos, en desafiar a la naturaleza, a los instintos...».

Me interrumpieron unos pasos, la vigilante dobló una esquina y se acercó a mí. No dijo nada, pero hizo tintinear las llaves. Esta vez ostensiblemente.

Le hice un gesto para indicarle que ya me iba.

—Me gustaría coger prestado este —dije cogiendo el libro.

Ella se encogió de hombros.

—Adelante.

Lo dejé encima de la cama junto a un montón de libros. Había cogido prestados todos los que pude cargar. Luego seguiría leyendo. Solo una ducha primero.

Me deshice de la ropa en medio de la habitación. Me quité todo de un solo movimiento, los calcetines se engancharon en la pernera del pantalón. La ropa quedó en un montón rancio en el suelo.

Estuve bajo la ducha hasta que se acabó el agua caliente, me lavé el pelo tres veces, frotando el cuero cabelludo con las uñas, para quitarme el polvo callejero de la ciudad muerta. Luego me sequé durante mucho rato, la humedad no se iba de la piel; el cuarto de baño estaba lleno de vapor. Al final me cepillé los dientes, también durante mucho rato, sintiendo cómo iban desapareciendo sarro y bacterias, me enrollé en una toalla y volví a la habitación.

Lo primero que vi fue que alguien había recogido mi ropa. No había nada en el suelo. Me volví hacia la cama. Sentada en ella había una mujer. Era más joven que yo. Piel suave, uñas limpias. Ropa limpia y planchada, estirada, como si fuera un uniforme. Se trataba de una mujer que se dedicaba a algo muy distinto que a trabajar al aire libre entre los árboles.

En la mano tenía uno de los libros, no pude ver cuál.

Levantó la cabeza y me miró de un modo serio, neutro. No fui capaz de decir nada, mi cerebro trabajaba intensamente para entender lo que estaba pasando. ¿Debería conocerla?

Se levantó tranquila, dejó el libro y me alcanzó la ropa, que estaba primorosamente doblada y colocada en un montón.

—Sería mejor que se vistiera.

Me quedé de pie sin moverme. La mujer se comportaba como si fuera algo natural que ella estuviera allí. Y tal vez lo era. La miré fijamente, intentando descubrir si su cara me despertaba algún recuerdo. Pero no aparecía ninguno. Me di cuenta de que la toalla estaba a punto de soltarse, de caer, de dejarme

desnuda, y, si era posible, aún más vulnerable. Me vi obligada a retirar la mano y sujetarme la toalla para que no se me cayera, y me sentí torpe y desenmascarada.

—¿Cómo ha entrado? —pregunté, sorprendida de que la voz sonara firme.

—Pedí prestada una llave. —Lo dijo con una sonrisita, como si fuera algo normal y corriente.

—¿Qué quiere? ¿Quién es? —pregunté tartamudeando.

—Tiene que vestirse y acompañarme.

No fue una respuesta, sino una orden.

—¿Por qué? ¿Quién es?

—Toma. —Me alcanzó el montón de ropa.

—¿Quieres dinero? Solo tengo un poco.

Me acerqué al cajón de la mesita de noche, donde aún tenía unas monedas, me volví y se las mostré.

—Me envía el Comité —dijo—. Tienes que acompañarme.

William

Los dibujos descansaban sobre mis rodillas. Estaba sentado en un banco del jardín, a cierta distancia de las colmenas, lo bastante cerca como para verlas y oírlas bien, pero lo bastante lejos como para evitar que me picaran las abejas. Estaba quieto, como un animal olfateando, como una presa a la que estaban a punto de atacar.

Pero el ataque había terminado. Yo ya era carroña.

La abeja se muere cuando sus alas están desgastadas, deshilachadas, desgarradas, como las velas del holandés errante. Se muere en el momento en el que va a levantar el vuelo, lleva mucha carga, tal vez más peso que nunca, rebosa de néctar y polen, y esta vez resulta ser demasiado, las alas ya no la soportan. No vuelve nunca a la colmena, sino que cae en picado al suelo con toda su carga. Si hubiera tenido sentimientos humanos, en ese momento se habría sentido feliz, habría entrado por las puertas del cielo plenamente consciente de haber vivido a la altura de la idea de sí misma, de la Abeja, como podría haberlo formulado Platón. El desgaste de sus alas, su muerte misma, es la señal más clara de que ha cumplido con su destino en la tierra, de todo lo que ha logrado realizar, teniendo en cuenta su diminuto cuerpo.

Yo nunca tendría una muerte así. No había ninguna señal clara de que yo hubiese realizado aquello para lo que me habían enviado a la tierra. No había logrado absolutamente nada. Me haría viejo, engordaría y luego me desvanecería sin haber dejado tras de mí ninguna huella, nada que perdurara, excepto tal vez una empanada salada que dejaba una lámina grasienta en el paladar. Nada más que la empanada Swammer.

En realidad, ya se podría acabar todo. La seta seguía en el cajón de arriba a la izquierda de la tienda, debidamente cerrado, con una llave a la que solo yo

tenía acceso. Su efecto era rápido, al cabo de unas horas estaría atontado y con la cabezada embotada, luego inconsciente. Un médico lo diagnosticaría como fallo orgánico, nadie sabría que había sido autoinducido. Y yo quedaría libre.

Pero no logré hacerlo, fui incapaz de moverme del banco, ni siquiera de romper los dibujos, mis manos se negaban a realizar ese sencillo movimiento, el impulso muscular se detuvo en las puntas de los dedos, paralizándome.

No sé cuánto tiempo estuve allí solo.

Ella llegó sin que me diera cuenta. De repente estaba sentada en el banco a mi lado. Sigilosa, ni siquiera oía su respiración. Sus ojos situados muy cerca el uno del otro, mis propios ojos, observaban las abejas que zumbaban delante de nosotros, o tal vez no miraran nada.

Llevaba en la mano la carta de Dzierzon. Debía de haberla encontrado en medio del caos de mi habitación, encontrado y leído, de la misma manera que en otras ocasiones había buscado y encontrado cosas mías. Porque todo había sido obra suya, la tienda ordenada y limpia, el libro en el escritorio. Pero yo no lo había visto, no había querido verlo.

La presencia de otro ser humano hizo desaparecer la paralización. O tal vez desapareció porque era precisamente ella. Ahora era lo único que tenía.

Puse los dibujos en su regazo.

—Rómpelos en mi lugar —dije en voz baja—. Yo no soy capaz.

Ella siguió sentada. Intenté captar su mirada, pero miraba hacia otro lado.

—Ayúdame —le supliqué.

Ella puso una mano sobre los dibujos, callada unos instantes.

—No —dijo por fin.

—Pero son basura, ¿no lo entiendes? —Mi voz se quebró, pero a ella no le conmovió.

Se limitó a hacer un lento gesto negativo con la cabeza.

—Es demasiado pronto, padre. Quizá tengan algún valor todavía.

Inspiré, conseguí hablar serenamente, procurando parecer racional.

—No tienen ningún valor. Solo quiero que los destruyas, porque yo no soy capaz. Deshazte de ellos, llévatelos a un lugar donde yo no pueda verlos... y

no te pueda detener... ¡Quémalos! Una gran hoguera, con llamas que lleguen hasta el cielo.

Quise que mis palabras la golpearan, que la hicieran levantarse y seguir mi encarecida súplica como solía secundar todas mis peticiones. Pero permaneció sentada, ojeando los dibujos, pasando el dedo por las correcciones en las que tanto me había esforzado, los detalles con los que tanto había luchado.

—No, padre, no.

—¡Pero es lo único que quiero! —De nuevo esa opresión en el pecho. Sentía la mano de mi padre alrededor de la nuca, su risa burlona en mis oídos, tierra en las rodillas y un cinturón esperando. Ella era la adulta, yo el niño de diez años con la vergüenza pesando en el hombro, una vez más había fracasado—. Quémalos, por favor.

Por fin descubrí las lágrimas en sus ojos. Sus lágrimas. ¿Cuándo las había visto por última vez? No cuando pasó conmigo todas esas horas en el transcurso del invierno, no cuando volvió a casa con Edmund borracho como una cuba, ni tampoco cuando me encontró casi comido por la tierra.

Entonces lo entendí. Eran sus dibujos, su obra. Ella había estado allí todo el tiempo, pero yo solo me había visto a mí mismo, mi investigación, mis dibujos, mis abejas. Por fin entendí y reconocí que habíamos sido dos desde el principio, también eran suyos, las abejas también eran suyas.

—Charlotte. —Tragué saliva—. Ah, Charlotte. ¿Qué he sido yo para ti en realidad?

Levantó sorprendida la vista.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que... deberías haber... recibido algo más.

Se pasó las manos por los ojos, su mirada ya solo expresaba asombro.

—¿Algo más? No...

Quería decirle tantas cosas... que se merecía un padre mejor, un padre que también pensara en ella, que yo había sido un idiota, solo interesado en lo mío, mientras que el apoyo que ella me prestaba era inquebrantable, hiciera yo lo que hiciera. Pero las palabras crecieron demasiado, no pude.

Lo único que conseguí hacer fue cogerle la mano. Ella me dejó hacerlo,

pero se apresuró a poner la otra de modo protector sobre los dibujos, para que no se los llevara el viento.

Seguimos sentados en silencio.

Ella tomó aliento varias veces, como si quisiera decir algo, pero no acertó a pronunciar palabra.

Por fin dijo:

—No debe pensar así.

Luego volvió la cabeza y me miró con sus claros ojos grises.

—He recibido más de lo que una joven puede esperar. Más que ninguna joven que conozca. Todo lo que me ha explicado, contado, en todo lo que me ha permitido participar... Todo ese tiempo que hemos pasado juntos, todas las conversaciones, todo lo que me ha enseñado... Para mí, padre... yo...

No terminó la frase, seguía sentada, y por fin dijo:

—No podría haber tenido un padre mejor.

Se me escapó un sollozo, miré al infinito, concentrándome ciegamente en la nada, mientras luchaba contra las ganas de llorar.

Nos quedamos allí sentados, el tiempo transcurrió, alrededor de nosotros estaba la naturaleza con todos sus sonidos, el canto de los pájaros, el zumbido del viento, el croar de una rana. Y las abejas. Su suave zumbido me tranquilizó.

Charlotte desprendió cuidadosamente su mano de la mía e hizo un débil gesto de afirmación con la cabeza.

—Ya no los verás más.

Se levantó, cogió los dibujos con las dos manos como si todavía fueran valiosos y desapareció en dirección a la casa.

Se me escapó un profundo suspiro de gratitud y alivio, pero también con la seguridad de que todo había acabado.

Me quedé sentado contemplando las abejas, su tenacidad, hacia delante y hacia atrás, sin descansar jamás.

Hasta que se les desgarraban las alas.

George

De nuevo yacía despierto, aunque no había nada que impidiera una noche de buen sueño. La habitación estaba fresca, ni fría, ni calurosa. Y oscura. Curioso, últimamente estaba muy oscura. Mucho más que antes. Entonces me acordé de la lámpara. Era por eso. Nunca llegué a repararla. Los cables seguían encaramados a la pared, como gusanos con cabeza de cinta aislante. Pasaba por allí todos los días, los veía cada vez y siempre me ponían de mal humor. Una de esas cosas que a uno nunca le daba tiempo a hacer. No era importante, ya lo sabía. No me hacía falta esa luz, a ninguno de los dos nos hacía falta. Emma tampoco daba la lata al respecto. No creo que pensara en ello siquiera. Pero esos cables formaban parte de todo lo que no estaba como debía, de todo lo que no funcionaba.

Yo necesito siete horas de sueño. Como mínimo. Siempre he envidiado a los que duermen poco. Los que tras cinco horas se despiertan listos para trabajar duro. He oído decir que ellos son los que llegan lejos en la vida.

Me volví hacia el despertador. 00:32. Llevaba acostado desde las 23:08. Emma se había dormido enseguida y yo también me quedé dormido bastante pronto. Pero luego me volví a despertar con la cabeza despejada, clara. Y el cuerpo trabajaba, no conseguía mantenerlo quieto, no entraba en contacto con el colchón. Me colocara como me colocara estaba incómodo, algo me irritaba, algo me picaba.

Tenía que dormir. Al día siguiente estaría hecho una piltrafa si no me dormía ya. Quizá una copa me ayudara.

No teníamos licores, no solíamos beber licores fuertes. Otras cosas tampoco. Pero encontré una cerveza en el frigorífico. Y un vaso en el armario. Necesitaba el abridor. No estaba colgado donde siempre, en un

rincón sobre la pila, el cuarto gancho desde la derecha, entre las tijeras y una espátula. ¿Dónde estaba? Abrí el cajón de los cubiertos. Vi el sacacorchos junto a unas gomas podridas al fondo del cajón. Pero el abridor no estaba allí. Abrí otro cajón. Nada. ¿Había cambiado ella el sistema? ¿Asignado nuevos lugares a las cosas? No sería la primera vez.

Seguí buscando en todos los cajones. Tuve que dejar la cerveza en la mesa para usar las dos manos, ya no intentaba no hacer ruido. Si ella había cambiado todo de sitio, tendría que aguantar un poco de jaleo. Joder, cuántos cajones había en esa cocina, y cuánta mierda. Esos llamados utensilios solo servían para coger polvo. Hervidor de huevos, molinillo eléctrico de pimienta, un aparato especial que partía las manzanas en seis trozos. Se habían ido amontonando durante media vida. Emma era la responsable de la mayor parte de todas esas compras. Me entraron ganas de coger una bolsa y empezar a tirar. De poner orden.

Entonces apareció. Estaba en el cajón grande con cazos, cucharones y batidoras. En la parte de más atrás. Debajo de otras cosas. Sí que se le había asignado un nuevo sitio, no cabía duda. Abrí rápidamente la botella. Me entraron ganas de ir a despertarla y decirle que ya podía dejar de cambiar las cosas de sitio, coño. Pero opté por dar un gran trago de cerveza. Bajó fría por la garganta.

Me sonaban las tripas, pero no tenía fuerzas para buscar algo de comer. No había nada que me tentara. La cerveza también alimentaba. No tenía sueño ni estaba cansado, solo inquieto. Di unos pasos por la cocina, fui al cuarto de estar y cogí el mando a distancia del televisor. Pero me detuve en seco, porque de repente descubrí algo en la pared del comedor.

Entré. Me paré delante de ellos. De los dibujos. La Colmena Estándar de William Savage. Que en realidad no se había convertido en estándar para nadie más que para la familia Savage. En una pared a la que nunca llegaba el sol. En gruesos marcos dorados, relucientes, sin rastro de polvo, Emma se ocupaba de eso. Tinta negra sobre papel amarillento. Números. Medidas. Sencillas descripciones. Nada más. Pero detrás había una historia que mi familia había conservado desde que los dibujos fueron hechos en 1852. La colmena estándar iba a ser el gran triunfo de William Savage, con ella iba a

entrar en la historia. Pero no había contado con un espabilado norteamericano, Lorenzo Langstroth. Él ganó, él calculó las medidas de la colmena que más adelante serían las medidas estándar. Y en Savage no se fijó nadie. Simplemente llegó demasiado tarde. Quizá eso es lo que pasa cuando, como ellos, cada uno está en un continente trabajando en lo mismo, sin teléfono, fax ni correo electrónico.

Detrás de todo inventor siempre quedan una docena de tipos alicaídos que han llegado un poco tarde. Savage fue uno de ellos. De manera que no hubo ni riquezas ni honores para él ni su familia.

Al parecer, la mujer consiguió casar a la mayor parte de las hijas. Pero al hijo, Edmund, le fue peor. Todo le iba mal, era un elemento perturbador, un dandi, la bebida empezó a gustarle demasiado pronto y con el tiempo acabó en el arroyo de Londres.

Solo una de las hijas no se casó nunca. Charlotte, la más lista. La primera dama de nuestra familia. Compró un billete de ida y cruzó el charco. Su baúl está arriba en el desván. Con él viajó, con él y con un niño. Nadie sabía quién era el padre. Ellos dos y el baúl llegaron solos a América. En él llevaba todo lo que tenía. Olía a cerrado y a viejo. No lo usamos para nada, pero me da mucha pena deshacerme de él. Charlotte metió su vida entera en ese baúl. Incluidos los dibujos de su padre de la colmena estándar.

Y fue allí donde todo empezó. Charlotte empezó con las abejas. No a tiempo completo, sino aparte de su trabajo de maestra y directora de colegio. Solo tuvo tres colmenas, pero bastaron para que el niño se fuera aficionando poco a poco, y ampliara con unas cuantas colmenas más. Y lo mismo hizo su hijo. Y el hijo de su hijo. Y por fin mi abuelo, que apostó por ellas como oficio.

¡Malditos dibujos!

De repente di un puñetazo al cristal. Estalló y el dolor pasó de la mano a todo el cuerpo. El cuadro tembló un poco, pero seguía colgado en el mismo sitio de antes.

Había que quitarlos. Tenían que desaparecer los tres.

Los descolgué y me los llevé a la entrada. Allí busqué mis zapatos más grandes, pesados zapatos de invierno con gruesas suelas.

Me los puse y salí al patio.

Estaba a punto de acabar con ellos, de pisarlos fuerte con las botas, pero en ese instante me acordé de Emma, del ruido que haría. Me volví hacia la ventana del dormitorio. No había luz. Ella estaría dormida.

Seguía con los marcos en los brazos, abrí la puerta del granero y los dejé en el suelo.

Podría haber abierto los marcos por detrás y sacado los dibujos, pero lo que yo quería oír era el ruido del cristal. El crujido bajo la bota.

Volví a pisarlos una y otra vez y me puse a saltar sobre ellos. El cristal se rompió y los marcos se partieron. Exactamente como me había imaginado.

Luego saqué con cuidado los dibujos. Esperaba que los trozos de cristal los hubieran roto, pero seguían enteros. El papel era sorprendentemente duro y resistente. Los puse uno encima de otro, seis en total. Me quedé un rato mirándolos. Podría quemarlos, encender una cerilla y dejar que la obra de la vida de la familia fuera devorada por las llamas. Pero no.

Dejé la pila de dibujos en la mesa de trabajo y los miré. Eran despreciables. No habían contribuido a nada. Se merecían un destino miserable. No una hoguera, eso era demasiado dramático, demasiado digno. Otra cosa.

De repente lo supe.

Tomé impulso con los dibujos en la mano, las manos se resistían, pero yo lasforcé. Y empecé a romperlos. Largas tiras que intentaba hacer lo más parecidas posible. Pero no podía con los seis a la vez. Tuve que dividir el montón en dos. De tres en tres hojas. Pero terminaba demasiado pronto. Quería que me llevara mucho tiempo. Razón por la cual cogí una hoja cada vez.

Me gustaba el sonido. Era como si los papeles gritaran. ¡Piedad! ¡Piedad!

Me hizo sentirme muy bien. Me hizo sentirme extraordinariamente bien, por fin hacía algo, algo de verdad. Podría pasarme así toda la noche.

Pero al final tuve que parar. No merecía la pena romperlos en trozos demasiado pequeños, entonces no servirían para lo que yo tenía en mente.

Recogí las tiras y me las llevé. No me quedaban fuerzas para recoger los marcos y el cristal, lo haría al día siguiente. Salí en mitad de la noche, crucé el patio y abrí la puerta de casa.

Entré. Una vez dentro abrí la primera puerta a la derecha. Di dos pasos en la oscuridad. Un gorgoteo me indicó que como de costumbre la cisterna se había atascado. Seguramente habría que cambiarla. No me dio la gana encender la luz y comprobarlo. Me limité a dejar los dibujos en el suelo. Listos para ser usados. En el lugar donde debían estar. El váter.

Tao

Íbamos sentadas en un coche eléctrico. Se habían construido muchos de esos vehículos en la década de 2020, cuando realmente despegó la energía solar. La vez que visité la ciudad con mis padres las calles estaban llenas de estos coches, la mayor parte de ellos viejos y destartados. Aquel estaba mejor cuidado que la mayoría, construido para clientes exigentes: grande, negro y reluciente. Nunca había visto un coche como ese de propiedad privada, ni usado por personas por debajo de cierto rango. Los coches que había en nuestra ciudad pertenecían siempre a la policía o al personal sanitario, como aquel en el que recogieron a Wei-Wen. Eran cajas sencillas hechas de un material ligero, con el fin de consumir poca electricidad. Este coche era más grande, más vistoso. Pocas veces un coche así visitaba nuestra pequeña ciudad, se deslizaba por las calles con ventanillas oscuras, y siempre nos preguntábamos qué hacía en nuestro rincón perdido del mundo.

Era la primera vez que ponía el pie en un vehículo tan elegante. Toqué el asiento, tapizado con una imitación de cuero. En el pasado debió de ser liso, pero ahora estaba lleno de grietas. Porque el coche era viejo. Lo delataban los asientos, el olor, los productos de limpieza solo servían para ocultar ese olor a viejo del interior y de la carrocería.

La mujer me había indicado que me sentara en el medio, mientras ella se sentaba delante y tecleaba una dirección en el piloto automático, un nombre de un lugar que no me decía nada. Emprendimos el viaje. Yo solo veía su nuca. No pronunciaba palabra. Por un instante pensé en la posibilidad de pedirle que se parara para que me bajara, pero sabía que no sería lo más apropiado. Ella no me dio a elegir. Y había algo en sus ojos que me decía que si no hacía lo que ella me pedía, tendría consecuencias.

Además... Quizá podría llevarme donde estaba Wei-Wen. Eso era lo único que importaba.

El viaje duró casi una hora, nos cruzamos con unos cuantos coches mientras circulábamos por el centro, pero por la carretera nos quedamos solas. No funcionaba ningún semáforo, pasamos rápidamente por las calles sin tener que cuidar de nada. Las señales en el camino indicaban que nos dirigíamos a Shunyi. Yo no sabía nada de esa región, pero las casas revelaban que ese lugar había sido habitado por gente de dinero. Espaciosas viviendas retiradas de la calle, de solo tres o cuatro plantas, rodeadas de enormes jardines. En otros tiempos serían representativas, pero ahora estaban viejas y descuidadas, y los jardines cubiertos de toda clase de vegetación. Pasamos por delante de algo que antaño debió de ser un campo de golf. Ahora se había convertido en una llanura cubierta de maleza, y en un rincón había unos palmos de tierra en los que se veían intentos de cultivo. Mucha tierra fértil seguía yerma, me extrañó que nadie intentara hacer crecer algo allí. Pero quizá todos se habían mudado.

Por fin nos detuvimos. La mujer abrió la puerta y se bajó del coche, pidiéndome que la siguiera.

Estábamos en una plaza con una fuente oxidada, antaño elegante, en el centro. En el fondo del agua había una estatua de un pájaro, una grulla, quizá se hubiera desprendido a causa de las fuerzas de la naturaleza o debido al vandalismo. No se oía ningún coche, solo el viento que golpeaba edificios en los que las tejas y las ventanas estaban sueltas, el ruido de los propios músculos de la tierra, que lenta e inevitablemente estaban a punto de vencer, camino de exterminar la civilización.

Unas voces me hicieron mirar hacia arriba. En el tejado de un alto edificio había dos personas, no podía ver más que sus siluetas con el cielo de fondo, y oír que alguien hablaba, pero no podía captar las palabras. En las manos tenían algo que soltaron en ese momento. Sombras redondas volaron por el aire, alejándose hacia el centro. Había leído sobre los ordenadores voladores dirigidos a distancia que había antes. Drones. ¿Aquello era lo mismo? ¿A quién iban a perseguir? De repente se me ocurrió que a lo mejor también me habían seguido a mí sin que yo lo supiera y que ellos sabían ya mucho.

—Vamos a entrar aquí —dijo la mujer.

En el edificio no ponía ningún nombre, ningún cartel que diera una pista de lo que escondía. La mujer puso la mano en una placa de cristal que había en la pared, los cinco dedos sobre cinco puntos de la placa. De repente se abrieron dos puertas tintadas. Funcionaban con electricidad, aunque daba la sensación de que esa zona había mucho que carecía de ella.

Me condujo dentro de ese gran edificio. Di un pequeño salto cuando casi nos chocamos con un joven que estaba vigilando su interior. Me volví y descubrí varios vigilantes más. Iban uniformados como ella y se apresuraron a saludar. Ella les hizo un gesto con la cabeza y continuó a buen paso.

La seguí a través de un enorme vestíbulo y luego dentro de un espacio diáfano de oficinas. Había gente por todas partes. Resultaba irreal tras las semanas pasadas en esa ciudad desierta. Todos eran como el vigilante, delicados, limpios, no marcados ni por trabajo físico ni por el sol. Estaban muy atareados, muchos sentados delante de grandes pantallas, otros en reuniones hablando en voz baja en cómodos sofás o en torno a mesas redondas. Un espacio transparente. Las paredes eran de cristal, las estancias abiertas, pero el sonido no llegaba lejos. Era atenuado por alfombras gruesas y pesados muebles. En varias ocasiones estuve a punto de tropezar con unos aspiradores redondos que daban vueltas a su antojo por el suelo absorbiendo una porquería que yo era incapaz de ver.

La decadencia aún no había llegado hasta allí, tenía la sensación de encontrarme en un mundo que pertenecía al pasado.

Por fin se detuvo. Estábamos al final de un pasillo, delante de nosotras había una pared, la primera que veía que no era de cristal. Esta era de una madera oscura y pulida. Una puerta alta y ancha estaba como recortada de la misma madera. La mujer llamó con la mano. Pasaron unos segundos y tras un zumbido y un clic, la puerta se abrió.

Wei-Wen. ¿Estaría allí? De repente empecé a temblar.

—Pase, por favor —dijo la mujer, señalando la puerta abierta.

Entré vacilando.

La puerta se cerró detrás de mí. Oí repetirse el ruido de antes, un zumbido y un clic. Me quedé encerrada.

La habitación era grande y luminosa, pero no tenía ventanas. También allí había alfombras en el suelo. Las paredes estaban cubiertas de telas, pesados cortinajes del suelo al techo. ¿Había paredes detrás? ¿O tapaban otras cosas? ¿Personas, aberturas a otros espacios? ¿Estaba viendo un minúsculo movimiento allí a la derecha? Me volví a toda prisa. Pero no, el cortinaje colgaba tan quieto como antes. Aquella discreta imagen sonora de la parte exterior era un ruido estruendoso comparado con el silencio de allí dentro. Quizá se tratara de una habitación a la que se pretendía que no llegara ningún sonido. Y que tampoco saliera. La idea hizo que se me acelerara la respiración.

Sonaron crujidos en las telas a mi derecha, de repente se abrieron. Una mujer mayor se abrió paso entre ellas. Sonrió con indulgencia. Había en ella algo familiar, la postura de la cabeza, el cuello estirado. La trama de arrugas alrededor de los ojos. Yo la había visto muchas veces antes, pero nunca en la realidad.

Porque ella era Li Xiara. La voz de la radio, la jefa del Comité, el órgano más alto de nuestro país.

Di un paso hacia atrás, pero ella seguía sonriendo.

—Lamento que hayamos tenido que vernos de esta manera —dijo en voz baja—, pero ya no podíamos evitar por más tiempo hablar contigo.

Puso la mano sobre el respaldo de un cómodo sillón.

—Siéntate, por favor.

No esperó, sino que se sentó en uno enfrente del mío.

—Sé que tienes muchas preguntas. Siento no haberte ido a buscar yo misma. Espero que podamos solucionarlo todo. —Hablaba de un modo suave y controlado, como si estuviera leyendo un manuscrito.

Estábamos sentadas cara a cara, con la cabeza a la misma altura.

No podía dejar de mirarla. Sin los filtros de las fotos su rostro estaba muy desnudo. Luego lo extraño de tenerla tan cerca, de verla en la realidad...

Sentí como si me hundiera. Esta mujer... ¿Qué decisiones había tomado? ¿De qué era responsable? ¿De la muerte de la ciudad? ¿De la situación del chico del restaurante? ¿De aquellos viejos abandonados a su suerte? ¿De los jóvenes reducidos a fantasmas, tan desesperados que otros seres humanos se

habían convertido en sus presas?

¿De mi propia madre?

No. No debería pensar en eso ahora, no debería dejar que mis preguntas, mis críticas afloraran, porque ella sabía más que yo.

—Te agradecería que me explicaras por qué estoy aquí —dije, imitando su manera de hablar, diciéndolo del modo más suave posible.

Clavó sus ojos en mí.

—Al principio opinamos que eras un fastidio.

—¿Cómo?

—Sobre todo cuando llegaste a Beijing. —Hizo una pausa—. Pero luego... Pensamos en ponernos en contacto contigo, es verdad, no queríamos que vivieras tanto tiempo en esa incertidumbre. Pero primero teníamos que estar completamente seguros.

—¿Seguros de qué?

Se inclinó hacia delante en la silla, como para acercarse más a mí.

—Ya lo estamos.

Yo no contesté. Esa voz tan tranquila, ceremoniosa, despertó la rabia en mí, pero mis preguntas no me llevaron a ninguna parte.

—Y quizá al fin y al cabo fuera lo mejor —prosiguió—. El que tú misma hayas tenido que buscar las respuestas.

Tomé aire, intentando mantener el control.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Tendrás la posibilidad de desempeñar un papel en los tiempos que vienen. Y esperamos que quieras cooperar.

—¿Qué quieres decir?

—Ya llegaré a ello. Cuéntame primero lo que crees que le ha pasado a tu hijo. ¿De qué te has enterado?

Me obligué a mí misma a mantener la calma. Ella había establecido el guion, a mí no me quedaba más remedio que seguirlo, que colaborar. ¿Qué ocurriría si me negaba?

—Creo que a Wei-Wen le ha pasado algo que tiene importancia para más personas —dije lentamente—. Para más gente aparte de mí y de él.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y qué más?

—Creo que esa es la razón por la que os lo habéis llevado. Y que lo que ha ocurrido puede llegar a ser... a cambiarlo todo.

Ella aguardaba.

—¿Pero no podéis simplemente decirme dónde está? —Yo había empezado a suplicar—. ¡No sé nada más!

Ella se quedó callada. Su mirada quedó colgada en el aire.

De repente fue como si todo se detuviera dentro de mí, no podía seguir soportando su voz tan tranquila, tan ceremoniosa, esos juegos de adivinanzas, la mirada neutra y esa pequeña media sonrisa que me resultaba imposible de interpretar.

—¡No sé nada!

Me acerqué a ella de un salto.

Ella se estremeció en el sillón.

La agarré, por primera vez cambió de expresión. Un minúsculo rayo de miedo se abrió camino en esa pared de equilibrio.

—¿Dónde está Wei-Wen? —grité—. ¿Dónde está? ¿Qué le ha pasado?

Intenté sacarla del sillón.

—¡No puedo más! ¿Lo comprendes? ¡Es mi hijo!

La tenía cogida, la zarandeeé. Yo era más fuerte, más tenaz, tras una vida de trabajo físico. Ella no tenía escapatoria, la apreté contra la puerta, la golpeé contra la madera. Su cara se contrajo, y por fin conseguí alterarla. Pero no la solté, y grité:

—¿Dónde está Wei-Wen? ¿Dónde está?

En ese instante llegaron por detrás los vigilantes y me tiraron al suelo. Allí me mantuvieron. Profundos sollozos salían de mi estómago.

—Wei-Wen... Wei-Wen... Wei-Wen...

Ella estaba a mi lado. Tan compuesta como antes, se colocó un poco la ropa y recobró el aliento.

—Soltadla.

Los vigilantes me soltaron vacilando, yo me quedé sentada en el suelo inclinada hacia delante, ya no oponía ninguna resistencia, ya no me quedaba nada. Xiara se me acercó lentamente, se inclinó y puso la mano sobre la parte

posterior de mi cabeza, donde la dejó reposar un instante, luego me acarició la mejilla y me agarró por la barbilla. Con delicadeza forzó mi cara hacia arriba para que nuestras miradas se cruzaran.

E hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Yacía sobre una sábana blanca en una habitación fuertemente iluminada. Dormía. Su cuerpo estaba tapado por una manta. Solo se le veía la cabeza. La cara era suave, pero más delgada que antes. Las cuencas de los ojos aparecían como sombras claras. Me acerqué más, y entonces lo descubrí: le habían rapado el pelo de un lado de la cabeza. Di otro paso y entendí por qué. Una zona detrás de la oreja, en el nacimiento del pelo, estaba roja. La picadura. Resistí las ganas de lanzarme sobre él. Estaba sola, pero sabía que me estaban mirando. Me observaban en todo momento. Pero no fue esa la razón por la que me quedé donde estaba.

Mientras estuviera allí, a 2 metros de distancia, podía creer que el niño estaba dormido.

Podía creer que dormía y evitar mirar los cristales de hielo que crecían como enredaderas desde el suelo y subían por las patas de la cama.

Podía creer que estaba dormido y evitar darme cuenta de cómo mi respiración se quedaba colgando en el aire delante de mí cada vez que dejaba que el calor me saliera de los pulmones.

Podía creer que estaba dormido, y evitar fijarme en que sobre su cama, sobre la sábana blanca, el aire estaba estancado, claro y frío.

George

Olía a quemado en la granja de Gareth. Era un olor dulzón a miel caliente y gasolina. El humo me alcanzó en el momento de abrir la puerta del coche.

Él estaba de espaldas, con la cara hacia la hoguera, que tenía varios metros de altura. Las colmenas no estaban apiladas, simplemente las habían tirado a la hoguera desordenadamente. La hoguera chasqueaba, crujía y chisporroteaba. Alegrementemente, pensé. Como si viviera su propia vida. Como si disfrutara destrozando la obra de toda una vida. Él tenía una lata de gasolina en la mano, el brazo le colgaba flácido, quizá se había olvidado de que estaba allí. Se volvió y me descubrió. No parecía sorprendido.

—¿Cuántas? —pregunté, señalando en dirección a la hoguera.

—El noventa por ciento.

No el número de colmenas, ni el de colonias, sino el porcentaje. Como si solo se tratara de matemáticas. Pero sus ojos decían otra cosa.

Dio unos pasos, dejó la lata. Pero enseguida la volvió a coger, debió de darse cuenta de que no podía dejarla así, en medio del patio.

Estaba rojo, con la piel tan seca que parecía a punto de reventar, un eccema se le había extendido por el bronceado cuello hacia arriba.

—¿Y tú? —Levantó la cabeza.

—La mayor parte.

Asintió.

—¿Las has quemado?

—No sé si sirve de algo, pero sí.

—De nada serviría volver a usar las colmenas. Está metido en ellas.

Tenía razón, aquello apestaba a muerte.

—No pensaba que llegara aquí —dijo.

—Yo creía que era porque estaban mal cuidadas —dije yo.

Gareth levantó las comisuras de los labios en algo que pretendía ser una sonrisa.

—Yo también.

Recordaba bastante al niño de colegio que había sido, el que estaba siempre solo en el patio de recreo. Con la cartera vacía delante de él, los libros pisados y destrozados, los lápices tirados, todo lleno de barro. Pero él nunca se daba por vencido, limpiaba el barro con la manga del jersey, recogía los lápices y lo ordenaba todo, como había hecho cientos de veces.

No sé por qué, pero de repente estiré la mano y le apreté el brazo.

Entonces agachó la cabeza, su cara reventó, fue como si se disolviera delante de mí.

Tres profundos sollozos salieron de él.

Su cuerpo se revolvía debajo de mi mano, tensándose como si hubiera algo más que necesitaba salir. Yo seguía agarrándole. Pero no salió nada más. Solo esos tres sollozos.

Entonces se enderezó y se limpió los ojos con el dorso de la mano sin mirarme. En ese instante, una ráfaga de viento pasó por el patio, el humo de la hoguera se nos vino encima. Y las lágrimas corrieron libremente.

—Qué mierda de humo —dije.

—Sí —dijo él—. Qué mierda de humo.

Nos quedamos callados, él tiritaba un poco, se recompuso. Luego sonrió como solía hacerlo.

—Bueno, bueno, George. ¿En qué puedo ayudarte hoy?

Gareth tenía razón. Las colmenas llegaron enseguida. Allison concedió el préstamo sin rechistar, y solo dos días después, un camión entró en mi patio. Un tipo malhumorado se bajó de él y preguntó dónde quería que las pusiera.

Las dejó en el prado antes de que yo hubiese llegado. Luego se limitó a sacarme una tablita con una hoja para que firmara que las había recibido.

Y allí estaban. Rígidas. De un color gris metálico como el del camión en el que habían llegado. Olían a pintura industrial. Una larga fila. Una igualita a la otra. Me sentí mal, miré hacia otro lado.

Ojalá las abejas no notaran la diferencia.

Pero claro que notarían la diferencia. Se percataban de todo.

Tao

El chico puso el arroz frito delante de mí en la mesa. La vez anterior tenía algunas verduras y un poco de huevo. Hoy solo llevaba añadida la salsa artificial de soja. El olor me escocía en la nariz, casi tuve que alejarme un poco para no vomitar. Apenas había comido los últimos días, aunque Xiara me había dado dinero de sobra. Más que de sobra. Pero no toleraba más que las galletas. Me ardía cada nervio, tenía la boca seca, la piel de las manos agrietada. Estaba deshidratada, tal vez porque apenas ingería líquido, y por tantas lágrimas como mi cuerpo había derramado. Había llorado tanto que me había secado, no quedaba nada más, había llorado hasta vaciarme, escuchando la voz de Xiara. Había venido a verme a diario, hablando sin parar, explicando y convenciéndome. Y poco a poco, conforme pasaba el tiempo, sus palabras iban adquiriendo sentido. Yo las agarraba casi ávidamente. Tal vez quería que tuvieran sentido. Solo seguirla, no tener que pensar por mi cuenta.

—Lo amabas demasiado —dijo ella.

—¿Se puede amar demasiado a alguien?

—Eras como todo los padres. Querías darle todo a tu hijo.

—Sí. Quería darle todo.

—Todo es demasiado.

Por instantes, segundos, minutos, pensaba que entendía. Pero luego me encontraba con lo absurdo, y lo que ella decía se convertía en solo palabras, porque todo lo que yo conseguía pensar era Wei-Wen, Wei-Wen, mi niño.

Ayer vino por última vez. Ya no hablaríamos más, dijo. Debía irme a casa, dejar de lado mi dolor. Quería que yo pronunciara discursos, que hablara sobre Wei-Wen. Sobre el regreso de las abejas. Sobre el objetivo, el nuestro y

el suyo, con ellas, cultivarlas como plantas alimenticias en entornos controlados, apostar porque volvieran a reproducirse a una velocidad tan grande que todo volviera enseguida a ser como antes. Wei-Wen se convertiría en un símbolo, dijo ella. Y yo sería la madre de luto que conseguiría alzar la mirada, dejarme a mí misma a un lado en favor de la comunidad. «Si puedo yo, que he perdido todo, también podrás tú». Ella no me dejaba elección. Algo dentro de mí entendió por qué. Entendí que ella también hacía lo que tenía que hacer, o lo que pensaba que tenía que hacer. Aunque yo seguía sin saber si lo lograría, si conseguiría hacer lo que ella deseaba que hiciera.

Porque lo único que tenía algún sentido era él. Su cara. Intenté aferrarme a ella, su cara entre la de Kuan y la mía. Nos miraba. «Más. Más. Un, dos, tres, salta». El pañuelo rojo levantado por el viento.

Al día siguiente me iría. Wei-Wen tendría que quedarse. Puede que más adelante pudiera darle un enterramiento. Pero eso no era importante. De todos modos, ese pequeño cuerpo frío cubierto de una capa helada no era él. Esa no era su cara, no la que yo constantemente intentaba recordar.

Empujé el cuenco hacia el chico.

—Es para ti.

Me miró interrogante.

—¿Es que no vas a comer nada?

—No. Lo he pedido para ti.

Se columpiaba sobre un pie.

—Siéntate. —Oí la súplica en mi voz.

Sacó rápidamente una silla y tiró del cuenco hacia él, por un instante lo miró casi feliz, antes de levantarlo y empezar a meterse el arroz en la boca.

Era agradable verlo comer. Verlo mantenerse con vida. Me quedé observándolo mientras él se metía el arroz en la boca, sin apenas darse tiempo a masticar antes del siguiente bocado.

Ya satisfecha la peor hambre de lobo, se tranquilizó y se concentró en llevarse los palillos más despacio hacia los labios, como si en su interior un profesor de buenas maneras le hubiera recordado de repente cómo debía uno comportarse.

—Gracias —dijo en voz baja.

Le sonreí a modo de respuesta.

—¿Sabes algo más? —le pregunté, después de dejarle masticar.

—¿De qué?

—¿De si os vais a quedar?

—No lo sé. —El chico miró el tablero de la mesa—. Solo sé que mi padre se arrepiente todos días. Pensábamos que aquí estaríamos seguros, que aquí era donde debíamos estar, pero entonces todo cambió. Ya no somos más que una molestia.

—¿Y no os podéis marchar?

—¿Adónde? No tenemos dinero, ningún sitio adonde ir.

La impotencia volvió a dominarme. Una cosa más de las que yo no podía remediar.

No. Eso no era inabarcable. Eso era algo que yo podía remediar.

Levanté la cabeza.

—Veníos conmigo.

—¿Qué quieres decir? —Me miró asombrado.

—Veníos conmigo a casa.

—¿Te vas ya a casa?

—Sí, voy a irme a casa.

—Pero... no nos dejarán... nos lo denegarán. ¿Y el trabajo, qué?

—Te prometo que os ayudaré.

—¿Y comida?

—Aquí hay aún menos.

—Sí...

Dejó los palillos. El cuenco de arroz estaba vacío. Solo quedaba un solitario grano en el fondo. Él lo descubrió, cogió los palillos para atraparlo, pero los volvió a dejar rápidamente al darse cuenta de que lo estaba observando.

—Tenéis que veniros conmigo —dije—. Aquí moriréis.

—Tal vez fuera lo mejor.

Había en su voz algo indómito, no me miraba.

—¿Qué quieres decir? —forcé las palabras para que me salieran, no podía con aquello. No en él, que era tan joven.

—Lo que nos ocurra a nosotros no tiene ninguna importancia —dijo con la

cabeza gacha—. A mi padre y a mí. Ni dónde vivamos. Aquí. Juntos. O solos. No tiene importancia. —De repente su voz sonaba ronca. Carraspeó para aclararla—. Nada importa ya. ¿No lo has comprendido?

No pude contestar. Sus palabras eran imágenes distorsionadas de las de Xiara. «Uno por uno no somos importantes». Pero donde ella hablaba de comunidad, él hablaba de soledad.

Me levanté bruscamente, quería hacerle callar. Aquello tan frágil a lo que me agarraba estaba a punto de romperse. Miré a todas partes menos a él mientras me acercaba a la puerta.

—Tenéis que hacer el equipaje —dije en voz baja—. Nos vamos mañana.

Saqué rápidamente la bolsa. No tardé mucho en recoger las pocas cosas que me había llevado. La ropa, unos cuantos artículos de aseo, el par de zapatos de repuesto. Entonces los descubrí. Los libros. Habían estado allí todo el tiempo, pero yo no los veía, se habían convertido en parte de la habitación. Estaban apilados sobre la mesilla, no los había tocado desde que la vigilante vino a buscarme, ni una sola vez los había cogido para leerlos, supongo que porque sabía que las palabras me proporcionarían tan poco sentido como todo lo demás.

Tenía que devolverlos, quizá aún me diera tiempo a llegar a la biblioteca. Pero no los solté. Noté que el plástico liso de la tapa del libro de más abajo se me pegaba a las manos.

Dejé los otros sobre la cama y cogí ese. Era *El apicultor ciego*. Nunca había tenido tiempo de acabarlo. Pero entonces lo abrí.

George

Emma lloraba otra vez. Estaba pelando patatas, de espaldas a mí, llorando. Las lágrimas le corrían libremente, no hacía nada por detenerlas, y dejaba escapar pequeños sollozos. Últimamente se oían a menudo. Ella lloraba como en un entierro, en cualquier sitio y a cualquier hora, sobre los cubos de fregar, preparando la cena o lavándose los dientes. Cada vez que ocurría yo deseaba estar en otra parte, no podía verlo, intentaba buscar excusas para escabullirme.

Por suerte, yo no paraba mucho dentro de casa. Trabajaba desde por la mañana hasta por la noche. Contraté a Rick y Jimmy a tiempo completo. El dinero, el dinero prestado salía a chorros de la cuenta. Con el tiempo ya no me molestaba ni en revisarla. No soportaba ver el saldo cada vez más bajo. Lo importante era el trabajo. Trabajar. Sin trabajo, no había ingresos. Todavía podía salvar algo de la cosecha. Conseguir dinero para poder pagar el préstamo.

Los kilos desaparecieron de mi cuerpo, gramo tras gramo. Día tras día. Y noche tras noche, porque dormía mal. Emma cuidaba de mí, me preparaba la comida, la decoraba con rodajas de pepino y tiras de zanahorias, pero todo era inútil. No me sabía a nada, la notaba en el paladar como viruta, solo comía porque necesitaba comer para tener fuerzas para seguir trabajando. Sabía que a Emma le habría gustado servirme solomillo todos los días, pero ella también ahorra. No decíamos nada, pero supongo que los dos veíamos cómo iba bajando la cuenta.

No solíamos hablar mucho en esa época. Yo no entendía lo que nos estaba pasando. Echaba de menos a mi mujer, estaba allí, pero a la vez no estaba. O quizá fuera yo el que no estaba.

Ella lloriqueaba. Yo quería abrazarla, como hacía antes. Pero el cuerpo se resistía. Todas sus lágrimas se juntaban en ese charco que nos separaba.

Retrocedí para salir de la cocina, con la esperanza de que ella no se enterara.

Pero se volvió.

—¿No ves que estoy llorando?

No contesté. No había gran cosa que contestar.

—Acércate —dijo en voz baja.

Era la primera vez que me lo pedía. Y sin embargo me quedé quieto.

Ella esperaba. Tenía todavía el pelador de patatas en una mano y una patata en la otra. Yo también esperaba. Esperaría a que todo pasara. Pero esta vez no.

—No te importa —dijo lloriqueando

—Claro que me importa —dije, sin mirarla a los ojos.

Ella levantó los brazos un poco más.

—Llorar no sirve de nada —dije.

—No sirve no poder consolarnos el uno al otro.

Retorcía mis palabras, lo hacía a menudo en los últimos tiempos.

—No tendremos más colmenas si me quedo aquí consolándote —dije—. Ni más reinas, ni más abejas. Ni más miel.

Dejó caer los brazos. Se dio la vuelta.

—Pues vete a trabajar entonces.

Pero me quedé.

—¡Vete a trabajar! —repitió.

Di un paso hacia ella. Y otro más. Podía poner una mano en su hombro. Podía. Sería bueno. Para los dos.

Alargué la mano hacia su espalda. Ella no lo vio, se había puesto otra vez a pelar patatas, cogió otra del agua sucia del fregadero. Pelaba con movimientos rápidos, como lo había hecho cientos de veces.

Tenía la mano estirada, pero no alcancé su hombro.

En ese instante sonó el teléfono.

Bajé el brazo. Me di la vuelta y fui hasta la entrada a cogerlo.

Era una voz joven, casi de chica. Preguntó si era yo. Dije que sí, que lo era.

—Lee me ha facilitado tu nombre —dijo—. Fuimos juntos al colegio.

—¿Ah, sí? —Entonces ella no podía ser tan joven como parecía.

Hablaba deprisa. Se manejaba bien con las palabras. Trabajaba para un canal de televisión, haciendo una película, dijo.

—Trata del CCD.

—¿Sí?

—Colony Collapse Disorder.

Lo dijo despacio, con una claridad exagerada.

—Sé lo que es el CCD.

—Estamos haciendo un documental sobre las abejas que mueren y las consecuencias que eso tiene. Tú lo has vivido en primera persona.

—¿Te lo ha dicho Lee?

—Nos gustaría hacer algo personal —aclaró ella.

—Personal. Vale —dije.

—Podríamos pasar un día contigo, acompañarte al campo, escuchar cómo lo has vivido.

—¿Cómo lo he vivido? Eso no importa mucho.

—Sí, un montón. Es justo lo que queremos mostrar. Cómo cada uno de nosotros se ve afectado por esta situación. Cómo destruye vuestro sustento. ¿Tú lo has vivido así? ¿Ha sido duro para ti?

—Bueno, no nos ha destruido el sustento exactamente —dije. De repente no me gustaba el tono de aquella mujer. Me hablaba como a un perro herido.

—¿No? Tenía entendido que habías perdido casi todas tus abejas.

—Sí, pero ya he sustituido un montón de ellas.

—Ah.

Se hizo el silencio.

—Los zánganos solo viven unas semanas en verano —dijo—. No se tarda mucho en formar nuevas colmenas.

—Ya. Así que eso es lo que estás haciendo ahora, ¿no? Poner en marcha nuevas colmenas.

—Así es.

—¡Estupendo!

—¿Sí?

—Eso podemos usarlo. ¡Genial! ¿Te viene bien que vayamos la semana que viene?

Colgué. El auricular estaba sudado. Yo saldría en la tele. Me había convertido en uno de esos que ellos «podían usar». Al parecer no sería posible librarse. Lo intenté, pero ella me convenció. Era peor que Emma.

La televisión nacional. Todo Estados Unidos podría verlo. Dios santo.

Emma había entrado en la habitación. Se secó las manos en un trapo. Tenía los ojos rojos, pero por suerte secos.

—¿Quién era?

Se lo expliqué.

—¿Entrevistas sobre las abejas? ¿Por qué tenemos que hacer eso?

—Tenemos no. Solo van a hablar conmigo.

—Pero ¿por qué has dicho que sí?

—Puede ayudar. Quizá las autoridades hagan algo —dije, dándome cuenta de que estaba repitiendo las palabras de la persona que había llamado.

—¿Y por qué nosotros?

—Yo —dije, con dureza, y le di la espalda. No soportaba más preguntas, más lloriqueos, más gruñidos.

De repente el cansancio me invadió de nuevo. No lo había notado durante todas estas semanas. No desde que Tom estuvo en el invierno. Pero ahora había vuelto. Podría haberme tumbado allí mismo, en el suelo de la entrada y haberme quedado dormido. El viejo suelo de madera me tentaba. Pensé en el termómetro con forma de oso de peluche, en el sonido que emitía. Ojalá marcara una alta temperatura, una fiebre alta. Así podría quedarme en la cama. Almohada suave, edredón suave, como una tapadera encima de mí. Tomar la temperatura de una fiebre que no bajaba nunca.

Pero no podía acostarme. Ni siquiera sentarme.

Porque allí fuera estaban las colmenas. Vacías y grises. Demasiado ligeras. Había que llenarlas. Nadie más que yo podía hacerlo. Y ahora iba a salir en la tele. Tendría que mostrar que me había puesto en marcha. Que no me dejaría doblegar por el CCD.

Mi mono colgaba flácido en su percha. La rejilla y el sombrero encima. Las

botas debajo. Parecía que un hombre muy plano se escondía en la pared. Cogí el mono y empecé a cambiarme. Subí la cremallera procurando que todo estuviera bien tapado, cerrando las escotillas.

—Si ya está casi la comida —dijo Emma. Allí estaba ella con las manos abiertas, los brazos abiertos.

—Puedo comérmela esta noche.

—Pero hay rollo de carne. He hecho rollo de carne.

—Tenemos microondas.

El labio inferior le temblaba, pero no dijo nada más. Se quedó quieta, mientras yo me ponía el sombrero, me colocaba la rejilla delante de la cara y salía.

Me fui al prado que había junto al río Alabast y allí me quedé el resto del día. Trabajé un rato. El tiempo era demasiado bueno. No debería ser tan bueno. No era adecuado. El sol lucía grande sobre el cielo al oeste, sobre el prado en flor. Bonito como la foto de un calendario.

Pero se me hizo muy pesado. Tenía los brazos casi paralizados, el cansancio se apoderó de mí. Apenas podía hacer otra cosa que andar. En círculos alrededor de las nuevas colmenas. Vacías. Grises. Como un enorme monte.

Estaba allí cuando las abejas empezaron a entrar. La naturaleza se calmó.

Entonces por fin crucé el prado. Hasta el otro extremo. Las piernas me llevaron hasta allí. Hacia las viejas colmenas de colores, las que aún tenían vida.

¿Por qué se habían salvado justamente estas? ¿Quién había decidido que justo estas sobrevivieran?

Respiré con dificultad y me detuve junto a una colmena amarilla. Cada vez que iba a inspeccionar una colmena era como si me encogiera. Cada vez esperaba lo mismo. Veía ya en mi mente las flácidas abejas zumbando en el fondo de la colmena, todo vacío, la reina sola, con unas cuantas crías.

También a esta colmena le pasaba algo. Demasiado silencio. Seguro que algo iba mal. Comprobé la bandeja de vuelo. Solo algunas abejas. No las suficientes.

No lo soportaba.

Tenía que hacerlo.

Con los ojos cerrados agarré la tapa. Y abrí la colmena. En el mismo instante me llegó con fuerza el sonido, el zumbido. ¿Cómo no lo había oído? ¿Todo estaba como de costumbre? Completamente normal, cien por cien como debía estar. Las abejas zumbaban allí abajo. Algunas bailaban. Avisté a la reina, la marca turquesa en el dorso. Vi crías. Una miel clara, dorada. Estaban trabajando, estaban vivas. Y estaban aquí.

Todo me daba vueltas. Estaba muy cansado. Me senté en el suelo. Y allí me quedé. El suelo estaba caliente, la hierba blanda. Se me cerraban los ojos.

Pero no me dormí. Porque sentía una gran opresión en el pecho. El charco de Emma me había llegado a mí. El agua subía. Los pies chapoteaban.

Tragué saliva una y otra vez. No podía respirar. Me ahogaba. Pero resistí. Me volví a levantar y me quedé mirando las abejas, que también estaban luchando allí abajo. Ocupadas en esa lucha diaria por la descendencia, por polen suficiente, por miel.

Estas también morirían. Lo que yo hacía no tenía futuro. Cada vez que abriera una colmena sería como ahora. La misma sensación, estuvieran vivas o desaparecidas. No servía para nada.

¡No servía para nada!

Se me tensaron todos los músculos del cuerpo. Toda la fuerza se concentró en una pierna, en el pie, y de repente di una patada.

La colmena se fue al suelo con un estallido, y un enjambre de abejas salió volando.

Solté las tablas tirando de ellas. Las abejas estaban ya por todas partes. Rabiosas y aterradas. Querían atraparme, vengarse. Las pisé, pisé las crías, sus hijos. Pero fue un sonido sordo, apenas audible. No como de cristales rotos. Y sin embargo continué. Destrozándolas. Arrancándoles las alas. Porque ellas me destrozaban a mí.

Entonces me di cuenta de lo fácil que era.

Podíamos destrozarnos los unos a los otros.

Me encontraba en medio de una nube de abejas rabiosas. Venían a por mí.

Era tan sencillo.

Levanté la mano hasta la cremallera hasta la rejilla.

Solo tenía que levantarla.

Quitarme el sombrero.

Quitarme los guantes.

Bajar rápidamente la cremallera, salirme del traje.

Quitarme las botas.

Quedarme allí y dejar que completaran el trabajo.

Me picarían en defensa propia. Me clavarían el aguijón. Darían su vida para robarme la mía. Y esta vez mi padre no estaría allí para cogerme y alejarse corriendo conmigo en brazos, con la nube de abejas encima de nosotros siguiéndonos hasta el río, en el que nos metimos y donde nos quedamos hasta que dejaron de atacar.

Esta vez me caería. Me quedaría tumbado en el suelo. El veneno me atravesaría las venas. Dejaría que me picaran, y si dejaban de hacerlo, las pisaría con los pies desnudos, las pisaría para que siguieran picándome, hasta que quedara irreconocible.

Tendrían su venganza. Se lo merecían.

Y entonces todo habría acabado.

Lo haría ya.

Ya.

Mis dedos agarraron la rejilla. La tela fina con los guantes gordos.

La levanté.

¡Ya!

Pasos por el prado. Alguien gritaba.

Venía hacia mí.

Primero tranquilamente, luego más deprisa. Más alto.

Con un mono blanco. Sombrero. Rejilla. Vestido ya, preparado, listo para trabajar. Una vez más había venido sin avisar. O tal vez Emma lo supiera.

Él había venido. ¿Para quedarse?

Corría. ¿Me estaba viendo? ¿Qué estaba ocurriendo?

Los gritos eran cada vez más altos. Chillidos en el aire.

—¿Papá? ¡Papá!

Tao

El chico y su padre esperaban detrás de mí mientras yo metía la llave en la cerradura y abría la puerta a una vacía oscuridad nocturna.

La chaqueta de Kuan no colgaba de la percha de la entrada. Los zapatos habían desaparecido.

Bajé la manilla de la puerta del cuarto de baño.

La repisa que había sobre el lavabo estaba vacía. Solo un resto de jabón donde estaba siempre la cuchilla de afeitarse.

Se había mudado sin decir nada. ¿Por deseo propio? ¿Porque creía que yo quería que se mudara? ¿Porque yo le recordaba a Wei-Wen, de la misma manera que él me lo recordaba a mí?

¿Porque me lo reprochaba?

Otra desaparición más. Pero esta vez no podía ponerme a buscar. No podía preguntar, no podía contactar con él. Esta era su elección, yo no tenía ningún derecho a preguntar. Porque la culpa seguía siendo mía.

El chico y su padre se habían quedado en la entrada. Me miraban expectantes, tenía que decir algo.

—Podéis instalaros en el dormitorio.

Dejé la bolsa en medio del cuarto de estar y me hice la cama en el sofá. Oí hablar al chico en la habitación. Su voz subía y bajaba de tono, detalles prácticos que le daban energía. Él había reencontrado un futuro. La oscuridad había desaparecido de su interior. O tal vez yo había tomado demasiado en serio sus palabras la noche anterior, convirtiéndolas en mías.

Me acerqué a la ventana. La valla seguía allí. Un helicóptero la sobrevolaba. Las abejas estaban encapsuladas, como en un capullo. No se escaparían ni una hasta que no se hubiesen multiplicado, hasta que no fueran

muchísimas y se supiera de verdad que se las podría controlar. Así lo había decidido Xiara.

Ella quería domesticarlas. Eso nos salvaría. Quería domesticarlas a ellas de la misma manera que quería domesticarme a mí. Eso sería lo más sencillo. Seguir a ella, no pensar.

El chico se reía. Fue la primera vez que le oí reírse. Qué cristalina y joven era su risa... Yo les había hecho un regalo a él y a su padre. El sonido subía, era más fácil respirar. ¿Cuándo se había reído alguien por última vez dentro de esas cuatro paredes?

Detrás de mí estaba la bolsa. El libro seguía en su interior, no llegué a devolverlo; lo leí de principio a fin. Llevaba conmigo las palabras, pero sin saber qué podía hacer con ellas. Era algo demasiado grande, yo no podía.

Estaban preparando la plaza, haciendo sitio. Colocaron un podio y cámaras. Varios equipos trabajaban a la vez, porque el discurso se emitiría en todo el mundo. Un enérgico jefe de producción dirigía al personal. Puso un fondo de grandes cestas de peras recién cogidas. El simbolismo resultaba algo exagerado, pero a lo mejor hacía falta.

Me facilitaron el vestuario. Entró una mujer con unas cuantas prendas entre las que podía elegir. Nada ostentoso, pero todo nuevo. Un corte sencillo, parecido al uniforme de la primera etapa del Partido, como para recordar a mi público de dónde venía yo, que yo era una de ellos, una del pueblo. Ropa un poco tiesa, pero no obstante hecha de un material suave.

—Es algodón —dijo la mujer—. Algodón reciclado.

Yo jamás había sido propietaria de una prenda de algodón. Cada metro costaba el sueldo de un mes. Elegí un traje azul, me lo puse. La tela transpiraba, apenas la sentía sobre el cuerpo. Me miré en el espejo. Me quedaba bien. Parecía una de ellos. Como ella, Xiara, no como una obrera de los campos de frutales. Como la que tal vez estuviera predestinada a ser.

Yo era otra con ese traje, era la que ella quería que fuera. Me volví, me miré en el espejo por encima del hombro, la chaqueta me sentaba muy bien, los pantalones caían perfectamente sobre las caderas. Tiré un poco de las mangas, se detuvieron donde tenían que detenerse.

Entonces me encontré con mi propia mirada. Mis ojos... tan parecidos a los suyos. Pero ¿quién era yo? Bajé la vista. Wei-Wen jamás había tenido una prenda de algodón. Nunca había sido propietario de una prenda de algodón y su pequeña vida no había tenido ningún sentido.

De nuevo me obligué a mí misma a levantar la cabeza, a mirarme. Una idiota útil me devolvió la mirada.

No. De repente la tela me picaba. Me arranqué la blusa. Me quité el pantalón y lo dejé en el suelo.

Había que darle sentido a aquello. Yo sabía cómo.

Volví a ponerme mi viejo jersey, luego el viejo pantalón, me lo abroché rápidamente y me puse los zapatos.

A continuación cogí mi bolsa, que estaba en el suelo, abrí la puerta y salí apresuradamente. Encontré a la jefa de producción y la agarré del brazo.

—¿Dónde está Li Xiara? Tengo que hablar con Li Xiara.

Estaba en el edificio del comité del pueblo. Le habían puesto el despacho más grande. Un vigilante echó a tres hombres de allí al llegar yo, aunque era evidente que la conversación en la que estaban inmersos no había acabado.

Xiara se levantó rápido y vino hacia mí con una de sus dulces sonrisas, pero yo ya había dado por terminado todo aquello.

—Toma —dije, alcanzándole el libro.

—Tao, espero tu discurso con mucha ilusión.

—Tienes que leer este libro —repetí.

—Si quieres que lo repasemos otra vez, no me importa. El texto en sí. Quizá deberíamos cambiar aún alguna expresión...

—Solo quiero que leas este libro —dije.

Por fin miró el libro, pasó un dedo por el título.

—¿*El apicultor ciego*?

Asentí con un gesto.

—No haré nada, no daré ningún discurso hasta que no lo hayas leído.

Levantó rápidamente la cabeza.

—¿Qué me estás diciendo?

—Lo estáis haciendo todo mal.

Cerró los ojos.

—Hacemos todo lo que podemos.

Me incliné hacia delante, la miré fijamente y dije en voz baja:

—Morirán otra vez.

Ella me miró. Esperaba una respuesta, pero no llegó. ¿Estaba pensando? ¿Lo asumía? ¿Mis palabras significaban algo para ella? La rabia me iba subiendo por dentro. ¿No podía decirme algo?

No soportaba seguir allí más tiempo, me di la vuelta y fui hacia la puerta. Entonces por fin reaccionó.

—Espera.

Abrió el libro y lo hojeó tranquilamente hasta encontrar la portadilla.

—Thomas Savage. —Eché un vistazo al nombre del autor—. ¿Norteamericano?

—Fue el único libro que escribí —me apresuré a decir—. Pero no por eso es menos importante.

Ella levantó la cabeza y me volvió a mirar. Luego señaló una silla.

—Siéntate y cuéntame.

Primero hablé a toda prisa, carraspeando, dando saltos hacia delante y hacia atrás. Pero entonces me di cuenta de que ella me concedía el tiempo que necesitara. Llamaron a la puerta varias veces, había mucha gente esperando, pero ella rechazó a todo el mundo, y yo fui encontrando la calma poco a poco.

Le hablé del autor, Thomas Savage. El libro se basaba en sus experiencias y en su vida. La familia de Savage había sido una familia de apicultores durante generaciones, su padre fue uno de los primeros al que golpeó el Colapso y uno de los últimos que se dieron por vencidos. Savage trabajó con su padre hasta el final. Cambiaron pronto al cultivo ecológico, esa fue la última exigencia de Savage, nunca puso a las abejas en carretera, no les cogió más miel de la que necesitaban para sobrevivir. Pero las abejas se morían. Una y otra vez. Al final se vieron obligados a vender la granja. Entonces Savage, a sus cincuenta años, se sentó a escribir sobre sus experiencias y sobre el futuro. *El apicultor ciego* era un libro visionario, a la vez que sólido y

concreto, porque se basaba en una vida entera de experiencia práctica.

El libro salió en 2037, solo ocho años antes de que el Colapso fuera un hecho. Predijo cómo sería el fin de los humanos. Y cómo quizá podríamos volver a levantarnos.

Cuando acabé, Xiara se quedó callada. Tenía el libro firmemente agarrado con las dos manos. Su mirada, imposible de interpretar, estaba posada en mí.

—Ya puedes marcharte.

¿Me estaba echando? Si me negaba, llamaría a los vigilantes para ordenarles que me acompañaran a casa. Me exigiría que me quedara allí hasta el discurso, y también me exigiría que lo diera, ese y muchos más, en contra de mi convicción.

Pero ella no hizo ni lo uno ni lo otro, sino que buscó el primer capítulo y se concentró en el texto.

Yo me quedé de pie. Entonces ella volvió a levantar la vista y señaló la puerta.

—Ahora me gustaría quedarme sola. Gracias.

Puso una mano sobre el libro, como queriendo protegerlo. Y dijo en voz baja:

—Yo también tengo hijos.

William

El papel pintado colgaba en tiras de las paredes y seguía resultando insufrible con su brillo amarillo. Ella estaba cantando de nuevo, como todos los días, un zumbido melódico de tonos bajos, mientras barría el suelo con movimientos precisos. Yo estaba tumbado mirando hacia la ventana, algunas hojas marrones pasaban por delante volando.

Ella recogió la basura con un cogedor que dejó junto a la puerta. Acto seguido se dirigió a mí.

—¿Quiere que le sacuda la manta?

Sin esperar la respuesta se apresuró a quitármela y la llevó hasta la ventana. Yo me quedé en camisón, sintiéndome desnudo, pero ella no me miraba.

Abrió la ventana, el aire entró a bocanadas. Era más frío que el día anterior. Noté que tenía carne de gallina en las piernas, así que las doblé debajo de mí.

Ella mantuvo la manta unos instantes fuera de la ventana, sacudiéndola con grandes movimientos. Cuando colgaba casi en vertical, tiró de ella y la metió de nuevo en la habitación.

Al acabar me la puso encima, estaba fría como el aire de fuera. Luego acercó una silla a la cama y se quedó allí de pie, con una mano sobre el respaldo.

—¿Quiere que le lea?

No esperó mi respuesta. Nunca esperaba mis respuestas. Se acercó a la estantería, que de nuevo estaba ordenada con esmero. Vaciló un poco, pasó el dedo índice por los lomos. Se detuvo y sacó uno.

—A ver qué tal este.

No vi el título. Ella tampoco lo dijo, sabía que eso no me importaba gran cosa. Lo importante no era lo que leía, sino el hecho de que me leyera.

—Charlotte —dije, con esa voz oxidada de viejo que no era la mía—. Charlotte...

Levantó la cabeza. Hizo un suave gesto negativo. Yo no necesitaba decir nada porque lo había repetido innumerables veces, y ella lo sabía muy bien. Lo que yo le pedía era que se fuera. Que se marchara lejos. Que pensara en ella. Que viviera no para mí, sino para ella.

Pero su respuesta era siempre la misma. Y sin embargo, yo seguía diciendo lo mismo una y otra vez. No podía dejar de decirlo. Se lo debía, porque ella me regalaba su vida entera. Pero ninguna palabra era capaz de alejarla de allí, ninguna palabra podía detenerla.

Solo quería estar conmigo.

Su voz llenó la habitación, acompañada por el fresco aire otoñal. Pero yo no tenía frío. Las palabras me abrigaban. Ella leería durante un buen rato, nunca permitía que la interrumpieran.

Estiré una mano sabiendo que me la cogería.

Allí estaba ella, como todos los días, con su mano tranquila cogiendo la mía, dejando que el silencio se llenara de palabras. Derrochaba las palabras en mí, su tiempo, su vida. Lo cual era en sí razón de sobra para que volviera a levantarme. Pero no tenía fuerzas. Me habían sido robadas, no, robadas no, yo había desperdiciado tanto mi voluntad como mi pasión.

En ese instante nos llegó un sonido procedente del piso de abajo. Un sonido que llevaba años sin oír. El llanto de un bebé. ¿Un bebé? Mío no era. ¿Alguien que nos hacía una visita? ¿Pero quién? Hacía meses que no oía otras voces que las de mi familia.

Charlotte dejó de leer. De hecho, se dejó interrumpir y se inclinó un poco hacia delante, como si estuviera a punto de salir corriendo.

Alguien arrullaba al bebé. ¿Thilda?

El bebé gemía, pero se dejó consolar. Se fue tranquilizando poco a poco.

Charlotte se reclinó en la silla, volvió a coger el libro y prosiguió la lectura.

Cerré los ojos. Sentí su mano en la mía y las palabras ondear entre nosotros. Los minutos transcurrían. Ella leía y yo estaba muy quieto, profundamente agradecido.

Pero entonces volvieron a oírse abajo los gemidos del bebé. Esta vez más

fuertes. Charlotte se detuvo.

Retiró la mano.

El llanto sonaba cada vez más desesperado e inconsolable, retumbaba en las paredes.

Entonces Charlotte se levantó de la silla y dejó el libro. Se apresuró a salir.

—Lo siento, padre.

Abrió la puerta. El llanto llenó la habitación.

—El bebé... —dije.

Charlotte se detuvo.

Busqué las palabras.

—¿Ha venido alguien de visita?

Negó con la cabeza.

—No... yo... Ese bebé es nuestro.

—Pero ¿cómo...?

—La madre murió en el parto. Y el padre... el padre no tiene medios para ocuparse del pequeño.

—¿Quién es él? —pregunté—. ¿Está aquí?

—No, padre... —vaciló—. Está en Londres.

De repente lo entendí. Me incorporé a medias en la cama, intentando mirarla severamente, hacer que me dijera la verdad.

—El niño es suyo, de Edmund, ¿verdad?

Ella parpadeó. No contestó, pero no hizo falta.

—Lo lamento —volvió a decir.

Se dio la vuelta y salió de la habitación.

La puerta se quedó abierta detrás de ella. Oí sus pasos rápidos por la escalera, cómo llegaba abajo y andaba a toda prisa.

—Ya voy.

Ella se paró.

—Ya estás conmigo.

Bajó la voz.

—Sssssshh... no llores, pequeño... ssssshhh...

Y entonces...

Su canto bajo, como un zumbido.

Pero ya no cantaba para mí.

Por fin ya no cantaba para mí. Cantaba para ese niño que tenía en brazos y al que mecía lentamente.

George

El gran temblor. Se quedó conmigo. Durante días. Por la mañana, a mediodía y por la noche.

Me costaba coger los cubiertos. Emma se daba cuenta, pero no decía nada. Me costaba usar las herramientas, el destornillador se me caía al suelo, la sierra se desviaba.

Todas las mañanas me despertaba con palpitaciones.

Me despertaba, bajaba y lo veía. Él se limitaba a echarme un rápido vistazo y a saludarme con la cabeza, antes de volver a meter la nariz en un libro. Pero estaba bien.

Porque él no temblaba.

Él no vacilaba. Incluso cuando hojeaba un libro lo hacía con movimientos seguros, de un modo decidido y tranquilo, levantaba la taza de café con mano firme. Se acercaba al prado a grandes pasos y levantaba peso doblando las piernas, no con la espalda; agacharse, levantar, volver a dejar en el suelo, una y otra vez. Al ver estos movimientos dejé lentamente de temblar. Cada día me resultaba más fácil coger el tenedor.

Y entonces, mientras extraíamos la miel, con el sol de otoño bajo y clemente en el cielo, tan amarillo como las gotas que sacábamos a sacudidas de los marcos, lo noté de repente. Había desaparecido. El temblor había desaparecido.

Yo trabajaba con manos firmes y tranquilas. Como él. A su lado.

Y totalmente acompasados.

Tao

Habían quitado la tienda de campaña. La colmena estaba vigilada, pero colocada abiertamente en la periferia de los sectores, junto al bosque.

La gente se había congregado a una distancia prudente y estaba contemplándola tranquilamente. A nadie le daba miedo, las abejas no eran peligrosas, la alergia de Wei-Wen había sido un caso especial. Estábamos rodeados de flores por todas partes, arbustos recién plantados, en rojo, rosa, naranja, ese mismo mundo de cuento que yo había visto en la tienda de campaña, pero que ahora se extendía sobre una gran zona, porque se habían talado los árboles frutales para dar lugar a nuevas plantas.

Los militares se habían marchado, las vallas se habían retirado, al igual que la tienda. El capullo se había reventado y la colmena vivía entre nosotros. Las abejas ya podían volar por donde quisieran, en plena libertad.

Estaba a diez metros de mí, a la sombra de los árboles, con el sol brillando a través de las hojas —no muy lejos de donde se encontraba la primera colmena salvaje, no muy lejos de donde Wei-Wen recibió su picadura—. La Colmena Estándar de Savage, exactamente como la había diseñado Thomas Savage, en *El apicultor ciego*, la colmena que estaba en su familia desde 1852, cuyos dibujos habían desaparecido en algún momento de la historia, pero cuyas medidas y aspecto Savage había rememorado y vuelto a dibujar. La colmena fue pensada por su inventor para la producción de miel y la observación. Su intención era domesticar en ella a las abejas.

Pero las abejas no se pueden domesticar. Solo pueden ser cuidadas, recibir nuestras atenciones. A pesar del objetivo inicial, la colmena era un buen hogar para las abejas. En su interior todo estaba preparado para que pudieran desovar y engendrar. La miel se la quedarían ellas, nada se cosecharía, nada

se aprovecharía. Sería lo que la naturaleza había decidido que fuera: comida para los recién nacidos.

El ruido era distinto a todo lo que había oído hasta entonces. Las abejas entraban y salían volando. Traían néctar y polen para sus crías. Pero no solo para las suyas, cada abeja trabajaba para el pueblo, para todos, para ese organismo que formaban en común.

El zumbido palpitaba en el aire e hizo vibrar algo dentro de mí. Un sonido que me calmaba, que me ayudaba a respirar mejor.

Así me quedé, intentando seguir a cada una de ellas con la mirada, intentando registrar el viaje de cada abeja desde la colmena hasta las flores, de flor en flor y de vuelta a casa. Pero las perdía constantemente de vista. Eran demasiadas y su sistema de movimientos imposible de comprender.

Opté por dejar que mi mirada se posara en el conjunto, en la colmena y toda la vida que la rodeaba, toda la vida que ella se ocupaba de cuidar.

Mientras me encontraba allí alguien apareció a mi lado. Me volví. Era Kuan. Estaba mirando la colmena, estiró la cabeza para ver mejor. Entonces me descubrió.

—Tao...

Vino hacia mí. Una manera desconocida de andar, más pesada, como si se hubiera hecho viejo.

Nos quedamos frente a frente. Kuan mantenía la mirada clavada en mí, sin bajarla, como solía hacer. Los ojos rodeados por oscuras sombras. Estaba demacrado, pálido.

Le echaba de menos. Echaba de menos al que era. Ese carácter luminoso, ligero, el sentirse bien, la felicidad por el niño que había tenido y el que iba a tener. Hubiera querido decir algo que le devolviera esa luminosidad, pero no encontré las palabras apropiadas.

Nos volvimos hacia la colmena y nos quedamos mirándola uno al lado del otro. Nuestras manos estaban muy cerca, pero ninguno de los dos cogió la del otro, dos adolescentes que no se atrevían. El calor entre nosotros. Había vuelto.

Una abeja nos pasó volando a solo unos metros, luego se desvió hacia la derecha en un movimiento aparentemente no planificado y a continuación

voló entre nosotros dos —noté la corriente de aire en la mejilla— y desapareció en dirección a las flores.

Entonces Kuan me cogió la mano.

Tomé aliento. Esta vez fue él el que se atrevió.

Por fin me tocaba de nuevo. Mi mano se quedó pequeña en el encuentro con la suya. Él compartió su calor conmigo.

Así nos quedamos, cogidos de la mano, mirando la colmena.

Y entonces...

Entonces llegaron las palabras que yo tanto había anhelado.

En voz baja y clara, con una seriedad muy poco típica de él. No era algo que dijera porque tuviera que decirlo, lo dijo de corazón.

—No fue culpa tuya, Tao. No fue culpa tuya.

Luego, cuando nos habíamos dicho adiós, bajé sola por los surcos. Las abejas seguían vibrando dentro de mí. Y sus palabras, sus palabras desataron palabras en mi interior.

Continué andando cada vez más despacio hasta que por fin me detuve en medio de los frutales. Todo estaba abierto, ni rastro de vallas o de militares, todo como antes, como el año anterior en esa misma época. Nevaban hojas amarillentas. El suelo estaba cubierto de ellas, los árboles pronto estarían desnudos. Las peras se habían cosechado, cogidas una a una con sumo cuidado, envueltas en papel y sacadas de allí. Peras de oro.

Pero vislumbré cambios en el horizonte. Se estaban cavando las interminables filas de frutales. Había obreros cavando las raíces para sacar los árboles del suelo. La visión de Thomas Savage se haría por fin realidad. Nos libraríamos del control, al bosque se le permitiría extenderse. En la tierra se plantarían otras plantas, grandes zonas serían salvajes.

Sí. Ahora quería hacerlo. Dar un discurso, como ella deseaba. Porque yo también lo deseaba. Deseaba hablar de Wei-Wen. Hablaría a la gente de quién era él para todos y de quién sería, su foto estaba impresa en grandes estandartes en la plaza, en carteles en las paredes de las casas, en las banderas sobre las entradas de los edificios públicos.

Era una de las pocas fotos suyas que teníamos, borrosa y pálida, con un

fondo gris y neutro, pero en los carteles los colores eran nítidos, y habían dado una luz especial a sus ojos.

Esa foto nítida y de colores fuertes era la que veía el mundo, y de eso hablaría yo. No de él, Wei-Wen, a él nunca lo tendrían. Esa gente nunca conocería su entusiasmo, su testarudez, su obstinación. Nunca sabrían que a veces se despertaba cantando, desafinando, pero lleno de entusiasmo. Nunca oirían hablar de sus mocos, de cambiarle los pantalones meados, de frotarle los pies helados, o de sentir su cuerpo caliente de sueño meterse junto a mí en la noche. Para ellos él no sería nada de eso, y por lo tanto, todas esas cosas ya no tenían importancia. Por eso el niño que fue ya no importaba. La vida de un individuo, la carne de un individuo, la sangre, los fluidos corporales, las señales nerviosas, los pensamientos, los miedos y los sueños no significaban nada. Los sueños que yo tenía para él tampoco significarían nada, mientras yo no consiguiera meterlos en un contexto y ver que los mismos sueños tenían que ser válidos para todos nosotros.

Pero a pesar de todo, Wei-Wen tendría importancia. Su imagen. El chico con el pañuelo rojo, su cara, esos eran los nuevos tiempos. Para millones de personas su cara redonda, sus grandes ojos brillantes mirando un cielo azul estaban unidos a una sola palabra. Un único sentimiento colectivo: esperanza.

Agradecimientos

Muchas gracias a todos los profesionales que se han tomado el tiempo de leer el manuscrito y contestar a mis preguntas: las historiadoras Ragnhild Hutchison y Johanne Nygren, la sinóloga Tone Helene Aarvik, el zoólogo Petter Bøckman, la doctora Siri Seterelv, el asesor jefe de la Asociación Noruega de Apicultores, Bjørn Dahle, la asesora de Bybi, Ragna Ribe Jørgensen, el periodista apicultor Roar Ree Kirkevold, los apicultores Ingar Tallakstad Lie y Per Sigmund Bøe, e Isaac Barnes, de Honeyrun Farm, en Ohio.

También quiero dar las gracias a todas esas personas entusiastas que han leído, comentado y apoyado mi trabajo durante el proceso del libro: Hilde Rød-Larsen, Joakim Botten, Vibeke Saugestad, Guro Solberg, Jørgen Lunde Ronge, Mattis Øybø, Hilde Østby, Cathrine Movold, Gunn Østgård y Steinar Storløykken.

Mi agradecimiento también a mi sabia editora Nora Campell y a todos esos colegas suyos tan competentes de la editorial Aschehoug, que tanto entusiasmo mostraron por *Historia de las abejas* desde el primer día.

He utilizado una amplia selección de fuentes para trabajar en esta novela. Entre las principales mencionaré los libros especializados *The Hive*, de Bee Wilson, *Ingar'sis birøkt*, de Roar Ree Kirkevold, *Langstroth's Hive and the Honey-Bee*, del reverendo Lorenzo Lorraine Langstroth, *A World without Bees*, de Allison Benjamin y Brian McCallum, y *Det Nye Kina*, de Henning Kristoffersen, además de los documentales *Vanishing of the Bees*, *More than*

Honey, Who Killed the Honey Bee, Silence of the Bees y Queen of the Sun.

Oslo, mayo de 2015
MAJA LUNDE